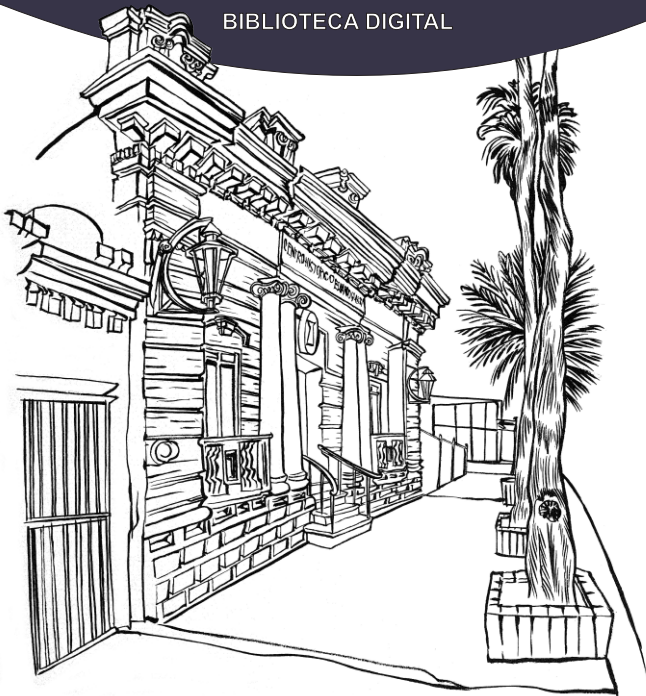




# ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN




BIBLIOTECA DIGITAL



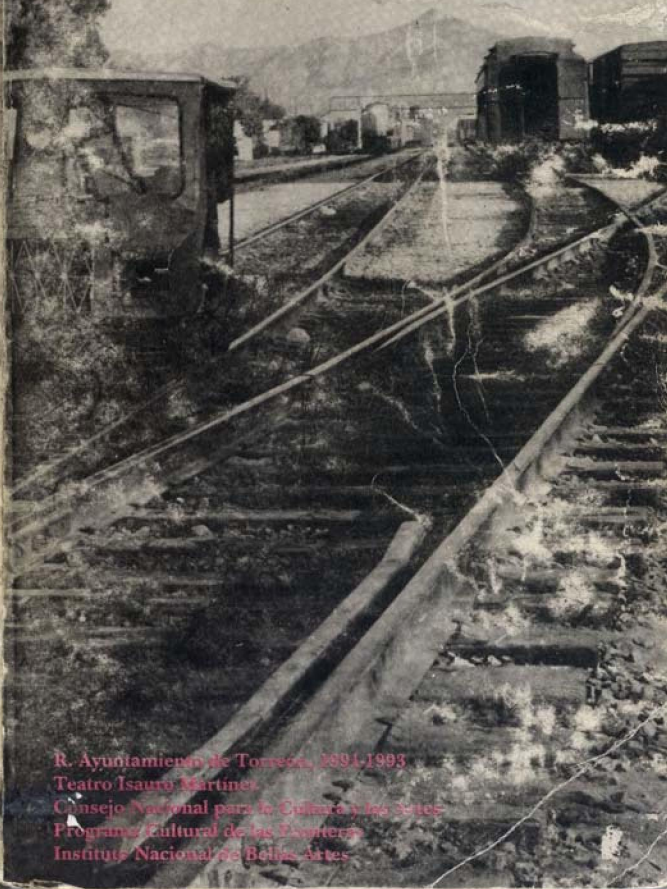
**C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.  
TEL.: (52) (871) 716-09-13**

[www.torreon.gob.mx/archivo](http://www.torreon.gob.mx/archivo)

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC

# Nueva historia de Torreón



R. Ayuntamiento de Torreón, 1894-1993

Teatro Isauro Martínez

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Programa Cultural de las Fronteras

Instituto Nacional de Bellas Artes

**Cuesta de la Fortuna**

---

**Nueva historia de Torreón**

# Nueva historia de Torreón

- *Francisco José Amparán*
- *Homero H. del Bosque Villarreal*
- *Gildardo Contreras Palacios*
- *Agustín Churruca Peláez*
- *Felipe Garrido*
- *Beatriz González de Montemayor*
- *Alberto González Domene*
- *Francisco Jaime Acosta*
- *Luis Maeda Villalobos*
- *Fernando Martínez Sánchez*
- *Carlos Montfort Rubín*
- *José León Robles de la Torre*
- *Joaquín Sánchez Matamoros*
- *Manuel Terán Lira*

R. Ayuntamiento de Torreón, 1991-1993

Teatro Isauro Martínez

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Programa Cultural de las Fronteras

Instituto Nacional de Bellas Artes

Portada: Felipe Garrido  
Fotografía: Javier Guerra Estrella

Primera edición, 1993

©D.R. R. Ayuntamiento de Torreón, 1991-1993

©D.R. Teatro Isauro Martínez  
Galeana 73 sur, Torreón, Coahuila

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

## I. Preámbulo

Alberto González Domene

### *Introducción*

Esta *Nueva historia de Torreón* nace del entusiasmo de un grupo de autores torreonenses, bajo el auspicio de la Comisión de Arte y Cultura del Ayuntamiento de Torreón 1991-1993, que se propusieron dar una nueva mirada a la historia de la ciudad. Hoy la intensa luz de nuestro cielo abierto ilumina a más de un millón de laguneros que reclaman conocer las vicisitudes de nuestros antecesores.

Emprendemos, pues, la tarea de interpretar una historia a varias voces, escrita por capítulos, en trabajo de equipo, bajo la batuta de Felipe Garrido -asesor del Instituto Municipal de Cultura-. Colaboran en ella Francisco José Amparán, Homero H. del Bosque Villarreal, Gildardo Contreras, Agustín Churruca Peláez, Felipe Garrido, Beatriz González de Montemayor, Francisco Jaime Acosta, Luis Maeda Villalobos, Fernando Martínez Sánchez, Carlos Montfort Rubín, José León Robles de la Torre, Joaquín Sánchez Matamoros, Manuel Terán Lira y quien esto escribe.

### *La comarca lagunera*

Antes de entrar en materia asentemos que los moradores de esta zona siempre nos hemos considerado *laguneros* antes que *torreonenses*, *lerdenses* o *gomezpalatinos*. Señalamos a La Laguna como nuestro lugar de origen y empleamos como gentilicio el término *laguneros*.

En un tiempo, hace millones de años, nuestra comarca estuvo sumergida bajo mares primigenios. Nuestras rocas -la mayor parte de

los cerros y las montañas que nos acompañan- se formaron por la acción del tiempo, por sedimentación de la caliza resultante de la unión de conchas y caparazones marinos con finas sales de calcio. Posteriormente, cuando nuestro territorio emergió a la atmósfera, comenzó a ser cubierto por el ubérrimo limo que acarrearán las grandes avenidas de dos ríos que se derramaron en el centro desértico de la América del Norte. Así surgió la inmensa y famosa laguna que bautizó a nuestra comarca cuando los primeros evangelizadores y conquistadores la conocieron, ya en etapa de agostamiento. En ese entonces aún era remanso paradisiaco de los gallardos bárbaros del Norte, los aborígenes seminómadas que habitaban estos parajes. Nuestra comarca, pues, se sitúa en un valle de aluvión formado por las cuencas de los ríos Aguanaval -antes, del Buen Aval- y Nazas -antes, de las Nasas y Parras- que desembocan tierra adentro, en las lagunas que antaño llegaban a juntarse, de Viesca y de Mayrán.

La región se localiza en el rincón suroccidental del estado de Coahuila, e incluye gran parte del norte del estado de Durango, así como una pequeña fracción del norte del estado de Zacatecas. Esta zona ocupa el centro geográfico de lo que popularmente se designa como el Norte de México. Si se integrara completa en una sola entidad federativa, como se ha propuesto desde el siglo pasado, su riqueza forestal, minera, agrícola, ganadera, comercial e industrial la convertirían en uno de los más importantes estados del país.

*Superficie.* Según L. Blázquez,<sup>1</sup> si se toman las cuencas completas de los ríos Nazas, Aguanaval y Parras, La Laguna cuenta, en su área máxima, con 80,645 km<sup>2</sup>: 23,064 km<sup>2</sup> de planicie (28.6%), 40,887 km<sup>2</sup> de lomas próximas (50.7%) y 16,694 km<sup>2</sup> de montañas circundantes (20.7%). Siempre se le consideró una región única e indivisible, a pesar de la partición política arbitraria que las circunstancias históricas le han impuesto. Podemos adelantar que sus límites geográficos originales abarcaban las cuencas enteras de los tres ríos que hemos mencionado, o sea treinta municipios: siete de Coahuila, veintiuno de Durango y dos de Zacatecas. Pero si la zona natural es mutilada desprendiéndole los dos municipios del norte de Zacatecas y los trece del noroeste de Durango que forman la cuenca alta del Nazas, le restan no más de 40,000 km<sup>2</sup>.

1 *La Cueva de La Candelaria*, INAH/SEP, México, 1951, pp. 35-36.

*Población.* El Censo de Población de 1990 arroja los siguientes resultados para La Laguna, considerada en su máxima extensión:

<i>Municipio</i>	<i>Total</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
<b><i>Coahuila</i></b>			
Torreón	464,825	225,502	239,323
San Pedro	99,165	50,061	49,104
Matamoros	86,398	43,312	43,086
Francisco I. Madero	50,981	25,482	25,499
Parras	39,534	19,942	19,592
Viesca	21,238	10,747	10,491
General Cepeda	11,966	6,380	5,586
	<b>774,107</b>	<b>381,426</b>	<b>392,681</b>
<b><i>Durango</i></b>			
Gómez Palacio	232,742	114,679	118,063
Lerdo	94,324	46,890	47,434
Cuencamé	34,697	14,417	17,280
Tlahualilo	27,204	13,622	13,582
Mapimí	25,124	12,612	12,512
Nazas	14,250	7,117	7,133
Simón Bolívar	12,731	6,367	6,364
San Juan de Guadalupe	7,809	3,824	3,985
<i>Cuenca alta del Nazas</i>			
Peñón Blanco	10,979	5,526	5,453
San Juan del Río	14,401	7,233	7,168
Coneto de Comonfort	5,535	2,741	2,794
Rodeo	14,208	7,233	7,168
San Pedro del Gallo	2,630	1,350	1,280
Hidalgo	5,604	2,859	2,745
Indé	8,446	4,324	4,122
Ocampo	13,126	6,636	6,490
San Bernardo	5,629	2,930	2,699
El Oro	14,815	7,154	7,663
Guanaceví	11,925	6,010	5,915
Tepihuanes	14,942	6,960	7,982
Santa Clara	7,894	3,935	3,959
	<b>579,015</b>	<b>287,218</b>	<b>291,797</b>
<b><i>Zacatecas. Cuenca alta del Aguanaval</i></b>			
Juan Aldama	18,312	8,931	9,381
Miguel Auza	20,663	10,208	10,455
	<b>38,975</b>	<b>19,139</b>	<b>19,836</b>
<b>Total</b>	<b>1,392,097</b>	<b>687,783</b>	<b>704,314</b>

No obstante, es ampliamente comentado que por razones de conveniencia política estos datos son cifras disminuidas en el Censo y no son confiables. De acuerdo con otras fuentes, se supone que actualmente la población de la ciudad de Torreón rebasa los 700,000 habitantes, y la de la comarca los 2,000,000.

*Altitud.* La elevación mínima de la comarca sobre el nivel del mar es de 1,000 metros; la máxima, 3,160, en el cerro de Chorreras. La altitud de la ciudad de Torreón es 1,140 metros sobre el nivel del mar.

*Clima y precipitación pluvial.* La Perla de La Laguna emerge esplendorosa en el desierto, con un régimen climático seco, semicálido, con escasa precipitación pluvial: 200 a 300 milímetros anuales.

La temperatura es extremosa. Oscila desde 0° C en invierno, hasta 45° C en verano. La media es de 21° C.

*Flora.* Tales condiciones influyen en el tipo de vegetación de cactáceas que se da de manera silvestre en la región. En las zonas no labradas por la mano del hombre abundan los mezquites, huizaches, pastizales, palmas, lechuguillas, nopales, ocotillos, viejos, cardenches, candelilla y gobernadora, así como el resistente pinabete y la palmera.

Las vides, el algodón, el trigo, el sorgo, la alfalfa y otros cultivos; el nogal, la sandía, el melón y otros frutales y árboles de ornato fueron traídos e implantados por la mano del inmigrante desde los días del virreinato hasta los que corren, y han medrado en esta tierra agradecida y generosa.

*Fauna.* Al finalizar el periodo Mesozoico, alrededor de las lagunas y ciénegas, en las vastas praderas y en las laderas de las montañas pululaban especies ahora extintas: ciervos, bisontes, caballos, camélidos, el oso de las cavernas, el tigre dientes de sable, el mastodonte y el mamut.

Hoy la fauna aún es rica en artrópodos (arácnidos, insectos y miriápodos), reptiles (quelonios y ofidios de varios grupos), aves (particularmente falconiformes) y mamíferos (lagomorfos y cánidos, destacando el coyote, los roedores, el conejo y la liebre).

Antiguamente, cuando la laguna de Mayrán lucía su esplendor, llegó a abundar la pesca, e islas y pantanos rebosaron de aves y mamíferos. Aun después de establecida la civilización, el "galope triunfal de los berrendos", como dijo Othón, estremecía la estepa lagunera. Abundaban el venado y el jabalí; el caballo del hacendado, el burro del peón y la mula que cargó con el mérito principal del progreso agrícola inicial de la región se multiplicaban por ranchos y poblaciones. Hoy, la explotación comercial

e industrial del ganado caprino y, sobre todo, del bovino, se han generalizado en el campo.

Qué decir de aquella añeja vivencia de soledad, durmiendo en des poblado, al escuchar el aullido del lobo o del coyote que el lagunero imitó en la voz del arrequinte de la canción cardenche. Cómo no recordar, en las viejas rancherías de adobe, aquel canto matinal del gallo en los corrales, recortado tras el disco de cobre del sol naciente, o el lejano ladrido de los perros en la oscura soledad de las estrellas, cuando dormían las labores.

Durante el día, fuera de los poblados, en medio del páramo ardiente, bajo un cielo intensamente azul donde sofoca un sol de fuego, el manto del silencio sólo es roto, aún, por el zumbar de los insectos, el piar del ave o el cascabel del crótalo.

*La trípoli lagunera.* El corazón actual de la comarca son las ciudades de Torreón, Gómez Palacio y Lerdo, trípoli seccionada por el río Nazas que divide los estados de Coahuila y Durango. Las tres ciudades hermanas se localizan aproximadamente a  $103^{\circ} 30'$  de longitud oeste a partir del meridiano de Greenwich, y a  $25^{\circ} 32'$  de latitud norte.

Mirando desde el Cerro de la Cruz hacia el poniente, al pie del Cerro de las Calabazas destacan los verdores de Lerdo y de Gómez Palacio, que tienen como fondo la sierra marmórea del Sarnoso. En esa cumbre, una lejana tarde de fines del siglo pasado el viento seco trajo el eco del "Idilio salvaje" en la voz del poeta potosino. Allí los gallardos bárbaros aborígenes habían dejado impresas sus huellas, bajo la forma de petroglifos y pinturas rupestres, en las oquedades de las rocas que les servían de cementerio.

## **Torreón**

Los torreonenses sentimos, entre muchas otras, la singular satisfacción de residir en una de las contadas urbes que, en el mundo entero, tienen el raro privilegio de contar con el monumento que dio nombre a la ciudad: el torreón, génesis y emblema de la localidad.

Cuatro imágenes deberían honrar el emblema de la ciudad: el río Nazas, que es fuente de nuestra vida; el Cerro de la Cruz, donde se establecieron los primeros pobladores; el cruce de las vías del ferrocarril, detonante de nuestro crecimiento económico, y el torreón de la hacienda

que dio nombre a la ciudad. Fue esta torre inicial una atalaya fincada por los primeros valientes moradores en el desierto, junto a un río; amparo contra incursiones salvajes, vigía de tolvaneras, atajos y alrededores; altura para alertar contra las avenidas del río.

Hace poco más de un siglo, en 1883, cuando el rancho del Torreón era lo único que se alzaba junto a este cerro, Francisco Gómez Palacio, entonces gobernador de Durango, lanzó una fallida predicción: "Es una tontería que el tren pase por esas tierras de indios donde sólo hay alimañas y culebras, un vil desierto que hoy está deshabitado e igual lo estará por el resto de los siglos. Su suelo es tan estéril que nunca ha podido ni podrá mantener una población que merezca ser mencionada; mucho menos podrá sostener el tráfico de un ferrocarril".

Qué ajeno estaba don Francisco al milagroso auge algodonero y al espléndido desarrollo económico que pocos años después traerían las vías del ferrocarril a aquella primera comunidad establecida al pie de esta colina pétreo.

Al través de los años, los primeros colonos del "Torreón viejo" consolidaron en la roca viva sus humildes viviendas. Su mística representaba una fortaleza contra la aristocracia ridícula de fines del siglo pasado, contra las diferencias de razas y creencias. Lo único que importaba era sobrevivir unidos en el trabajo, base única de todo progreso. Esta mística quedó impresa en las rocas del cerro; en el bello contraste que dibujan sus árboles de hoy junto a la piedra gris. La tierra fue subida a pulso, hasta la altura de las propias viviendas, para sembrar una sombra en el arisco ardor de la piedra viva.

Hoy, como ellos, podemos abarcar desde la cima una gran porción de la comarca entera. No una fracción impuesta por la geografía política. Por ello, según decíamos, nos llamamos *laguneros* antes que *coahuilenses* o *duranguenses*; porque desde el alcor de nuestro nacimiento siempre hemos contemplado y compartido una misma tierra. Torreón, novedad del siglo xx, aparecida al pie de esta santa colina, fue creciendo a orillas del viejo río de las Nasas, como un abanico abierto hacia el oriente.

### **Dedicatoria**

Deseamos homenajear a quienes nos precedieron en la tarea de hacer florecer el desierto con esfuerzo y dedicación. Esta obra nos mostrará

el milagro de la resurrección del páramo yerto en la tierra nuestra, gracias a la fe, tenacidad, valor y sacrificio de aquellos visionarios.

Nosotros encontramos los frutos ya florecidos. Los sembraron esas tres generaciones de abuelos, mexicanos y extranjeros, que nos antecederon. El fuerte brazo campesino que emigró desde la guardarraya de Zacatecas y San Luis Potosí; de Durango, Coahuila, Nuevo León, Chihuahua, Tamaulipas, Guanajuato, Michoacán... Los colonos extranjeros que llegaron de allende el mar, de lejanas tierras, atraídos por el auge que le daba a Torreón el oro blanco. Hacendados españoles, hortelanos chinos, técnicos alemanes, mercaderes árabes... Unidos en un trabajo heroico, sudaron sangre para hacer florecer el páramo.

A todos ellos les dedicamos esta obra, porque ellos delinearon la imagen del lagunero de hoy; ellos conformaron el perfil de un pueblo sencillo, alegre, hospitalario, noble y trabajador que, en el lapso de un siglo, de 1850 a 1950, formó una nueva sintonía –personalidad física y social–, sobrevivió en contra de un medio hostil, dio origen a nuestra estirpe.

Nuestra parda arena, limo de antigua laguna situado sobre la gran burbuja de agua subterránea, enriqueció no sólo a los primeros inmigrantes, sino a los filibusteros de los poderes centrales que, situados a cientos de kilómetros de distancia, han lucrado durante más de un siglo explotando el sudor lagunero.

El triunfo esbelto de la más bella flor requiere un proceso de doloroso desenvolvimiento. El cacto brota del mordaz salitre y revienta su flor sobre la espina.

### *Perspectiva*

La actual generación de laguneros torreonenses hemos recibido, de nuestros padres y abuelos, el triunfo de la supervivencia en el desierto. Ellos llegaron de muchas latitudes a encontrar su destino. Para saber cuál es el camino que debemos emprender, necesitamos saber quiénes somos, de dónde vinimos. Esta obra pretende explicarlo, al menos en parte.

Todo hace suponer que los miles de jóvenes que trabajan y estudian en La Laguna –entre ellos los de las trece universidades con que contamos– proyectarán la comarca hacia alturas de progreso insospechadas por nuestros abuelos.

Después del esfuerzo inicial realizado durante el siglo pasado, y de haber cimentado en el presente la infraestructura necesaria para comunicar nacional e internacionalmente a la región, ahora se conjugan nuevas y mejores circunstancias. Se ha iniciado ya el despegue hacia el progreso industrial y terciario del siglo *xxi*. Hace falta aprovecharlo. Hagamos votos porque así sea.

## II. Antecedentes prehistóricos

Luis Maeda

**Cuando los europeos** llegaron al continente americano, a partir del 12 de octubre de 1492, pensaron erróneamente que habían desembarcado en las Indias Orientales, tal como era su objetivo. Por eso los aborígenes de estas tierras han sido llamados indios desde entonces. Años después se disiparon las dudas: aquellas tierras no eran las Indias Orientales, sino un gran archipiélago que se interponía entre Occidente y Catay, como se llamaba a China. Era un nuevo continente, un Nuevo Mundo que recibió el nombre de América en memoria del cartógrafo que supo reconocerlo: Américo Vesputio.

La presencia del hombre americano planteó problemas científicos y religiosos a los españoles, que creían literalmente en la Biblia. Si todos los seres humanos descendían de una primera pareja, Adán y Eva, ¿cómo habían llegado a poblar aquel vasto territorio que estaba del otro lado del mar?

Hoy en día, después de muchos años de estudio, al hablar sobre el origen de los primitivos americanos es opinión general que fueron emigrantes. Que a lo largo de siglos, hace no menos de 40,000 años, pasaron de Siberia a Alaska por el estrecho de Behring o Beringia, que en ese tiempo no estaba cubierto por el mar. Sea cual fuere la hipótesis que explique su origen, es evidente que hay un largo periodo de evolución que llevó a los primeros pobladores a convertirse, a lo largo de milenios, en los exponentes de las más ricas culturas de América.

En un principio estos emigrantes fueron tribus de nómadas cazadores y recolectores que, presionados por factores estacionales en los diversos ecosistemas, luchaban en el afán de supervivencia. Esas primeras corrientes humanas se distribuyeron por las tundras, estepas y

llanuras de Norteamérica. Poco a poco poblaron el norte, se internaron hacia el sur hasta llegar a lo que ahora es México y continuaron avanzando, formando asentamientos cada vez más estables, naciones o parcialidades indígenas en un mosaico disperso y diverso, con caracteres fenotípicos distintos a los grupos humanos identificados en el Antiguo Testamento.

Los primeros pobladores de América fueron asiáticos; quizás tártaros o grupos mongoloides, como las evidencias antropológicas a través del tiempo lo han venido confirmando.

**La existencia** de las tribus aborígenes que habitaron la región lagunera –aún en estado nómádico a la llegada de los españoles– obliga a investigar profundamente sus raíces antropogénicas, y todavía más allá en el proceso evolutivo de la vida en el planeta.

La búsqueda de los orígenes del hombre americano ha dado lugar a varias hipótesis. En Asia, Malasia, Australia, África y en otros lugares se ha podido demostrar la existencia de antecesores del género *homo*; no así en América, donde hasta la fecha la investigación no ha encontrado tales evidencias.

Como dijimos antes, los antropólogos, junto con los grupos interdisciplinarios, sostienen que el hombre americano es emigrante y esto ha propiciado numerosas teorías sobre su origen.

Al revisar algunos antecedentes, sorprende la modernidad de las conclusiones a que llega el padre jesuita Joseph de Acosta (1540-1600) en su *Historia natural y moral de las Indias*, publicada en Sevilla en 1590. Acosta expresa la idea más lúcida acerca del origen de los primeros americanos: "el continente llamado Indias no está del todo diviso y apartado del otro orbe y es de pensarse que en alguna parte se juntan o continúan o al menos se avecinan y allegan mucho". ¿Cómo llegaron estas tribus de cazadores? El padre Acosta agrega: "de estos indicios y otros semejantes se puede colegir que hayan pasado los indios a poblar aquella tierra, más por camino de tierra que de mar, o si hubo navegación que no fue grande ni dificultosa".

Poco después principiaron a surgir otras hipótesis con los comunicados y las publicaciones de los investigadores, muchas de ellas sobre hallazgos accidentales que fueron formando el cuerpo básico de la arqueología.

Es el momento de entrar en materia y exponer las teorías más aceptadas al respecto.

### **Teorías sobre el poblamiento de América**

El *autoctonismo* supone que el hombre no surgió en el Viejo Mundo sino en América, y de aquí pasó al resto de los continentes a través de rutas que vuelven a complicar las cosas. Florentino Ameghino, en Argentina, es el autor del monogenismo, hipótesis que de ser cierta simplificaría el problema de los orígenes de la humanidad. Pero no parece que esa deba ser su suerte, al no haberse encontrado hasta la fecha vestigios de antecesores evolutivos del género *homo* en todo el continente americano.

Por lo que respecta a la *teoría del origen único*, desde Humbolt en el siglo pasado se principió a pensar, junto a los investigadores norteamericanos, que el hombre primitivo de América tiene afinidades con la raza amarilla y se considera su origen mongoloide, sin duda al remontarse a aquellas oleadas que un día emigraron, hace 25,000 a 40,000 años por el noroeste del continente americano. Las pruebas de homogeneidad racial se fundamentan en el tipo físico de los aborígenes; caracteres antropológicos como el color de la piel, la forma y color del pelo, pómulos salientes, ojos rasgados, cuerpos lampiños; hábitos, ritos y costumbres; armas de caza y utensilios, entre otras cosas.

Por su parte, las técnicas de laboratorio modernas, con el uso del radiocarbono ( $C_{14}$ ) para llevar a cabo la datación de objetos y materiales encontrados en los antiguos sitios de habitación han logrado fechar los sitios arqueológicos desde Siberia y Alaska hasta el sur del continente, y con ello se ha documentado el paso sucesivo de las corrientes humanas.

**En el territorio** de Yukón, Canadá, se encontró un hueso con un extremo tallado a la manera de un rascaespaldas, que fue fechado mediante el radiocarbono con una antigüedad de 27,000 años. Es una tibia de caribú con la punta aserrada. Lo presentó el doctor William N. Irving, de la Universidad de Toronto, Canadá.

Los hallazgos en Folsom, Nuevo México, confieren a los primeros cazadores de bisontes una antigüedad aproximada de 8,000 años antes de Cristo; en Clovis se hallaron rastros de cazadores de mamut de 9,000 o más años antes de Cristo; en Utah, en la Danger Cave, indicios de forrajeros que datan de 8,000 años antes de Cristo. En Arizona, en

Ventana Cave restos de 9,300 años antes de Cristo, y en Olsen Chubbuck yacimientos de cazadores de bisontes con más de 8,000 años de antigüedad. A todos éstos se agrega el descubrimiento del hombre de Los Ángeles, cuya datación con el radioisótopo ( $C_{14}$ ) le dio una antigüedad de por lo menos 23,000 años antes de Cristo.

Otros estudios con las nuevas técnicas isotópicas han permitido confirmar la antigüedad del primer maíz del norte de México con 1,100 años antes de Cristo. Los restos del montículo de la Serpiente en Ohio, y los de Cahokia, la mayor ciudad del norte de México, tendrían una antigüedad de 1,100 años antes de la era cristiana. Los de la gigantesca cañadiza de Mesa Verde en el estado de Colorado y otros más en Groenlandia y en Alaska contarían por lo menos de 4,000 años antes de Cristo.

Las investigaciones sobre los orígenes del hombre americano, a partir de sus rastros primigenios, confirman que los primeros pobladores atravesaron a pie firme, durante la glaciación de Winsconsin, el suelo seco de Beringia, en una serie de oleadas humanas. Otro fenómeno de importancia decisiva en este proceso fue, hace 28,000 años, la apertura del corredor de la cordillera de Brooks en el vértice oriental de las Rocallosas. Esto permitió a aquellos hombres llegar a las llanuras de Norteamérica tras las huellas de los animales del Pleistoceno, como el caribú, el alce, el mamut lanudo, el bucy almizclero, el bisonte y otras especies. A lo largo de generaciones se fueron distribuyendo y dieron lugar a distintas culturas, según su *habitat* y sus actividades. Los grupos de forrajeros, constructores de montículos, incipientes agricultores formaron los primeros asentamientos humanos, mientras otros permanecieron nómadas, emigraron al sur y dieron origen a las culturas del Suroeste de los Estados Unidos y del Norte-Centro de México. En Mesoamérica algunas florecieron extraordinariamente, al igual que las de Centro y Sudamérica.

El esquema, incompleto y apresurado, nos muestra cómo, partiendo del norte al sur del continente, las fechas se van acercando cada vez más a nuestro tiempo y pone en evidencia la ruta general que siguieron los primeros pobladores de América.

Finalmente, en apoyo de la teoría del origen único, los investigadores norteamericanos agregan que la distribución de los distintos grupos tribales, unos con cráneos dolicocefalos y otros braquicefalos sencillamente explica que al continente no llegaron representantes de

un solo lugar de Asia, sino de la Polinesia, Oceanía, Malasia, Australia, Filipinas, Japón, China, Siberia, al igual que tártaros y mongoles.

**¿Cómo lo hicieron?** ¿Qué otras pruebas antropológicas, etnográficas o filológicas existen? Dejemos que la *teoría difusionista o de origen múltiple* nos lo explique. El prestigiado investigador francés Paul Rivet desde hace tiempo sostiene la hipótesis de que los asiáticos llegaron en oleadas a toda la costa occidental del continente americano y no solamente por el estrecho de Behring como han sostenido los investigadores norteamericanos. Principia diciendo que hay suficientes bases lingüísticas para mostrar la semejanza de las lenguas primitivas americanas con las asiáticas, tanto en su morfología como gramaticalmente. Por lo menos, él ha encontrado 280 concordancias de raíces con los pueblos indonesios, melanesios y polinesios, comprendidos estos últimos por el antropólogo galo en el grupo malayo-polinesio.

Rivet expone también razones antropológicas y etnográficas que confirman la presencia del elemento australiano en América, sobre todo en el sur, y señala que ciertas razas americanas como los fueguinos y otras tribus de la Patagonia tienen cráneos muy semejantes a los australianos. Estudios de otros autores han confirmado los hallazgos de caracteres platidolicocéfalos australoides en América. Tal es el caso de Mendes Correa, quien en 1925, estudiando la craneología americana, encontró ciertos rasgos de carácter australoide y melanesio y sostuvo la hipótesis, que en cierta forma concuerda con la de Rivet, de que América se pobló también por el sur desde Australia.

Entre las pruebas etnográficas y arqueológicas se pueden mencionar algunos artefactos y utensilios semejantes entre los melanesio-polinesios y los primitivos americanos, muchos de los cuales se usan en la actualidad.

Entre ellos se mencionan: la cerbatana, el *átlatl*, el arco para bolas, la honda, el lazo, la azuela de mango acodado, el palobalancín o conejero, la maza anular y estrellada, los puentes de lianas, las redes sin nudos, el remo con travesaño, los botes de haces de juncos, las balsas, las piraguas, las piraguas dobles de balancín, la decoración con ojos en la proa, las casas lacustres sobre postes y en los árboles, las acroteras de cerámica, los morteros, taburetes, reposacabezas, hamacas, mosquiteros, cepillos para el cabello, peines compuestos, la capa

pluvial de fibras vegetales, el uso de la corteza para vestido y la maza para prepararla, procedimientos textiles, el poncho, el teñido de telas, el estuche para el pene, los ornamentos para la nariz, la placa pectoral, la decoloración artificial de las plumas de las aves vivas, el cuerno de concha, los tambores de madera, los de piel, el arco musical, el bastón para ritmo, la flauta de Pan, los zancos, el uso de la cal para preparar determinados alimentos, la elaboración de algunas bebidas alcohólicas, el cultivo en terrazas con riego, la pesca con veneno, el uso de conchas como ofrenda, las danzas con máscaras, el saludo con lágrimas, las incrustaciones y el ennegrecimiento en los dientes, los tatuajes, diversos mitos, la trepanación de los cráneos y las sangrías, entre otras cosas.

Las semejanzas entre las ceremonias de los fueguinos y de las tribus onas en el extremo sur de América con las australianas, son otras pruebas etnográficas. También el uso de armas iguales al bumerang y la obtención del fuego por medio de la barrena. Todo esto apoya la teoría de origen múltiple. Paul Rivet concluye que las primeras oleadas de inmigrantes a América pudieron haber sido las del elemento australiano, luego las del malayo-polinesio, después las del asiático, que sería el más importante, y finalmente el uralio que incluye a los esquimales.

Otras teorías sobre los orígenes del hombre americano deben ser descartadas por su falta de respaldo científico. Entre ellas, las que lo suponen proveniente de África, o descendiente de egipcios, fenicios, caldeos y cartagineses. Tampoco se acepta que el hombre americano se origine de la tribu perdida de Israel.

Después de este resumen sobre los orígenes del hombre americano y la crítica de las distintas teorías, es saludable dejar la puerta abierta a las pruebas futuras. Mientras tanto volvamos la mirada al horizonte tardío del desarrollo de los pueblos del Suroeste de los Estados Unidos y del Norte-Centro de México, por la importancia que tiene en la explicación del origen de las tribus que poblaron la región lagunera, La Laguna o de las Lagunas, como al principio se la conocía.

**Visto de esa manera** el panorama, se dice que algunos de los pobladores de las llanuras de Norteamérica formaron asentamientos más o menos estables, mientras otros continuaron con sus costumbres de cazadores-recolectores, tribus nómadas y belicosas. Así conocemos las culturas de los atapascanos, navajos, sioux, apaches; las de las tribus

pueblo, hohokan, mogollón y anasazi, que bastante influyeron culturalmente en Oasisamérica o Casas Grandes, en territorio mexicano, y las de las naciones del Norte-Centro de México.

Hay pruebas de hallazgos de proyectiles de pedernal tipo Folsom en el norte de Coahuila y en el estado de Durango. Y datos de que esas tribus, que formaban numerosas naciones o parcialidades, constituyeron un gran dominio de hordas salvajes que irrumpían hasta Mesoamérica. Se mencionan en los grupos tribales a los tamaulipas, coahuiltecos, tobosos, chisos, conchos, jumanos, tepehuanos, salineros, cabezas, que incluían a los laguneros, zacatecos y guachichiles, además de pames y guamares. Sus costumbres, hábitos, ritos religiosos, estilos guerreros y armas eran un común denominador.

El historiador que acompañó al capitán Hernán Cortés en la conquista de la Nueva España, escribió sobre los chichimecas llamándolos por su carácter indómito y su ferocidad "los gallardos bárbaros del norte". El doctor Francisco Hernández, protomédico que dirigió entre 1571 y 1576 la primera expedición científica a la Nueva España, en su libro *Antigüedades de la Nueva España* dijo:

qué diré de las admirables naturalezas, tantas plantas, animales y minerales: de tantas diferencias de idiomas, mexicano, texcoquense, otomite, tlaxcalteco, huasteco, chichimeca y otros más que apenas pueden ser numerados, de tantas costumbres y ritos del hombre, de tantos vestidos con los que se cubren y modas y maneras de ornamentos que apenas pudieran seguirlas la inteligencia humana.

**Las tribus** de La Laguna pertenecieron a aquellos contingentes que quedaron en Aridoamérica, con características propias en su adaptación al ecosistema; conservaron hasta el último momento todo el peso de su carácter, forjado en el binomio simbiótico medio ambiente-hombre que reflejó totalmente su cultura.

En 1566 o 1567, fray Pedro de Espinareda, siguiendo los meandros de un caudaloso río, llegó a la región de las Lagunas, pero tan sólo dio someros datos de sus habitantes. La primera puebla de españoles en la región ocurrió en el valle del Pirineo, como llamaban a Parras, por el año de 1578; la hizo el capitán Martín López de Ibarra, a la banda de levante del río Guadalupe, hoy conocido como Arroyo de la Hacienda. El hallazgo de la Cueva de La Candelaria en Valle de Las Delicias, en el municipio de San Pedro, Coahuila, en los años

cincuenta, permitió conocer mejor los textiles, los utensilios, la frágil cerámica, los artefactos de la caza y de la pesca, además del material lítico y el estilo de los enterramientos funerarios de los antiguos laguneros.

Estos restos confirman el nivel cultural de los primitivos habitantes de nuestra región, y permiten vislumbrar sus hábitos, costumbres, ritos y ceremonias, y su tipo de alimentación. También nos revelan que estaban relacionados con otras culturas del norte de México y del sur de los Estados Unidos, y posiblemente con las tribus del altiplano mexicano.

En este sentido son de particular interés los trabajos de investigadores recientes, como William B. Griffen, de la Universidad de Arizona, que describe las variaciones culturales y el intercambio que hubo entre las naciones nómadas del Norte-Centro de México.

En la cueva de El Pozo de Calvo, cerca del río Aguanaval, se han encontrado bultos funerarios -cadáveres envueltos en lienzos o en petates- procedentes de la cultura irritila, que datan de entre los años 1000 a 1600 de nuestra era. Los acompañaban sandalias tejidas, collares y pulseras de semillas y de vértebras de víboras; morrales y bandas de colores azul y rojo con figuras geométricas. Los tejidos son de fibra de lechuguilla y palma yuca; algunos pocos que se han encontrado de algodón debieron llegar por efecto del comercio. Son exclusivas de los irritilas las fajas de "red sin nudos" y las trampas para animales y pájaros de "red con pelusa". Las escasas pinturas rupestres y los muy numerosos petroglifos que se encuentran en la región muestran signos que no se dejan descifrar fácilmente, excepto por algunos donde pueden identificarse al Sol y a la Luna.

### III. La Conquista

Felipe Garrido

**Llamamos la Conquista** al tiempo que llevó a los españoles, llegados a América en el ocaso del siglo xv, imponer su dominio en el Nuevo Mundo. Implantar una nueva organización social, un nuevo orden económico y una nueva religión. También ocupar el territorio, tarea que con frecuencia estuvo delegada en aliados indígenas.

En este capítulo trataremos, en general, del avance español por el Centro-Norte de lo que ahora es México. El acontecimiento fundamental que llena los años de 1550 a 1600 –los de la expansión española por el norte y la fundación de las grandes ciudades mineras– es la guerra chichimeca.<sup>1</sup>

**Tras la toma de Tenochtitlan**, el 13 de agosto de 1521, Cortés y sus hombres continuaron hacia otras tierras, tras un sueño de riquezas inextinguibles. Entre 1529 y 1536, Nuño de Guzmán asoló el territorio al noroeste de la ciudad de México y formó la provincia de Nueva Galicia. El hermano Marcos y después Coronado recorrieron el norte de la Meseta Central en un vano intento de encontrar ciudades fabulosas. El fracaso de Coronado (1540-1542) coincidió con la guerra del Mixtón, revuelta de los caxcanes de la Nueva Galicia donde murió Pedro de Alvarado. Los invasores estuvieron a punto de ser vencidos, y quedó claro que las tribus del Norte poseían una fuerza bélica sorprendente.

El fracaso de Coronado y la guerra del Mixtón dejaron la frontera en manos de ganaderos, misioneros y colonos indios. Surgió una

1 Estudiada de manera relevante por Philip W. Powell, a quien seguimos de cerca en este capítulo. Sus obras se consignan en la Bibliografía, al fin del libro.

nueva provincia, de los Chichimecas. El primer virrey, Antonio de Mendoza (1535-1550), encabezó las tropas en el Mixtón; concedió tierras a los chichimecas que aceptaron establecerse entre los españoles; dio encomiendas y propiedades a los conquistadores.

Mientras los ganaderos iban ocupando la frontera, y mineros y militares organizaban entradas contra los indios, o de exploración, llegaron algunos frailes. Hacia 1543 los agustinos fundaron dos casas entre los pames. Los franciscanos avanzaron desde Acámbaro. Fray Juan de San Miguel entró en el Gran Chichimeca en 1542, fundó una colonia de guamares, otomíes y tarascos cerca de San Miguel, y llegó al Río Verde. Fundando hospitales y escuelas, haciendo intérpretes a los conversos, levantando capillas, los religiosos fueron afianzando la colonización.

Un día, de más allá de los puestos más avanzados, llegaron noticias fantásticas a la Nueva Galicia. El 8 de septiembre de 1546, unos jinetes españoles, cuatro franciscanos y varios indios juchipilas acamparon al pie de un monte en forma de joroba, muchas leguas al norte de Guadalajara, de donde habían salido.

Juan de Tolosa, jefe de la expedición, obtuvo de los zacatecos pepitas de plata y reconoció vetas del metal en los cerros que rodean a La Bufa. Cuatro veteranos del Mixtón hicieron crecer la nueva ciudad: Juan de Tolosa, cuya rápida fortuna y los servicios a la Corona le ganaron la mano de Leonor Cortés Moctezuma, hija de don Hernán y de la princesa Isabel Moctezuma. Cristóbal de Oñate, gobernador de Nueva Galicia, cuyo hijo Juan, colonizador de Nuevo México, casó con una hija de Tolosa. Diego de Ibarra, ganadero que construyó la primera casa del lugar. Y Baltazar Temiño de Bañuelos, que sería capitán general contra los chichimecas.

En 1549 comenzaron a llegar aventureros y la minería se expandió. Para 1550, Diego de Ibarra tenía una mansión, soldados, empleados, esclavos negros, mulas, carros y molinos. En abril de ese año había en Zacatecas 34 sociedades mineras. Oñate tenía trece molinos de mineral, fundidoiras, más de cien esclavos y una iglesia. Había palacios, tiendas, templos y un barrio indio. Los salarios subieron tanto que se les fijó un tope. La carrera a Zacatecas fue la primera estampida hacia el norte.

**Los caminos a Zacatecas** cruzaban tierras de muchas tribus; por ellos circulaban alimentos, vestidos y otros bienes; eran muy vulnerables.

Al principio partían de Nueva Galicia. Después de 1549, también de El Bajío. Para 1551, de México; éstos se hicieron más importantes al hallarse en Guanajuato (1554) grandes vetas de plata. Desde 1550 empezaron a circular carretas. Para que los viajeros no robaran a los indios ni a las estancias, se estimuló la aparición de posadas y ventas, muchas regenteadas por indios. Eran lugares de descanso en comarcas despobladas, y servían como fuertes. Los precios los fijaban las autoridades y se colocaban en lugares visibles. En 1550, San Miguel y Querétaro ya estaban en auge por el tráfico a Zacatecas.

Pese a las prohibiciones, gran parte del transporte se hacía con tamemes. La espalda del indio, el medio de carga tradicional, fue indispensable hasta que la cría de ganado y el uso de carros lo redujeron. Cada vez más importantes fueron las mulas. El grueso del comercio comenzó a depender de las recuas de los mercaderes, indios y mestizos. Pronto creció el comercio por medio de convoyes de carretas que llevaban equipo y materiales pesados a las minas.

El cargamento más valioso era la plata que iba al sur para ser acuñada en la Casa de Moneda de México y enviada a Veracruz, donde se embarcaría a España. Al norte las carretas llevaban, según las licencias de embarque de 1550, seda, percal, látigos, herraduras, camisas de lino, ejes, aceitunas, aceite, cáñamo, clavos, vino, cerrojos, cuentas, zapatillas, fundas de espada, platos, machetes, dedales, calderos, agujas, guantes, reatas, papel, tijeras, candeleros, jabones, botas, telas, cuchillos, dulces, sardinas... El azogue, indispensable para beneficiar la plata, se transportaba en cueros de oveja.

Al terminar la década de 1550 iban a Zacatecas mercaderes de Colima, Guadalajara, Michoacán, México, Puebla, Veracruz y otros lugares. Cada vez era más difícil abastecerlos sin perjudicar a los indios, y el gobierno exigió licencias para cada mercancía; todo debía manifestarse, y había que respetar los precios establecidos. A medida que aumentaba el tráfico por los caminos de la plata, los ganaderos y mineros fueron desplazando a los chichimecas. Los guerreros nómadas empezaron a defenderse. En el primer ataque grave, a fines de 1550, unos zacatecos mataron a unos tarascos que llevaban telas a Zacatecas. Después robaron rebaños a Oñate y a Ibarra. Los guachichiles, guamares y copuces iniciaron sus depredaciones. El primer contrataque español siguió a la muerte de un mercader y sus 40 tamemes, en septiembre de 1551. Los viajeros empezaron a llevar escolta.

**"Chichimeca" es nombre nahua.** Su sentido despectivo hizo sentirse confiados a los españoles. Pero pronto aprendieron a temerlos, respetarlos y distinguirlos. Cuatro naciones ocuparon su atención: pames, guamares, zacatecos y guachichiles. Cada una abarcaba tribus y rancherías que fueron recibiendo nombres específicos.

Los guachichiles eran los más belicosos. Vivían en el Tunal Grande: las tierras de San Luis Potosí. Su gran número y extenso territorio los hacían invencibles. Se aliaban con otras tribus y llegaron a unir al Gran Chichimeca contra los invasores. Sus muchos dialectos entorpecieron el trabajo de los misioneros. Los copuces, tepeques, tezoles, guajabanas, sauzas, tecuexes, irritilas o lagunas atacaban poblados y caminos. Hubo grupos más sedentarios que se asimilaron al sistema español y combatieron a los indios hostiles.

La vida variaba poco en cada tribu. Los hombres se cubrían los genitales con hojas, y las mujeres con pieles hasta las rodillas; unos y otras usaban cabello largo. Andaban descalzos o con huaraches. Distingúan a cada tribu la pintura y los tatuajes. Vivían en cavernas, agujeros y chozas redondas de paja que construían bajo árboles o salientes rocosas. Escaseaban los alimentos. Cultivaban maíz y calabaza, y recolectaban mezquites, tunas, semillas y raíces. El canibalismo era ritual. Comían hojas, flores y corazón de cacto, cocidos bajo tierra. Su pan de mezquite se conservaba largo tiempo; de la misma planta -y de tunas- preparaban licor. Consumían miel de abeja y posol. No desdeñaban nada: gusanos, ratas, víboras, ranas, conejos, aves, peces, ciervos, mulas, caballos y reses; crudos o apenas asados. Su afición a la carne de res fue causa de guerra y de paz. Siempre había guerreros dispuestos a robar ganado; y los españoles lo usaban para negociar. Fue importante también la creciente afición por la ropa.

Los chichimecas adoraban astros, animales y plantas. Conservaban las cenizas de sus difuntos -dispersaban las de sus enemigos-; o enterraban con ellos alimentos y agua para el más allá. Las danzas en torno a los cautivos antes de matarlos eran rituales. Creían apropiarse los poderes de hombres y animales si los comían o se los pintaban. Cercaban sus campamentos con estacas para ahuyentar malos espíritus y enfermedades. Para que no los embrujaran, evitaban dejar rastros en territorio enemigo. Sólo entre caxcanes y pames había templos y cierta jerarquía sacerdotal. Los matrimonios intertribales a veces concertaban la paz. Desde niños traían arcos y flechas. Su juego de pelota duraba horas en un campo de kilómetros de longitud.

Nómada, conocedor de su tierra, el chichimecas era un enemigo invisible y aterrador. En grupos de 40 o 50 emboscaban a sus víctimas en terreno rocoso, donde pudieran escapar sin ser seguidos a caballo. La hora preferida era el crepúsculo o el alba; atacaban desde corta distancia, entre gritos que helaban la sangre y una lluvia de flechas. Iban desnudos y pintarrajeados, con el arco y cuatro o cinco flechas en la mano, y la aljaba a la espalda, bien provista. Antes del combate y para celebrar la victoria, se drogaban y embriagaban. Debilitaban los poblados enemigos matando y robando caballos. Eran muy resistentes. Su arma principal era el arco, y su rapidez y puntería notables. Las armas de los españoles eran más mortíferas si ellos atacaban primero, pero casi siempre tenían que defenderse. La penetración de las saetas chichimecas, con punta de obsidiana, era sorprendente. Algunas traspasaron la cabeza del caballo e hirieron después al jinete; o atravesaron una malla de acero. Usaban jabalinas de madera endurecidas al fuego, cuchillos de obsidiana, hachas y macanas de piedra, espadas y arcabuces que quitaban a los españoles. Pronto aprendieron a montar.

Los chichimecas les sacaban el corazón a los cautivos; o les arrancaban la piel de la cara y la cabeza, aún vivos. Los empalaban, o les arrancaban huesos hasta matarlos; los arrojaban por despeñaderos, o los colgaban, o les abrían las espaldas y les arrancaban los tendones, que empleaban para atar las puntas de las flechas. A algunas mujeres las cautivaban, pues escaseaban en el Gran Chichimeca, y también a los niños que podían marchar con el grupo.

**Luis de Velasco** sustituyó a Mendoza a fines de 1550; su gobierno duraría 14 años. Tenía órdenes de fundar fuertes y poblados, y explorar nuevas tierras. En 1554 Francisco de Ibarra, acompañado por franciscanos, comenzó una serie de expediciones que se prolongarían por más de veinte años y darían forma a la frontera más lejana de la Nueva Vizcaya, provincia de la cual fue gobernador y capitán general. La fundación de campos mineros más y más al norte propició el avance de los ranchos. Bien organizadas, las expediciones de Ibarra tuvieron éxito. En parte por su cuidado de tratar bien a los indios y fundar estancias. Pero los colonos no podían avanzar tan aprisa como los exploradores y mineros; el despoblado que dejaban tras ellos daba ocasión de ataque a los indios nómadas. Para 1554 un temible caudillo chichimeca era Maxorro. Ese año, en Paso de Ojuelos, fueron asaltadas seis carretas con escolta. Los

atacantes se llevaron más de 30,000 pesos en plata y otros bienes, incluso mujeres, y mulas para cargar el botín.

Al terminar 1561, más de 200 españoles y 2,000 aliados y comerciantes indios habían muerto camino a las minas del Norte. El grano, la harina, el vino y las armas cuadruplicaron su precio, y muchas bestias murieron por falta de forraje. Los españoles empezaron a contraatacar en 1551, en grupos de 30 a 40 jinetes con ballestas y arcabuces, más cientos de aliados indios, tamemes, alférez, escriba y trompetero. Estaban en campaña dos a tres meses. Una dificultad para convencerlos de que pelearan era que entonces estaba prohibido esclavizar a los chichimecas. Los cautivos se depositaban entre españoles, por el tiempo que fijara la Audiencia de la Nueva Galicia, para ser catequizados.

La primera meta del virrey era proteger el camino México-Zacatecas. Se usaron carretas reforzadas y con troneras. Las escoltas brindaron enorme ayuda, así como la fundación de poblados de indios y de españoles. Dos pueblos muy importantes fueron San Miguel y San Felipe. Habitado desde diez años antes, San Miguel se fundó el 15 de diciembre de 1555. En nombre del virrey, Ángel de Villafañe lo estableció con 50 españoles a los que dio tierras. Los colonos debían tener armas y caballo, y no podían vender las propiedades en diez años. Tierras aparte eran las de tarascos, chichimecas y otomíes ya asentados allí. San Felipe se fundó, para aliviar la presión sobre San Miguel, el 1º de enero de 1562. Pronto fue la protección más importante del camino México-Zacatecas.

En la administración de Velasco se fundaron, con auxilio de los otomíes, Santa María de los Lagos, San Juan de los Lagos y Nombre de Dios, en 1562 o 1563. El 1º de mayo de 1557, Nicolás de San Luis Montáñez, cacique de Tula, fue nombrado hidalgo y capitán, por capturar a Maxorro. Otro otomí fue Juan Bautista Valerio de la Cruz, nombrado capitán general de la Provincia de los Chichimecas el 1º de mayo de 1559. Lo ayudaban otros caciques otomíes: Juan de Austria, Nicolás de San Luis, Diego Atexcóhuatl, Antonio de Luna y Diego de Tapia. Otro caudillo otomí aliado de los españoles fue Hernando de Tapia, padre del anterior, quien veinte años antes había cooperado con el español Hernán Pérez de Bocanegra para cristianizar a su pueblo.

**En 1560 y 1561** todas las estancias de Zacatecas fueron atacadas. Las minas de San Martín y Avino estaban sitiadas por guachichiles y

zacatecos. La actividad, paralizada por la falta de mulas, provisiones y gente. Los alimentos sextuplicaron su precio.

Guachichiles y zacatecos estaban aliados en el Malpaís: 250,000 hectáreas de terreno volcánico, intransitable a caballo, al norte de Nombre de Dios y al este de Durango. Allí se reunieron unos 2,000 guerreros para atacar San Martín. Pedro de Ahumada Sámano fue el encargado de oponérseles. Dejó en Zacatecas una guarnición y fue a San Martín con 40 jinetes y 400 caxcanes, más algunos zacatecos, mexicas y tarascos. Al perseguir a unos atacantes, descubrió la entrada al territorio chichimeca. Al día siguiente empezaron a quemar rancherías: lograron expulsarlos del Malpaís y matar o capturar a más de 400; muchos fueron quemados vivos. Ahumada regresó a Zacatecas y fue contra los guachichiles. Hizo más de cien prisioneros que fueron ejecutados o sufrieron la amputación de manos o pies o, por lo menos, del pulgar y otro dedo para que no pudieran tirar con arco. El agua y los alimentos estaban acabándose, y Ahumada se retiró. Su campaña cortó uno de los mayores esfuerzos de las tribus nómadas contra los españoles.

La oferta de perdón, alimentos y vestidos fracasó en el Malpaís, pero tuvo éxito con los tepehuanes, que aceptaron trabajar en las minas de San Martín y Avino. El método fue precursor de una política general de paz que llegaría a ser oficial a fines de siglo. Ahumada informó al virrey que había gastado más de 26,000 pesos oro en los nueve meses de campaña. Muchos de sus hombres también habían hecho gastos, confiados en que se los reembolsarían. Ahumada creía que la guerra debería seguir "a fuego y a sangre". Sin embargo, el virrey se concentró en el conflicto con los encomenderos y no atendió sus recomendaciones: en menos de tres años, los chichimecas volvieron a estar en guerra.

Fray Jacinto de San Francisco, fray Cintos, al norte de Zacatecas desde 1559, envió al rey un informe (20 de julio, 1561) que contradecía a Ahumada: no debía declararse la guerra a los chichimecas. Hacía falta un capitán, temeroso de Dios, que dirigiera la colonización. Cientos de españoles recibirían tierras o minas, y no codiciarían las de los indios, que las tendrían si se instalaban en paz. Esto parecía costoso, pero al avanzar la pacificación se descubrirían nuevas minas. Los idealistas planes de fray Cintos no se siguieron al pie de la letra, pero influyeron en la pacificación de varios lugares allende Zacatecas.

Los intentos para negociar la paz del sucesor de Velasco, Gastón de Peralta (1566-1567), coartados por tropiezos financieros y por rivalida-

des entre las audiencias de México y de Nueva Galicia, fracasaron. El virrey optó por la guerra y por intensificar la esclavitud. El gobierno no tenía un mecanismo para financiar la guerra, ni una política para los aliados ni para los chichimecas cautivos, ni un sistema de reclutamiento ni paga fija para los soldados, ni protección eficiente de los caminos. Cada vez más sacerdotes, mineros, ganaderos y comerciantes pidieron una acción enérgica, bajo responsabilidad real y no privada. Las expediciones particulares solían ser pretextos para esclavizar indios pacíficos. Los viajes hacia el norte casi se habían interrumpido; las sierras de Guanajuato estaban amenazadas y Comanja fue arrasada en 1568 o 1569; los zacatecos merodeaban Zacatecas y pareció que podían atacar la capital del virreinato.

**La llegada del cuarto virrey**, Martín Enríquez de Almanza, en diciembre de 1568, inició un periodo de estabilidad. Enríquez derrotó al pirata John Hawkins frente a San Juan de Ulúa, y se dedicó a reducir los antagonismos causados por la brutal represión de la conspiración Ávila-Cortés. Sus doce años de gobierno no fueron de expansión, sino de afianzamiento de los avances previos.

En 1574, Enríquez convocó una segunda reunión (la primera había sido en 1569) con representantes de las órdenes religiosas para discutir la guerra. Se concluyó que era legal, aunque los dominicos sostuvieron que los españoles eran los agresores. Los chichimecas culpables de asalto pasarían en prisión trece años; los niños no serían esclavizados. Estas medidas no contentaron a los opositores ni a los partidarios de la guerra. El punto crucial era probar la culpa de los cautivos. El virrey insistía en el juicio individual. Los capitanes actuaban unos como testigos de otros y falseaban las declaraciones. El castigo para los jefes y espías chichimecas era la horca. Los demás podían sufrir de la horca y la hoguera a la amputación de pies, manos o dedos. Los cautivos eran repartidos entre quienes habían combatido. Los soldados vendían sus esclavos a tratantes de Celaya, Durango o Zacatecas, que los revendían en la ciudad de México o sus alrededores. Un esclavo valía de 80 a 100 pesos oro en la frontera, y algo más en México. Las nuevas Leyes de Indias prohibieron la esclavitud, pero las realidades de la frontera se impusieron hasta que el virrey Villamanrique, que llegaría en 1585, hizo respetar las leyes.

Para la defensa de la frontera Enríquez obtuvo ayuda. El gasto de la guerra se calculó en 40,000 pesos anuales. Un tercio sería pagado por el rey; otro por los encomenderos de la Nueva España y de la Nueva

Galicia, y el restante por los mercaderes, mineros y propietarios de recuas y carretas que recorrían la tierra de guerra. Sin embargo, siguieron llegando al rey y al Consejo de Indias informes de que no se hacían esfuerzos suficientes. Todos los días había noticias de daños causados por chichimecas. Muchas minas habían sido abandonadas. Era imposible viajar sin escolta. Todo subió de precio. Los capitanes nombrados para encabezar la guerra renunciaban al poco tiempo porque tenían que financiarla de su bolsillo.

Con Enríquez, los asuntos de la frontera dejaron de ser de particulares. Comenzó una organización militar, con reclutamiento y salarios. El nuevo sistema mejoró cuando el tesoro abrió un tanto sus arcas. Un avance fue colocar los asuntos militares en manos de un teniente de capitán general por cada una de las audiencias de México y de Nueva Galicia. El primero por México fue Francisco de Sande, que fundó Celaya, en 1570. Otro, por Nueva Galicia, fue Gerónimo de Orozco, que tomó posesión el 15 de diciembre de 1574 y desempeñó el cargo hasta su muerte, en 1581. Uno de sus aciertos fue elegir como teniente para Zacatecas a Rodrigo del Río de Loza, que tendría un papel determinante. Otro fue supervisar la fundación de Aguascalientes y León.

**Pese a las disposiciones** de Enríquez para que los gastos de la guerra se repartieran, la audiencia de la Nueva Galicia y los mineros se negaron a cooperar, y sólo algunos estancieros pusieron su parte. La mayor carga cayó sobre los encomenderos. En 1575 el virrey dictó órdenes para recabar fondos a partir de multas y de licencias de vino, carne y leña; en 1576 consiguió que en la real hacienda hubiera una "cuenta de los gastos de chichimecas".

El Conde de Coruña, sucesor de Enríquez, fue más afortunado. En junio de 1580 el rey aceptó que el tesoro real financiara la guerra. Después de 1582, con los capitanes iba un "pagador y proveedor". Para recibir el salario cada soldado debía tener dos caballos, arcabuz, cota, zaragüelles (chaparreras) y yelmo con visera. Los pagadores recibían el mismo sueldo que los capitanes: en 1584, dicho sueldo era de 500 pesos de oro anuales. En la década de 1590 llegaron a ganar 800, pero los soldados no pasaron de 450: paga insuficiente que los hacía desertar o atacar a indios pacíficos para aumentar sus ingresos. Había una escasez crónica de armas y caballos. Casi todo venía de la ciudad de México. La pólvora era un monopolio real. Para aliviar la falta de armas, los virreyes

cerraban los ojos al contrabando. En muchos lugares la defensa corría por cuenta de los vecinos.

Un soldado bien equipado llevaba en la cabeza una celada con visera; para protegerse los hombros y el tronco, unas hombreras con pliegues y cota de malla o armadura. Las cotas podían ser de metal, o de varias capas de gamuza o de algodón acojinado. La adarga o escudo protegía el cuerpo, pero los arcabuceros debían prescindir de esta defensa pues ocupaban las dos manos. Una apretada armadura de gamuza y botas altas completaban el atuendo. Las armas principales eran la espada, la lanza y el arcabuz. Para los arcabuces había que llevar pedernales, un frasco con pólvora, un cebador, tornillos para retirar las cargas defectuosas y moldes para los cartuchos. Los caballos llevaban armaduras de cuero o de algodón acolchado hasta los corvejones. Les cubría la frente la testera, una pieza más gruesa, a veces de metal.

Una expedición incluía 40 o 50 jinetes y hasta 300 o 400 aliados indios. Las más ambiciosas llevaban 30 o 40 carretas con víveres y equipo, y auténticos rebaños. No era raro que chichimecas cautivos fueran guías e intérpretes, y casi siempre iba un fraile. El camino al entendimiento se allanaba con baratijas y promesas de perdón que a veces se olvidaban, así como los chichimecas supuestamente pacíficos podían recobrar la belicosidad. A partir de 1570 hubo dos formas básicas de organización militar: las tropas de presidio que servían de escolta en los caminos, y las patrullas que vigilaban ciertas regiones. Los presidios eran pequeños fuertes donde se acantonaban algunos soldados. Las escoltas iban de uno a diez soldados. Las patrullas llegaban a tener 40. En tiempos de crisis los ciudadanos siguieron armándose, empleando aliados indios y pagando tropas.

La paga era baja y grandes las privaciones; era difícil reclutar hombres. Los capitanes eran en su mayoría españoles, aunque había algunos criollos y, al parecer, sólo uno mestizo: Miguel Caldera, hijo de español y guachichil. Muchos eran terratenientes o mineros que vivían en la frontera. Debían ver que se tratara bien a los aliados, e incorporar a sus tropas chichimecas pacificados. En general, estaban por la guerra sin cuartel y por la esclavitud. Pese a las penalidades y a las restricciones impuestas por el gobierno virreinal, ser capitán era atractivo. Un capitán podía perseguir chichimecas y a la vez buscar minas. Podía quedarse con el ganado y demás botín que les quitara a los indios. O tomar provisiones de las estancias sin pagarlas. La captura de indios pacíficos era un método sencillo de obtener esclavos. Y se podía cobrar la

protección a los convoyes de carretas. Una función importante de los capitanes de frontera era fundar nuevos asentamientos. Pedro Carrillo Dávila fundó Jerez; Alberto del Canto, Saltillo; Miguel Caldera fue uno de los fundadores de San Luis Potosí; Juan Alonso de Torres fue llamado el "primer fundador" de León.

En su mayoría, los soldados de la frontera eran criollos que venían de los alrededores de México; muy pocos habían nacido en la península. Tenían entre 19 y 50 años. Los contratos eran por un año, y el salario empezaba a correr con el arribo del soldado a su destino. La paga llegaba con algún comerciante, un herrador, un arriero, en tres partes durante el año, casi siempre tarde. A los soldados se les censuraba que no pusieran empeño en perseguir a los chichimecas, que se jugaran las armas, que robaran alimentos y otras cosas, que no devolvieran el ganado que recuperaban, que provocaran a los indios pacíficos para capturarlos como esclavos. Vivían con enormes privaciones. Esta vida atraía sólo a almas aventureras, gente demasiado pobre e ignorante para otras actividades.

**Veinte años de guerra** pasaron antes de que comenzara a aplicarse la política de presidios. Los dos primeros, construidos por Enríquez hacia 1570, fueron el de Ojuelos y el de Portezuelo, al norte de San Felipe, camino de Zacatecas. Había seis soldados para los dos. Hubo tres más, entre Ojuelos y Zacatecas, fundados por Juan Domínguez. Para estos cinco fuertes se acantonó en San Felipe una guarnición que para 1585 era de veinte soldados. En Guanajuato y en Celaya se alzaron presidios antes de abril de 1576. Al norte de Zacatecas también empezaron a surgir. Así, se colocó una guarnición en Fresnillo, desde 1568, que en enero de 1585 tenía ocho soldados. Protegía el camino entre Zacatecas y Sombrerete, y el que venía de Guadalajara pasando por Jerez. Otro fuerte se construyó en Mazapil, casi desde que se descubrió plata allí, en 1568. Francisco de Urdiñola menciona que había allí 30 soldados, a principios de la década de 1580.

Hacia 1580 los ataques de los chichimecas se extendieron más al sur que nunca y se hizo necesario proteger los caminos entre Guadalajara y México. Lo mismo sucedió en la provincia de Pánuco. Los presidios habían tenido cierto éxito para defender, pero no para pacificar la frontera. Pero siguieron siendo la base de la organización militar del Gran Chichimeca hasta después de 1585. Hubo otras medidas. El 9 de octubre de 1578, Enríquez dictó una orden en que especificaba que

los propietarios de carros y carretas debían dar a cada cuadrilla dos jinetes armados. La multa por incumplimiento era de 10 pesos en oro.

Las primeras iglesias en la frontera eran fortalezas. Lo más eficaz para la pacificación fue fundar poblados. El mayor de los establecidos por Enríquez fue Celaya, cuya fundación se autorizó el 12 de octubre de 1570, a petición de unos estancieros vascongados de Apaseo, para proteger los caminos y colonizar una zona donde se cultivaran alimentos para las minas del Norte. Cada colono recibió tierras, y una parcela para construir casa. A cambio debía vivir en Celaya diez años, sin ausencias de más de cuatro meses; de lo contrario se le confiscarían las tierras.

Otra fundación importante fue la de León (20 de enero de 1576), para proteger las minas de Comanja y Guanajuato. Aguascalientes se fundó el 22 de octubre de 1575, para cuidar el camino entre Guadalajara y Zacatecas y Guanajuato, pero los ataques indios arreciaron y para 1584 su población estaba reducida a dos vecinos, 16 soldados de presidio y un caudillo indio. Saltillo fue planeado para contener las incursiones de los guachichiles en Zacatecas y Durango, y para abastecer de granos a las ciudades mineras. Lo fundaron soldados procedentes de la Nueva Vizcaya a las órdenes del capitán Alberto del Canto.

**Los indios** destruyeron su mundo en favor de los invasores. Las luchas fueron dirigidas por unos pocos españoles que aprovecharon las rivalidades entre las tribus. Guerreros, cargadores, intérpretes, exploradores, emisarios, los aliados indios fueron indispensables para subyugar a los chichimecas. Ejércitos indígenas –sobre todo otomíes– ayudaron por su cuenta a vencer y catequizar a los nómadas del Norte. Al principio los españoles dependieron de los indios sometidos por Cortés –mexicas, tarascos y otomíes–. Pero al penetrar hacia el Norte, los propios chichimecas recién pacificados fueron empleados para someter a otras tribus. Esta práctica, aunada a la colonización de los pueblos sedentarios, acabó con las tribus nómadas, absorbidas por los pueblos que avanzaban hacia el Norte: mexicas, purépechas, cholultecas, otomíes, caxcanes, tlaxcaltecas y otros. Los aliados, al hacerse sedentarios, se multiplicaban más rápidamente. Unas décadas después de la pacificación general, a fines del siglo xvi, los guachichiles, zacatecos, iritilas y otras tribus estaban desapareciendo, pues se habían mezclado con otros pueblos.

Al mediar el siglo xvi los purépechas, caxcanes y otomíes ya tenían experiencia en guerrear al lado de los españoles y fueron empleados

contra los chichimecas. A veces se comisionó a caciques indios, a cambio de permitirles armas españolas y caballos. Estos jefes fueron honrados con títulos militares y nobiliarios. Un caudillo otomí, Hernando de Tapia, mantenía a 500 guerreros, y fundó los poblados indios de Querétaro, Sichú, San Miguel y Apaseo antes de que comenzara la guerra chichimeca. Un hijo suyo, Diego de Tapia, sirvió como jefe de los otomíes de Querétaro. Participó en el descubrimiento de las minas de San Luis Potosí, conquistó los valles de San Francisco y de Bledos, fundó haciendas y beneficios. Descubrió las minas de Escamela, Tonicaco y Huasquilulco. Felipe II le concedió un escudo de armas. Para que los indios se les aliaran, los españoles los amenazaban con multas, cárcel y azotes, o les permitían que esclavizaran chichimecas. Fue común, hasta el siglo XVIII, recompensarlos eximiéndolos de tributos y servicios personales. Algunos aliados eran intérpretes, negociadores y espías. Los jefes fronterizos enviaban a chichimecas pacificados con las tribus hostiles a negociar la paz. Urdiñola lo hizo en la década de 1580, en Mazapil.

**Los últimos años** de Enríquez como virrey y los que siguieron a su partida marcaron un clímax en la guerra. Entre 1580 y 1585 continuó la "guerra a fuego y a sangre", los presidios, la esclavización de prisioneros. A la vez el peligro indio alcanzó su cenit debido al uso de caballos, las alianzas entre tribus, la mayor determinación para eliminar a los invasores. Quizá el mejor comentario de la situación hacia 1580 sea la Petición de los Estancieros, en 1582. Dirigida al gobierno virreinal, se quejaba de los ataques indios, que habían animado a aliarse con ellos a pueblos antes pacíficos. Hacía algunas recomendaciones:

- 1) Que se permitiera la esclavitud, para atraer soldados.
- 2) Que los capitanes fueran expertos y los presidios estuvieran en territorio chichimeca.
- 3) Que en los corregimientos hubiera personas conocedoras de los indios, con armas y poder para hacer entradas; un uso prudente de los aliados.
- 4) Que los caudillos quedaran en poder de la Audiencia, y los soldados se repartieran el botín y los cautivos.
- 5) Que los presidios de Guanajuato, San Felipe y Celaya se mudaran a sitios más estratégicos; que las patrullas no mataran ganado de las estancias ni se robaran los caballos que les quitaban a los indios.
- 6) Que se instalara uno en el valle de San Francisco, refugio de chichimecas.
- 7) Que unos franciscanos, con diez o doce soldados, fueran con los pames y otomíes de San Pedro Tulimán.
- 8) Que los chichimecas pacificados no quedaran en su país.

9) Que en las provincias de Acámbaro y Querétaro se obligara a los otomíes y purépechas a vivir en las capitales de distrito.

Para confirmar este informe, el virrey ordenó al oidor de México que obtuviera otros testimonios. Algunos capitanes dijeron que los españoles habían sido demasiado suaves; que el gobierno no actuaba con energía; que la paga de los soldados no era suficiente. El Conde de Coruña, sucesor de Enríquez, ordenó un aumento de las tropas en la frontera, y entre 1580 y 1585 lo hubo en tal escala que soldados y gastos se duplicaron. El sucesor de Coruña, el Marqués de Villamanrique, consideró que había demasiados soldados en el país chichimeca.

**El aumento** de la guerra en la década de 1580 no llevó la paz a la frontera; los ataques chichimecas arreciaron. Había que intentar otras estrategias. En 1584, el obispo de Guadalajara escribió al arzobispo de México: la guerra se había extendido tanto que indios pacíficos se habían alzado; aunque se enviase un ejército mayor la pacificación sería imposible, debido a la facilidad de los indios para vivir en despoblado; sería mejor fundar nuevas villas donde hubiera dos o tres franciscanos, indios cristianizados y seis u ocho soldados con sus familias, sólo con propósitos de defensa; que se tratara bien a los chichimecas para suavizarlos; lo que esto costase sería poco comparado con el gasto de la guerra.

Aquí comenzó un sistema misionero organizado entre las tribus nómadas, que pronto fue parte integral del avance español. La llegada de Alonso Manrique de Zúñiga, Marqués de Villamanrique, séptimo virrey, el 18 de octubre de 1585, constituyó el principio de una nueva fase del conflicto. A este virrey debe darse el crédito de planear y en parte llevar al cabo el fin de la guerra, así como el desarrollo de una política de paz. En menos de cuatro años, su pauta de pacificación demostró que era útil, humanitaria y eficaz.

Villamanrique liberó cautivos y nombró a Antonio de Monroy comisionado de guerra para perseguir a los traficantes de esclavos. La mayor causa de lucha eran los soldados españoles dedicados a lucrar con esclavos. Para ellos el fin de la guerra era el fin de sus salarios y de otras ganancias. El virrey prohibió las entradas no autorizadas, la captura de chichimecas y limitó la acción a la defensa de los caminos. Acabó con el desorden de las autoridades de Guadalajara: nombró a Diego de Velasco lugarteniente de capitán general para Nueva España, Nueva Vizcaya, Nuevo León y

Nueva Galicia. Puso orden en el manejo de los fondos reales, pese a la oposición de los oficiales del Norte.

Villamanrique intentó acabar con la "guerra a fuego y a sangre" eliminando el sistema de presidios -no lo logró por completo- e insistiendo en los tratados de paz con los chichimecas, a cambio de alimentos y ropa. En 1588, el virrey comenzó a cerrar los presidios y reducir la milicia. Al mismo tiempo entró en negociaciones con los chichimecas, mediante capitanes como Rodrigo del Río, Francisco de Urdiñola, Miguel Caldera y Gabriel Ortiz Fuenmayor, con promesas de alimentos, telas, tierras y aperos, y con el auxilio de religiosos. El 25 de noviembre del año siguiente, pudo informar al rey que en la antigua tierra de guerra reinaba la paz. Mantuvo en la frontera sólo 30 hombres, a las órdenes de Francisco de Avellaneda, que recorrerían la tierra prestando ayuda cuando hiciera falta. Esperaba eliminar las demás tropas y reducir el costo de la guerra de unos 300,000 pesos anuales a no más de 15,000.

El sucesor de Villamanrique, Luis de Velasco II, dio a las medidas anteriores un cariz realista. La paz mediante la persuasión, la conversión y la colonización era buena y justa; pero no había que olvidar las necesidades defensivas. Para fortalecer la paz, Velasco envió franciscanos a la frontera. Allanó las dificultades de jurisdicción con la Nueva Galicia y contuvo a los soldados licenciados de los presidios, que solían unirse a los traficantes de esclavos en la zona de Mazapil, Saltillo y Nuevo León. Creía que su predecesor había desbandado demasiado súbitamente los presidios. Para prevenir una revuelta, repartió entre los soldados parte del dinero destinado a la pacificación. Si la paz se mantenía los chichimecas irían acostumbrándose a esa forma de vida. Los franciscanos y los jesuitas seguían construyendo iglesias y conventos en cuyo derredor los indios formaban pueblos.

Velasco negoció con los caudillos de Tlaxcala que enviaran 400 familias al Norte para fundar ocho poblados de 50 familias cada uno, y enseñar a los chichimecas las ventajas de la vida sedentaria. Los colonos pidieron ser nombrados hidalgos y quedar exentos de tributos y servicios personales; que sus barrios estuvieran separados de los de españoles y chichimecas, al igual que sus tierras, pastos, ríos, pesquerías y demás posesiones; que en tres leguas a la redonda no hubiera cría de ganado mayor, y la de ganado menor estuviera sujeta a su autorización; que por 30 años sus mercados quedaran libres de impuestos; que sus caudillos portaran armas y montaran a caballo con silla; que para el viaje y durante dos años se les dieran bastimentos y ropa.

La cuenta se hizo el 6 de julio de 1591 en el río San Juan, cerca de Tlaxcala. En un centenar de carretas, salieron 932 personas: 690 casados, 187 niños y 55 solteros o viudos, con unos cuantos franciscanos. El capitán Rodrigo del Río supervisó la colonización. Unos tlaxcaltecas quedaron en la zona de San Luis Potosí; otros en Chalchihuites y San Andrés; otros en Colotlán, cerca de los temibles tepeques. La cuarta zona, encomendada a Francisco de Urdiñola, fueron las tierras inmediatas a Saltillo. Esta primera gran migración fue la más espectacular de las medidas pacificadoras de Velasco, pero no la única. Mexicanos, tlaxcaltecas, cholultecas y huejotzincas fueron enviados a Celaya. San Luis de la Paz, camino a las tierras guachichiles, cerca de San Luis Potosí, se fundó con otomíes bajo supervisión de los jesuitas.

Velasco continuó la lucha contra la captura de chichimecas. Siguió con la práctica de liberarlos y depositarlos con personas que los cristianizaran y les enseñaran a vivir sedentariamente. Al terminar su administración, en 1595, era obvio que la política de Villamanrique estaba logrando la paz en la Meseta Central, y la hostilidad había quedado confinada a las sierras.

El noveno virrey, Gaspar de Zúñiga y Acebedo, Conde de Monterey, se hizo cargo el 5 de octubre de 1595. Cauteloso, prosiguió con la política de Villamanrique y de Velasco. Pidió a los religiosos que pusieran más empeño en aprender las lenguas indias, y con ese fin los franciscanos instalaron un seminario en Zacatecas. Puso en vigor, en 1598, las instrucciones reales para concentrar a los aborígenes en pueblos donde fuera posible cristianizarlos y ponerlos a trabajar.

A fin de siglo, en Sinaloa había una gran amenaza india y la milicia estaba siendo reforzada para combinarse con el avance de los jesuitas. La guerra entre los españoles y las tribus de la montañosa Nueva Vizcaya proseguiría hasta las primeras décadas del nuevo siglo. Sin embargo, la guerra contra los chichimecas había llegado a su fin.

**Tras medio siglo de guerra** los españoles lograron dominar el Gran Chichimeca, que comprendía las tierras donde ahora se encuentra La Laguna; no por la espada, sino mediante una combinación de diplomacia, compra y conversión religiosa. De esta experiencia brotó el sistema de misiones que tanto serviría a España en su expansión por América. También de ella brotó una mezcla de sangre india -sedentaria y nómada- y española: a partir de ella surgieron, en la Meseta Central, los primeros auténticos mexicanos.

## IV. El sur de Coahuila en el tiempo de la Colonia

Agustín Churruca Peláez

### *La conquista española*

La caída de Tenochtitlan no implicó la sumisión de los habitantes del territorio norte del México actual. En la primera etapa de su conquista, el imperio español ganó los territorios desde Zacatecas hacia el sur. El septentrión quedó en poder de sus antiguos propietarios, los chichimecas, y vivió ajeno a la dominación española durante muchos años más allá de 1521, en que había ocurrido la ruina del imperio azteca.

### *Expediciones por el Norte*

Antes de ser incorporado al territorio novohispano, el Norte independiente fue visitado por exploradores aislados: fray Pedro de Espinareda, franciscano, en 1566; Francisco de Cano en 1568; Martín López de Ibarra en 1569, y Alberto del Canto en 1577.

Los primeros visitantes recorrieron el territorio del actual sur de Coahuila y se fueron; no así López de Ibarra ni Del Canto, quienes se apoderaron de tierras en nombre del rey español. Después llegó otro explorador, Francisco de Urdiñola, quien fundó San Esteban de Tlaxcala, y Arteaga (1591), junto al Saltillo. Estableció sus haciendas en Patos (hoy General Cepeda) y en lo que posteriormente sería Misión de Santa María de las Parras. El hacendado Lorenzo García fundó la suya en 1597 cerca de la anterior, en San Lorenzo, hoy Casa Madero.

El norte de Coahuila fue conquistado medio siglo después.

Desde que se habían constituido Cuencamé y Durango (1563), y Saltillo (1577), habían quedado puestas las bases para el posterior

asentamiento novohispano en el sur de Coahuila. Pero la región siguió siendo básicamente un conjunto de latifundios –los repartidos por López de Ibarra, Del Canto y Urdiñola, de extensión tan enorme cuanto desdibujada, o más bien con límites más imaginativos que visibles.

### ***Los pobladores primitivos***

El sur de Coahuila estaba habitado por los chichimecas desde hacía unos 8,000 años. Los indígenas de esta raza –unas 10,000 personas hacia fines del siglo XVI– eran seminómadas, pescadores (en La Laguna), recolectores de frutos y cazadores (de venado, jabalí, patos). Formaban unos 200 grupos llamados en esa época tribus o naciones o rancherías, independientes unas de otras. En ocasiones peleaban entre sí con motivo de la posesión temporal de la tierra o de sus frutos o de las zonas de pesca, pero generalmente eran pacíficos. No había elaborado una religión propiamente dicha; practicaban supersticiones diversas, según las "naciones". Honraban y temían a una especie de mal espíritu, al que llamaban Cachinipa. Buscaban su protección, ofreciéndole interminables danzas.

### ***La Laguna***

El río Nazas, nacido en las faldas de la sierra de Topia, formaba la laguna que fue llamada de San Pedro: de cuarenta leguas de circunferencia, que llegaban hasta 60 en las crecientes causadas por las avenidas en tiempo de lluvias. Entonces la pesca era abundante. El resto de la tierra era más bien árido.

### ***El inicio de la colonización***

Los jesuitas fundaron la Misión de la Laguna y Parras en 1598.

A partir del año de 1591 los religiosos de la Compañía de Jesús habían empezado a visitar –a partir de la ciudad de Durango– la región sur de Coahuila. Estos misioneros fueron los padres Gonzalo de Tapia, Bartolomé de Hermosa, Jerónimo Ramírez, Juan Agustín de Espinoza, Francisco

de Arista, Pedro de Segovia, Martín Peláez, Nicolás de Amaya, Nicolás Rodríguez, Francisco Gutiérrez y el hermano Juan de la Carrera.

Encontraron lo que hemos dicho: multitud de "naciones" dispersas, independientes entre sí, cazadoras, recolectoras, generalmente pacíficas. Varias de ellas tenían deseos de vivir en una población fija y estable, según expresaron los misioneros.

El año de 1598 se establecieron dos poblaciones: San Pedro de la Laguna (hoy de las Colonias) y Santa María de las Parras.

Veinte caciques con sus familias y seguidores llegaron para construir Parras con el padre Juan Agustín de Espinoza. Nueve provenían de La Laguna: don Pedro Mairana, Oymama, Yaomama, don Gaspar Cavisera, don Juan Inavopo, Daparavopo, Bartholomé, Yaguamira, Matheo ("el primero que vino").

Nueve habían vivido en el valle: don Juan Maiconera, don Francisco Yohera, Alonso Miopacoa, don Francisco Amaso, Vayocui, Calaraque, Martín Pacho, Maynara o Macarrúe, Antón Martín.

Entre todos los llegados venían mujeres, por supuesto, pero conocemos solamente el nombre de una, que falleció el 31 de enero de 1657: María, llamada comúnmente la Otolilama.

### *Otras poblaciones*

En seguida se edificaron dos cabeceras importantes: Mapimí y Cuatro Ciénegas. Varias "visitas" o pequeños poblados fueron instalados también:

- Santa Ana, a 15 leguas al poniente de Parras, hoy ejido Venustiano Carranza, cerca de Viesca.
- Laguna Grande, a 18 leguas en la misma dirección, en el derramadero del Nazas.
- El pueblo del Cacique Aztla, por el rumbo del actual Torreón.
- La ranchería de San Francisco, arriba del Nazas, cerca del hoy Gómez Palacio.
- San Phelipe Hypuamina, en sitio que ignoramos.
- San Sebastián de la Peña, después Hacienda de la Peña, hoy ejido de la Peña, en el municipio de Parras, en los límites con el de Viesca.
- La Punta, en el vértice de los actuales límites de Durango, Coahuila y Zacatecas.

- El Valle de Tlaltenanco.
- Las Cruces.

### *El mestizaje*

#### *Los pobladores originales*

Como hemos dicho, cerca de 200 tribus o naciones o rancherías, o pequeños grupos humanos, deambulaban en su seminomadismo por el sur de Coahuila antes del establecimiento de las poblaciones. Otros 200 más lo siguieron haciendo hasta bien entrado el siglo xvii. No eran los irritilas los únicos pobladores, como frecuentemente se piensa. Los irritilas eran una de tantas rancherías. Veamos cuáles eran los más numerosos: alamamas, bichuias, biamomamas, bohayines, calaraques, caviseras, cuahuilas, chicanimamas, daparabopos, emomamas, epimamas, guasasayos, hapiquamamas, hurabanes, hypimamas, hypuamiras, inabopos, irritilas, jalepas, laguneros, mairanas, mamacorras, manahues, mevizas, miopacoas, ooches, oymamas, pachos, pahogas, parabogas, popoyecuas, taparabopos, teteoyos, tohobopos, tonaltecos, xaquevanes, yamomamas, yanabopos, yoeras, etcétera.

#### *Los negros*

La raza negra llegó al sur de Coahuila hacia 1605. Desde el sigloxvi habían sido traídos como esclavos a la Nueva España para trabajar en la minas (lo que no pudieron resistir) y en las haciendas. A nuestro territorio llegaron para desarrollar labores agrícolas. Vinieron con ellos algunos mulatos (descendientes de blancos y negras).

Los negros se unieron a los chichimecas de las diversas tribus. En general, el matrimonio de negro con indígena fue muy común. Esta unión producía uno de los grupos raciales llamados castas, la de los lobos o los coyotes, que fue muy abundante en el sur de Coahuila. Los negros además contrajeron matrimonio con los demás grupos raciales. El número de negros, mulatos y descendientes creció mucho en la Colonia.

El *Censo* del subdelegado de la Intendencia de San Luis Potosí en el Distrito de Parras, levantado por Agustín Viesca y Montes en 1819, nos da a conocer que en esa fecha casi 50% de la población era afromestiza. Esta

herencia racial puede observarse fácilmente hasta nuestros días, por ejemplo en Torreón.

#### *Los tlaxcaltecas*

Hacia 1607, una pareja de tlaxcaltecas se estableció con sus hijos en Parras: don Simón Hernández y doña Agustina Díaz. Vinieron huidos de Saltillo, según refiere el obispo Tamarón y Romeral en su *Demostración del vastísimo obispado de la Nueva Vizcaya en 1765*. Los hijos de ambos se unieron con los demás grupos raciales que había, pero formaron colonia aparte: la colonia tlaxcalteca, que también fue llamada república tlaxcalteca.

Conservándose como grupo social mantuvieron a través de generaciones los privilegios de que gozaban durante el régimen colonial: no pagar impuestos, montar caballos, portar armas, explotar montes, ríos, salinas y caleras, poseer tierras y gozar del grado de hidalgos. Todo ello fue concedido por Carlos V en pago a su colaboración al lado de los conquistadores en los días del exterminio del imperio de Moctezuma. Todavía en 1821 escribieron al emperador Iturbide pidiendo, en vano, que les fueran conservados como hasta entonces sus privilegios.

#### *Otros indígenas*

Los jesuitas trajeron consigo varios tarascos provenientes de sus colegios de Pátzcuaro y Valladolid, hoy Morelia. En los libros parroquiales antiguos aparecen también algunos aztecas, otomíes, tobosos, yaquis, tarahumaras y otros.

#### *El mestizaje*

Durante la colonia se produjo un claro y muy activo mestizaje: todos los grupos raciales se unieron entre sí. Unos cuantos blancos, los chichimecas, los tarascos, los negros, los otomíes, los aztecas, los descendientes de los dos tlaxcaltecas, se mezclaron unos con otros sin restricción alguna.

Los papás de los primeros mestizos fueron Francisco Quiroga, casado con Justina Yamomama; Diego Quauhtic, esposo de María

Porras; Marcos Bohayo, que lo era de María Sánchez, así como Juan Carrillo, que había contraído nupcias con María Yguamira.

### *La división territorial de 1603*

El sur de Coahuila –todavía llamado entonces Misión de San Pedro y Santa María– fue dividido por los misioneros en cuatro partidos, cada uno de los cuales comprendía diversos poblados o visitas, a efecto de atenderlo mejor:

1) Partido de Parras, que comprendía Parras, San Felipe, San Lucas, San Sebastián.

2) Partido de San Pedro, formado por Santa Catalina, Santiago, San José, San Pedro de la Laguna, San Ignacio, San Nicolás, San Lorenzo, San Marcos de Hornos y Santa Ana.

3) Partido del Río, del que eran parte Mapimí, San Jerónimo, San José de la Casta (hoy León Guzmán).

4) Partido de Cuatro Ciénegas, cuyas divisiones desconocemos.

La falta total o esporádica de agua hizo muy difícil la vida de estos poblados; a varios los obligó a desaparecer totalmente o a cambiar de lugar. Otros, como puede leerse, subsisten todavía.

### *Las primeras haciendas*

El principal enemigo de las poblaciones indígenas que citamos anteriormente no fueron la falta de agua ni los llamados "indios enemigos", sino las haciendas.

Antes de 1598, según dijimos, estaban implantados varios latifundios, propiedad de Francisco de Urdiñola y Lorenzo García. A partir de ese año hubo diversas modificaciones en cuanto a la propiedad territorial.

Las haciendas siguieron creciendo desmesuradamente, destruyeron las poblaciones de los indígenas, los incorporaron al trabajo y los convirtieron en peones acasillados.

Así, para 1639 habían desaparecido varios poblados indígenas de los que hemos nombrado, a excepción de los más grandes, en tanto se consolidaron los latifundios siguientes:

1) Estancia de Lorenzo García, esposo de Leonor Gutiérrez, hermana del capitán Francisco Gutiérrez Barrientos.

2) Hacienda de Francisco de Urdiñola; después fue de su hija, Isabel de Urdiñola, casada en primeras nupcias con Luis de Alcega y en segundas con Gaspar de Alvear.

3) Estancia de Francisco Gutiérrez Barrientos, esposo de María de Cárdenas.

4) Estancia de Luis de Valdés casado con María de Alcega y Urdiñola.

### *La familia Urdiñola y los Marqueses de Aguayo*

Francisco de Urdiñola, guipuzcoano nacido en 1552, vino a la Nueva España hacia 1572. Fue minero, ganadero, terrateniente e industrial. Hacia 1593 estableció su hacienda en los límites de lo que actualmente es Parras. Tuvo otra en Patos, hoy General Cepeda. Gobernó la Nueva Vizcaya de 1603 a 1613. Murió en 1618. Dos fueron sus hijas: María e Isabel.

María casó con el general Luis de Valdés. Su hija Francisca de Valdés Alcega y Urdiñola, contrajo nupcias con Martín de San Martín, y al enviudar celebró nuevo matrimonio con el general Agustín de Echeverz y Subiza, quien fue nombrado primer marqués de Aguayo en 1682.

Cinco generaciones portaron este título nobiliario hasta el año de 1824. Los segundos marqueses fueron José de Azlor y Virto de Vera, esposo de Ignacia Xaviera Echeverz Subiza y Valdés. Los terceros propietarios del título, José Francisco Valdivieso, casado con Josefa Azlor Virto de Vera y Echeverz. Los cuartos fueron Pedro Ignacio Valdivieso, esposo de Ana Vidal de Lorca. Los últimos que ostentaron el blasón fueron José María Valdivieso, cónyuge de María Antonia Villar.

### *Ataques de tobosos y de apaches*

El sur de Coahuila sufrió diversos ataques de grupos indígenas provenientes de las regiones cercanas. Los habitantes de nuestro territorio,

a su vez, en una ocasión, fueron invasores en 1602. Apoyaron a las armas españolas en contra de la sublevación de los naturales de la Sierra de San Andrés, Durango, y se portaron valientemente en los combates.

El 23 de marzo de 1654 los tobosos atacaron la región de la Peña –inmediaciones de Viesca–. En 1664, mataron a varias personas que vivían en La Laguna. En 1665 repitieron el ataque.

En 1668 quienes vivían en los contornos de La Laguna, en el poblado de San Pedro de la Laguna o San José de la Habas, lo abandonaron y se trasladaron a Parras, porque sus vidas corrían peligro a causa de los enemigos que merodeaban continuamente la zona.

En 1695 los atacantes llegaron a las goteras de Parras y acabaron con la vida de Jacinto Villegas. En 1697 recorrieron el sur de Coahuila, poniendo en grave peligro la vida de sus habitantes.

El año de 1722 fue trágico. Los apaches entraron en Parras, mataron al alcalde mayor don Joseph Zapata y con él a quince personas más.

Los apaches penetraban el sur de Coahuila por el Bolsón de Mapimí. Sus incursiones duraron todo el siglo xviii y aun las hubo a principios del xix. Mataron a muchos viajeros en los caminos del sur de Coahuila. Fueron el terror del norte de la Nueva España y de México durante 150 años.

### *El viaje del Caballero de Croix*

El padre Juan Agustín Morfi nos ha dejado una bella, exacta y valiosa descripción del sur de Coahuila en el año de 1777. La redactó durante el viaje que efectuó acompañando al Caballero Teodoro de Croix a efecto de visitar todo el norte de la Nueva España, para organizarlo políticamente e instalar la sede del gobierno y Comandancia Militar de las Provincias Internas.

La comitiva pasó de Durango a Coahuila por la hacienda de San Juan de la Casta (hoy León Guzmán), que era productora de chivos, ovejas y manteca.

Dejó a un lado la Sorrueda y llegó a la Hacienda de Santa Ana de Hornos. Habían viajado cerca del suelo donde se encuentra actual-

mente Torreón. El propietario de Hornos (hoy ejido Venustiano Carranza) era N. Quintana. La hacienda trabajaba la lechuguilla, el saladillo o chamizo y el mezquite.

No entraron al Álamo, hoy Viesca, que era fértil y rico pues daba trigo, maíz, cebada, frijol, melón, uva, y ofrecía caza de patos, ánsares, grullas, berrendos y liebres.

Descansaron en la Hacienda de la Peña, tantas veces atacada por los enemigos. La hallaron en plena decadencia, pero aún producía uva, vino, espárrago y jabón.

La hacienda de San Lorenzo era propiedad de Juan Lucas de Lasaga. En el siglo XIX pertenecería a Lenoardo Zuloaga y a su esposa Luisa de Ibarra. Cuando la visitó el padre Morfi era rica en uva, trigo, maíz, frijol, vino y aguardiente.

A partir de Parras empezaban las inmensurables propiedades del Marqués de Aguayo: la Hacienda de Arriba, el rancho de Ojuelos, el rancho de Patagalana y -Barranco del Infiernillo de por medio- la Hacienda de Castañuela, abundante en magüey, mezcal, mezquite, huizaches, gobernadora, fruta, hortalizas. Castañuela siempre estuvo en la mira de los apaches, que la observaban desde la frontera Sierra de Paila, y la atacaron varias veces.

Después seguía, sin dejar las tierras del latifundio de los marqueses, la Hacienda de Patos, modelo de hacienda colonial en cuanto a su producción y a su injusticia social. Allí hacían sombreros, bayetas, sayales, sarapes, mantos, tenería. Los pastores cuidaban 200 mil ovejas.

### *El sur de Coahuila a fines del siglo XVIII*

El padre Dionisio Gutiérrez fue un párroco de Parras muy diligente. Su gestión resultó larguísima: de 1762 a 1799. Durante tantos años de ministerio, acumuló numerosos conocimientos sobre la región y sus habitantes, usos, costumbres y mentalidad. Escribió sobre su historia, geografía y situación sociopolítica. De su manuscrito *Carta-Informe* (1786) obtenemos valiosos datos que nos permiten conocer mejor la región que estamos estudiando.

De Saltillo al río de Buenaval (entonces jurisdicción de Cuencamé) se medían 60 leguas.

El padre Morfi nos ha dicho cómo estaba poblado el territorio desde San Juan de la Casta hacia el este. El padre Dionisio Gutiérrez describe minuciosamente lo que había al noreste. Veámoslo en un itinerario imaginario.

La punta poniente era bañada por el Buenaval y el Nazas. Cerca del extremo del Buenaval se situaba el Baicuco. A su derecha, encontrábamos a San Gergorio Mayrán, San Nicolás, Cinco Señores, Las Habas o San Pedro de la Laguna y Santiago. ¡Casi todos existían desde la división en Partidos realizada en 1603!

Al sur de Baicuco quedaban Chipinque, El Mimbres –la actual carretera Torreón-Saltito lo atraviesa– y el Mesteño. En donde terminaba el Nazas, que era la Laguna de Mayrán, aparecían los álamos de San Juan, San Lorenzo, la Sierra del Apastle y la Saucedá. Al norte se encontraban Tagualillo, Boca de Calabazas y Mapimí con su Bolsón. En este sitio nacía la Sierra de Paila que llegaba hasta Patos.

De Parras hasta Acatita de Baján –no es el mismo lugar donde sería apresado don Miguel Hidalgo– se contaban 50 leguas en dirección noroeste.

El 24 de julio de 1731 había sido fundado San José y Santiago del Álamo (hoy Viesca) por personas provenientes de Parras. El sitio era pródigo en agua.

Los apaches eran amos y señores de toda esta región y la asolaban en sus correrías.

### *La jurisdicción civil*

El sur de Coahuila formó parte, durante la Colonia, del llamado reino de Nueva Vizcaya y estuvo bajo el mando de un gobernador, establecido en Durango, que dependía del virrey de la Nueva España en cuanto a las actividades de hacienda y de guerra.

El territorio de esta jurisdicción era inmenso: sur de Coahuila, Chihuahua, Durango, Sinaloa, Sonora, California.

En 1776 se suprimió el nombre de reino y se estableció la Comandancia de las Provincias Internas.

En 1786 entró en vigor la división política del país en intendencias. Lo que es ahora la comarca lagunera perteneció a la de San Luis Potosí.

Un alcalde mayor –y normalmente capitán de guerra– era la autoridad local. Los indígenas conservaron durante un buen tiempo sus autoridades propias: gobernador de indios, cacique, fiscal, topil, etc. La colonia de los llamados tlaxcaltecas elegía también su gobernador y cabildo.

Las cuestiones judiciales debían tramitarse en la lejanísima Real Audiencia de Guadalajara.

### *La jurisdicción eclesiástica*

Desde el punto de vista eclesiástico, al principio el sur de Coahuila perteneció a la diócesis de Guadalajara, desde que las instituciones coloniales se establecieron en este territorio, en 1598, hasta 1621. A partir de este año y hasta 1821 quedó adscrito a la diócesis de Durango.

Sus obispos fueron los siguientes:

Durante el siglo xvii: 1) Gonzalo de Hermosilla, del año 1621 a 1631; 2) Alfonso Franco, de 1633 a 1640; 3) Diego de Quintanilla, de 1640 a 1655; 4) Pedro Barrientos, de 1656 a 1658; 5) Juan Gorozope, de 1662 a 1671; 6) Juan Ortega, del año de 1674 a 1675; 7) Bartolomé García, de 1677 a 1684; 8) Manuel de Herrera, del año 1687 a 1689; 9) García de Legaspi, de 1692 a 1700.

A lo largo del siglo xviii: 10) Manuel de Escalante, de 1700 a 1703; 11) Ignacio Díez, de 1705 a 1709; 12) Pedro Tapiz, del año de 1713 a 1722; 13) Benito Crespo, de 1723 a 1734; 14) Martín de Elizacochea, de 1734 a 1745; 15) Anselmo Sánchez de Tagle, de 1747 a 1757; 16) Pedro Tamarón y Romeral, del año de 1757 a 1768; 17) Antonio Macaruya, de 1774 a 1781; 18) Lorenzo de Tristán, de 1786 a 1793; 19) Joaquín Granados, en 1794; 20) Gabriel de Olivares, de 1795 a 1812; 21) Francisco Castañiza, de 1816 a 1825

El primer establecimiento eclesiástico que hubo en el sur de Coahuila fue la Misión de Parras y San Pedro, también llamada Misión de Parras y La Laguna. Estos eran sus límites: de Cuencamé a Saltillo; de Mapimí y Cuatro Ciénegas al norte de Zacatecas.

Los jesuitas fundadores de la misión cuidaron de ella de 1598 a 1641. Además de los ya citados, fueron los padres Luis de Ahumada, Tomás Domínguez, Pedro de Cárdenas, Diego de Larios, Francisco Calderón, Juan de Sangüesa, Pedro de la Serna, Juan de Lugo, Martín

de Viñuelas, Sebastián de Hita, Francisco de Ibarra y Juan Betancourt. El protomártir jesuita mexicano Hernando de Tovar, nacido en Culiacán, trabajó unos años en esta misión de Parras, hacia 1610.

En 1641 –como estaba ocurriendo en toda la Nueva España– la misión fue convertida en parroquia diocesana. Los padres diocesanos que la atendieron a partir de ese año, durante el siglo xvii, fueron Matheo de Barraza, Marcos de Sepúlveda, Francisco de Argüello, Clemente Martínez Rico, José Marques, Bernabé de Soto, Francisco Meneses, Andro de Santa Cruz, José de Zamora, Juan Soltero, Francisco Olivares, Tomás de Solera, Diego Pericón, Nicolás González, Nicolás de Celi, Juan de Salzido, José Sánchez, Francisco de Meneses, Juan del Rincón, Juan Díaz, Francisco Vera, Miguel Chávez, José Estrada y otros. En el siglo xviii estuvieron los padres Tomás García, Miguel Chávez, Manuel Valdés, Mateo Pérez, Ignacio Urbina, Domingo Pando, Bernabé Rojas, Antonio Suárez, el ya citado Dionisio Gutiérrez y Nicolás de Flores.

Los jesuitas permanecieron en su templo –hoy San Ignacio– hasta 1767 en que fueron expatriados junto con todos sus compañeros de los dominios españoles. Volvieron en 1895.

### *El arte barroco*

Provenientes de la Colonia, podemos admirar aún los retablos barrocos del templo de San Ignacio y del Santuario de Guadalupe en Parras. Durante ese tiempo fueron construidos bastantes templos barrocos más en las diversas poblaciones y haciendas del sur de Coahuila, pero han desaparecido. Varios ya no existían cuando el padre Dionisio Gutiérrez escribió su *Carta-Informe* en 1786.

El retablo de San Ignacio consta de tres cuerpos. El inferior nos hace ver la transición de la forma salomónica del barroco a su forma churrigueresca. Los dos superiores muestran la transición del churrigueresco hacia el neoclásico. Los elementos decorativos menores no son cuatro, como es lo normal, sino tres: ángeles, flores, frutas. Faltan las cabecitas de los corderos.

Los nichos cobijan a San Ignacio (fundador de la Compañía de Jesús), a San Francisco Xavier (patrono de la misiones), a los estudiantes San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kotska (patronos del

Colegio), a San Francisco de Borja (fundador de la provincia mexicana), a San Francisco de Regis (misionero popular) y a San Juan Nepomuceno (patrono secundario de la Compañía de Jesús y defensor de los calumniados).

El retablo central del Santuario de Guadalupe (templo inaugurado en 1726) es neoclásico de muy buena calidad. El poblano Antonio Torres pintó magistralmente, en 1725, la imagen guadalupana que se conserva en este santuario.

Más sencillo y modesto es el retablo de la iglesia del ejido Venustiano Carranza -antes Hacienda de Hornos-, pero no menos interesante en sus toscas esculturas de San Luis Gonzaga, San Francisco Xavier, San Ignacio, y en sus no del todo configuradas pilastras estípites.

### *El Colegio*

El Colegio o Seminario (o internado) fue fundado en la Misión de Parras en 1598 por el padre Juan Agustín de Espinoza. Pronto entraron a sus aulas cien niños indígenas, provenientes del sur de Coahuila, a cursar los estudios rudimentarios propios de aquellas épocas. Con diversa suerte y calidad, se mantuvo hasta 1767. Fue la primera institución académica de Coahuila. De él se conservan el templo, la huerta, y la casa misma, modificada varias veces, y también el Archivo-Museo María y Matheo.

### *Auge y esplendor*

Los ataques de los llamados "bárbaros" no impidieron que el sur de Coahuila gozara de un gran auge económico a fines del tiempo colonial, al igual que toda la Nueva España. Tampoco fue obstáculo para ello su lejanía respecto al centro del virreinato.

Ya hemos visto lo que producía cada hacienda de las visitadas por el padre Morfi y eso nos ha dado noticia de la riqueza imperante en el ramo agrícola y ganadero, sostenes fundamentales de la economía en aquella época. La caza y la pesca, sobre todo en las crecientes de la entonces todavía existente laguna, eran abundantes y continuas. Las

cuentas de los diezmos pagados –que todavía guarda el Archivo de María y Matheo en Parras– indican que la producción era abundante. El sur de Coahuila era la región más rica de toda la Nueva Vizcaya, según apuntó el obispo Pedro Tamarón y Romeral en su célebre *Demostración*.

La Nueva España nació, creció y se desarrolló en el sur de Coahuila a partir de San Pedro y Parras. La misión, el pueblo y la región fueron hechura casi exclusiva de mexicanos. Este territorio fue frontera, consolidada y firme, de la Nueva España; centro de civilización, emporio agrícola y ganadero, polo de desarrollo –como ahora lo es Torreón, por ejemplo– y enlace, al igual que El Saltillo, con el Norte desconocido.

### *Cronología*

- 1563. Establecimiento de Cuencamé y Durango.
- 1566. Expedición de fray Pedro de Espinareda.
- 1568. Expedición de Francisco de Cano.
- 1569. Expedición de Martín López de Ibarra.
- 1577. Expedición de Alberto del Canto. Fundación de Saltillo.
- 1591. Francisco de Urdiñola funda San Esteban y Arteaga. El padre Gonzalo de Tapia visita La Laguna.
- 1592. Los padres Martín Peláez y Nicolás Arnaya se internan en el sur de Coahuila.
- 1593. El padre Esteban Páez tramita ante el rey Felipe II la fundación de la Misión de San Pedro y Parras.
- 1594. Llegan los padres Francisco de Arista, Juan Agustín de Espinoza, Francisco Gutiérrez y Nicolás Rodríguez.
- 1595. Varios caciques piden al padre Jerónimo Ramírez el establecimiento de un pueblo. Llega el hermano Juan de la Carrera.
- 1597. Llega el padre Bartolomé de Hermosa. Lorenzo García establece su hacienda.
- 1598. Llegan Matheo y su comitiva a Parras. Arriban otros 19 caciques. Fundación del Colegio. Fundación de Santa Ana, Laguna Grande, tierra del cacique Azlā, San Francisco y Cuatro Ciénegas.
- 1602. Muere el padre Juan Agustín de Espinoza. Los naturales van a luchar contra los sublevados de San Andrés.

1603. El sur de Coahuila se divide en cuatro partidos.
1604. El obispo Alonso de la Mota visita la Misión. Llega el padre Diego Díaz de Pangua.
- 1605 (?) Fundación de San Sebastián y San Felipe Hypuamina.
1607. Llegan los tlaxcaltecas Simón Hernández y Agustina Díaz, y los padres Tomás Domínguez y Gerónimo de Santiago. Los gobernadores de indígenas son Antón Martín, Simón, Francisco, otro Simón. Perico es capitán. Llegan los primeros negros. Se observa el paso de un cometa. Se asientan algunas otras tribus. Arribo del padre Luis de Ahumada.
1608. Fundación de San Matheo de Hornos, San Lucas la Pena, Estación Potrero, Las Cruces. Llegan los padres Pedro de Cárdenas y Diego Larios. Francisco Iguamira es nombrado mayordomo. Vienen más tribus. Fundación de Santa Catalina y La Punta. Francisco Molinero es el primero que desempeña el oficio de su apellido.
1610. Llega el padre Hernando de Tovar. Se estacionan más tribus.
1612. Torrenciales aguaceros; inundaciones. Epidemia de viruelas.
1615. Fundación de la Hacienda de Juan de Lara y del Valle de Tlaltenanco. Llegan los padres Francisco Cárdenas y Tomás Zapata. Arriban otras tribus.
1617. Sebastián, primer sastre. Juan es capitán y alcalde mayor. Llega el padre Pedro de la Serna.
1618. Boda de Gaspar de Alvear con Isabel de Urdiñola. Muere Francisco de Urdiñola.
1621. El sur de Coahuila pasa a formar parte de la diócesis de Durango.
1622. Peste.
1631. Muere Agustina Díaz.
1637. Llega el padre Juan de Lugo.
1638. Llega el padre Martín de Viñuelas.
1639. Llega el padre Sebastián de Hita. El crecimiento de las haciendas hace desaparecer los poblados.
1640. Llega el padre Juan Betancour.
1641. La Misión de la Laguna y Parras se convierte en parroquia diocesana. Primer párroco, Matheo de Barraza.
1645. Los tobosos destruyen San Pedro de la Laguna.
1654. Los tobosos atacan La Peña (rumbo de Viesca).
1657. Muere María, fundadora del pueblo de Parras.
1662. Hambre y epidemia en el sur de Coahuila.
1664. Los tobosos atacan La Laguna.

1665. Lo hacen otra vez y matan a tres personas.
1668. Los laguneros se refugian en Parras huyendo de los tobosos.
1671. Cunde la peste.
1673. Epidemia de viruelas.
1679. Colecta para los gastos de las guerras de España.
1681. Reedificación de la Parroquia de Parras. Francisca de Valdés traslada los restos de su mamá a la Iglesia de Santo Domingo en México.
1682. Agustín de Echeverz y Francisca de Valdés son nombrados los primeros marqueses de Aguayo.
1683. Invasión de los tobosos. El padre Joseph de Zamora es nombrado párroco de La Laguna de San Pedro y San José de las Habas.
1684. Peste de viruelas.
1695. Los tobosos merodean el sur de Coahuila.
1717. Se inicia la construcción del Santuario de Guadalupe.
1722. Los apaches atacan Parras, matan al alcalde Joseph de Zapata y a 15 personas más.
1726. Se coloca en el Santuario el cuadro de la Virgen de Guadalupe, pintado por Antonio Torres.
1731. Fundación de San José y Santiago del Álamo (hoy Viesca).
1765. El obispo Tamarón y Romeral recorre Coahuila y escribe su célebre *Descripción*.
1767. Los jesuitas son expulsados de todos los dominios del monarca español Carlos III.
1777. El Caballero de Croix y el padre Morfi recorren Coahuila.
1786. El padre Dionisio Gutiérrez escribe su *Carta-Informe*.
1819. Agustín Viesca levanta el censo del distrito de Parras.

## V. El fin de la Colonia

Gildardo Contreras Palacios

La colonización de la comarca lagunera fue una lucha de más de 250 años, desde que Santa María de las Parras fue fundada, en 1598, hasta el nacimiento del rancho del Torreón, en 1850. Entre esas dos fechas, la fundación más importante fue la de San José y Santiago del Álamo (hoy Viesca, Coahuila), en 1731. Este poblado aligeró un poco las condiciones de los primeros colonos, que debían afrontar los indios bárbaros, sequías e inundaciones y los rigores del clima en aquel vasto territorio inhóspito que estaba bajo la jurisdicción de las autoridades políticas y eclesiásticas de Parras. En este capítulo comentaremos algunos hechos relevantes que ocurrieron en la región en un periodo de unos cien años, desde la fundación de El Álamo hasta que aparecieron los primeros asentamientos más o menos permanentes en el área de Matamoros. Para conocer la historia de Torreón es necesario conocer la de La Laguna, que debe tomarse como un todo difícilmente divisible.

### *La fundación de San José y Santiago del Álamo*

Durante todo el siglo xvii, la comarca lagunera permaneció casi deshabitada, pues se consideraba como una continuación del desolado y temido Bolsón de Mapimí. Estas tierras, las más ricas y fértiles del estado, no producían ningún fruto porque necesitaban abundante mano de obra que viniese a preparar el terreno y a regular las aguas de los ríos Nazas y Aguanaval. La región fue tierra de nadie hasta 1731, cuando se adjudicó a los Marqueses de Aguayo.

A finales de 1700, Pedro Fermín de Echeverz y Subiza, hermano del primer marqués de San Miguel de Aguayo, Agustín de Echeverz, obtuvo

una merced de tierras en las proximidades de La Laguna, en el paraje denominado El Álamo de Parras. Este sitio era abundante en manantiales, rico en salinas, de feraces tierras regadas por el Aguanaval, que formaban extensas praderas apropiadas para la cría de ganado. Por esa misma época los naturales—los indios—de Parras solicitaron y obtuvieron una importante merced de tierras en las cercanías de la Laguna de Mayrán. Sin embargo, ninguna de estas adjudicaciones propició el surgimiento de nuevos centros de población, sobre todo por el acoso de los indios bárbaros.

Mientras tanto, en Parras la población iba en aumento, con la llegada constante de gente de lugares cercanos; la tenencia de la tierra y del agua se convirtieron en un problema. Algunos vecinos comenzaron a sentir que ya no cabían en el pueblo, y un grupo de naturales buscaron emigrar hacia tierras laguneras: solicitaron al gobernador de la Nueva Vizcaya que les concediera el beneficio de fundar un pueblo en el paraje llamado El Álamo de Parras, próximo al manantial de Juan Guerra. Los solicitantes fueron Diego Tolentino, gobernador, y los miembros del cabildo de naturales Xavier Sebastián, Atanasio de la Cruz, Joseph de Ávila, Salvador Miguel y Vicente Xavier Martínez. Ya antes habían sido autorizados para que fundaran un pueblo en Santa Ana de los Hornos, pero al enterarse de que los terrenos pertenecían a los jesuitas de Parras, sus antiguos educadores y protectores, desistieron del proyecto.

Los naturales de Parras entraron en litigio contra los herederos de Echeverz, durante más de 20 años, por causa de la posesión del paraje. Los Echeverz no habían cumplido con los compromisos contraídos al recibir El Álamo, pues no lo poblaron en los 30 años acordados, ni pagaron el importe de la merced; el 16 de febrero de 1731, los naturales recibieron el beneficio del gobernador de Nueva Vizcaya, Ignacio de Barrutia, quien ordenó al alcalde mayor de Parras, Prudencio de Basterra, y al cura beneficiado del lugar, Manuel Valdez, que entregaran en posesión El Álamo a los parreños. Basterra y Valdez se presentaron en El Álamo el 24 de julio de 1731, en compañía de 45 familias y cuatro solteros, todos de Parras. El auto de fundación de San José y Santiago del Álamo describe la ceremonia:

Incontinenti, yo dicho juez, habiendo entregado las varas al gobernador y justicia de este pueblo, pasamos al Álamo en donde estaba una cruz puesta con todo adorno sobre una mesa, la cual cogiendo con las

manos el licenciado don Manuel de Valdez, cura beneficiado por su majestad del pueblo de Santa María de las Parras y su jurisdicción, la entregó a uno de los pobladores llamado Francisco Xavier de Alvarado y en procesión, con repique de campana, cantando la letanía se llevó a la iglesia, en donde, habiéndola vuelto a coger el mismo licenciado la puso sobre el altar e inmediatamente que se acabó la letanía dijo misa cantada con toda solemnidad, con asistencia de la capilla de los músicos de Parras. Todo lo cual hizo en señal de verdadera posesión y en fe de ello yo, el dicho alcalde mayor y juez lo firmo con los testigos de mi asistencia con quienes actúo por receptoría como dicho es. Prudencio de Basterra. Testigo, Sebastián de Acuña. Testigo, José Rafael de Alvarado.

El mismo 25 de julio se eligieron los primeros gobernantes: el capitán de las milicias de Parras, Simón Fernández de Barraza, fue designado gobernador; Lázaro Gabriel y Juan Agustín, alcaldes; Antonio de la Cruz y Melchor Rey, regidores; Gregorio de los Santos, escribano, y Esteban Zacarías, alguacil. Los cargos serían por dos años. El 27, el alcalde mayor de Parras comenzó a repartir a los recién llegados tierras para que hicieran su casa, con huerto y corral. Cada uno recibió un rectángulo de 132 por 274 varas (1 vara = 83.5 centímetros). El sitio destinado a la plaza era un cuadrado de 274 varas y media por lado. En su costado oriente se situarían las casas reales, la casa común y la cárcel. Junto a la iglesia se dedicó un solar a la casa cural.

El virrey de la Nueva España, Juan de Acuña, Marqués de Casa Fuerte, aprobó la fundación de San José y Santiago del Alamo el 8 de marzo de 1732. El 6 de diciembre de 1734, el gobernador de la Nueva Vizcaya mercedó a los nuevos pobladores un pedazo de tierra realenga y el manantial que linda con las tierras de los jesuitas del Colegio de Parras, pese a las protestas de los religiosos. Parece ser que aquí ya no importó a los naturales de Parras la antigua amistad con los jesuitas.

### *Los fundadores*

En su libro *Coahuila y Texas en la época colonial* (Cultvra, México, 1938, p. 494), Vito Alessio Robles consigna los nombres de los jefes de familia y los solteros que fundaron el pueblo, tomándolos de los escritos del ilustre señor don Esteban I. Portillo. Sin embargo, aclara

que son datos que no pudo verificar, ya que Portillo omitió decir de dónde procedían. Con estas escasas noticias hemos querido comprobar y completar las notas sobre los fundadores de Viesca señalando su procedencia, el nombre de su consorte, el de algún descendiente, y datos sobre su fallecimiento. El mérito de la colonización debe ser compartido por los cónyuges y la familia.

Para conseguir nuestro objetivo recurrimos a los más antiguos libros de bautismos, matrimonios y defunciones en el archivo parroquial de la iglesia de Viesca. También a los libros de las presentaciones matrimoniales y los matrimonios efectuados en Parras en el primer tercio del siglo XVIII, que hoy están en el Archivo María y Matheo de Parras. En ninguno de estos registros, nadie se hace llamar tlaxcalteca. Todos se nombran indios naturales de Parras, o indios naturales del pueblo. Esto refuerza nuestra opinión respecto a que el nombre de tlaxcaltecas se lo agenciaron posteriormente los naturales de Parras, y en consecuencia los de El Álamo, para conseguir los privilegios que el gobierno virreinal había concedido a los de Tlaxcala. En Viesca, la primera mención de un indio tlaxcalteca aparece en los registros parroquiales de 1762.

En seguida damos la lista de los fundadores:

Andrés Xavier, indio natural de Parras, casado con Bárbara Petra, india.

Xavier de Alvarado, indio natural del pueblo de Parras, hijo legítimo de Juan y de Francisca Catharina. Casó en Parras el 4 de septiembre de 1719, con Guadalupe. En 1732 aparece casado con Victoria Henríquez.

José Antonio de Ávila, indio natural de Parras, casado con María Concepción.

Pedro José de Ávila, indio natural de Parras, casado con María Guteria, india de Parras.

Don Simón Adriano, indio natural de Parras, casado con Rosa de Ávila. Murió en Parras el 2 de marzo de 1741.

Cipriano Alexo.

Cosme Damián.

Juan de la Cruz Villanueva, indio natural de Parras, casado con Juana Mathiana, india de Parras.

Gregorio de los Santos, indio de Parras, casado con Leonor Cruz, india.

Bernardino de la Cerda, mestizo originario del Saltillo, hijo legítimo de Juan de la Cerda y de María García, difuntos. Casó el 14 de octubre de 1715 con Micaela María, india.

Antonio de la Cruz, indio de Parras, hijo legítimo de Lázaro González y de Juana María, indios que fueron de la misión de Santiago. Casó el 4 de marzo de 1715 con María, hija de padres no conocidos.

Juan Esteban de los Santos, indio de Parras, casado con Juana Gertrudis.

Mateo de los Reyes.

Don Simón Fernández de Barraza, indio de Parras, capitán de las milicias de ese pueblo, primer gobernador de San José y Santiago del Álamo, donde murió el 31 de julio de 1748. Dice su acta de defunción: "En la iglesia parroquial del pueblo de San Joseph del Alamo, se enterró a don Simón Fernández de Barraza, indio fundador del pueblo. Recibió y le administré los santos sacramentos de penitencia, sagrada Eucaristía y extremaunción. Para que conste. Vicente Ferrer R."

Juan Guerra, indio natural de Coahuila, llegó a Parras en 1723. Casó el 24 de enero de 1725 con Lucía Hernández.

Diego Marcos García.

Pascual Hernández, indio de Parras, casado con Juana Xaviera, india. Murió en Parras el 3 de noviembre de 1737.

Marcos Hernández, indio de Parras, casado con María Dolores, india.

Nicolás Hernández, indio de Parras, casado con Vicencia Anastasia, india. Murió el día 27 de febrero de 1763. Se le denomina "indio tlaxcalteco" del pueblo; recibió sepultura en la iglesia "que se está fabricando".

Felipe Santiago, indio sirviente del capitán Antonio de Estrada. Casó el 26 de febrero de 1699 en Parras, con María Jacoba, mestiza. Murió el 6 de enero de 1747.

Patricio de Ybarra.

Francisco Andrés Juárez, sirviente de la hacienda de San Antonio, del Marqués de Aguayo. El 7 de enero de 1709 se presentó para casarse con Francisca Cruz, en Parras.

Eugenio Jerónimo, indio de Parras, casado con Gregoria Mathiana.

Pascual de los Santos, indio de Parras, casado con Juana de Dios Villegas, india "tlaxcalteca".

Juan Agustín, indio del pueblo de Parras, casó allí, el 30 de julio de 1726, con Josefá Balvina.

Leonardo Lorenzo.

Xavier de Lobera.

Lázaro Gabriel, indio natural de Parras, hijo legítimo de Joseph Gabriel y de María de la Cruz, ya fallecidos. Casó el 3 de noviembre con Lucía María, en Parras. Murió en El Álamo el 23 de octubre de 1734. Otorgó testamento; lo auxilió en la muerte el padre jesuita Antonio García, rector del Colegio de Parras.

Juan Nazario.

Marcial Gabriel, indio natural de Parras, hijo legítimo de Joseph Gabriel y de María de la Cruz, ya difuntos. Casó con Ana María, india de Parras, donde murió el 5 de diciembre de 1737.

Esteban Maulcón Calderón, indio natural de Parras, hijo legítimo de Joseph Maulcón y Marcela Calderón. El 18 de junio de 1729 se presentó en Parras para casarse con Josepha Joachina. Lo mataron los indios bárbaros el 11 de agosto de 1737 en compañía de Nicolás de Soto. Su nombre completo, Juan Esteban.

Alexo de Ochoa.

Juan Ramos, indio natural de Zayula, casó el 22 de mayo de 1730 con Micaela de la Trinidad. En El Álamo aparece casado con Francisca de los Ángeles en 1733. Lo más seguro es que su primera esposa haya fallecido. Murió en El Álamo, de "insulto", el 4 de abril de 1748.

Melchor Rey, indio natural de Parras, esposo de María Cayetana, india de Parras. Murió el 23 de octubre de 1739.

Don Simón Cayetano Ruiz, indio natural de Parras, hijo legítimo de Francisco Xavier Ruiz y de Micaela Bernardina. El 14 de enero de 1730 se presentó para casarse en Parras. Se casó el día 30 con Andrea Saturnina, india de Parras. Testó en Parras el 22 de marzo de 1764.

Jacinto Proto, indio natural de Parras, casó allí el 30 de octubre de 1726 con María Magdalena, india de Parras. La P del apellido se suavizó y se convirtió posteriormente en F, para dar origen a un distinguido apellido vicquesense. Murió en El Álamo el 27 de octubre de 1753.

Pablo Sabino.

Felipe Rodríguez.

Pedro Simón Silvestre, indio de Parras, casado con María Adriano. Murió en Parras el 14 de febrero de 1735.

Vicente Ventura, natural de Parras, casado con Asencia María.

Isidro Bonifacio Villegas, indio natural de Parras, casado con María Josepha, que murió el 13 de marzo de 1740, en El Álamo.

Esteban zacarías, indio natural de Parras, hijo legítimo de Miguel Hernández y Rufina Verónica. Casó en Parras el 7 de febrero de 1714,

con Juana Encarnación, india del pueblo de Parras. Murió en El Álamo, ya viudo, el 20 de abril de 1767.

Magdalena, con dos hijos: Ramón y Francisco.

Isidro Miguel Tolentino, soltero.

Pedro Alexo Francisco, soltero.

Juan Victoriano, soltero.

Juan Felipe Villegas, soltero.

### *Las fundadoras*

Según dijimos arriba, el mérito de la fundación fue tanto de las mujeres como de sus maridos. Como un homenaje a aquellas mujeres que llegaron a El Álamo en 1731 para fundar el futuro pueblo de Viesca, damos aquí sus nombres –los respectivos cónyuges se mencionan en la lista anterior– en forma separada:

Bárbara Petra.

Victoria Henríquez.

María Concepción.

María Gutcria.

Rosa de Ávila.

Juana Mathiana.

Leonor Cruz.

Micaela María.

María.

Juana Gertrudis.

Juana de Dios Villegas.

Lucía Hernández.

Luisa González.

Juana Xaviera.

María Dolores.

Vicencia Anastacia.

María Jacoba.

Francisca Cruz.

Gregoria Mathiana.

Josefa Balvina.

Lucía María.

Ana María.

Josepha Joaquina.  
Micaela de la Trinidad.  
Francisca de los Angeles.  
María Cayetana.  
Andrea Saturnina.  
María Madalena.  
María Adriano.  
Asencia María.  
María Josepha.  
Juana de la Encarnación.  
Guadalupe.

Y la única de quien sabemos que llegó con sus dos hijos, Magdalena. Es pertinente hacer la aclaración de que no son todas las que llegaron.

### *La iglesia de San José y Santiago del Álamo*

Presentaremos en este apartado algunas notas obtenidas de diversos documentos procedentes del Archivo María y Matheo de Parras, que tratan de los orígenes de la iglesia parroquial de Viesca, la parroquia más antigua de la diócesis de Torreón, dedicada a los santos patronos del pueblo, el patriarca San José y el apóstol Santiago, benefactores e intercesores de los viesquenses ante Dios Nuestro Señor.

Ya vimos, al transcribir arriba el auto de fundación del pueblo, la mención más antigua que existe de este templo: "cantando la letanía se llevó [una cruz] a la iglesia, en donde, habiéndola vuelto a coger el mismo licenciado [Manuel Valdez] la puso sobre el altar e inmediatamente que se acabó la letanía dijo misa cantada con toda solemnidad, con asistencia de la capilla de los músicos de Parras".

Así pues, al parecer en el momento de la fundación de El Álamo ya existía al menos una capilla, lo que sugiere que los fundadores del pueblo ya se habían establecido allí con anterioridad a la ceremonia, celebrada el 25 de julio de 1731. Sin embargo, no hemos podido localizar ninguna noticia de gente nacida, matrimonizada o muerta en el lugar antes de esa fecha. Dos días después, se hicieron las mediciones de los terrenos que se repartirían entre los naturales de Parras que estaban fundando El Álamo. Se fijó también el sitio que se destinaría a

la iglesia y a la casa cural, frente al gran cuadrado de la plaza, de 274 y media varas por lado. En ese tiempo se acostumbraba dejar junto a la iglesia principal un solar para destinarlo a camposanto. Suponemos que allí frente a lo que es hoy la iglesia de Viesca estuvo el primer cementerio del lugar. La iglesia parroquial fue auxiliar desde un principio de la parroquia de Parras. La atendía un cura teniente y la administraba un mayordomo; por lo general ese puesto recaía en una persona de origen "español". El mayordomo recibía el auxilio de los sacristanes, que siempre eran de los naturales del pueblo; es decir, indios.

Para el día 4 de agosto de 1761, según el libro de fábrica de la parroquia de Viesca, la iglesia permanecía sin techar y aún no se habían delimitado sus áreas, por lo cual quienes fueran enterrados allí se distinguirían solamente por lo que se les cobraba por los derechos de entierro, según la cruz fuera alta o baja. El 5 de octubre del mismo año, se mató en un accidente el maestro albañil Francisco Rivera.

El 11 y 12 de agosto de 1777, cuando estuvo en El Álamo la comitiva del comandante Teodoro de Croix, de la que formaba parte el franciscano Juan Agustín de Morfi, la iglesia era, en sus palabras, "una bodega casi arruinada, sin adornos el altar, vasos sagrados y ornamentos [...] que demostraba la miseria de los vecinos". Según el libro de registro de defunciones de El Álamo, "el 1º de marzo de 1778, por estar demolida la capilla antigua del pueblo, se trasladaron los huesos del bachiller don Manuel Villegas al presbiterio del lado de la Epístola de la iglesia nueva". Este dato nos hace ver que la iglesita original no perduró mucho. El 16 de abril de 1787 fue sepultado en el presbiterio de la iglesia el bachiller don Ildefonso Gabriel Cortinas, antiguo capellán de la Compañía Volante de San Carlos de Parras, con sede en El Álamo.

Cuando el padre Marcos Froylán Cano Pérez dejó el puesto de cura teniente de la iglesia parroquial de El Álamo, en agosto de 1788, entró en su lugar el bachiller don Juan Manuel Sáenz de Juangorena. Al tomar posesión del puesto realizó un inventario de los libros de registro y demás documentos existentes en el archivo parroquial. Recibió también, del mayordomo, un registro de las "alhajas" de la iglesia y una relación de las condiciones en que se encontraba el templo, por el que podemos advertir que había mejorado mucho respecto a las apreciaciones de Morfi, diez años anteriores. Su distribución es ya la que conserva la iglesia. En cuanto al archivo, hemos comprobado que algunos de los documentos mencionados en el inventario han desaparecido.

Para esas fechas, las medidas del templo eran 42 varas de largo por 7 de ancho (35.07 por 5.84 metros) para la nave principal. Las capillas medían 7 por 7 varas. Su distribución era la misma que hoy en día. La nave principal es un cañón corto y angosto que remata en un altar; hay dos capillas laterales al presbiterio. La puerta mayor abre hacia el oriente. Su apariencia exterior e interior es de un templo moderno y no da idea de su edad. A las vigas del techo y del coro se les dio apariencia de antiguas sin que lo sean. El campanario es de estilo modernista.

En el altar mayor hay una imagen de Nuestra Señora de la Luz, en medio del retablo principal. A su derecha hay una imagen de bulto del apóstol Santiago, y a su izquierda otra, también de bulto, del patriarca San José. Las tres de mediana estatura. En la nave principal, entre otras imágenes de bulto podemos identificar a la Virgen de los Dolores, Jesús Nazareno, la Virgen del Carmen y el Sagrado Corazón. Casi todas de cierta antigüedad. En la parte posterior se localizan la sacristía, la casa cural y la notaría parroquial. El archivo parroquial, que se conserva en la sacristía arranca de 1731.

Podemos suponer que este templo se encuentra en el mismo sitio que le fue asignado desde la fundación del pueblo. La atiende un sacerdote diocesano que depende del obispado de Torreón. Fue iglesia auxiliar de la de Parras hasta 1875, cuando fue constituida en parroquia, dependiente de Durango. En 1891 pasó a formar parte de la diócesis de Saltillo, y en 1975 de la de Torreón.

### ***Fundaciones posteriores a 1731***

Tras la fundación de San José y Santiago del Álamo, la semilla poblacional fue germinando poco a poco en la parte más occidental de La Laguna. Sin embargo, no hubo verdaderos asentamientos hasta que algunas familias de la actual Viesca se instalaron en el cuadro de Matamoros hacia 1825. Allí empezó a gestarse una nueva etapa de colonización con el nacimiento del Gatuño, de la Vega de Marrufo, de San Juan Nepomuceno de la Carrera y de Matamoros. Área que en la segunda mitad del siglo pasado terminó por desbancar a San José y Santiago del Álamo en cuanto a importancia poblacional. Después de 1825, los asentamientos se fueron extendiendo hacia el occidente, hasta culminar con Torreón, que en un principio fue un rancho más de la extensa hacienda de San Lorenzo de la

Laguna, y después se fue convirtiendo en el principal centro de población de la región lagunera de Coahuila, distinción que desde entonces no ha perdido. Hoy sigue siendo la ciudad más importante del estado de Coahuila y una de las mayores y más progresistas en el norte de México.

El peligro mayor para los colonos eran las incursiones de los indios bárbaros, que continuamente dejaban sus refugios en el Bolsón de Mapimí para atacar las incipientes comunidades. Los indios hostiles arrasaban con todo, mataban o secuestraban a personas de todas las edades, se robaban los animales y cuanto estuviera a su alcance.

A continuación resumimos las fechas en que aparecen registrados por primera vez los centros de población de La Laguna de Coahuila. Nuestra principal fuente son los registros de bautismos, matrimonios y defunciones que llevaban las autoridades eclesiásticas de El Álamo. Informaciones que completamos con documentos del Archivo María y Matheo de Parras. Respetamos la ortografía de los registros.

1731, San José y Santiago del Álamo.

1741, Hacienda de San Borja.

1744, Rancho de Domingo Mireles.

1745, Rancho del Marqués (también llamado Laguna, San Antonio de la Laguna y Hacienda del Conde del Álamo, título que poseía Francisco Valdivieso, esposo de Josepha Echeverz y Azlor, terceros marqueses de San Miguel de Aguayo; el título se lo concedió a don Francisco el rey Felipe V, el 21 de septiembre de 1733); Saucillo, hacienda de los padres de la Compañía de Jesús de Parras.

1746, La Saucedá; Pozo.

1747, Hacienda de Obejas del rancho de San Juan del Retiro, del Conde y Marqués del Álamo.

1748, Las Abas, hacienda de don Ignacio de Asco.

1756, Aguichila.

1757, Boca del Río.

1758, Mairan.

1763, Tagualilo.

1764, Estancia el Mesteño.

1768, Bilvado.

1769, Sobreretillo.

1788, Laguna Seca; Taxo de la Laguna o Paraje del Taxo.

1791, Rancho de San José (del Marqués).

1792, Alberca; Tejas; Jolla; Pasaje de Vallecillos.

1793, Santiago.

1794, Punta de Santo Domingo (agostadero); Vega Redonda; Santana.

1798, Noria; Río.

1802, Jabalín; Hacienda de la Laguna.

1807, Ximulco (su fundación es muy anterior).

1809, Ciénega.

1810, Bofedal.

1814, Rancho El Gatuño (el 13 de diciembre se sepultó a Margarita Adame, mujer de Leonardo Sifuentes; no vuelve a mencionarse el lugar hasta 1829).

1811-1824, Villa del Arenal; Aguajito; La Vega de Marrufo (el 5 de junio de 1818 fue bautizada Prudenciana, hija natural de Damiana Navarro; no vuelve a citarse hasta 1842).

1825, San Juan Nepomuceno de la Carrera (el 8 de mayo muere un párvulo, hijo de Estanislao López, a quien alcanzaron sólo a ponerle el agua en la Carrera; a partir de 1826 se menciona a menudo).

1827, La Villa; Santa Margarita.

1829, Boca de Picardías.

1830, Boca del Jaral; Real de San Juan; Matamoros; Villa de Viesca y Bustamante.

1831, Arenales; Charcos; San Isidro.

1832, Colorado.

1833, San Nicolás; Mayranes; Villa de Chorros; Prietas; San Lorenzo (su fundación es muy anterior); Pozanco; San Juan Bautista.

1834, Ballos; Pozo de Calvo.

1835, Coyotes; Muerto; Fresnito; Pañito.

1836-1848, Rancho de La Concepción (fundación muy antigua); Tajito de Piedra; Rancho de San Miguel; Rancho del Alamito.

1849-1851, San Pablo; San Tiburcio; Cardona; El Refugio; El Tabaco; Codornices; San Rafael; Coyote (1850).

1850-1872, La Escondida; La Soledad; Barbada; San Marcos; San José de los Álamos; San Francisco; Guadalupe o de la Horca; Rancho El Torreón (1855); Hacienda del Torreón (1867); San Vicente; San Antonio de los Milagros; La Trinidad; Los Agüeros; Santa Lucía; El Potrillo; Las Piedritas; El Camino; Las Barrancas de San Buenaventura; Jaboncillo; Hormiguero (1868); Rancho de San Fernando (1856); Rancho de las Huertas (1856); Rancho de Santa Cruz (1856);

La Torreña (1868); Rancho de los Leocadios (1857); Rancho Cuba (1854); Rancho El Estero (1854).

### *Enfermedad y muerte*

De los libros de ánimas que para el registro de los fallecidos llevaban las autoridades eclesiásticas de San José y Santiago del Álamo procede la información para este apartado, en el cual nos aproximamos a las formas, las causas y los tiempos de la muerte entre los laguneros de la época de que nos ocupamos.

#### *Enfermedades habituales y accidentes*

En los libros de ánimas, el escribano anotaba el lugar del deceso, la fecha de la constancia, el nombre del difunto, su estado civil, los nombres de sus deudos y la causa de la defunción. Firmaba el sacerdote que daba fe del entierro. Está de más decir hasta qué punto es importante esta información para conocer la vida cotidiana de nuestros antepasados en ese tiempo.

Las enfermedades y causas de muerte más comunes en La Laguna durante el siglo XVIII y parte del XIX, eran las siguientes: dolor de costado, fiebre, tos, evacuaciones, tiricia, hinchazón, tapiado, cólera, catarro, punzadas, pejo, hidropesía, apostemado, apoplejía, empacho, vasca, viruelas, dolor de cabeza, de repente, calor encerrado, dolor de garganta, escorbuto. Era frecuente la muerte de parto y los alumbramientos se esperaban con gran preocupación. Si un niño moría recién nacido se decía que había fallecido "descriado".

Los accidentes se suscitaban sobre todo por pendencias, ahogamiento en lagunas o ríos, o por causas de trabajo. Así, el 28 de mayo de 1829 Luis Hernández, de 20 años, vecino de San Juan Nepomuceno, murió "tapado" por un barranco; el 30 de abril de 1857 murió Cecilio Martínez, de 20 años, originario del Río de Nazas y vecino de la Punta de Santo Domingo, por causa "del humo de las haciendas de fundición"; el 10 de septiembre del mismo año falleció Teodoro Lozano, del Rancho de La Concepción, "de heridas con las tripas de fuera"; el 12 de enero de 1789 Santiago de la Cerda, de 14 a 15 años, murió de una "mordida de animal rabioso" en el Rancho de San Antonio, del Marqués, donde era sirviente; el 6 de mayo de 1776 falleció Atanasio de los Reyes, indio de El Álamo, por un rayo; el

22 de agosto de 1787, el soldado de la Compañía Volante de San Carlos de Parras con residencia en El Álamo murió "de un pelotazo"; el 4 de mayo de 1843 María Manuela de los Reyes, de 4 años de edad, murió cornada por un toro.

### *Epidemias*

Las principales, por el número de víctimas, fueron las de 1779, 1833 y 1849. La primera, la "epidemia pestilencial"; las dos restantes, de "cólera morbus". Muy frecuentes eran las de fiebre, que atacaban sobre todo a los niños y recién nacidos. En la de 1814, la distribución de los muertos por meses fue la siguiente: enero, 3; febrero, 6; marzo, 11; abril, 12; mayo, 17; junio, 48; julio, 73; agosto, 75; septiembre, 75; octubre, 125; noviembre, 99 y diciembre 45, para un total de 589.

### *Los ataques de los indios bárbaros*

Los habitantes de la comarca lagunera sufrieron durante los siglos XVIII y XIX constantes ataques de los indios bárbaros que, procedentes de los Estados Unidos, se refugiaban en el Bolsón de Mapimí. Atacaban sobre todo comunidades pequeñas, o a grupos reducidos de viajeros, pero llegaron a atreverse igualmente contra las ciudades mayores, como sucedió en Parras a principios del mes de julio de 1722.

La región lagunera era vigilada en el siglo XVIII por los escolteros del Marqués de Aguayo, cuyo cuartel se hallaba en el Rancho de San Antonio de la Laguna, también llamado Hacienda de Obejas, cerca del puesto de La Peña, al noreste de la hoy Viesca, Coahuila. Después de que se fundó San José y Santiago del Álamo, en 1731, se estableció allí un cuerpo de vigilancia llamado la Compañía Volante de San Carlos de Parras que, al igual que los escolteros, se dedicaba a la custodia de la región, tratando de ahuyentar a los apaches hacia las tierras donde vivían, en el Norte. En 1799, esta compañía fue trasladada a San Antonio Béjar, en Texas, donde se le destinó como cuartel la misión de San Antonio de Valero, situada a las afueras de esa villa; posteriormente el fortín tomó el nombre del lugar de procedencia de la tropa y comenzó a ser llamado El Álamo; alcanzó alguna notoriedad a raíz de la victoria de Santa Anna contra los separatistas texanos en 1836.

Aquellas tropas que hacían rondines periódicos por los diversos parajes de La Laguna no bastaban para disuadir a los apaches de sus intenciones hostiles. Los indios bárbaros mataban a todos quienes se les

ponían enfrente. A las mujeres y los infantes, si les iba bien, se los llevaban prisioneros y rara vez volvía a saberse de ellos. Un jefe de aquellos apaches llegó a sobresalir por sus tropelías, crueldades, hurtos y muertes: el indio Rafael, cuyo recuerdo prevalece hecho leyenda.

No hace mucho se contaban en la región relatos fantásticos sobre los tesoros que había ocultado en alguna cueva y muchos soñaban en salir de pobres encontrando alguno de ellos. El indio Rafael, sin embargo, fue algo más que leyenda, según consta en los libros de ánimas del archivo parroquial de Viesca, y en el libro de fábrica de la iglesia y cementerio de El Álamo (Viesca) correspondiente a los años 1761 a 1857, que hoy forma parte del expediente número 144 del Archivo María y Matheo de Parras.

Según lo que hemos podido averiguar, el radio de acción del indio Rafael abarcaba la zona limítrofe de los hoy estados de Coahuila, Durango y Chihuahua, territorio que corresponde al Bolsón de Mapimí. Rafael se hacía acompañar siempre de otro individuo llamado Antonio, que debe haber sido su lugarteniente. Juntos encabezaban una gavilla de asaltantes. Sus nombres hacen pensar que eran indios que con anterioridad habían pertenecido a alguna comunidad y habían sido bautizados, y luego se rebelaron.

El temor que ocasionaban sus posibles ataques era tan grande que el 28 de octubre de 1806 el obispo de Durango, don Francisco Gabriel de Olivares, envió un comunicado a las parroquias de su diócesis diciendo que había tenido noticias de que en el presidio de Guajoquillas, en el estado de Chihuahua, el indio Rafael y su compañero habían asesinado cruelmente a dos hombres, tres mujeres y tres niños que iban de los pueblos de Baquiaiachic, Teorichic y Guasarachic a las parroquias de San Pablo o Guerachic para que los bautizaran. Aquellos acontecimientos "habían afligido su corazón [del obispo] y el del comandante de las Provincias Internas", amén del de toda la comunidad por el horror y los estragos causados por el inhumano Rafael. Por ello se debía implorar la misericordia de Dios mediante la celebración de misas solemnes y cantadas que se celebrarían el primer día festivo posterior a que se recibiese la circular en los diversos curatos de la diócesis. Al terminar las misas se rezaría la letanía de los santos para que sirvieran como intercesores ante Dios y los librasen de ese agudo mal llamado Rafael.

El comunicado se recibió en Parras el 31 de ? de 1807. Pero las buenas intenciones del obispo Olivares no aquietaron al indio Rafael. El 2 de noviembre de 1810 se dio lugar de tres pesos para los "huesos" del cuerpo adulto de Josef Máximo Calderón, marido de María Luisa Ramírez, sirviente en la hacienda de La Laguna, muerto por el indio Rafael en 20 de "henero" de 1809. No se le permitió a su madre, María de la Luz Mireles, sepultarlo de limosna, "sino que pague dicha hacienda el entero. Lo que se le participó a su mayordomo Rubio [...] tres pesos seis reales". El 18 de enero de 1809 fue asesinado Victoriano Padilla, sirviente del rancho de La Laguna, casado con Aniceta Carrillo. También José Praxedis Martínez, sirviente del rancho del Marqués, casado con Gregoria de la Cerda. Al día siguiente, Josef Antonio Parra, sirviente de los Hornos, y José Xavier, párvulo, hijo de Anastasio Guerrero y de Gertrudis ? "En 28 de julio [de 1810] lugar 4 pesos 2 reales, para el cuerpo adulto de Josef Ynocente Perales, que murió a manos del yndio llamado Rafael. Fue marido de María Petra Ramírez; vecino y sirviente del Álamo". No sabemos qué fin tendría el temido Rafael, pero puede suponerse, con tan azarosa existencia, que no fue en la paz de su hogar.

### *El movimiento libertario*

Al estallar el movimiento independentista la noche del 15 de septiembre de 1810, en las provincias norteñas se vivía en calma. Hasta en ello parece ser que nos excluyó el centralismo de siempre. A Parras y La Laguna la noticia del levantamiento de Hidalgo llegó a finales de ese mes de septiembre, en boca de gente proveniente de Saltillo. El gobernador de la provincia de Coahuila, coronel Antonio Cordero, de inmediato reunió a los comandantes de las compañías provinciales para marchar sobre San Luis Potosí, en auxilio de Felix María Calleja, que combatía a las fuerzas insurgentes en el centro del país.

En ese tiempo las poblaciones más destacadas de La Laguna eran Parras y El Álamo (hoy Viesca). Adelantándonos un poco a los acontecimientos, justo es decir que siempre mantuvieron un clima de calma. Donde se observó algo más de movimiento fue en la cercana Saltillo. En principio, no hubo en nuestra región esas muestras de alegría y emoción de que nos hablan los políticos en los discursos oficiales de las fiestas septembrinas.

A finales de 1810, Hidalgo envió a la provincia de Coahuila al general Mariano Jiménez, que entró a la Villa del Saltillo el 8 de enero de 1811, tras derrotar al coronel Cordero. Jiménez fue saludado al entrar a Saltillo por el repique de las campanas y los vivas de los saltilleros. Después envió algunas pequeñas fuerzas a las poblaciones cercanas. A Parras llegó el coronel Mireles, llevando un comunicado dirigido al párroco y al vecindario del pueblo, que decía lo siguiente:

La diputación que me ha mandado ese generoso pueblo y que acabo de recibir, me da una prueba nada equívoca de su lealtad, amor y patriotismo, expresando en ella la sana disposición en que se halla por la sagrada causa de la nación. La acepto con aprecio y a nombre de ésta doy a ustedes las gracias y tendré presentes sus loables procedimientos. Con el solo objeto de hacer presente a ese pueblo los poderosos motivos de mi comisión, y con el fin de que no se frustasen los sagrados derechos a ella, había despachado una división de mi ejército con cañonería; pero en el momento mismo acabo de recibir las indiscutibles pruebas de su lealtad, he mandado se regresen a esta división y sólo pasen 50 hombres a cumplimentar en mi nombre y en el de la nación con el aprecio debido a todo el común de ese recomendable vecindario. Dios guarde a ustedes muchos años.

Cuartel general de la Villa del Saltillo, 16 de enero de 1811.  
José Mariano Jiménez, teniente general de América.

El día 14 de ese mes de enero, el señor cura de Parras preparó una recepción para los invitados del generalísimo Jiménez. El 16 mandó asear las calles y el 19 entraron los insurgentes, en medio del júbilo desbordante de Parras. El día 21 el comisionado, Ladrón de Guevara, mandó publicar un bando para despertar el entusiasmo en favor de la insurrección. No todos estaban con ella. Existe el testimonio del presbítero domiciliado en Parras, José Martín Leyva y Ocón, que tenía encomendado delatar a los simpatizantes de los insurgentes.

Una de sus anotaciones:

Casualmente asomándome a la ventana hoy, 24, me vio un alférez de los que estaban con el señor Cordero e introduciéndose en mi casa me reconvinó y se fue; mas el 25 mandó llevarme el malvado seductor Mireles y queriéndome estrechar a la seguida de su turba y seducirme, me eximí bajo mi firme sistema y protección del Altísimo [...] el día 30 por la noche salió el ejército insurgente.

Puede creerse que más de un lagunero se sumó a las filas insurgentes, pero no se conocen datos al respecto. La Laguna formaba parte de la provincia de Coahuila, que pertenecía a las Provincias Internas de Oriente. Y mientras acá la vida transcurría en calma, en el centro el ejército insurgente se batía con heroísmo ante las bien pertrechadas fuerzas realistas. Después de algunas brillantes victorias al inicio de la contienda, las fuerzas de Hidalgo sufrieron una grave derrota en Puente de Calderón, en Jalisco, el 17 de enero de 1811. De allí los insurgentes se retiraron hacia Zacatecas, con la idea de llegar a Saltillo y pasar luego a los Estados Unidos para armarse. Antes de llegar a Zacatecas, en Pabellón, Allende mostró su disgusto con Hidalgo y lo suplantó como jefe supremo de los ejércitos insurgentes. Allende arribó a Saltillo el 24 de febrero de 1811; Hidalgo, el 4 o 5 de marzo. En esa villa se destituyó en forma unánime a Hidalgo y Allende ocupó su puesto.

Al enterarse de que las fuerzas de Calleja se aproximaban, los insurgentes se retiraron el 17 de marzo, rumbo a Monclova, sin saber que estaban a punto de ser protagonistas de un sórdido episodio de intriga y traición. Tras duras jornadas de hambre, cansancio y sed, los casi 900 hombres de la columna llegaron el 21 de marzo a Baján, donde fueron hechos prisioneros. Al día siguiente los enviaron a Monclova, donde algunos fueron fusilados y los jefes principales cargados de cadenas. Cabe recordar que Monclova fue elevada a la categoría de ciudad el 24 de mayo de 1811, por la cooperación de algunos de sus habitantes para aprehender a los jefes insurgentes.

El 25 de marzo inició su camino la caravana del dolor y el abatimiento. De Monclova fue rumbo a Parras, a donde es claro que no llegaron; sólo tocaron la Hacienda de San Lorenzo, tras haber pasado por San Carlos, Bocas y Santa Isabel. Se dice que en San Lorenzo de Parras se separaron los prisioneros religiosos de los militares. Los primeros serían llevados a Durango y los segundos a Chihuahua. Otros –nos parece más probable– aseguran que esa separación se hizo en el Rancho de la Peña, cerca de Viesca. La ruta seguida por los prisioneros no ha sido precisada; sin embargo, creemos que de allí de La Peña, la columna de prisioneros militares siguió hacia las hoy tierras matamorenses, sin tocar El Álamo (Viesca), para continuar al rancho de La Concepción, o La Chona, donde cruzaron el río Nazas por el puesto de San Sebastián, y de allí siguieron por tierras duranguenses hasta Mapimí y por último hasta Chihuahua, donde llegaron el 26 de abril de 1811.

Es triste pensar que a las tierras de La Laguna les tocó ver pasar al padre Hidalgo en derrota. Después de los hechos narrados, nada sobresaliente aconteció en La Laguna durante la Revolución de Independencia, como fue llamada entonces. Con la reconquista de las Provincias Internas de Oriente por el comandante Joaquín Arredondo en 1813, quedó extinta en Coahuila la llama libertaria. Hasta la promulgación de la independencia en 1821, cuando se celebraron diversos actos en los poblados de la región para festejar el acontecimiento.

### *Noticias de la región, en 1813*

Tras la muerte de Hidalgo, en julio de 1811, surgió como caudillo de la lucha libertaria el señor cura don José María Morelos y Pavón, que llevó al cabo su campaña sobre todo en los estados del sur. Ya hemos dicho que la Guerra de Independencia fue un privilegio de los estados del centro y del sur. A las provincias norteañas llegaban sólo noticias sobre la contienda, como si estuviese aconteciendo en otra nación.

El 6 de octubre de 1812, el Consejo de la Regencia Española expidió un comunicado en Cádiz, dirigido a las provincias de ultramar en busca de su "fomento y prosperidad" y en el que se pedían informes acerca de la raza de sus habitantes, sus costumbres, idiomas, inclinaciones, industria y culto, para conocerlas y poder tomar las medidas pertinentes para resolver sus problemas. El oficio venía acompañado de un cuestionario de 36 preguntas que deberían contestar las personas que fuesen consultadas por las autoridades civiles y eclesiásticas de las Américas y sus islas. Las noticias y comentarios proporcionados deberían ser lo más precisos y claros que fuera posible.

En Parras se recibió el comunicado el 13 de agosto de 1813, y ese mismo día fue contestado y comentado por el padre José Nicolás de Flores, párroco de la villa. Ofrecemos a continuación sus respuestas, respetando los términos que él utilizó. Al hablar de "americanos" creemos que se refiere a hijos de españoles nacidos en América, o sea a criollos. Todas las respuestas van en relación directa con la situación y los habitantes de Parras y de su comprensión.

La población está dividida en europeos, americanos, indios que están en posesión de tales como descendientes de los caciques primeros pobladores después de la conquista del reino, aunque a la presente se

halla muy alterada la casta, por la mezcla que ha habido de los indios puros con otras castas, mulatos y mestizos. -

Del origen de los mulatos es desconocido por no haber en esta población hijos de negro y blanco; y sólo sí son reconocidos por mulatos los del color moreno y por mestizos los hijos de padre y madre de diferentes castas.

Todas las referidas castas hablan el idioma español generalmente.

Se observa en lo general que tienen amor a sus mujeres e hijos, dando a éstos una educación regular y aplicándolos a algún oficio, o acomodándolos en algún destino.

Por lo general los reconocidos por indios, los mulatos y los mestizos manifiestan inclinaciones a los americanos y europeos, sin que se observe prevención alguna de queja u odio contra ellos.

Sus virtudes dominantes son la piedad, el amor a la religión, la caridad, la humanidad, la subordinación a los superiores, todos con preferencia en el sexo débil.

No se hallan poseídos de supersticiones. No se les advierte memoria, resabio ni inclinación alguna de adorar al Sol o a la Luna.

El catecismo del padre Ripalda es el que todos aprenden y usan.

No tienen en lo absoluto inclinaciones por la idolatría.

Los indios en esta población en lo moral y político se hallan al parecer ventajosamente más cultos y aventajados que aquellos que existían a los veinte o más años de la pacificación, siendo la causa de ello la continua y dilatada y no interrumpida relación con los americanos y europeos.

Que los reconocidos por indios, mulatos y mestizos para la celebración de sus matrimonios se conducen del mismo modo que los europeos y americanos y no prestan servicio alguno a los padres de las novias.

El modo de curarse de las diversas castas es el mismo que usan los europeos y americanos y hacen el mismo uso que éstos de las aguas termales. Sus enfermedades dominantes y estacionales son las que comúnmente llaman catarros, y que con corta diferencia es igualmente mayor el número de nacidos que el de muertos.

Conocen las estaciones del año del mismo modo que los americanos y europeos y no tienen calendario particular. Trabajan todo el día. Almuerzan como a las nueve o diez de la mañana. Comen después del mediodía y metido el sol se retiran a descansar a sus casas.

Sólo hacen una comida de tortillas, frijoles, chile o carne, o la que puedan adquirir, y su costo es en proporción del número de cada familia que puede regularse cuatro reales diarios para una de cinco a seis personas.

Usan de los licores corrientes de comercio como son el vino y aguardiente.

Sus costumbres sólo manifiestan ser descendientes de cristianos viejos y son los que conservan sin noticia del rumbo de donde vinieron sus primitivos. A excepción de los reconocidos por indios, que según la tradición vinieron de Tlaxcala sus ascendientes.

Son fieles a sus tratos y cumplen sus promesas.

El vicio más dominante es la inclinación a la diversión de toda clase.

Son inclinados a auxiliarse unos a otros y a hacerse el bien. Muchos no lo hacen por escasez de facultades.

Tienen sus aviadores que los habilitan para sembrar o cultivar sus viñas y a éstos les pagan con el fruto de sus cosechas o con lo que realizan mediante sus agencias y diligencias, que por las tierras de labor que les arriendan para sembrar pagan a razón de cuatro pesos fanega de maíz, y proporcionalmente por fanega de trigo y frijol. Por una yunta de buyes operada, uno por cada yunta al día.

No son crueles ni iracundos. Son compasivos y benéficos.

En esta población y sus inmediaciones no hay ningún indio salvaje.

Los reputados por indios hacen la misma vida que el resto de los habitantes de la población. Que los gobernadores, que los principales entre ellos llevan buena armonía con los demás. Les pagan sus jornales y no les causan vejaciones ni les exigen vicio alguno.

Entre los reconocidos como indios, algunos tienen sus facultades y proporciones de subsistir con decencia y sus haberes los han adquirido con su industria, con su trabajo personal o por herencia de sus antepasados.

Todos los comprendidos en la clase de indios, sean varones o hembras, no prestan servicio a persona o corporación.

No se les conocen inclinaciones particulares a la música, ni a la guerra, ni tienen canciones particulares, ni usan otros instrumentos músicos que los corrientes y acostumbrados en todo el reino.

No hay noticia alguna de hombres insignes en letras ni en armas

que haya producido en algún tiempo esta población, ni tampoco de obras literarias, manuscritas o impresas.

Las ideas que tienen todas las castas en que está dividida esta población relativas a la eternidad, premio y castigo, juicio final, gloria, purgatorio e infierno son las mismas que inspira la doctrina cristiana, que han aprendido en nuestro catecismo y les han explicado sus párrocos.

Los vestidos que traen son por el mismo estilo de los que se acostumbran en la capital de la provincia.

La contestación del oficio de la regencia por el señor cura de Parras, Nicolás de Flores, en nada muestra que el país estaba sumido en una cruenta guerra desde casi tres años antes. Sus respuestas, tías e inexactas, revelan su ignorancia sobre la historia del lugar, el origen y las costumbres de sus habitantes -indios, mulatos, mestizos o españoles. Fue un cuestionario resuelto sobre las rodillas, sin considerar la lucha de siempre de los naturales con Urdiñola y sus descendientes, ni los problemas entre esos mismos naturales y los "españoles" de fines del siglo xviii, en ambos casos por la posesión de las tierras y el uso de las aguas. El padre Flores no tuvo el cuidado de consultar archivos ni de entrevistar a ninguna persona; en un rato del 13 de agosto de 1813, dejó constancia de sus raquíticos conocimientos en un documento que habría tenido enorme relevancia si hubiese sido elaborado con cuidado. Si tan sólo hubiera leído la historita del padre Dionisio Gutiérrez, de 1786, que contiene valiosa información sobre Parras y La Laguna, otra cosa habría resultado.

El documento que estamos comentando se encuentra actualmente en el expediente número 741 del Archivo María y Matheo de la ciudad de Parras. Pese a todo, algo nos da a conocer sobre el estado de la comarca en aquellos días en que, en otras partes del país, se peleaba la independencia.

### *Censo económico de San José y Santiago del Álamo, 1819*

En 1819, la jurisdicción de Parras y La Laguna estaba sujeta, en los ramos de Hacienda y Guerra, a la de San Luis Potosí. En el Archivo Municipal de esta ciudad se localizó un censo de la región que abarcaba Parras, las haciendas de San Lorenzo de Parras, del Rosario, de los Patos y el pueblo de San José y Santiago del Álamo. El censo se

elaboró en el juzgado real de esta población y se firmó el 3 de diciembre de 1819, por José Rafael González de Bexar, con el visto bueno del subdelegado de Parras, Andrés de la Viesca y Montes, el 19 de diciembre de 1819.

Agustín Churruga presentó este censo en su *Historia antigua de Parras*, y nosotros lo extractamos ahora en lo referente a El Álamo de Parras (hoy Viesca), que comprendía los sitios de Hornos, San Antonio de la Laguna, Santo Domingo, Aguichila, Bofedal, Pozo de Calvo y Ximulquillo. En seguida, los datos obtenidos:

### Estado civil de los pobladores

Edades	Solteros		Casados		Viudos		Totales		
	H	M	H	M	H	M	H	M	
1 a 7	301	315	0	0	0	0	301	315	616
7 a 16	320	284	0	0	0	0	320	384	604
16 a 25	109	86	99	183	0	1	208	270	478
25 a 40	33	35	243	278	9	16	285	329	614
40 a 50	11	13	171	96	21	44	203	153	356
+ de 50	1	6	88	33	15	33	104	72	176
<b>Totales</b>	<b>775</b>	<b>739</b>	<b>601</b>	<b>590</b>	<b>45</b>	<b>94</b>	<b>1,421</b>	<b>2,156</b>	<b>2,844</b>
	<i>1,514</i>		<i>1,191</i>		<i>139</i>		<i>2,844</i>		

### Castas

Edades	Europeos		Españoles		Indios, castizos y mestizos		Totales		
	H	M	H	M	H	M	H	M	
1 a 7	0	0	8	8	293	237	301	315	616
7 a 16	0	0	16	24	304	260	320	284	604
16 a 25	0	0	27	19	181	251	208	270	478
25 a 40	0	0	36	23	249	306	285	329	614
40 a 50	1	0	25	13	177	140	283	153	356
+ de 50	0	0	19	7	85	65	104	72	176
<b>Totales</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>131</b>	<b>94</b>	<b>1,289</b>	<b>1,329</b>	<b>1,421</b>	<b>1,423</b>	<b>2,844</b>

### Oficios

Curas 1	Mineros 4
Clérigos 1	Barberos y sangradores 4
Maestros de escuela 3	Comerciantes 12
Europeos en real hacienda 4	Artesanos 90
Militares retirados 4	Labradores 100
	Jornaleros 800.

<b>Ganado</b>				
<i>Lugares</i>	<i>Vacuno de asta</i>	<i>Lanar y cabrío</i>	<i>Caballar y mular cerril</i>	<i>Caballar y mular manso</i>
El Álamo	209	10	404	155
Ranchos				
circunvecinos	45	207	75	60
Hornos	439	670	69	1,085
San Antonio				
de la Laguna	48	42,304	539	341
Aguichila y Aguajito	83	191	81	73
Bofedal, Ximulquillo				
y Pozo de Calvo	162	2,319	374	114
Dos individuos	114	0	0	0
<i>Totales</i>	<i>1,100</i>	<i>45,701</i>	<i>1,542</i>	<i>1,828</i>

### *Un documento de 1822*

En oposición al informe de Flores, existe otro, enviado por los naturales al jefe de la regencia del Imperio que encabezaba Iturbide en 1822: "Instrucción que contiene la razón de la fundación de nuestro pueblo de Santa María de las Parras, de los privilegios a él concedidos, de los servicios hechos a ambas majestades, de las vejaciones recibidas, como adelante se verá". En él, los indios relatan los acontecimientos en que han tomado parte desde la fundación de su pueblo hasta ese año de 1822. Sintiendo parte de un país libre, recién independizado, reclaman los derechos municipales que les fueron quitados por los europeos "gachupines", de quienes no han tenido sino extorsiones y vejaciones. Entre los que más los habían perjudicado estaban el padre de los Viescas y el de Francisco Antonio Gutiérrez, pero los naturales tenían fe en que los hijos no seguirían las huellas de sus mayores.

Alegan que se les restituya su Ayuntamiento, activo desde la fundación de Parras hasta 1820, cuando fue depuesto. Que se les devuelvan los privilegios de que siempre habían gozado, como no pagar impuestos ni alcabalas, montar a caballo, portar armas de Castilla, hacer libre uso de montes, ríos y salinas, amén de gozar de títulos de hidalguía. Relatan su desempeño en las actividades públicas y políticas, en el desarrollo de la ciudad y en su defensa contra los indios bárbaros; sus constantes conflictos con Urdiñola y sus descendientes por causa del uso del agua, más otros agravios sufridos de parte de los señores gachupines. (La palabra *gachupín*

se escuchó por primera vez en la Nueva España contra los militares ejecutores de la orden de expulsión contra los jesuitas en 1767.) Se quejan también de que en 1778, en prevención de alguna asonada, el comandante de las milicias, Buenaventura González de Montes, mandó al gobernador de los naturales que recogiese las armas de fuego que tuvieran los indios, sin darles ninguna indemnización.

Acusan a unos gachupines de haberse apropiado ilegalmente de tierras en Parras. Tal era el caso del bachiller Acencio Zabala y Zengotietta, de Francisco Gutiérrez, del padre José Dionisio Gutiérrez, de Buenaventura González de Montes, Juan Acencio de Artunduaga, Melchor Bracho, Vicente Campos y Juan Tagle. Lamentan hondamente la expulsión de los jesuitas, sus defensores frente a los españoles. Relacionan algunos edificios en que intervinieron sus antepasados, como la iglesia parroquial y las casas curales. En la acera poniente de la plaza (del Reloj) habían construido una fábrica, una cochera para la "estufa" del Divinísimo Señor Sacramentado, una escuela para la enseñanza de las primeras letras, las Casas Reales o Sala Capitular, y el Ayuntamiento. Destacan que las familias de los naturales habían dado a Parras 17 sacerdotes entre 1700 y 1822. Por último, se oponen a que el pueblo sea convertido en villa, porque eso era "lugar de españoles". Firman el comunicado, el 20 de febrero de 1822, 29 vecinos indios de Parras. Iturbide lo remitió a su ministro de Estado y Relaciones Exteriores y Exteriores, quien giró instrucciones al comandante general de las Provincias Internas, Gaspar López, para que hiciera entrar en razón a los indios y desterraran las odiosas distinciones entre indios y españoles, y para que les administrase justicia en cuanto al despojo de tierras y aguas.

Este documento, que extractamos apretadamente, echa por tierra el inexacto comentario que el padre Flores hizo nueve años antes. En él se percibe el agudo resentimiento de los naturales de Parras contra los "españoles" y criollos por los atropellos sufridos.

### *Padrón de El Álamo y su comprensión, 1825*

En 1824, el presbítero José María Benegas, encargado de la administración espiritual de San José y Santiago del Álamo, ranchos y haciendas de su comprensión, llevó al cabo un censo de población que fechó el 1º de enero de 1825. En ese tiempo Benegas ejercía el puesto de teniente de cura, encargado de la viceparroquia de El Álamo, depen-

diente del señor cura vicario y juez eclesiástico de Parras, don Silvestre Vicente Borja. Por lo tanto, el documento en cuestión fue a parar a los archivos parroquiales de Parras y hoy en día puede localizarse en el archivo María y Matheo.

El censo consta de 44 páginas de caligrafía bastante comprensible. Consigna qué lugares fueron censados, qué domicilios se visitaron; el nombre, estado civil y edad de los moradores, empezando por los jefes de familia. Lamentablemente no incluye datos sobre los oficios o profesiones de las personas censadas. El padrón de Benegas es un documento de gran valía para conocer a los colonizadores de la región lagunera de Coahuila en su porción occidental. Algunas de las personas que allí se mencionan, o algunos de sus descendientes, fueron emigrando poco a poco a los nuevos asentamientos, al noroeste de El Álamo (Viesca), origen de muchos de los ejidos hoy diseminados en los municipios de Viesca, Matamoros, San Pedro de las Colonias y Torreón, Coahuila. El 25 de julio de 1993, San José y Santiago del Álamo cumplirá 262 años. Cuando se firmó el censo de 1825 tenía 94.

Los poblados censados, los más importantes de la jurisdicción de Viesca, fueron San José y Santiago del Álamo, Villa del Arenal (hoy Nueva Bilbao), hacienda de Santa Ana de los Hornos, San Antonio de la Laguna, La Punta de Santo Domingo, Aguajito, Bofedal, Aguichila y la Villa de la Nueva Bilbao. Se llegó a un total, según Benegas, de 3,046 habitantes; según nuestras cuentas, 3,077. Si comparamos el censo de 1819 con las cifras de Benegas, la población había aumentado en 233 personas. Presentamos algunos de los cuadros incluidos en el censo:

#### Habitantes por lugares

<i>Localidad</i>	<i>Domicilios visitados</i>	<i>Habitantes</i>
San José y Santiago del Álamo	228	1,240
Villa del arenal	23	144
Hacienda de Santa Ana de los Hornos	114	848
San Antonio de la Laguna	105	566
Santo Domingo	22	127
Aguajito	2	7
Bofedal	2	10
Aguichila	3	22
Villa de la Nueva Bilbao	22	113
<i>Totales</i>	<i>521</i>	<i>3,077</i>

**Habitantes por edades**

<i>Edades</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Totales</i>	<i>%</i>
1 a 10	537	505	1,042	33.86
11 a 20	309	386	695	22.59
21 a 30	267	300	567	18.43
31 a 40	169	190	359	11.67
41 a 50	121	85	206	6.69
51 a 60	57	54	111	3.61
61 a 70	38	16	54	1.75
71 a 80	24	12	36	1.17
81 a 90	6	1	7	0.23
<i>Totales</i>	<i>1,528</i>	<i>1,549</i>	<i>3,077</i>	<i>100.00</i>
<i>%</i>	<i>49.66</i>	<i>50.43</i>	<i>100.00</i>	

Como podemos ver en el cuadro anterior, en el año de 1825 los habitantes del suroeste de Coahuila difícilmente lograban ir más allá de los 50 años de edad. Virtualmente tres cuartas partes de la población (74.88%) censada por el presbítero José María Benegas no había cumplido aún los 30 años.

**Estado civil**

	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Totales</i>	<i>%</i>
<b>Párvulos</b> (hasta 6 años)	404	344	748	24.32
<b>Solteros</b>	569	104	673	21.87
<b>Doncellas</b> (señoritas)	—	442	442	14.36
<b>Casados</b>	539	539	1,078	35.03
<b>Viudos</b>	28	108	136	4.42
<i>Totales</i>	<i>1,540</i>	<i>1,537</i>	<i>3,077</i>	<i>100.00</i>

Existe una pequeña diferencia entre los resultados de este cuadro y el resumen inmediato anterior en cuanto al total de hombres y de mujeres, en la cantidad de doce individuos lo mismo para los primeros que para las segundas. Esta situación, sin embargo, no altera en forma importante el curso ni los resultados de nuestro estudio. Se consideraba como personas solteras a los hombres que ya habían cumplido los 17 años. Las madres solteras conservaban esa denominación. Es notorio cómo, en todos los tiempos, el número de viudas era mucho mayor que el de viudos.

***Corolario***

La colonización de la comarca lagunera siguió su curso de la mano del tiempo. Sus habitantes continuaron luchando contra el desierto, contra los largos periodos de sequía, contra las no raras inundaciones, los ataques de los apaches y un nuevo mal que se vino a sumar a los anteriores: la avaricia del hacendado Zuloaga. Los colonizadores de La Laguna se habían fijado la meta de llegar a donde se mete el sol. No faltaba mucho para que lo consiguieran. Tras mucho batallar, llegarían a la gran boca que arrojaba las aguas del Padre Nazas en pos de las agrestes tierras del llano lagunero.

## VI. Federalismo y centralismo

Beatriz González de Montemayor

### *Antecedentes*

Durante la Colonia el norte de la Nueva España comprendía vastas extensiones inexploradas, con muy pocos habitantes y mal comunicadas con las poblaciones importantes y con la capital del virreinato. Las enormes distancias que había que recorrer para ir a cualquier lado, la falta de agua, los accidentes orográficos, el peligro de los indios hostiles agravaban la situación.

En su libro *Coahuila y Texas, desde la consumación de la Independencia hasta el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo*, Vito Alessio Robles cita un documento de 1804 donde se dan interesantes datos sobre la arriería; entre otros, que se necesitaban sesenta días para ir de Veracruz a Saltillo.<sup>1</sup> El resultado fue un estado de aislamiento y desvinculación administrativa con el poder virreinal. El casi total abandono en que el gobierno tenía a los colonizadores de tierra adentro les causaba enormes perjuicios, pero al mismo tiempo les forjó un espíritu independiente. Tales condiciones prevalecieron aun después de las reformas políticas y administrativas que implantó el virrey José de Gálvez después de ordenar un viaje de inspección por el septentrión de sus dominios durante el reinado del rey Carlos III.<sup>2</sup>

Todas estas condiciones adversas fueron descritas acuciosamente por Miguel Ramos Arizpe en sus célebres *Memorias*, presentadas a las Cortes de Cádiz el 1º de noviembre de 1811,<sup>3</sup> durante su actuación como

1 Vito Alessio Robles, *Coahuila y Texas, desde la consumación de la Independencia hasta el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo*, México, 1946, t. I, p. 53.

2 Eduardo Enríquez Terrazas, *et al.*, *Coahuila, una historia compartida*, Gobierno del estado de Coahuila, pp. 18-19.

3 Alessio Robles, *op. cit.*, p. 88; Eduardo Hernández Elguézabal, *Miguel Ramos Arizpe y el federalismo mexicano*, Casa de Coahuila, 1978, pp. 23 y 46.

diputado por Coahuila, representación que le fue otorgada el 24 de septiembre de 1810 por el Ayuntamiento de Saltillo.<sup>4</sup> En ellas describía la triste condición en que se encontraban los pobladores de las Provincias Internas de Oriente, que exportaban sus materias primas: algodón, lana, ganado en pie, para después adquirir los artículos manufacturados, como telas y pieles ya curtidas, mucho más caros. Igualmente costosos eran los efectos ultramarinos que por fuerza tenían que surtirse al través de los monopolios ejercidos por los consulados de Cádiz y por el único puerto autorizado, Veracruz. Esta mercancía llegaba no de segunda sino de sexta mano, con los gastos de transporte agregados, como él lo cuenta, no sin añadir soluciones que proponía a los problemas de estas tierras.

Entre las reformas del Conde de Gálvez se establecieron los gobiernos de las Provincias Internas, con cabeceras políticas en el Norte, para un supuesto mejor control administrativo que no funcionó; por real cédula del 21 de mayo de 1785, los partidos de Saltillo y de Parras quedaron anexados a la provincia de Coahuila; antes pertenecían al Nuevo Reino de Vizcaya.<sup>5</sup> Con esta anexión quedó conformado lo que se conocería como el estado de Coahuila y Texas, aunque no estaban bien definidos sus linderos.

Entre estas reformas se dispuso que sólo los españoles metropolitanos podrían ejercer puestos de gobierno. Esta medida tendía a contrarrestar costumbres corruptas, como la de vender las plazas al mejor postor, entre ellos algunos criollos ricos, pero no tuvo los resultados apetecidos y vino sólo a reforzar los privilegios de que gozaban algunas clases, como el clero y los militares; exacerbó la oposición de los criollos contra la imposición de la metrópoli, máxime que ya habían cundido las ideas de los enciclopedistas franceses. Todas estas circunstancias auspiciaron el desarrollo de grupos intelectuales criollos en los que figuraron prominentemente Hidalgo, Allende y los demás insurgentes: Mina, Morelos, Bravo y Guerrero; también Victoria, Negrete, Mier y Terán, Santa Anna e Iturbide, quien consumó la independencia de México al firmar el Tratado de Córdoba con el virrey Juan de O'Donjú, el 27 de septiembre de 1821. Entre las firmas del Acta de Independencia del Imperio mexicano, signada por la Junta Provisional Gubernativa convocada por Iturbide en México el 28 de septiembre de 1821, aparece

4 Alessio Robles da la fecha del 1º de septiembre de 1810, *op. cit.*, t. I, p. 85.

5 Enríquez Terrazas, *op. cit.*, pp. 19 y 31; Alessio Robles, *op. cit.*, t. I, p. 3.

la de José Echeverz y Valdivieso, marqués de San Miguel de Aguayo y descendiente de Francisco de Urdiñola. Este miembro de una familia de encumbrados imperialistas estaba ahora en el bando de los insurgentes, como sucedió con otros miembros de la nobleza mexicana.<sup>6</sup>

Cuando, meses después, las noticias de los movimientos políticos surgidos del Plan de Iguala llegaron a las Provincias Internas de Oriente, su comandante general, el brigadier Joaquín de Arredondo, empezó a lanzar proclamas contra los confabulados de Iguala, y ordenó a los cabildos que juramentaran su obediencia al gobierno español. Al saber que los vecinos de Saltillo estaban dispuestos a secundar el Plan de Iguala, Arredondo mandó a esa población la compañía de granaderos del Regimiento Fijo de Veracruz, bajo las órdenes del teniente Nicolás del Moral, su cuñado. Al mismo tiempo emplazó a la infantería y la artillería de ese mismo cuerpo, comandadas por el capitán Pedro Lemus, a la Cuesta de los Muertos, no muy distante de esa ciudad.

Sin embargo estos dos oficiales y su tropa se pasaron al bando insurgente. En la medianoche del 1º de julio, junto con gran número de vecinos, encabezados por el regidor José Marcelino González, y con los demás miembros del Ayuntamiento, juraron la Independencia en la Plaza de Armas, en medio de la algarabía popular. Al día siguiente los saltilenses nombraron una Junta Gubernativa Provisional constituida por Juan Nepomuceno de la Peña, Rafael Ramos, Juan Martínez, Juan González, José Ignacio de Arizpe, Pedro Lemus, José María de Letona y José Joaquín Arce Rosales, y presidida por Francisco Antonio Iturbide.

En Parras, los miembros del Ayuntamiento—Cosme de Mier y Guerra, Agustín de Viesca y Montes, Vicente Campos, Anacleto de Ávila, Merced García, José María Segura y Ramón Mercado—se juntaron en casa de Mier y Guerra para jurar la Independencia. Pasaron luego al templo parroquial, donde el cura Bonifacio Valdivia juró la Independencia y recibió el juramento de cada uno de los ediles. Esta casa, en contraesquina de la iglesia de La Compañía, fue después Casino de Parras, hotel, biblioteca pública, y finalmente fue demolida, como si en Parras no hubiera otro terreno disponible, para construir la actual Presidencia Municipal.

Tras la jura de la Independencia en estas dos ciudades, siguieron las del resto de Coahuila y Texas. Después, el coronel Gaspar Antonio López,

6 Lucas Alamán, *Historia de México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985, t. I, p. 13, prólogo de Andrés Henestrosa; t. V, p. 337.

quien estaba en San Luis bajo las órdenes de los generales Bustamante y Echávarri, partió a Saltillo para atender al llamado de auxilio de la Junta Gubernativa de aquella ciudad, y Arredondo se fugó de Monterrey, capital de las Provincias Internas de Oriente, para dirigirse al puerto de Altamira, donde el 28 de diciembre se embarcó con su hija hacia La Habana. El coronel Gaspar Antonio López había asumido el cargo de comandante de las Provincias el 14 de agosto de ese mismo año.

En Durango los acontecimientos habían seguido un curso distinto. El movimiento de Hidalgo tuvo poca repercusión en la Nueva Vizcaya por las malas comunicaciones, y porque el gobernador sustituto de esa provincia, Angel Pinilla y Pérez, estableció una vigilancia absoluta, día y noche, con una milicia voluntaria que él creó, y persiguió sin piedad a todo sospechoso de simpatizar con la causa insurgente. Cuando el mando de las Provincias Internas de Occidente fue dividido, Pinilla solicitó al ayuntamiento que lo nombraran gobernador propietario de Durango, lo cual se hizo por acuerdo de cabildo del 11 de febrero de 1815, ratificado por cédula real del 27 de septiembre del año siguiente. Al conocerse el Plan de Iguala, Pinilla intensificó su campaña sin miramientos, ni siquiera hacia personajes connotados de la sociedad duranguense.<sup>7</sup> Cuando el general Pedro Celestino Negrete llegó a las goteras de la ciudad, el 4 de agosto de 1821, invitó al Ayuntamiento a que proclamara la Independencia; pero este cuerpo edilicio, bajo el dominio de Pinilla, se negó a hacerlo. El 30 de agosto comenzó la batalla y, pese a haber sido herido en la cara, Negrete ocupó la ciudad para el 6 de septiembre.

Dos personajes preclaros en las luchas de México por su independencia fueron Miguel Ramos Arizpe y fray Servando Teresa de Mier. De tendencias políticas divergentes, pero igualmente devotos del bien de su patria, contendieron en las lides políticas, aunque con un respeto mutuo que al final de sus vidas los hizo amigos, al grado que Ramos Arizpe, por voluntad expresa de fray Servando, fue el orador oficial en la ceremonia en que éste recibió el viático, mes y medio antes de su muerte.<sup>8</sup> Los dos participaron vitalmente en los primeros congresos constituyentes; los dos fueron perseguidos y sufrieron prisiones, lo mismo en la vieja que en la Nueva España. El chantre Ramos Arizpe fue liberal y republicano;

7 Atanasio G. Saravia, *Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya*, UNAM, México, 1978, pp. 361-368.

8 Fray Servando Teresa de Mier, *Historia de la revolución de Nueva España*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986. Prólogo de Andrés Henestrosa, p. 13.

Teresa de Mier encabezó el partido conservador, pero fue suficientemente liberal para denunciar, en diciembre de 1794, en su célebre sermón guadalupano, el uso que hicieron del Evangelio los españoles para esclavizar a los mexicanos, y para oponerse a las aspiraciones imperialistas de Iturbide. Hombre fogoso, fray Servando llamó "huehuenches" a quienes asistieron al *Tedeum* en la coronación de Iturbide, y "comedia" a la ceremonia misma; a Ramos Arizpe lo calificó en distintas ocasiones de "comanche",<sup>9</sup> "toro chicharrón" y "saltillero embrollón".<sup>10</sup>

Miguel Ramos Arizpe -con quien Coahuila está en deuda- nació el 15 de febrero de 1775 en el valle de San Nicolás de la Capellanía, cerca de Saltillo y lo que ahora es Ramos Arizpe. Sus padres fueron Juan Ignacio Ramos Arriola y González, y Lucía Arizpe y Fernández de Castro, según reza su memoria testamentaria, otorgada en Puebla el 30 de junio de 1832.<sup>11</sup> Tras estudiar en los seminarios de Monterrey y Guadalajara, fue ordenado sacerdote en México, en enero de 1803, por el obispo de Monterrey, en cuya diócesis sirvió en varios cargos eclesiásticos; en el seminario de Monterrey fue catedrático de derecho civil y canónico. Debido a problemas con el obispo, pasó a Guadalajara, donde obtuvo su licenciatura y el doctorado en cánones (1807). El 4 de agosto de 1810, en el Colegio de Abogados de México, se doctoró en leyes; el título lo otorgó la Real Audiencia. A su regreso a Saltillo, por no seguir en la triste parroquia donde lo tenían relegado, y aprovechando la orden del Consejo de Regencia de España del 29 de enero de 1810, que pedía a los cabildos de las capitales de las provincias de América que designaran sus voceros, gestiona y obtiene que el cabildo de Saltillo lo envíe a las Cortes de Cádiz como representante de Coahuila.

Tras una travesía amenizada por vendavales y una epidemia de fiebre amarilla, arribó a Cádiz en febrero de 1811. Su nombramiento fue cuestionado, pues en ese tiempo la capital de la provincia era Monclova y no Saltillo. Una vez superado ese contratiempo, en las Cortes tuvo una brillantísima actuación en la defensa de su provincia, de Nueva España y de toda América. Allí presentó sus célebres *Memorias sobre el estado natural, político y civil de las provincias de Coahuila, del Nuevo Reino de León, del Nuevo Santander y de Texas*, donde relaciona las condicio-

9 *Ibid.*, pp. 4-13.

10 Alessio Robles, *op. cit.*, t. I, p. 125.

11 Hernández Elguézabal, *op. cit.*, p. 105.

nes geográficas y económicas y apunta los vicios político-administrativos, junto con posibles soluciones. En las Cortes se distinguió por su aguerrida defensa de la libertad y los derechos de los americanos; tanto, que se le consideró cabeza del partido liberal de América. Para silenciarlo, intentaron sobornarlo ofreciéndole la mitra de Puebla. Ramos Arizpe contestó: "Yo no he salido de mi tierra a mendigar favores del despotismo; la misión que se me confió es de honor y no de granjería"<sup>12</sup>

Finalmente Ramos Arizpe fue aprehendido, la noche del 10 de mayo de 1814, junto con otros diputados. Después de pasar 17 meses incomunicado, fue trasladado a la prisión de la cartuja de Arachristi, en Valencia, donde permaneció hasta el triunfo del movimiento que se dio en España para restablecer la Constitución de 1812. Al reabrirse las Cortes, continuó su enérgica labor en defensa de la libertad de América. Según Alessio Robles, a fines de 1820 influyó en el nombramiento como virrey de Juan de O'Donoghú, viejo amigo y hermano de logia, en sustitución de Juan Ruiz de Apodaca. Para 1821, en vista de los acontecimientos en México, Ramos Arizpe retornó a su patria; Saltillo lo recibió con gozoso boato. Su actuación en las Cortes fue alabada por los otros diputados mexicanos como Zavala, fray Servando y el propio Lucas Alamán, con quien tenía grandes divergencias de opinión.

Como su llegada a México fue posterior a la elección para diputados al primer congreso constituyente, Ramos Arizpe no representó a Coahuila en esa ocasión, pese a que Parras y El Álamo de Parras se pronunciaron por él. Eso no le impidió seguir con su actividad política: en Saltillo recorría las calles en un macho y haciendo propaganda contra las ambiciones imperialistas de Iturbide. Para el segundo congreso constituyente, convocado tras la caída de Iturbide, Ramos Arizpe sí logra la representación de su estado. Fue nombrado presidente de la Comisión para la Redacción del Acta Constitutiva, que presentó tres días después. También intervino con brillo en la estructuración de la Carta Magna; por sus ideas se le llama entre los historiadores "Padre del federalismo". Más tarde fue -dos veces- ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos, ministro plenipotenciario para el arreglo del tratado con la república de Chile, y dean de la Catedral. Fue electo diputado a los Congresos de 1841 y 1842. Murió en México, el 28 de abril de 1843. Fue sepultado en la Catedral de Puebla, de donde sus restos pasaron

12 Alessio Robles, *op. cit.*, t. I, p. 88.

a la Rotonda de los Hombres Ilustres, en México, durante el régimen de Luis Echeverría.<sup>13</sup>

Desde los primeros días de la Independencia, o desde antes, se perfilaron dos grupos principales en la vida política. Según la época y las circunstancias fueron llamados conservadores y liberales, centralistas y federalistas, monárquicos y republicanos. Las guerras que su enfrentamiento desata produce un estado de desconcierto e inestabilidad que Bocanegra califica como "un caos generalizado que se traducía en escasa seguridad pública, en incumplimiento de la ley por la autoridad, en desprecio de la autoridad por la ciudadanía y en ausencia de recursos para atender las demandas de la sociedad y las necesidades del gobierno".<sup>14</sup>

En este escenario emergen la masonería y sus dos logias: la escocesa y la de York. Los masones o francmasones se originaron en Londres. El 24 de junio de 1717, cuatro logias londinenses formaron la Gran Logia de Londres, hegemónica hasta que la cuestionaron la Gran Logia de York -al parecer la más antigua-, la Gran Logia de Escocia, organizada en 1736, y la Gran Logia de Irlanda. Durante la Ilustración y el romanticismo estas hermandades secretas se esparcieron por la mayor parte de Europa. De Francia, al través de la oficialidad napoleónica, llegaron a España, pese a la oposición de la Iglesia, y de allí pasaron a América. La mayor parte de los caudillos insurgentes en la América española fueron masones.

El propósito original de estas sociedades era la defensa y la ayuda mutua de sus miembros, pero terminaron por convertirse en partidos políticos. A México llegó la masonería con los diputados que asistieron a las Cortes de Cádiz. Las primeras logias mexicanas pertenecían al rito escocés. La primera se fundó en 1817 o 1818 en la casa de los capellanes del convento antiguo de religiosas Teresas.<sup>15</sup> Según Bocanegra, esta secta se estableció desde el principio de la revolución de Independencia y pertenecieron a ella los generales Barragán, Bravo, Negrete, Echávarri, Mier y Terán y otros más, pues toda persona que aspiraba a subir en la escala burocrática, o al menos a conservar su posición, sentía la necesidad de afiliarse a estas organizaciones. Al formarse la logia del rito yorkino, muchos asociados del escocés pasaron a ella. La deserción fue tan general que algunas de sus logias se pasaron completas, con todo y archivo, al rito

13 Hernández Elguézabal, *op. cit.*, pp. 28, 29 y 55.

14 José María Bocanegra, *Memorias para la historia de México independiente*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, t. I, p. xviii.

15 Lucas Alamán, *op. cit.*, t. V, p. 58.

yorkin o. En las logias del rito escocés se congregaron los conservadores –llamados después centralistas–, y en las de York los liberales, antimonárquicos y federalistas. Según los escritores de ese tiempo, formaron el grupo yorkino los políticos que se inclinaban por la forma de gobierno influida por los Estados Unidos, para contrarrestar los planes de quienes tenían nexos con Europa, sobre todo con Inglaterra, que pertenecían al rito escocés.

En la formación del partido yorkino, que llegó a agrupar 130 logias y abarcó todos los estados, estuvieron muy activos el ministro José Ignacio Esteva y, al través suyo, Guadalupe Victoria, Miguel Ramos Arizpe, J.A. Mejía, Valentín Gómez Farías y Lorenzo Zavala, quien tuvo estrecha amistad con el contravertido Joel Robert Poinsett, embajador de los Estados Unidos, eminencia gris del grupo liberal e impulsor decidido de esa secta. Poinsett intervino tanto en los asuntos de México, sobre todo en el problema texano, que el 1º de junio de 1829 el gobierno mexicano solicitó que fuera retirado.<sup>16</sup> En el grupo escocés se consideraba como cabezas a fray Servando Teresa de Mier, Becerra, Mangino y Bravo.

Fue tan grande la influencia de yorkinos y escoceses en los federalistas y centralistas, y al través de ellos la de potencias extranjeras, que entre 1825 y 1829 no hubo plan, levantamiento ni golpe de Estado en que no intervinieran. Tanto así, que forzaron la expedición de la ley del 25 de octubre de 1828, que prohibía las reuniones de esas sectas.<sup>17</sup> *El Sol* era el periódico de los escoceses, y *El Correo*, ambos publicados en México, de los yorkinos. Dentro de la vorágine política de la época, las sectas degeneraron en las sociedades secretas conocidas como Novenarios, Guadalupanos e Imparciales. Para 1825, según informe del gran secretario de la Gran Logia Nacional Mexicana, en Saltillo existía la sociedad Virtud Americana, y en Monclova la llamada Asilo de la Virtud.<sup>18</sup>

### *Plan de Casa Mata y Constitución de 1824*

El malestar contra Iturbide, al apartarse de los lineamientos del Plan de Iguala, fue creciendo, alimentado por el absolutismo del gobierno

16 Alessio Robles, *op. cit.*, p. 324.

17 Bocanegra, *op. cit.*, t. I, p. 394.

18 Datos proporcionados por el profesor Enrique Calderón.

imperial. Cuando Iturbide no logró que el Congreso aprobara la disminución de sus miembros ni que él tuviera derecho de veto contra el Congreso, lo disolvió, por decreto del 31 de octubre de 1822, que ejecutó el brigadier Luis Cortázar. Iturbide formó después una Junta de Notables a la que denominó Instituyente, para que supliera al Congreso; como presidente de ella nombró al marqués de Castañiza, obispo de Durango. Todo lo anterior, más la multiplicación de los impuestos y la prisión de algunos representantes del pueblo, como fray Servando, culminó en el pronunciamiento del 6 de diciembre de 1822, acaudillado por Victoria y Santa Anna. El 1º de febrero del año siguiente estos generales y los jefes de la división que Iturbide mandó en su contra –Echávuri, Cortázar y Lobato– firmaron el Plan de Casa Mata. En Chilapa, Guerrero y Bravo lo secundaron, y en Puebla lo hizo Morán. Alarmado, Iturbide intentó reinstalar el Congreso, que ya no fue reconocido por los pronunciados. Como la mayoría de los estados secundaban el Plan, abdicó el 20 de marzo de 1823.

En este tiempo fue excarcelado fray Servando, a quien tenían preso los españoles en San Juan de Ulúa; sabían que al estar libre combatiría a Iturbide. En Saltillo, como dijimos, Ramos Arizpe hizo lo mismo y, a la caída del Imperio, encabezó una campaña para destituir al general Gaspar López, comandante de las Provincias Internas de Oriente y partidario de Iturbide, quien renunció y fue sustituido por el brigadier Felipe de la Garza. Tiempo después, De la Garza, en posesión de este mismo cargo, apresaría y fusilaría a Iturbide, cuando éste desembarcó en Palmira a su regreso a México.

Al triunfo del Ejército Liberador, como se llamaron los alzados de Casa Mata, y de la entrada de Santa Anna a la capital, se convocó a un segundo Congreso Constituyente –instalado el 7 de noviembre de 1823–, en el que sí participó como diputado Ramos Arizpe. Como recuerda Bocanegra,

el país se hallaba todavía agitado seriamente por la crisis en que quedó envuelto [...] las provincias casi en su totalidad estaban separadas del gobierno central de México [...] en el Congreso, como era natural, se marcó la opinión de los dos partidos que existían en su seno, y fuera de él, en la nación misma, principalmente en sus capitales, distinguiéndose y conociéndose con el nombre de federalistas y centralistas [...] Desde esta época puede decirse que se desafiaron o saltaron a la arena los dos partidos, que bajo la denominación de escoceses y yorkinos se habían hecho una guerra constante y muy fuerte por muchos años. Después se

han llamado serviles y liberales, retrógrados y progresistas; pero siempre su origen es el mismo, sus tendencias y principios los propios.<sup>19</sup>

Este congreso de 1824 fue en realidad el primero constituyente, pues el anterior, aunque convocado para ese fin, no produjo ninguna constitución formal. Antes de que se aprobara la Constitución, sin embargo, este nuevo Congreso expidió una ley, el 13 de julio, que abolía la esclavitud. La intervención de Miguel Ramos Arizpe en este Congreso fue importantísima: fue nombrado presidente de la comisión redactora del Acta Constituyente –que presentó en tres días–, e intervino en la discusión de todos sus artículos. En el Congreso fue aplastante el dominio de los liberales sobre los conservadores; en la Constitución, sancionada el 4 de octubre de 1824, quedó plasmado el ideal federalista.

Por decreto de este cuerpo constituyente, el 7 de mayo de 1824 quedó constituido el estado de Coahuila y Texas.<sup>20</sup> La propuesta de Ramos Arizpe de que se constituyera el Estado Interno de Oriente, que incluiría a Tamaulipas, Nuevo León, Texas y Coahuila, no cristalizó: Tamaulipas la rechazó y se inclinó por su independencia; después, por causa del enfrentamiento entre Saltillo y Monterrey buscando ser la capital, Nuevo León optó por ser estado independiente. Protagonistas de estas rivalidades fueron el padre Mier y el chanfle Ramos Arizpe, cada quien peleando por su ciudad. Uno de sus encuentros fue por la célebre imprenta del norteamericano Samuel o Juan Manuel Bangs, que llegó a México con Javier Mina y el propio fray Servando. En ese tiempo había en el país muy pocas imprentas, que servían casi exclusivamente como instrumentos de propaganda política.

Esta "imprenta aventurera", como la llamó Alessio Robles, estaba en Monterrey, que era sede de la comandancia general de las Provincias Internas de Oriente. Cuando la sede fue cambiada a Saltillo, por instancias de Ramos Arizpe, la imprenta fue a dar a esta ciudad junto con las tropas y el archivo de la comandancia. Después regresaría a Monterrey, al prevalecer las agencias de fray Servando, pero mientras estuvieron en la capital de Coahuila tanto la imprenta como el impresor fueron aprovechados para publicar los primeros impresos que se hicieron en nuestro estado. Algo anteriores fueron los primeros publicados en la ciudad de

19 Bocanegra, *op. cit.*, pp. 216, 285.

20 Edmundo O'Gorman, *Historia de las divisiones territoriales de México*, Porrúa ("Sepan cuantos..." núm. 45), México, 1973, p. 61.

Durango, en 1822, por fray Buenaventura Cuevas y Manuel González. Por cierto, este estado vecino quedó establecido también por decreto del Congreso Constituyente, el 22 de mayo de 1824.<sup>21</sup>

Merced a la intervención de Ramos Arizpe, Saltillo fue elegida como sede para instalar el primer Congreso Constituyente del estado de Coahuila, en lugar de Monclova, que era la capital. Quedó instalado el 15 de agosto de 1824, con representantes de Coahuila y de Texas. Ese mismo día se acordó el decreto para elegir como gobernador al coronel Rafael González. Dos de los participantes en estas actividades fueron José Ignacio y Juan Sánchez Navarro –miembros de la célebre familia, dueña de lo que fue el mayor latifundio de México, que abarcaba gran parte de Coahuila–; gobernador de la mitra de Linares el primero, y oficial de la guardia del Congreso local en su primer día el segundo.<sup>22</sup>

El primer Congreso Constituyente de Durango quedó instalado el 30 de junio de 1824; su primera Constitución estatal fue aprobada el 1º de septiembre de 1825; la promulgó Rafael Bracho, el último gobernador del régimen militar provisional que tuvo Durango. Después se eligió como gobernador a Santiago Baca Ortiz, cuyo nombramiento fue reconocido por decreto de la legislatura local el 10 de mayo de 1826.<sup>23</sup>

### ***Inestabilidad política y sus consecuencias***

Tras el fracaso del primer imperio mexicano, el triunfo del partido liberal –plasmado en la Constitución de 1824–, el régimen del primer gobierno constitucional de Guadalupe Victoria –10 de octubre de 1824 a 1º de abril de 1829–, se sucedieron, como lo resume Enríquez Terrazas,

ocho encargados del Poder Ejecutivo (interinos, encargados, electos, constitucionales y hasta un consejo de gobierno); el saqueo del Parián; el motín de la Acordada (1829); el intento de Barradas de reconquistar para España los territorios americanos; las constantes intervenciones del embajador norteamericano Joel Poinsett en asuntos de exclusiva competencia mexicana; la quiebra de la casa británica donde México

21 O’Gorman, *op. cit.*, p. 61.

22 Alessio Robles, *op. cit.*, t. I, pp. 190-195.

23 J. Ignacio Gallegos, *Compendio de historia de Durango, 1821-1910*, Jus, México, 1955, pp. 31-36.

guardaba sus fondos; la expulsión de los españoles del territorio nacional y la salida con ellos de importantes sumas de dinero; la escasa actividad en el comercio internacional y con ésta la menguada obtención de recursos económicos a través de las aduanas,

todo esto en medio de un vaivén político producto de las acciones de los caudillos militares y las distintas facciones de la élite gobernante que se disputaban el control del gobierno nacional.

Después de otro golpe de Estado contra el gobierno conservador en turno, en que Santa Anna volvió a intervenir, según era su táctica, esta vez para reponer como presidente a Manuel Gómez Pedraza –a quien había depuesto con otra asonada–, se organizaron nuevas elecciones. Triunfaron los liberales, con Santa Anna como presidente y Valentín Gómez Farías como vicepresidente. Santa Anna, sin embargo, según lo acostumbraba, se retiró de inmediato a su hacienda de Manga de Clavo, en Veracruz, pretextando estar enfermo, para dejar a Gómez Farías como presidente en funciones –tomó posesión el 1º de abril de 1833. Gómez Farías intentó reformar a fondo los sistemas y estructuras militares y eclesiásticos del gobierno, según los lineamientos del partido federalista. Con la ayuda, entre otros, de José María Luis Mora y Francisco García, este polémico personaje inició lo que conocemos como el periodo de La Reforma. Para menguar la fuerza económica de la Iglesia estableció un patronato; incautó los bienes eclesiásticos; suprimió la obligación del pago de los diezmos y la obligatoriedad del voto religioso; impulsó las escuelas lancasterianas para desbaratar el monopolio eclesiástico de la educación; suprimió los fueros a los militares; sustituyó los cuerpos regulares del ejército con tropas voluntarias. La reacción provocada por cambios tan drásticos culminó en pronunciamientos que a su tiempo encabezó Santa Anna para anular estas reformas. Con esto se dio el fin de otra etapa federalista.

Lorenzo de Zavala intentó implantar estas reformas en el Estado de México, del que era gobernador, y eso le costó que el congreso estatal lo desconociera y lo expulsara. Aunque en el norte se sintieron menos las perturbaciones que agitaron al centro, y resultaba más apremiante defenderse de las hordas de indios hostiles, no fue posible sustraerse a las influencias políticas de los partidos. Según Gallegos, Bocanegra y el propio Zavala, el "influjo maléfico" de los partidos y, sobre todo, de las logias masónicas, fueron la causa del caos y la ruina de los estados del norte. En Durango las divergencias entre las logias escocesa y yorkina –*chirines* y *cuchas* los llamaban allí– fueron tan graves que en dos ocasiones

tuvo que intervenir el congreso federal. Aun con eso no terminaron las irregularidades, que eventualmente fueron la causa de la prisión y muerte del gobernador Santiago Baca Ortiz.<sup>24</sup>

Los movimientos liberales tuvieron consecuencias más graves en Coahuila. Su proximidad a los campos de batalla de Tamaulipas y Nuevo León, el problema de Texas, la rivalidad entre Monclova y Saltillo por ser capital, la desvinculación y venta de las propiedades del marquesado de Aguayo y, para remate, la epidemia de cólera de 1833 agravaron la situación que llegó incluso a las armas.

Los hermanos José María y Agustín Viesca fueron gobernadores de Coahuila y diputados locales por Parras. El segundo, además, ocupó la cartera de Relaciones Interiores y Exteriores en el gobierno federal. Ambos tuvieron un papel decisivo en el recrudescimiento de los problemas que marcaron lo que quizás ha sido el periodo más triste en la historia de Coahuila. Según Bocanegra, durante una de las gestiones de José María, Lorenzo Zavala, su amigo y confidente, propagó en Coahuila la francmasonería bajo el rito de York, y consiguió que tanto el gobernador como la Legislatura de nuestro estado hicieran enormes concesiones y donaciones de tierra a los texanos. Cuando la disputa entre Monclova y Saltillo, los hermanos Viesca, que encabezaban a los diputados por Parras, decidieron aliarse con los de Monclova y los de Texas, acaso animados por el norteamericano Diego Grant, radicado en Parras, para decretar el traslado de los poderes a Monclova, con tal de conseguir en Parras la incautación de los caudales de las cofradías y obras pías de dicha villa.<sup>25</sup> Ellos intervinieron también, en 1834, en el proyecto de expropiación de las propiedades del marquesado de Aguayo, presentado al congreso local por la Comisión de Hacienda, que presidía Agustín, aunque esta acción quedó anulada por la intervención de Francisco Manuel Sánchez de Tagle, acreedor del marqués, quien como diputado al congreso federal logró invalidar el decreto.

Por esos años, siendo gobernador José María, se dio el sonado incidente entre el gobierno local y el federal por la medición y entrega de tierras en la faja fronteriza y litoral de Texas, en que intervino el agrimensor José Francisco Madero, yerno de Ignacio Elizondo y bisabuelo de

24 Bocanegra, *op. cit.*, t. II, p. 395. Lorenzo Zavala, *Ensayo histórico de la revolución de México desde 1808 hasta 1820*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985, pp. 277-278.

25 Alessio Robles, *op. cit.*, t. I, p. 443.

Francisco I. Madero.<sup>26</sup> A la muerte del gobernador José María Letona, lo sucedió Juan Martín de Beramendi, radicado en Texas y con ligas estrechas con los texanos. Puede decirse que durante este periodo el gobierno local era texano, o al menos estaba dominado por ellos y en consecuencia se siguieron produciendo decretos que los favorecían, a pesar de la oposición del cabildo, el general Martín Perfecto de Cos, jefe militar de la zona, y los diputados por Saltillo, que trataban de contrarrestar esos decretos absurdos.

Las dificultades entre los partidos culminaron cuando, tras ser destituido por Santa Anna, Gómez Farías vino a refugiarse en Coahuila con su amigo el gobernador Agustín Viesca, quien lo escondió en Parras. En parte debido al asedio del general Cos, los dos finalmente salieron, escoltados por voluntarios de Parras y de Texas, bajo el mando de Diego Grant, para dirigirse a Monclova, donde Gómez Farías permaneció escondido unas ocho semanas. Al empezar a correr versiones de una sublevación auspiciada por los Viesca, Gómez Farías y los diputados de Monclova y Texas, el general Cos presionó a Gómez Farías para que saliera del país; en esos días, Santa Anna decretó el desconocimiento del gobierno de Coahuila y el encarcelamiento del gobernador Viesca, más el cambio de la capital a Saltillo.

Un personaje que merece atención es el norteamericano Diego Grant, quien llegó a Parras como administrador de una de las casas británicas que adquirió las propiedades parrenses del marquesado de Aguayo. Allí solicitó la ciudadanía coahuiltejana, ocupó el cargo de jefe de armas, como tal intervino en la desocupación de los arrendatarios y medieros de San Juan de los Mayranes, perteneciente a la hacienda de San Lorenzo, y encabezó a los voluntarios de Parras en el enfrentamiento armado contra los de Saltillo por la disputa de la capital; fue también diputado por Parras. Posteriormente se trasladó a Texas, donde el congreso del estado le había concedido grandes extensiones de tierra.

### *Modificaciones territoriales*

El periodo expansionista de los Estados Unidos comenzó en 1803, cuando Napoleón les vendió Luisiana. En 1804 el presidente Jefferson sostenía la idea, sin fundamento, de que los límites de Luisiana llegaban hasta el río Grande, o Bravo del Norte. Tras varios años de controversias, el 22 de

<sup>26</sup> *Ibid.*, t. I, pp. 398-399.

febrero de 1819 el ministro plenipotenciario español Luis de Onís firmó el tratado Onís-Ocampo, por el que España Cedió a los Estados Unidos las Floridas, ya invadidas por el ejército estadounidense, a cambio del reconocimiento de los derechos españoles sobre Texas. En este tratado se fijaron los límites entre Luisiana y Texas, señalados en parte por el río Sabinas. El tratado fue autorizado por el Congreso estadounidense, que autorizó al presidente para que lo ratificara. Poco después, en carta dirigida al presidente Monroe, el mismo Jefferson afirmaba que "la provincia de Texas sería, sin exceptuar a ningún otro, el estado más rico de la Unión". La ambición no cedió terreno, hasta que los Estados Unidos lograron apoderarse no sólo de Texas, sino de Nuevo México y California: más de la mitad de lo que era entonces el territorio mexicano.

Para disuadir a posibles invasores, durante la Colonia se hicieron varios intentos de poblar el territorio de Texas; como el de las 400 familias de las islas Canarias y otras tantas tlaxcaltecas que por órdenes de la Corona deberían establecerse en Béjar: llegaron sólo catorce familias canarias, en 1729, con 52 personas, y organizaron el primer ayuntamiento de ese estado. Otros intentos similares, con europeos o novohispanos, también fracasaron. Tras la adquisición de Luisiana por los Estados Unidos, se concedieron varios permisos de colonización a familias anglosajonas que se habían establecido en ese territorio cuando era posesión española y que argumentaban la real cédula del 24 de septiembre de 1803, que los autorizaba a establecerse en cualquier parte del virreinato. Uno de estos colonos era Moisés Austin, minero virginiano que llegó a la Luisiana española en septiembre de 1817. Después de la independencia el gobierno mexicano también hizo varios intentos colonizadores, unos con ciudadanos mexicanos y otros con alemanes y suizos que formaron pequeñas colonias en el sur y el suroeste de Texas. Mientras tanto, aunque eso estaba prohibido, siguieron entrando a Texas estadounidenses —la mayoría aventureros, contrabandistas y aun piratas— cuyos intereses eran adversos a los del gobierno establecido.

Para fines de 1820, Austin estaba ya en Béjar y obtuvo del gobernador Joaquín Arredondo permiso para establecerse con 300 familias de colonos de la Luisiana. Moisés murió el 21 de junio de 1821, pero su hijo Esteban continuó con los planes de colonización: tras un viaje a México y Monterrey, consiguió que Iturbide y el comandante general de las Provincias Internas, Felipe de la Garza, le ratificaran la concesión otorgada a su padre por el gobierno español, dándole además poderes casi absolutos en ese territorio. Más tarde, el gobierno de Coahuila y Texas añadió a ésta otras concesiones:

en 1827, para 100 familias; en 1828, para 300; en 1831, en favor de Austin y de su secretario, Samuel W. Williams, para 800. El 24 de marzo de 1825, el Congreso estatal expidió una ley de colonización muy laxa, por la que cualquiera podía adquirir tierras con sólo denunciarlas y cubrir ciertos requisitos burocráticos. Empezaron a multiplicarse las concesiones y se olvidaron todas las condiciones anteriores, como las religiosas, las de exclusión de etnias o la prohibición de la esclavitud.<sup>27</sup>

Las concesiones se dieron a muchos anglosajones, y también a mexicanos como el general Juan Antonio Mejía y Lorenzo Zavala, político liberal que había ocupado varios puestos en el gobierno federal, había sido gobernador del estado de México y era amigo de Poinsett. Estos dos personajes vendieron ilegalmente sus concesiones a compañías estadounidenses, con sede en Nueva York, con las que organizaron turbios negocios vendiendo tierras en Texas. La invasión anglosajona de este territorio se siguió dando pese al "dique de papel", como Alessio Robles llama a las disposiciones de Alamán para regular la colonización de Texas según ley del 30 de abril de 1830.<sup>28</sup>

Las intrigas del gobierno norteamericano para apoderarse de Texas, que se habían intensificado desde tiempos del presidente Quincy Adams, se multiplicaron al entrar al poder Andrew Jackson, quien declaró que para quedarse con Texas había que invadirla primero y negociarla después, como él había hecho en la Florida. Después del retiro de Poinsett, Jackson lo sustituyó con Anthony Butler, hombre taimado que era acreedor de los Austin –Esteban lo calificó de tortuoso y villano–, y poseía concesiones en Texas; él personifica toda la ambición e hipocresía del gobierno que representaba.<sup>29</sup>

Aunque la esclavitud fue abolida en México al comenzar la guerra de Independencia, los texanos consiguieron ciertas exenciones. Su tráfico de esclavos llegó a ser tan escandaloso, que el gobierno nacional decretó leyes más severas sobre la materia; esto precipitó la decisión de los colonos de separarse de México. El pretexto fue el Plan de Cuernavaca, por el cual Santa Anna sustituyó la Constitución federalista de 1824 por una centralista en 1835. Apoyados por Austin, quien comenzó a enviar circulares para incitar a los ayuntamientos de Texas a sublevarse contra México,

27 *Ibid.*, t. I, pp. 62, 77, 200-206.

28 Vicente Filisola, *Coahuila, textos de su historia*, Gobierno de Coahuila, Saltillo, 1989; Alessio Robles, *op. cit.*, t. I, p. 343, t. II, pp. 93 y 479; Bocanegra, *op. cit.*, t. I, pp. 547-558; Alamán, *op. cit.*, t. V, p. 874.

29 Alessio Robles, *op. cit.*, t. I, pp. 314-316.

Houston, Travis, Mejía y Zavala –todos radicados en Texas– se reunieron con los colonos en convención, en San Felipe, Texas, proclamaron la independencia y se constituyeron como república soberana. En convención posterior, el 2 de marzo de 1836, ratificaron la independencia y nombraron a Houston comandante del ejército texano, a David G. Burnett presidente, y a Lorenzo Zavala vicepresidente. La traición de quienes habían sido tratados con mayor consideración que los propios nacionales provocó la natural reacción del gobierno mexicano.<sup>30</sup>

No obstante la inestabilidad política y la penuria del erario público, Santa Anna organizó un ejército para defender la soberanía y la integridad de la nación. Mediante impuestos especiales, préstamos voluntarios o forzosos, tanto de la capital como de los estados y de las poblaciones que le quedaban en su camino hacia el territorio sublevado, formó un ejército de harapientos, "casi desnudos" según sus propios generales. Individuos bisoños, reclutados mediante levas "de las cárceles, los vagos y viciosos de las ciudades y arrebatados entre los campesinos",<sup>31</sup> armados con desechos de la guerra de independencia, no recibían ni media ración diaria de alimentos y debían cubrir a marchas forzadas grandes distancias; los rigores del tiempo les causaron las primeras bajas.<sup>32</sup>

Tal es la tropa que Santa Anna enfrenta a los texanos, que eran voluntarios, bien comidos y armados. En esta ocasión se introdujeron los revólveres Colt y Smith and Wesson, de repetición, y las carabinas Winchester. Los Estados Unidos los respaldaban con dinero, armas y tropas regulares disfrazadas de voluntarios, a los que llamaban "grises". Después de varios encuentros menores en que se dieron victorias para ambos bandos, los mexicanos ganaron la batalla del fuerte El Álamo y la serie de brillantes batallas del general Urrea para después, por falta de organización y previsión de los generales mexicanos, sufrir el inconcebible revés de San Jacinto.

Capturado, Santa Anna fue forzado a firmar, el 14 de mayo de 1836, el humillante tratado de Velasco, por el cual reconoció la independencia de los antiguos colonos, se comprometió a no volver a tomar las armas contra ellos y a retirar las tropas mexicanas del suelo texano. Santa Anna

30 *Ibid.*, t. I, pp. 230-243, 503; Bocanegra, *op. cit.*, t. II, pp. 672, 673; t. II, p. 57; Enríquez Terrazas, *op. cit.*, pp. 61, 67.

31 Alessio Robles, *op. cit.*, t. II, pp. 54, 64.

32 José C. Valadez, *México, Santa Anna y la guerra de Texas*, México, Diana, 1979, p. 148.

permaneció prisionero en Texas hasta enero de 1837. Después se entrevistó en Washington con el presidente Andrew Jackson, quien le facilitó el traslado a Veracruz, a donde llegó el 27 de febrero para encerrarse en su hacienda de Manga de Clavo. El 1º de marzo el gobierno estadounidense reconoció la independencia de Texas, que se anexaría ocho años después. Sin embargo, las ambiciones imperialistas de esa nación no quedaron saciadas. Con base en la teoría del "destino manifiesto", prosiguieron con sus planes de apropiarse de los territorios de Nuevo México y California.

El caos político y económico que sobrevino dejó a la nación exangüe y a merced de las ambiciones extranjeras. En menos de diez años se sucedieron diez presidentes, entre constitucionales, interinos y sustitutos; dos gobiernos centralistas –en el segundo Santa Anna volvió al poder– y uno federalista, con Santa Anna como presidente y Gómez Farías como vicepresidente, tras cuyo violento fin Santa Anna salió expatriado; más de catorce asonadas y golpes de Estado, y un nivel de corrupción rampante entre funcionarios y militares, como en los casos de los generales Arista, Woll y Almonte.

En estas circunstancias sobreviene la Guerra de los Pasteles: bajo pretexto de cobrar la reclamación de daños de unos pasteleros franceses, Francia invade el puerto de Veracruz y logra que en 1839 el gobierno mexicano reconozca la deuda. Los Estados Unidos tampoco dejan pasar la oportunidad: organizan invasiones, supuestamente de texanos. Coahuila y Tamaulipas sufren incursiones, aun con fines de abigeato; pero las más importantes fueron las de Nuevo México, el puerto de Monterrey en California, y el ataque al puerto de Matamoros por tropas estadounidenses jefaturadas por Zachary Taylor, a quien el presidente James J. Polk había enviado con miras ya definidas de invasión, después de que sus gestiones diplomáticas para comprar los territorios de Nuevo México y California en 25 millones de dólares fracasaron.<sup>33</sup> La defensa del puerto de Matamoros, el 25 de abril de 1846, fue el pretexto de los Estados Unidos para declarar la guerra a México.

En una invasión incruenta, las fuerzas norteamericanas se apoderan de Nuevo México en agosto de 1846; de California, en octubre. Con tres mil hombres, el general John E. Wool entra el 8 de octubre por el antiguo presidio de Río Grande (hoy Ciudad Guerrero), pasa por Santa Rosa (Ciudad Múzquiz) y llega a Monclova el 29. De allí se dirige a Parras,

33 Enríquez Terrazas, *op. cit.*, p. 69.

a donde arriba el 5 de diciembre. Ese mismo mes, otro cuerpo a las órdenes del coronel Doniphan sale de Santa Fe de Nuevo México, bate a un destacamento mexicano en Bracitos y ocupa sin resistencia Paso del Norte. Allí espera refuerzos y luego prosigue su marcha; en el rancho de Sacramento derrota a otro grupo de soldados mexicanos y entra a Chihuahua el 1º de marzo. Allí recibe órdenes de dirigirse a Saltillo y lo hace pasando por Cerro Gordo, Mapimí y Parras, a donde llega el 22 de mayo de 1847. De esta forma, gran parte del norte de México quedó bajo el dominio de los Estados Unidos, pues tras la retirada del general Arista de Matamoros hacia Monterrey se apoderaron, sin combatir, de todas las principales poblaciones tamaulipecas a orillas del Bravo. Al mismo tiempo, el gobierno de los Estados Unidos ordenó el bloqueo de todos los puertos mexicanos, tanto del Golfo como del Pacífico.

Mientras esto sucedía en México, Santa Anna, desterrado en La Habana por el golpe de Estado de Paredes Arrillaga, recibió la visita de un enviado del presidente Polk, a resultas de la cual, pese al bloqueo de los puertos mexicanos, entró al país por Veracruz. El general Paredes, quien había dado el golpe de Estado que a la postre puso como primer magistrado al general José Joaquín de Herrera, se levantó de nuevo contra éste cuando supo que recibiría a un enviado del presidente Polk que traería una oferta de compra de los territorios de Nuevo México y California, y ocupó él mismo la presidencia. El 20 de mayo, ya con la guerra contra los Estados Unidos encima, la guarnición de Guadalajara dio otro cuartelazo, al que se sumó el encabezado por el general José Mariano Salas el 4 de agosto en la capital. Con esto se hizo expedito el camino para que el imprescindible Santa Anna fuera nombrado por el Congreso -convocado por el general Salas- presidente una vez más. Santa Anna entró triunfalmente a México, en compañía de Gómez Farías, que volvería a ser su vicepresidente.

Coahuila no pudo hacer frente en forma organizada a la invasión norteamericana porque su pueblo estaba agotado por la guerra contra Texas y su economía paralizada por la falta de garantías: las incursiones de indios hostiles y abigeos texanos habían aumentado. Además, el propio gobierno estatal se había disuelto, de *motu proprio*, por la falta de dinero para pagar nóminas y gastos. Poco antes había sido desconocido por el gobierno del general Paredes, cuando el gobernador Santiago Rodríguez y la Junta Departamental rehusaron reconocer al gobierno central. Así que no hubo más resistencia a los invasores que la que presentaron pequeños grupos de ciudadanos organizados en forma de guerrillas.

Con la derrota del general Ampudia, la consecuente caída de Monterrey y la ocupación de Saltillo, se aceleraron los preparativos de Santa Anna para organizar un ejército. Volvió a darse el drama de veinte años atrás, cuando la secesión texana. Recomenzó el viacrucis de esa masa de hombres y las familias que los seguían, sufriendo hambre y los rigores del clima, sin ropa adecuada, tiendas de campaña ni servicios médicos. Se volvió a designar a San Luis Potosí cuartel general y de allí, en enero de 1847, salieron para la célebre batalla de La Angostura donde, cuando parecía que se tenía dominado al enemigo, a costa de un enorme sacrificio de vidas y arrojo, Santa Anna ordenó la retirada y dejó el campo a los contrarios.

Desde noviembre de 1846 el presidente Polk empezó a preparar el golpe decisivo contra México. Nombró al general Winfield Scott jefe de las operaciones y le ordenó que tomara Veracruz y avanzara sobre la capital. Pese a la apresurada retirada de Santa Anna hacia el centro del país, el 15 de mayo de 1847 fue ocupada Puebla y luego, tras las derrotas del ejército mexicano en Molino del Rey, Chapultepec, San Cosme y Belén, cayó la ciudad de México, el 14 de septiembre. Dos días después, en Guadalupe Hidalgo, Santa Anna renuncia a la presidencia. El siguiente gobierno mexicano tendría que firmar el convenio de Guadalupe Hidalgo, que puso fin a la guerra entre México y los Estados Unidos y que costó al México de entonces más de la mitad de su territorio.

Estas guerras paralizaron la economía de Coahuila y Durango; incrementaron el contrabando, acentuaron la penuria de los fondos públicos y propiciaron la irrupción de las hordas de indios hostiles hasta lugares muy alejados de la franja fronteriza, como Viesca y Parras, en Coahuila, o como Mapimí, Nazas y Cuencamé, en Durango, y aun la propia ciudad de Durango, a cuyas inmediaciones llegaron los indios bárbaros el 29 de agosto de 1847.<sup>34</sup> Las depredaciones de los indios dejaban tal estela de pillaje y destrucción, y eran a tal punto impunes, que los vecinos y las autoridades de Parras protestaron ante el gobernador Arizpe y el general Arista, y llegaron a solicitar la anexión del partido de Parras a otro departamento (estado), en vista del abandono en que los tenía el de Coahuila. No solamente no los defendía, sino que los despojaba de sus fondos municipales para construir escuelas en Saltillo.<sup>35</sup> Otro fenómeno provocado por la pérdida de territorio en Coa-

34 Gallegos, *op. cit.*, p. 85.

35 Alessio Robles, *op. cit.*, t. II, p. 243.

huila fue la intensa migración de los habitantes del norte hacia el sur del estado, sobre todo a Parras y a la comarca lagunera, debido a la ruina en que estaba la economía en general y al peligro que representaban los ataques de los indios.

### *La formación de las grandes haciendas*

El enorme latifundio que comprendía el marquesado de Aguayo fue por muchos años un negocio bonancible, pero para las últimas décadas del siglo XVIII ya reportaba pérdidas, y para las primeras del XIX estaba en bancarrota. En 1820, al morir Pedro Ignacio Valdivieso, titular del marquesado, su hijo y heredero José María pudo evadir a sus acreedores amparándose en la ley de los mayorazgos, que no permitía su división. Desesperado, el mayor acreedor de los marqueses, el eminente político Francisco Sánchez de Tagle, promovió juicio en su contra ante la Audiencia de México, basándose en un decreto de 1820, de la Corte española, que derogaba los mayorazgos. Pero la Audiencia falló en su contra, pues aceptó el argumento del marqués en el sentido de que ese decreto no era válido en la Nueva España por no haber sido promulgado en México. Sin cejar en su intento, en 1823, después de la independencia, usando su influencia como diputado federal, Sánchez de Tagle logró que el Congreso constituyente declarara que el decreto español era válido en México desde la fecha de su emisión.

Con esto se abrieron las puertas para que los acreedores hicieran valer sus derechos, lo que se simplificó al presentar posturas de compra a dichas propiedades dos firmas inglesas, la Baring Brothers y la Staples y Compañía. Estas compañías adquirieron el ex marquesado en septiembre de 1825, y empezaron a trabajarlo formando la compañía Parras State and Company, para la cual nombraron administrador al escocés James Grant, individuo que posteriormente intervino en la política coahuiltejana. Según Charles H. Harris III, para 1828 estas propiedades se valoraron en 1,026,250 pesos. Su población era de 9,185 habitantes, repartidos en 76 asentamientos.<sup>36</sup>

36 Charles H. Harris III, *El imperio de la familia Sánchez Navarro, 1765-1867*. Traducción de Carlos E. Guajardo Elizondo. Sociedad Monclovense de Historia, AC, Monclova, 1989, pp. 188-190.

El desarrollo de esta compañía se vio afectado, primero por la ley que en 1828 promulgó el Congreso Federal contra la compra de propiedades por extranjeros y, después, por la expropiación de estas propiedades que intentaron los hermanos Viesca al través del decreto del Congreso estatal el año siguiente. Tras arduas y prolongadas negociaciones de la junta de acreedores del marquesado, aunadas a nuevas gestiones de Sánchez de Tagle, se consiguió que el Congreso Central decidiera en 1835 que el decreto coahuilense era anticonstitucional.

Estas dificultades desalentaron a las compañías extranjeras, y cuando Carlos Sánchez Navarro, tras dilatados arreglos con el marqués, la junta de acreedores y las propias compañías, gestionó la compra de las propiedades, todos los interesados aceptaron ésta como la mejor opción: la transacción se cerró el 13 de noviembre de 1840. Sánchez Navarro compró este latifundio a nombre de su madre Apolonia, su hermano Jacobo y el suyo propio, por 206,000 pesos al comité de acreedores, más 120,000 pesos adicionales, por intereses, que se comprometieron a pagar, a plazos, a las compañías británicas, garantizando este pago con la hipoteca de todas las propiedades de la familia, que eran muy vastas. Las escrituras que amparaban estos latifundios anotaban la cantidad de 66,766 kilómetros cuadrados, o sea unos 7,347,450 de hectáreas. Como las formas de medir en esa época eran bastante imprecisas, la superficie real de los terrenos era en general superior en 25 a 30 %. De manera que no era tan inexacto el cálculo que un observador del ejército estadounidense hizo en 1846, al decir que las propiedades de la familia Sánchez Navarro abarcaban la mitad del estado de Coahuila.<sup>37</sup>

Por causa de la inestabilidad económica que provocó la guerra contra los Estados Unidos, los Sánchez Navarro tuvieron que vender parte de sus propiedades para cubrir la hipoteca. El 24 de abril de 1848 se firmó en Saltillo el contrato de compraventa de la hacienda de San Lorenzo de la Laguna, entre Jacobo Sánchez Navarro y los señores Leonardo Zuloaga y Juan Ignacio Jiménez, en la cantidad de 80,000 pesos que se pagarían a plazos entre diciembre de 1850 y el mismo mes de 1854. Ese mismo año vendieron también la Hacienda del Rosario de Parras, a Rafael Aguirre, por 148,000 pesos. La diferencia de precio de estas dos propiedades se explica porque,

37 *Ibidem.*, pp. 188-196.

aunque de dimensiones menores, la Hacienda del Rosario contaba con agua todo el año y no estaba expuesta a las inundaciones del Nazas ni al castigo de los indios salvajes. Con la operación de compra de Zuloaga y Jiménez se inició la etapa de desarrollo agrícola de La Laguna, pero en ese tiempo San Lorenzo de la Laguna se consideraba sólo como tierra de pastoreo.

Leonardo Zuloaga, español de posible origen vasco, vino a radicar a México en 1820, junto con dos hermanos que se establecieron en Chihuahua. Después de una corta estancia en Saltillo, adquirió de José María Herrera la hacienda de Santa Ana de Hornos, que había sido parte del latifundio del Colegio de la Compañía, y allí estableció su cuartel general. Hacia 1830 casó con María Luisa Ibarra, que aportó como dote su parte en la propiedad de la hacienda de San Lorenzo de Parras. Más tarde don Leonardo compró el resto de esta hacienda a los demás herederos, y así consolidó sus propiedades en La Laguna.<sup>38</sup>

Pese al abatimiento económico provocado por la invasión norteamericana, después de llegar a sendos convenios de linderos, división de tierras y derechos de agua con Juan Nepomuceno Flores –poseedor de la vecina hacienda de San Juan de Casta– y Juan Ignacio Jiménez –su socio en la compra de la hacienda de San Lorenzo, Zuloaga emprendió una serie de mejoras hidráulicas: la presa de Carrizales, que construye por primera vez en 1850, y la red de tajos para el riego de sus tierras. También introdujo, en forma más intensiva, el cultivo del algodón –que se sumó a los cultivos de maíz, trigo y caña que ya se producían.

Para atender la presa de Carrizales, y después la segunda que se construyó, a poca distancia río arriba, cuando la primera fue arrasada por una creciente del río, don Leonardo mandó construir, con gente traída de su hacienda de La Concepción, una cuadra o casa grande en cuya esquina sureste se edificó un torreón que servía para vigilar las obras hidráulicas y las aguas del río. Nació así el rancho del Torreón, su primer asentamiento humano. Casi al mismo tiempo, Juan Ignacio Jiménez construye la presa de Calabazas, para derivar el agua del río a su propiedad recién adquirida de la hacienda de Santa Rosa. Antes, Flores había ya construido la presa de San Fernando, al suroeste de la

38 Eduardo Guerra, *Historia de Torreón*, Universidad Autónoma de Coahuila, Saltillo, 1984, pp. 343-345.

actual ciudad de Lerdo, para riego de la hacienda de ese mismo nombre, que era parte de la gran hacienda de San Juan de Casta.

Estas tres presas y sus canales derivadores fueron las primeras obras hidráulicas formales construidas en el Nazas. Antes hubo sólo pequeñas sacas de agua y canales que tomaban el agua directamente del río, como el tajo Zambraneño que se cita en el documento de división de tierras entre Zuloaga y Jiménez.<sup>39</sup> Con la construcción de estas presas empezaron los problemas de la distribución de las aguas del Nazas, al principio resueltos por los convenios entre Flores, Zuloaga y Jiménez, y luego tan graves que se dirimen con las armas en la mano. Con estas obras, también, se da el despegue de lo que será, con el tiempo, el milagro económico que ha hecho célebre a nuestra comarca.

Ya hemos narrado cómo la familia Sánchez Navarro vendió la hacienda de San Lorenzo de la Laguna y la del Rosario, en Parras, a Rafael Aguirre. Este señor trabajó las tierras de la hacienda, que poseía derechos de agua de los pozos artesianos que existen en la región, y también introdujo mejoras y maquinaria en la fábrica textil que había construido la compañía inglesa al través del escocés James Grant y que posteriormente se llamaría La Estrella.

Por lo que toca a la región lagunera de Durango, las enormes haciendas de San José de Ramos y San Juan de Casta, que habían pertenecido durante el virreinato a José Vázquez Borrego y a Andrés José de Velasco y Restán, pasaron por una serie de juicios a manos de los diferentes acreedores, hasta ser adquiridas por José Zambrano, rico minero de la ciudad de Durango. Al momento de morir, Zambrano tenía graves dificultades económicas y sus propiedades se subastaron; el 20 de julio de 1836 las adquirió Juan Nepomuceno Flores, quien es, en la parte de Durango, el iniciador de la transformación agrícola y económica de La Laguna. También Flores incursionó en el ramo de la industria textil estableciendo una fábrica en Peñón Blanco, Durango.

Mediante las mejoras a los sistemas de riego, Zuloaga, Flores y Jiménez lograron abrir más tierras al cultivo, sobre todo del algodón. No sólo las tierras que ellos trabajaban, sino las que daban en arrendamiento y subarrendamiento a aparceros. El auge que esto comenzó a crear, aunado a la pérdida de territorio en la guerra con

<sup>39</sup> *Ibidem.*, pp. 61-62.

los Estados Unidos, provocó una migración hacia la comarca lagunera de gente dispuesta a formar nuevas poblaciones.

A pesar de que continuaron las devastaciones de los indios bárbaros,<sup>40</sup> se formaron nuevas haciendas y ranchos. En la zona de Durango, los de Avilés, La Goma, La Loma y San Fernando. En Coahuila, además de las tierras de la villa de Viesca, las haciendas de Bilbao, Santa Anna de los Hornos, La Concepción, las tierras de la Vega de Marrufo, San José de las Habas y, poco después, el rancho del Torreón. Algunas de estas haciendas se transformaron en poblados, con lo cual surgieron problemas entre los hacendados y los colonos. Sucedió en Lerdo, antes hacienda de San Fernando, con Juan Nepomuceno Flores, y en Matamoros, con Zuloaga. Estos conflictos quedaron inmersos en el juego político de liberales y conservadores. Los gobiernos liberales llegaron a expropiar tierras a los hacendados, y a veces estas acciones fueron nulificadas cuando entraban al poder los gobiernos conservadores.

### *Plan de Ayutla*

Con el advenimiento de un régimen centralista, al volver al poder Santa Anna en 1853, y la publicación de las *Bases para la administración de la república...* ordenada por él y por su ministro Lucas Alamán, se provocó una rebelión generalizada que culminó con el Plan de Ayutla, proclamado por Juan Álvarez, a quien secundó Ignacio Comonfort, en Acapulco, en 1854. Este plan pretendía restablecer el orden federal y la soberanía de los estados. Para 1855 la mayoría de los estados del norte lo habían secundado.

En Nuevo León, Santiago Vidaurri, secretario de Gobierno, se pronunció contra Santa Anna el 13 de mayo de 1855, proclamando el Plan Restaurador de la Libertad, basado en el de Ayutla. Después de tomar por la fuerza el gobierno de ese estado, con la ayuda de los generales Zuazua, Escobedo y Zaragoza, se convirtió en el cacique del Noreste. Basándose en ese poder, pese a la oposición de los distritos

40 Fueron particularmente intensas entre 1842 y 1848. En el territorio de Coahuila, las sufrieron Parras, Viesca, San Juan de la Carrera, la hacienda de Hornos. En Durango, Mapimí, Cuencamé, Nazas, Santiago Papasquiaro y las haciendas de Torreón de Cañas, La Zarca y San Ignacio. (Guerra, *Historia de La Laguna*, pp. 206-218 y 258-273.

de Saltillo y Parras, y de las débiles negativas del gobierno central, el 19 de febrero de 1856 decretó la anexión de Coahuila a Nuevo León.

### *Corolario*

Con las luchas que se siguieron dando, se establecieron las constituciones de 1857 y de 1917, las dos con principios federalistas que se han quedado más en el papel que en la realidad. Los regímenes federales que se han sucedido hasta la actualidad son cada vez más centralistas, hasta llegar a lo absurdo, quitándoles a los estados y sobre todo a los municipios toda su libertad, especialmente la económica. A los municipios se les regresan migajas, como en un acto de caridad, de lo que real y legalmente les corresponde, con lo que se ejerce un control casi absoluto. Recordemos, con el axioma de Juárez, que "los individuos, como las naciones, no tendrán ninguna libertad mientras no gocen de la independencia económica".

Escoceses o yorkinos, conservadores o liberales, centralistas o federalistas, el adjetivo es lo de menos. Desde su independencia, México ha sufrido, por más de cien años –desde 1810 hasta 1927–, inútiles y desgastantes guerras fratricidas que, en aras de ideales mal entendidos y peor aplicados, muchas veces desvirtuados por los intereses personales y corruptos de quienes los aplicaban, han crucificado a nuestra nación, han provocado irreparables pérdidas de vidas, territorios y riquezas que nos han llevado a ser una nación tercermundista cuando podríamos ser de avanzada.

Que la Historia, que nos hace conscientes de nuestros errores pasados, nos sirva de lección para no seguirlos cometiendo.

## VII. El liberalismo militante en La Laguna, 1854-1867

Francisco José Amparán

### *Antecedentes*

En cierto momento, toda nación debe decidir el rumbo que ha de seguir; algo así como el *test* vocacional de un muchacho a salir de preparatoria. Generalmente esta decisión se produce en la adolescencia, tanto entre individuos como entre naciones: cuando los golpes de la vida han comenzado a hacer sentir el peso de la responsabilidad; cuando las indecisiones y los devaneos tienen que dejarse atrás. Porque ésta y no otra es la prueba de haber alcanzado la madurez: tomar decisiones y asumir la responsabilidad. La decisión de un adolescente se llama carrera profesional; la de un país, proyecto de nación. A mediados del siglo XIX, México llegaba al punto de optar por un proyecto de nación.

El despertar de la adolescencia, la desidia y la irresponsabilidad fue brusco: la derrota contra los Estados Unidos, provocada más por nuestros errores (confianza en caudillejos, desorganización, instituciones vacilantes) que por el poderío yanqui, vino a mostrar que nuestros defectos nos llevaban a la catástrofe, y que era necesario desechar lastres que nos habían hundido. Hacían falta instituciones sólidas, que permitieran a México consolidarse como un país gobernable y ordenado. En suma, se precisaba un proyecto de nación que planteara reformas tales que, en el futuro, las lacras que nos habían llevado a perder la mitad del territorio y a otras humillaciones como la guerra contra Francia de 1838, quedaran atrás. Con este golpe, que nos había despertado de manera tan brusca, también despertó una generación de mexicanos decididos a darle al país una fisonomía que le permitiera prosperar y alcanzar la madurez. Como siempre, había varias opciones para el adolescente que deseaba tomar una decisión. Había varios proyectos de nación. Hablaremos sólo de dos, los principales:

### ***El proyecto de la reacción***

Los tradicionalistas consideraban que no había que cambiar demasiadas cosas, ni muy a fondo. La esencia de su pensamiento era que, en general, todo estaría bien si se siguieran las formas de tiempos de la Colonia (en gran medida heredadas por el México independiente): una sociedad aristocrática, donde unos pocos ilustrados guiaran a la muchedumbre iletrada; donde la Iglesia católica rigiera de manera omnímoda sobre usos y costumbres, consagrando el estado de las cosas; donde una monarquía (o en su defecto, un gobierno autoritario) bendecida por Dios trazara el camino a seguir y eliminara las estériles disputas que tanto habían desorganizado al país; donde la economía fuera tradicional, sin exabruptos ni sobresaltos (hoy diríamos, sin *fast track*), con los medios de producción como en tiempos de los Borbones: comunidades indígenas y grandes haciendas, industria y comercio locales y enfocados hacia adentro.

A esta gente se le ha llamado "los conservadores". Querían conservar las antiguas formas de gobierno. En su opinión, la república representativa había traído consecuencias nefastas. Esta nación de descariados y borloteos requería mano dura: una dictadura, un despotado, una monarquía. El problema para implantar esta última era la falta de sangre azul por estos lares: el último emperador había sido un criollo descastado que terminó zurcido a balazos en Tamaulipas.

Los conservadores no deseaban preservar muchas instituciones de gobierno y organización pública que, según ellos entendían, debían mejorarse y adecuarse al modelo europeo: en aquel entonces Europa estaba regida por monarquías más o menos rígidas, pero alejadas del patrón español de los siglos anteriores.

Así pues, los "conservadores" no lo eran tanto. Aquí los denominaremos con el término que les daban sus rivales: la reacción. Porque sus rivales, ésos sí que eran hombres de acción.

### ***El proyecto del liberalismo militante***

El proyecto de nación de los llamados "liberales" era básicamente opuesto al de la reacción: querían llevar la representatividad republicana hasta sus límites. Que todo hombre mayor, alfabeto o no, propietario o no, pudiera votar y ser votado; que la Iglesia católica perdiera sus

privilegios y el monopolio sobre las conciencias, con tolerancia para todos, ateos incluidos; que México se convirtiera en un país de activos propietarios; que las diferencias de rango, estatus y clase fueran determinadas por el esfuerzo individual más que por la cuna; eliminar los fueros y concesiones que establecían distintas penas para el mismo delito; que la riqueza ociosa fuera puesta a trabajar, por las buenas o por las malas... En fin, no querían dejar piedra sobre piedra: si este país había de progresar (palabra clave para ellos), debía haber una remoción total de las estructuras socioeconómicas y políticas. Su modelo: la única república representativa (más o menos) del mundo en esos momentos: los Estados Unidos.

Por supuesto, había de todo en ambos bandos: tanto la reacción como los liberales tenían moderados y radicales, tibios y acelerados. Como en todo tiempo y lugar, hubo abusones y vives, sanguinarios y codiciosos. No eran cosas de la época o de la ideología, sino de la condición humana. Por ello, de repente no eran tan diferentes. Algunas propuestas de los dos bandos lindaban con la coincidencia. Otras eran dísimiles por completo. Además, los dos grupos estaban conscientes de que formaban minorías: la mayoría Juan Pueblo, analfabeto, viviendo al día, no se preocupaba de avatares políticos ni de conceptos ideológicos: quería que lo dejaran vivir y trabajar en paz.

Pero no lo iban a dejar. Estos dos proyectos de nación eran antagónicos. Del encontronazo surgiría la luz que guiaría a México hacia el futuro. Protagonizando ese choque, en ambos bandos, estuvo la mejor generación que ha dado este país: hombres íntegros, dedicados, capaces de morir por un ideal; hombres que pretendían, ante todo, lo mejor –de acuerdo con su manera de ver– para el país; sin ceder, sin transigir, sin chantajear, sin darse por vencidos. La historia la escriben los vencedores, y por ello unos se ven como "malos" y otros como "buenos" (los que tienen nombre de calle); pero seguimos, a fines del siglo xx, extrañando a "buenos" y "malos" como aquéllos.

### *La Revolución de Ayutla y sus consecuencias*

Tras la derrota contra los Estados Unidos, vino la confusión, que los reaccionarios aprovecharon para dar un golpe de mano: la rebelión de Blancarte y el Plan del Hospicio pusieron a Santa Anna –veleta a merced del viento, tan liberal como conservador, tan centralista como federalista–

en el poder, para que llevara a buen término el proyecto de nación que tenía la reacción. El problema para ellos fue que Santa Anna no era reaccionario: era santanista: voluble, ególatra, quizá psicótico, su presencia última como guía de los destinos de México (1853-1855), y su abrupta y bizarra caída, demuestran que en ese momento la reacción aún no tenía un campeón que pudiera creíblemente ofrecerle al país; y que la fijación por Santa Anna –a quien no han podido explicar, como fenómeno histórico, ni Yañez, ni Fuentes Mares, ni Muñoz– era asunto terminado, y con ello, toda una etapa. El choque de los proyectos se aproximaba: ya no habría soluciones sacadas de la Manga de Clavo ni posibilidad de posponer la decisión.

La última caída de Santa Anna fue causada por un enfrentamiento casi obligatorio entre la necesidad social y la necesidad gubernamental; entre el pueblo necesitado de concierto y la megalomanía más desbocada; en fin, entre la realidad que forzaba a arreglar las cosas, y la insania en que se convirtió la dictadura. Todo esto quedó concretado en el llamado Plan de Ayutla: un puñado de gentes con el mal del pinto se lanzó a la Sierra Madre a derribar la locura. La respuesta del Quince Uñas fue típica: ambigua y grandilocuente, nos sigue desconcertando: después de dos campañas perfectamente inútiles, sencillamente se largó a Cuba, sin disparar, como quien dice, un tiro.

El descrédito en que cayó la reacción por sus nexos con Su Alteza Serenísima fue aprovechado por los liberales: Juan Álvarez, quien había encabezado la Revolución de Ayutla, quedó en la presidencia. Típico cacique rural del siglo XIX, para atender altos asuntos del Estado se rodeó de jóvenes (y no tanto) liberales bastante radicales, quienes emprendieron una campaña reformista que parecía no detenerse ante nada; no querían dejar títere con cabeza. Lo cual, por supuesto, trajo como consecuencia la reacción: el clero se alebrestó, la inestabilidad regresó por sus fueros, y Álvarez, más contentó galopando cuacos en compañía de sus "pintos" que metido en intrínquilis políticos de difícil solución, renunció a la presidencia a las nueve semanas y media.

Lo sucedió, en diciembre de 1855, Ignacio Comonfort, uno de tantos personajes contradictorios en los que nuestra historia parece ser tan pródiga. Para empezar a calmar la situación, se deshizo de aquellos ministros que resultaban demasiado radicales, por lo que mandó a Juárez al inicuo (al parecer) puesto de presidente de la Suprema Corte. Comonfort quería ser conciliador de las graves escisiones que cada vez eran más

evidentes en el país. Para lograrlo, se valió de dos herramientas: seguir una política más bien bamboleante, procurando quedar bien con todos y, a fin de cuentas, no quedando bien con nadie; y convocar a un Congreso Constituyente que, claramente dirigido por los liberales, arremetió con un documento que evidenciaba el proyecto de nación de sus gestores: la llamada Constitución de 1857.

En lo que se redactaba, la reacción tomó cartas –mejor dicho, espadas– en el asunto. Comonfort hubo de enfrentarse a rebeliones en Puebla, Sierra Gorda y San Luis Potosí, entre otras. Entonces salieron a relucir los primeros campeones conservadores: Orihuela –fusilado al poco tiempo–, Osollo, Miramón, Mejía... la reacción demostró una y otra vez que no se iba a quedar con los brazos cruzados. La proclamación de la Constitución no significó alivio. Los dos bandos velaban armas, unos para rechazarla, otros para defenderla.

### *El cacicazgo de Vidaurri*

Aprovechando el desconcierto, el gobernador de Nuevo León, Santiago Vidaurri, anexó Coahuila a su estado el 19 de febrero de 1856, halagando o presionando a algunos de los pocos habitantes para que lo solicitaran. La población conjunta de ambos estados era inferior a 230,000 habitantes, así que no se requerían muchas firmas. Vidaurri era el típico cacique de entonces: aislado de la capital y de sus avatares políticos, dueño y señor de un territorio despoblado y sometido a las incursiones de los indios, estaba acostumbrado –como Terrazas en Chihuahua– a manejarse de manera independiente del resto del país: se rascaba con sus propias uñas y su palabra era ley. Aunque protestada por Comonfort y por el Congreso, la anexión se consumó. Pronto la república tendría asuntos más importantes de que ocuparse.

### *La Guerra de Reforma*

Comonfort resultó electo, ahora de acuerdo con la Constitución de 1857, a principios de diciembre de ese año. Para entonces, había advertido que gobernar con tal documento (le) era imposible, por lo que pronto lo repudió... lo cual hizo que algunos gobernadores –entre

ellos Vidaurri-, la mayoría liberales, le dieran la espalda: le estaba haciendo el juego a la reacción, que no tardó en descartarlo, imponiendo a uno de los suyos, Félix Zuloaga, cuyo Plan de Tacubaya había facilitado el golpe de Estado. Más tarde, ocuparía el puesto Miguel Miramón, el Joven Macabeo. Abandonado por todos, Comonfort huyó a los Estados Unidos. Cuando regresó, tras muchas penalidades, lo asiló el mismísimo Vidaurri. Tal era el sentido de caballerosidad en aquellos tiempos.

Los liberales formaron un gobierno encabezado por Juárez, quien según la Constitución, como presidente de la Suprema Corte, al desaparecer el Ejecutivo pasaba a ser presidente de la república. Ironías de la vida: Comonfort lo había puesto ahí para que no moviera el agua; y de no haber obrado esta circunstancia, Juárez difícilmente habría ocupado la presidencia durante 14 años.

La lucha que siguió se conoce como la Guerra de Reforma o de los Tres Años (1858-1860): los liberales fueron derrotados por la reacción en una batalla tras otra. Sin embargo, compartían con su jefe la virtud de la tenacidad. Levantaron ejércitos que, una vez deshechos por Osollo o Miramón, eran recompuestos una y otra vez. Hasta que, en diciembre de 1860, en los llanos de Calpulalpan, los liberales -bajo el mando de González Ortega, apoyado por jóvenes militares como Zaragoza, Valle y un tal Porfirio Díaz- destruyeron al ejército reaccionario, y entraron a la capital el 1º de enero de 1861, al compás del "Cangrejos para atrás, tras, tras" de Guillermo Prieto.

Cabe hacer notar algunas acciones de armas que ocurrieron en La Laguna: a fines de junio de 1860, el reaccionario Domingo Cajén atacó el pueblo de Matamoros, y luego derrotó a José María Patoni en Avilés (hoy Ciudad Juárez, Durango).

Por fin había terminado una guerra larga y dolorosa; más dolorosa porque en los campos de Atenquique, Salamanca, Estancia de las Vacas, Silao, Tacubaya, quedaron para siempre muchos de los mejores hombres del país. Superada la pesadilla, México podía respirar en paz. El triunfo liberal le había roto el espinazo al poder económico y político de la Iglesia, vía las llamadas Leyes de Reforma, y el proyecto de nación liberal podía ponerse en práctica: el liberalismo militante podía convertirse en gobernante.

Sin embargo, Calpulalpan no fue la victoria decisiva que muchos pensaron. Varios reaccionarios recalcitrantes le siguieron haciendo la

vida de cuadritos a Juárez, con guerrillas que, en unas pocas semanas de 1861, mataron a próceres liberales como Ocampo, Degollado y Valle. La crítica situación financiera hacía difícil la puesta en práctica de cualquier proyecto, ya no digamos de nación. Además, allende el Atlántico, algunos reaccionarios mexicanos inconformes hicieron coincidir sus sueños con los que alentaba entonces poderoso monarca: Napoleón III, emperador de Francia.

### *Napoleón III y su proyecto americano*

Los reaccionarios, en especial los avocados en Europa, estaban convencidos de que este país de indios no tenía remedio: ¡un zapoteca en la silla presidencial! Se requería un monarca de auténtica sangre azul que viniera a poner orden. Y si los ejércitos de Miramón no habían podido lograr sus propósitos, tal vez otros, llegados de lejos, podrían hacerlo.

En tanto, Napoleón III *el Pequeño* tenía algunos planes para esta parte del mundo. La hegemonía de Francia debía expandirse por el planeta. Y, de preferencia, debería hacerlo sobre pueblos afines, que apreciaran mejor las conquistas culturales de Lutecia. Así pues, esta expansión colonialista debería realizarse sobre países católicos y latinos: los hijos descarriados que España había dejado en América gracias —¡cuando no!, los Bonaparte ya sabían de eso— a la estupidez de los Borbones. De hecho, Napoleón III acuñó el concepto de "América Latina", porque los términos Iberoamérica o Hispanoamérica no sonaban precisamente muy franceses. Pero existía un grave obstáculo para el logro de sus planes: los Estados Unidos, un país sajón y protestante, al parecer estaban camino de llegar a ser una potencia.

Para evitar que los sajones y protestantes se impusieran sobre países que por etnia, cultura, religión e idioma les resultaban disímiles, Napoleón proponía el tutelaje francés. Para realizarlo había que poner un "tapón católico y latino" al expansionismo de los pérfidos güeros calvinistas. Ese tapón era México. Y el momento, ahora (esto es, el año de gracia de 1861): mexicanos cercanos a su corte le aseguraban que el país pedía a gritos un monarca bendecido por el Papa; los Estados Unidos estaban empeñados en una lucha fratricida debida a la contradicción del esclavismo. Napoleón III oyó lo que quería oír y de inmediato puso manos a la obra.

### ***La intervención francesa***

La excusa se la dio la manfa mexicana de pedir dinero prestado. El servicio de la deuda, contraída desde tiempo atrás con países y banqueros extranjeros, hacía casi imposible atender los asuntos más urgentes del gobierno de Juárez, quien decidió recurrir al "Debo, no niego; pago, no tengo", y declarar la moratoria por dos años. Los países acreedores -Gran Bretaña, España y Francia- decidieron cobrarse a lo chino y ocuparon la aduana de Veracruz. Poco después los franceses mostraron sus verdaderas intenciones; británicos e hispanos decidieron irse sin cobrar.

Así se inició la intervención francesa. Y no con buenos augurios para los invasores: el joven texano Ignacio Zaragoza derrotó a un perfectamente inepto Conde de Lorencez en Puebla, el 5 de mayo de 1862. El que no se le haya echado del país inmediatamente después, con todo y tropas, habla mucho de la incapacidad logística del ejército mexicano. Zaragoza moriría meses más tarde, como tantos otros liberales, de una enfermedad al parecer reaccionaria: la tifoidea.

El año 1863 empezó con los franceses reforzados y bajo el mando de dos militares aptos, Bazaine y Forey, y con el Ejército de Oriente comandado por González Ortega, y el del Centro por Comonfort, en uno de esos raros enroques políticos. Juárez y su Secretario de Guerra, Blanco, trazaron un plan totalmente inadecuado, y sobrevino la catástrofe: tras un cruento sitio de dos meses, Puebla se rindió; la capital se abandonó a su suerte, y Juárez emprendió la retirada al norte. La muerte de Comonfort, en una escaramuza, dejó al presidente con un gobierno itinerante en San Luis Potosí, y Bazaine pisándole los talones.

### ***La presidencia emigrante***

Así que Benito Juárez siguió más hacia el norte: a Saltillo, feudo del gobernador Vidaurri, quien tenía fuertes agravios contra el presidente. El primero, que llegara a darle órdenes -¡un zapoteca, en tierras donde el mejor indio era el indio muerto!-, algo a lo que se había desacostumbrado. El segundo, que Juárez había insistido en que entregara a Comonfort, cuando éste se hallaba asilado en Monterrey, para someterlo a juicio, lo que Vidaurri consideró una afrenta a su

honor de anfitrión. Tercero, que Juárez había visto con malos ojos la anexión del estado de Coahuila por Nuevo León.

Había una cuarta afrenta: la presencia de Juárez obligaba a Vidaurri a tomar una decisión: o estaba con el recién proclamado Imperio, o estaba con la República. Sin Juárez allí, Vidaurri podía haber jugado doble, siendo republicano de dientes afuera, mientras veía qué rumbo tomaban los acontecimientos; con Juárez en Saltillo y luego en Monterrey, o se era o no se era. Vidaurri no fue: con Bazaine en San Luis Potosí y el nuevo emperador en la capital, decidió jugársela a la segura –según él– y traicionó al presidente. Juárez escapó por los pelos –dada la ingenuidad, impericia o imbecilidad de su escolta–, a mediados de agosto de 1864, no sin antes separar formalmente a Coahuila de Nuevo León, y huyó rumbo a Parras. No recaló en el oasis, pues era lugar muy accesible para la fuerzas del gobernador traidor; decidió seguir hasta tierra de gente noble y leal: la Chihuahua de Terrazas. Partió a Chihuahua por la única ruta más o menos segura, vía El Álamo (Viesca) y Mapimí, al través de tierras laguneras.

### *La pugna por la tierra en La Laguna*

En La Laguna existía desde tiempo atrás un conflicto que después se haría típico en el Norte: un hacendado con enormes terrenos, enfrentado a colonos independientes que se tomaban muy en serio el planteamiento liberal de la explotación de la riqueza ociosa. En este caso, el latifundista era un vasco neurasténico, Leonardo Zuloaga, que no quería permitir a un grupo de colonos avecindarse en tierras suyas, que no había destinado a cultivo alguno, la Vega de Marrufo –que ellos llamaban ya Matamoros. Uno, porque el terreno era de él, y muy su capricho; los otros, porque de algún modo afirmaban que la tierra es de quien la trabaja, llevaban años en pugna. Ya en la década de 1830 se había establecido allí gente que inició la agricultura por estas zonas. Había otros asentamientos en La Soledad, El Gatuño y San Juan Nepomuceno de la Carrera –destruido por los indios en 1842. Cuando algunos colonos de Avilés fueron expulsados por el cacique local, Juan Nepomuceno Flores, pasaron a reforzar a los de la Vega de Marrufo.

Había habido incluso encuentros armados: el más famoso, en 1862 o 1863, entre una coalición de colonos, encabezada por Juan González

Herrera (luego general), y gente de Zuloaga encabezada por Pablo Mier, que terminó fusilado. En auxilio de su amigo, Vidaurri mandó tropas encabezadas por el general Pedro Hinojosa, quien trató de evitar enfrentamientos y estuvo a punto de lograr un acuerdo pacífico. Pero entonces hubo una nueva circunstancia: el paso del presidente itinerante. Juárez tenía conocimiento de estas pugnas y había prometido ayuda a los colonos. Pero éstos nunca pensaron que el apoyo vendría de manos del mismísimo presidente, en tanto huía de tropas extranjeras.

### *Juárez y La Laguna*

El presidente fue recibido en Álamo de Parras (actual Viesca) por Jesús González Herrera, quien lo reforzó con guías y hombres. Juárez entendió clara y rápidamente dos cosas: que aquella gente que había depositado en él toda su confianza tenía inclinaciones liberales por coincidencia de objetivos; y que cuanto dañara a Zuloaga, amigo y aliado de Vidaurri, favorecía la causa de la república. Así que obró con rapidez: el 8 de septiembre de 1864, erigió a Matamoros como villa, dio posesión de sus tierras a los colonos –según la lotificación, 352 jefes de familia, lo que parece exagerado–, les confirió derechos al agua del Nazas, y los instó a combatir al enemigo, que diligentemente se aproximaba, de manera que decidió seguir su camino a Chihuahua.

### *Los Archivos de la Nación en La Laguna*

Para ello había que atravesar el Bolsón de Mapimí. Ahí fue cuando su escolta de plano decidió ponerle racionalidad al asunto: si iban a cruzar el desierto, con el enemigo aproximándose, era una locura llevar con ellos las diez u once carretas que contenían los Archivos de la Nación. En el mejor de los casos, retrasaban la marcha; en el peor, se averiaban o podían perderse, por los posibles ataques apaches o cualquier otro accidente.

Juárez transigió: los archivos se quedarían en La Laguna, bajo el cuidado de gente a toda prueba. En El Gatuño, que Juárez rebautizó como Congregación Hidalgo, González Herrera recomendó a Juan de la Cruz Borrego como hombre luchón, discreto y leal. Para lmitar en

lo posible las delaciones, sólo un puñado de vecinos, acaudillados por De la Cruz y Darío López Orduña, conocería la localización de las cincuenta y tantas cajas con los documentos. Ni dos docenas sabían el secreto: enterraron las cajas, amparados por la noche, en el Arroyo del Jabalí. Luego alguien pensó que si llovía, el agua podía agarrar ese cauce y los papeles resultarían dañados. Tan sensata reflexión condujo a la búsqueda de un lugar mejor para guarecerlos. Por fin, se colocaron en una cueva, la del Tabaco, dado que es un lugar que permite vigilar el horizonte y donde los pastores tenían una excusa para deambular y estar al pendiente, so pretexto de llevar sus rebaños a pastar.

Las presencias extrañas no tardaron en aparecer: L'Heriller ocupó Durango; Castagny, Saltillo y Monterrey; los reaccionarios Máximo Campos y Toribio Regalado merodeaban por el noreste de Durango: el cerco se apretaba. Juárez emprendió la retirada hacia Chihuahua, dejando el acervo histórico del país en manos de aquellos humildes pastores y campesinos.

Los custodios se las vieron negras para proteger el secreto. Amén de las privaciones propias de su labor, tuvieron que enfrentarse a la mala información del espionaje imperial: Campos y Regalado se enteraron de que Juárez había salido con menos carretas de las con que había llegado. Creyendo que las cajas faltantes eran el (exiguo) Tesoro de la Nación, emprendieron su búsqueda con particular frenesí. Toribio Regalado aprehendió, torturó y ejecutó a los pastores Pablo y Manuel Arreguín (correos de los custodios), quienes abrieron la boca sólo para mentarle la madre. Igual suerte corrieron otros dos pastores, Salazar y Sarmiento: mismo resultado. Luego Máximo Ortiz se encargó de torturar a Marino Ortiz, otro coludido. Sin éxito.

No fueron los únicos sacrificados: el 10 de enero de 1866, González Herrera sorprendió una columna francesa y de imperiales mexicanos en San Carlos, entre Avilés y Lerdo, infligiéndoles diez bajas. Los felones cobraron cobarde venganza: sabiendo que su vencedor era de Matamoros, fueron allí y, al azar, escogieron diez ciudadanos (varios de ellos ancianos que no podían seguir a González Herrera) y los fusilaron a un lado de la iglesia. Entre los sacrificados estaba Cristóbal Díaz, un maestro que había dejado Juárez como prenda de su aprecio por la población y su fe en la educación para el progreso, estandarte del liberalismo militante y triunfante. Tal fue el precio que tuvo que pagar La Laguna por su apoyo a la causa republicana.

¿Cuál era la importancia de los Archivos? Eran papeles sin valor estratégico ni táctico para la guerra que en esos momentos se desarrollaba de Guaymas a Oaxaca, de la Huasteca a Michoacán. Su valor era simbólico: eran la conciencia nacional, el registro de nuestras vicisitudes y nuestro orden, de la legalidad y lo verdadero. Sobre todo, eran la prueba de que había un pasado, de que las instituciones que se estaban defendiendo con sangre, sudor y lágrimas, habían existido y era legítimo pelear por ellas. Demostraban lo aborrecible que era la ley del 3 de octubre de 1865, promulgada por Maximiliano: los chinacos no eran bandoleros, sino luchadores políticos: peleaban por una idea, no por robar. Por esos símbolos, gente intrépida se jugó la vida o la entregó. Por ello seguimos extrañando a aquellos hombres.

La vida para los labriegos, con o sin ocupación extranjera, era muy dura: no tenían capital para traer las herramientas que hicieran posible una mejor explotación de la tierra; los decretos de Juárez eran letra muerta en tanto el presidente estuviera de un lado a otro -Juárez huyó de Chihuahua a Paso del Norte en 1865, al perder Negrete casi todo su ejército en el Bolsón-; los transportes eran lamentables y peligrosos, dada la inseguridad causada por los indios, los bandoleros, la inestabilidad del país y los pésimos caminos. Casi no se pudo aprovechar el vacío en el mercado algodonerero mundial provocado por la Guerra de Secesión y el bloqueo de los puertos de la Confederación. En La Laguna se estaba en medio de la nada: ni comunicaciones, ni divertimentos; sólo esa pasión por arrancarle algo provechoso a la tierra, pese al hostigamiento de los franceses y sus esbirros.

### *Fin de la Intervención*

Pero la marea empezó a ceder: al terminar la guerra Civil en los Estados Unidos (abril de 1865), una de las primeras acciones de Lincoln fue exigir al gobierno francés la retirada: nada más lejano a los deseos yanquis que tener un ejército europeo en sus fronteras. En Francia las cosas tampoco estaban muy suaves: el público empezaba a demandar explicaciones sobre la aventura mexicana, y Maximiliano no había provisto ni un quinto de la paga que según él iba a conseguir por el arriendo de las tropas. En México, el ejército francés, los "voluntarios" belgas (leva sacrificada de la manera más ignominiosa) y el ejército

imperial mexicano (que Max había tardado tanto en formar) no controlaban sino el territorio que pisaban: tras tantos meses y muertos, el país distaba mucho de estar dominado: en los caminos, en el campo, los chinacos tenían la palabra: francés que saliera de la ciudad sin veinte coterráneos, era hombre muerto.

Maximiliano de Habsburgo, lo mismo: nunca dejó de desempeñar sino un papel trágico en una situación de por sí trágica. En primer lugar, su elección por parte de los reaccionarios no podía haber sido más desafortunada, y demostró –desde entonces– los riesgos del dedazo: aparte del de barbón, a Maximiliano se le podía poner un sólo adjetivo, el de liberal. Su actuación como gobernador en el Véneto le había ganado la simpatía de la gente, lo cual no es poco decir para un extranjero gobernando –o intentándolo– italianos. Llegar a México y estar en desacuerdo con reaccionarios y clero fue una misma cosa. Alienado de sus supuestos soportes, desconfiando de la poca gente apta que tenía a su alrededor –exiliando a Miramón, por ejemplo–, dependiendo de tropas no mexicanas cuya lealtad dependía de un puñado de francos, con Juárez –y por lo tanto la legalidad– todavía en el país, Maximiliano no tenía más oportunidad que formar un ejército propio, mexicano –como él se sentía vestido de charro–, que lo defendiera. Probablemente habría sido mucho más efectivo. Cuando lo intentó, ya era demasiado tarde.

En 1866, Napoleón III decidió que los riesgos de la aventura en México eran mayores que las posibles ganancias, cada vez más remotas, y ordenó la retirada. A medida que los franceses se replegaban al centro del país, los republicanos liberales iban ocupando plaza tras plaza. La Laguna fue una de las primeras regiones evacuadas por los invasores. Lo cual no impidió que en Santa Isabel, cerca de Parras, los republicanos ganaran a sangre y fuego una fiera batalla, el 1º de marzo de ese año. Juárez pudo regresar triunfante, y reclamar los archivos que con tanto celo habían custodiado los matamorenses, que quedaron en mandárselos. Pero no fue tan sencillo: cuando se dirigían a devolverlos, los matamorenses se enteraron de que Juárez no estaba donde debía sino huyendo de Miramón, quien, recién regresado al país, en la que ha sido la cabalgata más audaz de nuestra historia, estuvo a punto de prender a Juárez en Zacatecas; un margen de 15 minutos evitó que la Intervención Francesa tuviera un desenlace muy distinto. Los matamorenses decidieron regresarse con Archivos y todo, y esperar situación más

propicia. Cuando ello ocurrió, finalmente devolvieron a la escolta presidencial lo que con tanto heroísmo habían custodiado durante más de dos años.

### *Epílogo*

El resto lo sabemos: tanto Miramón como Maximiliano se negaron a dejar sus sueños ni el país de sus sueños: uno porque no podía resignarse al triunfo de "la canalla liberal", y perfirió morir peleando en aras de lo que había creído toda su corta vida; el otro, por cuestión de ADN: un Habsburgo jamás abandona su reino. Ambos, junto con el taciturno Mejía, encontraron la muerte en el Carro de las Campanas de Querétaro. Vidaurri, por su traición, correría la misma suerte. Zuloaga murió del coraje en 1865. Con ellos feneció una época gloriosa, contradictoria y muy cuestionablemente reseñada de nuestra historia. La Laguna entraba a otra etapa, que no vería el fin de los conflictos por la tierra y el agua. Mientras tanto, a unos kilómetros de Matamoros se construía un torreoncito junto al río, para echar un ojo por si venían los apaches.

## VIII. La república restaurada

José León Robles de la Torre

1867

Desde el 23 de marzo de 1867, se concentraron en Querétaro las fuerzas de muchos generales republicanos para cerrar el sitio contra Maximiliano y sus generales, Miramón y Mejía. La atención de los laguneros y de México estaba puesta en esos acontecimientos. El general Mariano Escobedo, comandante en jefe del ejército juarista, se vio auxiliado por los generales Vicente Riva Palacio y Juan Nepomuceno Méndez, y por los coroneles Eulalio Núñez e Ignacio M. Altamirano. Tras la rendición y el juicio vino el fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía. A las seis de la mañana del 19 de junio de 1867, el general Jesús Díaz de León, con una división de cuatro mil hombres, condujo a los reos al Cerro de las Campanas, en las afueras de Querétaro. Poco después de las siete, Maximiliano y Miramón pronunciaron unas palabras, mientras Mejía permanecía en silencio. Los tres se abrazaron y despidieron; luego recibieron las descargas del pelotón.

Allí se restaura la República. Juárez, que tiene su gobierno provisional en San Luis potosí, comienza su marcha hacia la capital. Con él van soldados del norte y entre ellos, uno muy importante en el nacimiento político de La Laguna, el coronel Carlos González Montes de Oca, oriundo de Viesca, Coahuila. El 8 de julio, Vidaurri fue aprehendido, y fusilado por la tarde. La brecha hacia la capital se abrió y se encontraron las diversas fuerzas leales a Juárez, que el 15 de julio de 1867 se dirigió a la nación:

¡Mexicanos! El gobierno nacional vuelve hoy a establecer su residencia en la ciudad de México, de la que salió hace cuatro años. Llevó entonces la resolución de no abandonar jamás el cumplimiento de sus deberes, tanto más sagrados cuanto mayor era el conflicto de la nación. Fue con la segura confianza de que el pueblo mexicano lucharía sin cesar contra la

inicia invasión extranjera, en defensa de sus derechos y de su libertad. Salió el gobierno para seguir sosteniendo la bandera de la patria, por todo el tiempo que fuera necesario, hasta obtener el triunfo de la causa santa de la independencia y de las instituciones de la república.

El año 1867 fue difícil para Luisa Ibarra, viuda de Zuloaga -muerto el 20 de febrero de 1865 y enterrado en el camposanto de San Antonio de las Parras, propiedad de la familia de su esposa-: el gobierno de Juárez confiscó sus tierras, por haber colaborado con Maximiliano. Inconforme, doña Luisa fue a México y contrató abogados para demostrar que no había auxiliado a los imperialistas. Juárez ordenó que se le devolvieran sus bienes, con excepción de los que se mencionarían, y el 24 de diciembre firmó el acuerdo correspondiente, que envió a su ministro de Hacienda, José María Iglesias. Quedarían en favor del erario "los terrenos que comprenden el Valle del Sobaco, y dieciséis sitios de ganado mayor dentro de la Hacienda de La Laguna, en la parte que está ubicada la villa de Matamoros". Esas tierras, "tienen el derecho de usar las aguas del río Aguanaval, que no pasen del 50% del caudal de dicho río".

Las tierras laguneras de Coahuila que eran de Zuloaga estaban en el municipio de Matamoros. Poco a poco se les fueron segregando ranchos y haciendas. Por decreto de la Legislatura de Coahuila del 2 de marzo de 1866, el rancho Yucatán, de Toribio Regalado, pasó a la jurisdicción del municipio de San Pedro; el 8 de febrero de 1881, por el decreto 413, se segregaron de Matamoros: Jaboncillo, El Alamito, Santa Teresa, Santo Niño, San Ignacio, San Antonio, San Pablo, Bilbao, y Concordia. Al fundarse el municipio de Torreón, lo formaron las tierras de Torreón o la Hacienda de La Laguna, San Antonio de los Bravos, El Tajito, San Rafael del Muerto, Albia, La Unión, La Ventana y La Perla.

Los ranchos y haciendas que pertenecían a Matamoros eran: San Miguel, Hormiguero, Solima, Granada, Guadalupe, La Escondida, Perote, San Antonio del Barreal, San Isidro de la Nopalera, Mieleras, Irlanda, Santa Isabel, Santa Librada, Gatas Mochas y Estación de Matamoros de la Laguna, entre otros. Los de San Pedro eran: Santa Eulalia, San José de los Alamos, San Marcos, Mérida, La Luz, San Felipe, La Candelaria y otros.

### *Retornan los Archivos de la Nación*

Restablecido el gobierno de Juárez en la capital de la república, los Archivos de la Nación retornaron a la ciudad de México. En 1864, en su

peregrinar por el norte, Juárez había llegado al Gatuño –hoy Congregación Hidalgo– procedente de Saltillo, Parras y Viesca. En su caravana venían once carretas con los Archivos de la Nación empacados en 55 bultos, según lo asienta José Santos Valdés.

Estando el presidente en Parras, el 24 de agosto de 1864, como planeaba dejar guardados los archivos en algún lugar de La Laguna le preguntó al coronel Jesús González Herrera si tenía alguna persona que encabezara un grupo de confianza, que defendiera los Archivos con la vida. González Herrera propuso a Juan de la Cruz Borrego, quien con 20 hombres recibió las 55 cajas y las llevó de noche, por veredas que sólo ellos conocían, a la Cueva del Tabaco, en los cerros del Gatuño, donde se conservaron celosamente hasta 1867, cuando fueron devueltas a México. Tomo del libro *Matamoras*, de Santos Valdés, la lista de quienes condujeron los archivos. El jefe era Juan de la Cruz Borrego. El jefe del grupo armado, Darío López Orduña. Tres pastores, que fueron victimados: Mariano Ortiz, José Guadalupe Sarmiento y Gerónimo Salazar. Dos más que murieron, custodios armados: Pablo Arrenguin y Manuel Arrenguin. Los catorce restantes, que sobrevivieron, fueron custodios armados: Ángel Ramírez, Julián Argumedo, Vicente Ramírez, Cecilio Ramírez, Andrés Ramírez, Diego de los Santos, Epifanio Reyes, Ignacio Reyes, Telésforo Reyes, Gerónimo Reyes, Mateo Guillén, Francisco Caro, Julián Caro y Guillermo Caro.

### *Jesús González Herrera*

Natural de la Hacienda de Hornos, Coahuila, Jesús González Herrera llegó a general. Una de sus batallas fue la de Santa Isabel, al lado del general Andrés S. Viesca, cerca de Parras, donde vencieron a los franceses. Ya vimos que Juárez le pidió de su confianza para cuidar los Archivos de la Nación. Cuando retornaron a la capital los documentos, atendiendo una invitación de Juárez para visitarla –cuenta Pablo C. Moreno en su *Galería heroica de México*–, en 1867 aceptó *el Chinaco*, y con sus rancheros se puso en marcha. Ya para regresar, el presidente, sin que él lo pidiera, le dio un recibo de la Tesorería General de la Nación por cinco mil pesos para su gente, en recuerdo de la guarda de los Archivos. Se despidieron los norteños, pero antes González Herrera fue a cobrar el documento. El Tesorero le dijo que volviera al día siguiente. Un día después, el tesorero repitió la indicación. González Herrera no pudo contenerse: entró en la oficina y lo golpeó, tras

recordarle que la palabra dada es sagrada y que él no la tenía. Al oír la pelea, Juárez -su despacho estaba contigo- se presentó y la disputa terminó. Don Banito les explicó que ambos prestaban grandes servicios; uno en la Tesorería y el otro en el campo de batalla. Que tal vez por la penuria del erario no había podido el tesorero cumplir su palabra; pero que se dieran un abrazo como amigos. Habló don Jesús: "Señor presidente, se lo doy porque usted me lo ordena y yo siempre lo he respetado; pero este hombre no tiene palabra". González Herrera murió en La Concha, después La Concha, en 1876.

### *Haciendas*

En su tesis sobre la hacienda de La Concha, María Vargas Burgos presenta algunas haciendas de La Laguna con sus propietarios desde 1867: San Juan de Casta, Durango, con los ranchos de San Jacinto, El Refugio y la Loma que eran de José Garde; La Goma, de Refugio Tarín; Avilés, San Carlos y San Fernando, en testamentaría de Juan N. Flores; terrenos del Bolsón de Mapimí, Tlahualilo, de la Compañía Tlahualilo, en la testamentaría de Juan N. Flores; San Lorenzo de La Laguna, Durango; Noé -de Santiago Lavín-; Sacramento y Santa Cruz, concurso de acreedores de J. González; incluye parte de Coahuila, de Treviño Hermanos; Relámpago, de Eloísa San Martín y Jiménez Hermanos; San Lorenzo de la Laguna, Coahuila, La Concepción, de Carlos González; San Antonio del Coyote, de Sommer Hermanos y Cía; Santa Teresa, de la familia Hernández Menderichaga; La Tinaja, de Trinidad Urquizo; Bilbao, de Urpiano Ruiz Lavín; Concordia, de Gurza Hermanos; San Francisco, de Trinidad Urquizo; San Ignacio, de H. Francke; Bolívar, de Jiménez Hermanos; San Lorenzo, de Rafael de Azuela; El Burro, de Manuel Azuela; y San Marcos y San Juan, de Martínez Zorrilla y Compañía

### *El Perímetro Lavín*

Santiago Lavín llegó a La Laguna en 1864, y se dedicó en Lerdo al comercio; pronto cambió sus actividades por la agricultura, adquiriendo

la Hacienda de Santa Cruz, y después numerosas propiedades que formaron el "perímetro Lavín", donde abrió un extenso laborío que manejaba desde su Hacienda de Noé y San Fernando. De estos terrenos donó después los necesarios para la fundación de Gómez Palacio. El *Álbum de la paz y del trabajo*, publicado en 1910, describe el Perímetro Lavín:

En toda la superficie de esta heredad hay tierras de labor y agostaderos. En las primeras varía, como es natural, la calidad, pues las de arriba son inferiores y de clase suprema las de abajo, que lindan con la Estación Bermejillo y con terrenos pertenecientes a la villa y municipalidad de Mapimí. En las tierras de laborío pueden ser cultivados con éxito más que lisonjero el algodón, el maíz, el trigo, la patata, el garbanzo, el frijol, el chile, etc. Pero hasta hoy sólo se ha explotado el algodón, que rinde prodigiosas utilidades; el maíz y el trigo, que se producen como en las tierras más ricas de la república; aunque estos últimos cereales sólo se han cultivado con objeto de subvenir a las necesidades agrícolas de la finca y por vía de ensayo.

El perímetro Lavín consta de veintiún predios rústicos, entre haciendas y ranchos, cuyos nombres son: Noé, Santa Clara, Dolores, Aedo, Manila, Palo Blanco, San Antonio, El Vergel, Filadelfia, Competencia, San Ramón, Poanas, Santander, La Torreña, La Plata, San Ignacio, Britinham, Cinco de Mayo, Santiago Lavín, Sagunto y San Gilberto. En este último rancho existe un manantial de aguas termales, medicamentosas. La mayor parte de estos predios, se subdividen en una, dos y hasta tres estancias o ranchos más pequeños...

### *Lerdo en 1867*

Ciudad Lerdo es uno de los pueblos más antiguos de La Laguna. Su fundación se debió a don Joaquín Navarro, el 30 de mayo de 1799; entonces era el Rancho de San Fernando de la Laguna, y después fue la Hacienda de San Fernando, a partir del 27 de septiembre de 1827 propiedad de Juan Nepomuceno Flores.

Según explica Sergio Luis Rosas, cronista de Gómez Palacio, se extravió el decreto que Juárez expidió el 8 de septiembre de 1864, desde Mapimí, declarando que el rancho de Lerdo llevaría el nombre de Villa de Lerdo de Tejada. Así que el gobernador de Durango, Francisco Ortiz Zárate, expidió otro, el 24 de junio de 1867, confirmando el de Juárez. El

nombre de Lerdo de Tejada no es en honor de Sebastián, quien fuera presidente, sino de su hermano Miguel.

### ***Gobernadores durante la restauración de la República***

Durante la restauración de la república, el general Andrés Saturnino Viesca Bagües, ocupó la gubernatura de Coahuila cuatro veces: del 9 de junio al 5 de octubre de 1864; del 7 de abril de 1865 al 21 de febrero de 1867; del 17 de marzo al 27 de agosto de 1867; y del 2 de septiembre al 15 de diciembre de 1867.

El 1º de marzo de 1866, junto con otros coahuilenses y neoleonenses, el general Viesca se cubrió de gloria en la batalla de Santa Isabel, contra los franceses. Participaron: Victoriano Cepeda; Yldelfonso Fuentes; el general Jesús González Herrera; el coronel Francisco González León; Emiliano Lang; Eduardo Múzquiz, secretario del general Viesca; Benito Goribar; el teniente coronel Joaquín Garza Leal; Feliciano Zermeño y, de Nuevo León, el coronel Gerónimo Treviño; el coronel Francisco Naranjo; el teniente coronel Antonio Pérez Villarreal y otros más. En la acción resultó herido el coronel Naranjo. En el campo donde se desarrolló la batalla, las autoridades de Parras levantaron un obelisco que recuerda al viajante aquella jornada gloriosa.

El general Viesca fue felicitado por su triunfo por el presidente Benito Juárez, desde Paso del Norte, en marzo de 1866, con su ministro de Relaciones Exteriores, Sebastián Lerdo de Tejada. De allí Juárez regresó a Chihuahua el 17 de junio, y continuó hacia Durango, a donde llegó el 26. A principios de enero de 1867 ya estaba en Zacatecas de donde fue a Jerez el día 22, y luego a San Luis Potosí, donde instaló su gobierno provisional mientras sucedían los hechos en Querétaro, a partir del 15 de mayo hasta el fusilamiento de Maximiliano, Mejía y Miramón.

El general Viesca fue bautizado en Parras el 1º de diciembre de 1827, a los dos días de nacido, como Andrés Saturnino Jesús de los Dolores. Sus padres fueron Andrés Viesca y María de Jesús Bagües. Murió en Torreón, y su tumba estaba en el Panteón Municipal (parece que los restos fueron trasladados a Saltillo); en la lápida se leía: "General Andrés S. Viesca. Nació el 29 de noviembre de 1827. Murió el 5 de marzo de 1908. R.I.P. Recuerdo de sus hijos".

Juan Antonio de la Fuente fue gobernador del 21 de febrero al 16 de marzo de 1867. Antonio Valdés Carrillo desempeñó el cargo del 27 de agosto al 2 de septiembre de 1867. El general Victoriano Cepeda, también héroe de Santa Isabel, fue gobernador de Coahuila siete veces: del 15 de diciembre de 1867 al 6 de marzo de 1869; del 10 de junio de 1869 al 10 de febrero de 1870; del 3 de junio de 1870 al 27 de septiembre de 1871; del 4 de noviembre al 5 de diciembre de 1871; del 5 de agosto al 11 de septiembre de 1872; del 1º de noviembre de 1872 al 2 de enero de 1873, y del 18 de enero al 30 de diciembre de 1873. Estos tres gobernadores han sido distinguidos por la ciudad de Torreón, poniéndoles sus nombres a sendas calles.

Los cortos paréntesis en el mando del general Cepeda fueron cubiertos -datos de Vito Alessio Robles- por Juan N. Arizpe del 6 de marzo al 10 de junio de 1869; Melchor Lobo Rodríguez, del 10 de febrero al 3 de junio de 1870; Francisco de la Peña Fuentes del 27 de septiembre al 4 de noviembre de 1871; el general Hipólito Charles del 5 de diciembre de 1871 al 17 de julio de 1872; el doctor Ismael Salas del 17 de julio al 5 de agosto de 1872; el general Miguel Palacios de las 8 de la mañana a las cinco de la tarde del 11 de septiembre de 1872; Juan N. Arizpe del 11 de septiembre al 4 de octubre de 1872; y Jesús Valdés Mejía del 2 al 18 de enero de 1873.

### *El río arrasa con el torreón*

Las torrenciales lluvias en la parte alta del Nazas ocasionaron una creciente que desbordó el río y arrasó, el 4 de septiembre de 1868, con la finca de la Hacienda de San Lorenzo de La Laguna y su torreón, quedando sólo los cimientos. Por fortuna, la presa y el canal estaban bien construidos y no se dañaron, pudiendo continuar los riegos del algodón en la hacienda de San Antonio de los Milagros, después San Antonio del Coyote. Junto con la cuadra del Torreón, las aguas arrasaron un caserío que habían construido los hermanos Guadalupe, Melquiades, Serafín y Natividad Peralta, y un primo de ellos, pues se habían avocindado a la finca para estar cerca de sus trabajos y con sus familias. Afortunadamente no hubo desgracias personales.

Después de la creciente de 1868 se construyó un nuevo torreón, más alejado del río, al pie del Cerro de la Cruz, donde se colocó una placa,

que muchos años más tarde, en 1932, cuando Torreón cumplió 25 años como ciudad, fue renovada. Era presidente del Ayuntamiento Francisco Ortiz Garza, presidente del Comité de Homenaje a los Fundadores de Torreón, Eduardo Guerra y gobernador del estado Nazario Ortiz Garza. La placa dice:

La Ciudad de Torreón, como homenaje de gratitud y cariño a sus fundadores: Andrés Eppen, Jesús Eppen, Adolfo Aymes, Librado Banda, Juan F. Arellano, Vicente Campos G., Santiago Estrada, Saturnino L. Lozano, Leonardo Luna, O. Galván Hermanos, Rogaciano Uranga, Ing. Federico Wulff, Porfirio Reza, Andrés Reyes, Luis O. Sánchez, Hugo Franke, María de J. Valencia, J. Breier, Hilario López, A. Hackmack, Félix Guerrero, A.C. Michaels, Carlos Patiño, Encarnación Rea, Jesús Arzave M., Candelario Flores, Jesús Miranda, Juan Cárdenas, Francisco Segovia, Reyes Bermudez, Magdaleno Preza, Dolores C. de Díaz, Agapito Ibarra, Marciano Villa, Bruno Hartzler, Salvador D. Alvarado, Francisco López, Tomás Rodríguez, Crnel. Carlos González, Marcos López, Francisco Valles, Julio Beggs, Carlos Hermanos.

### *Linderos*

El 15 de julio de 1870 el licenciado Mariano Sánchez hizo un reconocimiento de linderos y levantó un acta. La tomo del libro de Guerra:

En la hacienda del Torreón a los quince días del mes de julio de mil ochocientos setenta. yo el Juez y demás personas que me acompañan, continuando el reconocimiento de los linderos de la Hacienda de La Laguna, me constituí al punto conocido como Boca de Calabazas, la cual es lindero de las tierras expresadas y de las de los señores Juan Ignacio Jiménez y Juan Nepomuceno Flores, el picacho más alto de la sierra que está situada a la margen derecha del río Nazas y cuyo punto manifestaron los testigos ser el límite de las ya referidas tierras. Con lo que concluyó esta diligencia que firmaron los que supieron y de las personas que me acompañan; haciéndose constar la conformidad que desde el día anterior manifestó el señor Jiménez en este punto, no firmando por no hallarse presente al concluir esta acta; haciendo igualmente constar no haberse presentado el señor Flores, ni persona

alguna que lo represente, no obstante haber sido citado por ante mí:  
Doy fe.

### *Agua para Matamoros*

Narra José Santos Valdés en su libro *Matamoros* que por 1869, siendo gobernador de Coahuila Victoriano Cepeda hizo una visita a la villa de Matamoros de La Laguna para orientar a las autoridades municipales sobre la forma de llevar las relaciones entre el municipio y el estado. Para ello convocó a una junta a la que además de las autoridades acudieron los vecinos que tenían problemas con el agua del Nazas. El gobernador aconsejó a los matamorenses que se atuvieran al decreto dado por el presidente Juárez en La Loma, Durango, en 1864, en el que les otorgaba el derecho de usar las aguas del Nazas y que lucharan por ellas ante el poder de los que manejaban las presas.

### *Jimulco*

El rancho de Jimulco era propiedad de David Winfield, quien lo vendió a Juan Gaidor, que lo explotaba hacia 1870, siendo su parcionero Amador Cárdenas. Los cultivos eran raquíuticos y para el riego se contaba sólo con los manantiales del rancho. Poco después, Amador compró la hacienda al señor Gaidor y amplió sus cultivos de algodón levantando una presa sobre el río Aguanaval, que le permitía regar casi veinte lotes. El algodón se despepitaba rústicamente; según lo asienta Eduardo Guerra:

El cultivo del algodón, y su despepite, se hacía por un procedimiento enteramente primitivo, que consistía en un mecanismo impulsado por un sistema de aspas, con cajones, al golpe de una pequeña caída de agua. Hecho el despepite, se enviaba el algodón por tierra a Durango, consignado a don Emilio Stanley, dueño de la fábrica de hilados El Tunal.

Jimulco tiene una enorme riqueza que después sería explotada: el mármol. También se explotaban, desde muchos años atrás, el ixtle y las vinatas de sotol. Jimulco tenía otras tierras anexas, que eran de la

Hacienda de la Flor, la Trinidad, Pozo de Calvo, Jalisco y Juan Eugenio, en Coahuila y en Durango, Picardías y Nazareno.

### *La viuda de Zuloaga y sus problemas económicos*

Desde la muerte de su esposo, en 1865, doña Luisa Ibarra comenzó a sentir la falta de circulante para manejar sus negocios. En 1869 mandó a su apoderado, Andrés Aguayo, a Saltillo y concretó créditos en las casas de Guillermo Purcell y Juan E. O'Sullivan, que no pudieron cubrirse en sus vencimientos, por lo que los acreedores le pidieron una garantía para extenderle el plazo de tres años para el pago de los adeudos. La señora Ibarra estuvo de acuerdo en dar en garantía el rancho El Torreón, llegando sus adeudos, según dice Guerra, a \$16,825.72 con el primero y a \$10,190.00 con el segundo.

Los gastos de la señora Ibarra seguían creciendo y la forzaron a concretar créditos en México con la casa Agustín Gutheil y Cía, con garantía de la Hacienda de San Antonio del Coyote y ranchos anexos. Esta casa tenía problemas con los acreedores de Saltillo, por el uso de las aguas de la presa del Coyote, por lo que enviaron a su apoderado, Gualterio Harmann, para que comprara los créditos de los saltillenses Purcell y O'Sullivan. Finalmente el total de los créditos quedó a favor de Gutheil, y con la garantía también del Torreón y anexos. Pasó algún tiempo para cerrar los documentos de la operación, quedando totalmente ajustada según escritura del 25 de mayo de 1882.

### *Límites y aguas en 1873*

Doña Luisa Ibarra comenzó a tener nuevos problemas con Juan Ignacio Jiménez y Santiago Lavín, por cuestiones de límites y usos de las aguas del Nazas. Sobre este punto, Guerra dice:

Todavía el 23 de julio de 1873, Juan Ignacio Jiménez tenía algunas diferencias de límites que fueron ajustadas mediante convenio celebrado por escrito en el punto conocido por boca del río viejo del Nazas, concurriendo por parte de doña Luisa Ibarra viuda de Zuloaga su administrador, general don Mateo Lapatza, su apoderado don Juan Antonio Salas y el Ingeniero hidro-agrimensor don Manuel Lobo; y

por su parte el propio señor Jiménez, ocurriendo además como testigos los señores don Santiago Lavín, don Roberto Jameson, don Guadalupe Yáñez y don Esteban Santoyo [...] En siete puntos quedó concertado el convenio de arreglo definitivo, cuyo plano general terminó el ingeniero Lobo el 1º de agosto de 1875, donde figuran con claridad los límites de la Hacienda de San Lorenzo de La Laguna, Torreón.

### *Juárez, benémerito de Coahuila*

El 12 de febrero de 1869, el Congreso del estado libre y soberano de Coahuila de Zaragoza declaró a Juárez benemérito del estado, mediante el decreto número 48. Era gobernador Victoriano Cepeda. Ya con anterioridad, siendo presidente de Colombia Manuel Murillo, el Congreso de ese país expidió un decreto cuyo artículo primero dice:

El Congreso de Colombia, en nombre del pueblo que representa, en vista de la abnegación y la incontrastable perseverancia que el señor Benito Juárez, en calidad de presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, ha desplegado en la defensa de la independencia y la libertad de su patria, declara que dicho ciudadano ha merecido bien de la América y como homenaje a tales virtudes y como ejemplo a la juventud colombiana, dispone que el retrato de este eminente hombre de estado sea conservado en la Biblioteca Nacional con la siguiente inscripción: "Benito Juárez, ciudadano mexicano. El congreso de 1865 le tributa, en nombre del pueblo de Colombia, este homenaje por su constancia en la defensa de la libertad e independencia de México.

En julio de 1867, Perú, por medio de su Congreso, se adhirió al decreto de Colombia. Otro tanto hizo Chile en septiembre del mismo año, con lo que se concluyó que Benito Juárez es reconocido como "Benémerito de las Américas".

### *Carlos González Montes de Oca en La Noria y Tuxtepec*

En 1871 el coronel Carlos González se unió a las fuerzas que apoyaron el Plan de la Noria que acaudillaba el general Porfirio Díaz Mori. La

causa de esta revolución, que afectaba a todo el país, era la permanencia del presidente Juárez en el poder. El Plan de la Noria, firmado por el general Díaz en la Noria, en noviembre de 1871, explica lo siguiente:

La Revolución de Ayutla, los principios de la Reforma y la reconquista de la Independencia y de las instituciones nacionales, se perderían para siempre si los destinos de la República hubieran de quedar a merced de una oligarquía como absorbente y antipatriótica. La reelección indefinida es un mal de menos trascendencia por la perpetuidad de un ciudadano en el ejercicio del poder que por la conservación de las prácticas abusivas de las confabulaciones ruinosas y por la exclusión de otras inteligencias e intereses, que son las consecuencias necesarias de la inmutabilidad de los empleados de la administración pública.

El general Díaz termina diciendo "que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder y ésta será la última revolución". ¿No es la más escandalosa de nuestras paradojas que él se haya perpetuado 33 años en el poder?

El coronel González, hombre fuerte en la Laguna, también secundó el Plan de Tuxtepec. Este documento, firmado en la Villa de Ojiltán, del Distrito de Tuxtepec, el 1º de enero de 1876, reconocía como "general en jefe del Ejército Regenerador" a Porfirio Díaz. El Plan atacaba las aspiraciones de Sebastián Lerdo de Tejada, que había ascendido a la presidencia de la república por ser presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación al morir Juárez, el 18 de julio de 1872. Al día siguiente ascendió al poder Lerdo de Tejada, quien convocó a elecciones, triunfó y asumió la presidencia el 1º de enero de 1873, para terminar su mandato el 30 de noviembre de 1876.

Ya retirado de las armas, el coronel González se dedicó a la política y sobre todo a la agricultura. Compró su primera tierra, el rancho Mala Noche, el 4 de febrero de 1877. Después, en 1879, tomó en arrendamiento la Hacienda de San Marcos. En 1879 y 1880 fue presidente municipal de Matamoros de La Laguna, y jefe político en 1881, cuando era gobernador de Coahuila Evaristo Madero, y presidente de la república, Manuel González. Siguió adquiriendo tierras para el cultivo del algodón en Sacramento y en San Esteban, donde pasó sus primeros años de casado con la señorita María Fariño Jove, hija de Fernando Fariño y Concepción Jove, naturales de Parras. Después fue propietario de las haciendas de San Antonio del Coyote y San Lorenzo de La Laguna, El Torreón.

En 1881, cuando Carlos González era el jefe político de Matamoros—cuya jurisdicción comprendía Torreón—hubo por causa de las obras hidráulicas que construyó Santiago Lavín en la presa Santa Rosa, un nuevo conflicto que llegó a los enfrentamientos armados. En el *Álbum de la paz y del trabajo*, puede leerse:

Los acontecimientos de esa época fueron asaz difíciles, y sólo la prudencia por una parte y la energía por otra, lograron apaciguar los ánimos que llegaron a tal excitación que, al atacar a mano armada el Tajo Lavín, se temió un conflicto de serias consecuencias entre los estados de Coahuila y Durango. En esta cuestión, el coronel González se colocó a la altura de la situación y secundó con tino las disposiciones del gobierno del señor Madero.

### *La Concha y otras tierras*

El endeudamiento de la señora Ibarra, la viuda de Zuloaga, seguía cada vez en aumento, sin que pudiera vislumbrarse ninguna medida de salvación. Uno de los administradores de la viuda era Mateo Lapatza, con muchos años de servir a la familia. En 1879, Lapatza reclamó sus haberes por antigüedad de servicios, y la señora Ibarra le vendió la hacienda de La Concepción en cuarenta mil pesos que ya casi le debía, por lo que sólo le pagó una pequeña diferencia.

También vendió la señora Ibarra a Eduardo Avila, agricultor de Durango, varias propiedades, como sus ranchos Jaboncillo, Alamito y Santa Teresa, en ciento cincuenta mil pesos. Poco después, vendió San Marcos y San Juan a Juan Martínez Zorrilla, comerciante entre México y Veracruz, en cuyo favor los tenía hipotecados desde 1876.

### *Tierras para la estación del ferrocarril*

En 1879, Andrés Eppen, que actuaba como apoderado de Gualterio Hermann, representante de la Casa Gutheil, intervino ante la señora Ibarra para que cediera los terrenos para el derecho de vía y la construcción de una estación de ferrocarril. Según dice Guerra, la cesión se firmó el 24 de agosto de 1883, y un mes después, el 23 de septiembre, llegó al rancho del Torreón el Ferrocarril Central.

### ***El canal y la presa de Guadalupe***

El canal de Guadalupe, para regar tierras abajo, rumbo a San Pedro, se hizo en 1874, fraccionándolo en dos canales: La Trasuila y el Tajo de San Isidro. El canal de Guadalupe se hizo por cuenta de Andrés Medellín y era propiedad de los señores Evaristo Madero, Francisco Madero, Indalecio de la Peña y Salvador Benavides. El de San Isidro lo manejaban en Compañía los señores Aurelio Corral, Andrés Medellín e hijos, Francisco Gámez, Jiménez Hermanos, Pedro Medellín, Viuda e hijos del señor Acosta, Tomás Gámez, Emilio Gámez, J.H. Bauhsen y Compañía y Catalina Rivas (*Álbum de la paz...*)

La construcción de la presa de Guadalupe fue autorizada mediante decreto (705) de la Legislatura de Coahuila, de fecha 26 de agosto de 1884. La edificó el ingeniero Federico Wulff en 1887, dando mayor capacidad de riego y aguas para el pueblo de San Pedro y sus tierras aledañas. Una creciente del Nazas, en agosto de 1885, arrasó con el puente de madera por donde pasaba el ferrocarril. Para esas fechas todavía no se construía el puente de fierro.

### ***El final de doña Luisa Ibarra***

El 23 de agosto de 1886 se firmaron las escrituras de venta de varias propiedades de la señora Ibarra. Sus adeudos eran tan grandes que no le quedaba otro recurso. Así, Rapp, Sommer y Cía, sucesores de Agustín Gutheil y Cía, adquirieron en doscientos veinte mil pesos El Torreón con sus ranchos El Tajito, San Antonio de los Bravos y San Luis; y además la Hacienda de San Antonio del Coyote con sus ranchos Solima, El Hormiguero, Guadalupe, Soliz y Granada. Del precio mencionado sólo se entregaron a doña Luisa ochenta y cinco mil pesos y el resto fue abonado a sus adeudos. Las propiedades de los Zuloaga habían sido tan grandes en La Laguna, que llegaron a 526,238 hectáreas. Pero la riqueza acumulada por el matrimonio Zuloaga-Ibarra se había derrumbado. La viuda murió en octubre de ese mismo año. Sus restos fueron llevados al panteón de Parras, donde se depositaron al lado de los de su esposo, Leonardo Zuloaga.

## IX. El Porfiriato

Fernando Martínez Sánchez

**Aún no se habían** extinguido por completo los fuegos encendidos en La Noria y Tuxtepec. José María Iglesias, vicepresidente en el gabinete de Sebastián Lerdo de Tejada, sentía que el pueblo estaba con él y no con el general Porfirio Díaz, jefe triunfante de la rebelión, que estalló el 1º de enero de 1876. En las tierras de La Laguna la gente no había olvidado a Juárez ni a Lerdo. Sobre todos quienes habían recibido algún beneficio de los "inmaculados" de la Reforma.

El ganador de Tuxtepec se las arregló para acabar con sus enemigos y con toda oposición. De manera que el 5 de mayo de 1877 tomó posesión como presidente de la república. Cuentan las crónicas que la sonrisa no tardó en dibujarse en el rostro de Porfirio Díaz Morfi. Después de todo, era humano. ¿No afirman que lloró tras la derrota de Icamole? ¿Por qué no habría de sentirse contento, ahora que había arrasado con sus enemigos, y había logrado la simpatía y la confianza de la gente emprendedora, ansiosa de paz, progreso y civilización?

A partir de 1877, el general Díaz emprendió la carrera que, durante los siguientes 30 años lo llevaría, junto con el país, a lograr los objetivos fijados: "Poca política y mucha administración". Quienes no estuvieran de acuerdo podrían ir a parar a las frías tinajas de San Juan de Ulúa, a Valle Nacional o al paredón de fusilamiento. ¿Por qué no habría de estar feliz el otro indio oaxaqueño que llegó a la presidencia de la república? El día de su toma de posesión comenzó para México "la bella época". El afrancesamiento en las modas, la arquitectura, la literatura y las demás artes; el germanismo en los uniformes militares: los cascos rematados en punta de lanza, los penachos y los capotes kaiserianos. La imposición de lo bello con el susto permanente de la represión militar: Tomochic, Cábora, el Veracruz de "mátalos en caliente". Es lógico que la confianza

internacional se volcara sobre el régimen porfirista. Los inversionistas extranjeros –sobre todo ingleses, franceses, alemanes y norteamericanos– no tenían inconveniente en traer sus capitales a un país seguro. Se estaba forjando el México moderno.

En esa especie de Arcadia mexicana, desde 1880, último año de la primera etapa del gobierno porfirista, comenzó a trabajarse intensamente para llevar adelante las concesiones ferrocarrileras que habían comenzado a otorgarse desde los días de Juárez. En 1881, en la plácida comarca lagunera, libre ya de las incursiones de apaches y comanches, Andrés Eppen inauguró su casa en la Hacienda del Torreón con una espléndida fiesta. La compañía alemana Sommer Hermann le había dado a administrar las tierras que habían pertenecido a Leonardo Zuloaga. Además, le habían dado participación en los negocios. Eppen no tenía un pelo de tonto. Vislumbró el porvenir de aquel conglomerado incipiente. Había estado en el extranjero y veía venir el progreso. Además, el general Díaz era digno de confianza. Por algo habían venido a México los caudales de la banca berlinesa.

En 1881, el general Manuel González, manco y tamaulipeco, gente de confianza de don Porfirio, llegó a la presidencia de la república. Ese mismo año Carmelita Romero Rubio, de 19 años, hija de Manuel Romero Rubio, ministro de Relaciones de Lerdo, contrajo matrimonio con el general oaxaqueño que, para entonces, tenía 51. La boda fue muy rumbosa. Díaz ocupaba en el gabinete de González la cartera de Fomento, y Carmelita pertenecía a una familia acaudalada, de abolengo. La luna de miel duró tres meses, en los Estados Unidos. A partir de la boda la piel del vencedor de La Carbonera y el Dos de Abril comenzó a blanquearse, quizá por el fenómeno –todavía no explicado por la ciencia– que vuelve físicamente parecidos a los esposos.

Durante el periodo presidencial de Manuel González, en 1883, llegó el ferrocarril central al rancho de El Torreón. Para ese entonces Eppen, dedicado a los negocios agrícolas, debió haber tenido en mente el fraccionamiento y venta de los terrenos regados por el río Nazas, que comenzaban a habitarse en las faldas de los cerros de La Cruz y de Las Noas. Su proyecto llegó a realizarse hasta 1888, cuando llegó el Ferrocarril Internacional que venía de Piedras Negras, rumbo a Durango. Para trazar los planos de las calles, Eppen contrató los servicios de Federico Wulff, ingeniero nacido en San Antonio, Texas, de padre alemán y madre mexicana. El trazo original partía de la casa grande del rancho. Princiapiaba

en la que ahora es la Avenida Juárez y terminaba en la actual Abasolo. Después se trazaron las calles, hasta la que hoy es la Calzada Colón y entonces recibía el nombre de Rayón.

No tardaron en venderse todas las manzanas. Cuando en 1887 se inició la colonia Torreón –afirma Pablo C. Moreno–, Adolfo Aymes, nacido en Pierrue, Francia, el 28 de enero de 1857, fue el primer comprador –todavía no existía el trazo de Wulff–, de un terreno donde estableció la fábrica La Constancia, con 100 telares. El 25 de febrero de 1888, el gobernador Garza Galán concedió a la fábrica la exención de contribuciones por 15 años. En esos días numerosas empresas se asentaron en la comarca lagunera, atraídas por esa exención de impuestos, política que seguía los lineamientos de dar facilidades a los inversionistas, dictados por don Porfirio.

Como tantos otros industriales laguneros, Adolfo Aymes se dedicó también a la agricultura. En realidad, los propietarios de las haciendas tenían intereses en la minería y la industria, como ocurrió con John F. Brittingham, dueño de la fábrica de jabones La Esperanza. Joaquín Serrano, notable impulsor de la industria regional, es un ejemplo claro de la participación de estos pioneros en diversas actividades productivas. Algunos de ellos llegaron a La Laguna sin un centavo, en busca de fortuna. Serrano nació en Logroño, España, y participó en la guerra de Cuba. Llegó a México –cuenta Pablo C. Moreno– a los 21 años, en 1877. En 1880, un año después de la inauguración de la casa de Eppen, vino a La Laguna y comenzó a trabajar como dependiente y luego como administrador de un rancho. En poco tiempo llegó a ser arrendatario y después fue propietario de las haciendas La Pinta y La Covadonga. Como industrial participó en la fundación de la jabonera La Unión, y las fábricas textiles La Fe y La Alianza. También participó en la fundación de la Compañía Metalúrgica de Torreón.

Porfirio Díaz proyectó para sus primeros aliados, los grandes terratenientes, un vasto programa de riego con el propósito de satisfacer las necesidades de los agricultores y abrir nuevas tierras al cultivo. Con pocas excepciones, como la de Francisco I. Madero, los nuevos hacendados no mostraron estar en contra del régimen; más bien continuaron la línea de los antiguos latifundistas. Un problema de ese tiempo fue que las labores agrícolas se suspendían a veces por falta de trabajadores que escaseaban, ya por lo bajo de los jornales, ya porque las enfermedades, sobre todo las pulmonares, diezmaron a la población.

En 1887 empezaron los trabajos de la Compañía Minera Peñoles, S.A. El 1º de marzo fue organizada en Mapimí, Durango. Participaron los norteamericanos Charles Reidt y Jacobo Langelot, que pronto la afiliaron a la Metallgesellschaft, de Francfort, Alemania. A esta empresa perteneció también la Compañía Metalúrgica Peñoles de Torreón, en la que originalmente tenían participación Evaristo Madero y Joaquín Serrano. Por cierto, esta empresa también tuvo problemas por la falta de mano de obra en Mapimí, ya entrado el siglo xx. Hasta los presos fueron obligados a trabajar en la fundición. Esta costumbre de obligar a los presos, y a veces al ejército, a que suplieran a los trabajadores agrícolas o mineros fue común durante la última etapa del Porfiriato. El ejército federal estaba integrado con peones y empleados de bajo nivel de las ciudades y el campo. (Basta recordar al protagonista de *Tropa vieja*, Espiridión Sifuentes, en una borrachera llevado por la leva.)

El progreso impulsado por Porfirio Díaz no había alcanzado a beneficiar a una gran parte de la población que, sin educación, explotada y entregada al alcoholismo y la prostitución, no tenía más defensa que cruzarse de brazos ante las máquinas, las calderas y los arados. En agosto de 1901 los trabajadores mexicanos del patio de la Estación de Ferrocarril de Torreón fueron a la huelga, ya que la empresa no atendió su petición de mayores salarios. También los fogoneros mexicanos del Ferrocarril Nacional. Los trabajadores mexicanos fueron secundados por algunos empleados norteamericanos, pero no lograron hacer triunfar la huelga y fueron cesados. Aún faltaban algunos años para los movimientos de Cananea y Río Blanco, pero ya se estaba incubando el *México bárbaro* de John Kenneth Turner que tanto azoro despertó en el país vecino, y tanto enojo en las autoridades del nuestro.

**Hacia 1880** era difícil imaginar que aquellos pastizales, propios para criar cabras y sembrar granos, que Leonardo Zuloaga aprovechó para cultivar algodón en pequeña escala, podían transformarse en una formidable fuente de riqueza. Que allí, en las faldas del Cerro de la Cruz, antes de muchos años habría la estridencia de silbatos de locomotoras, gritos de ferrocarrileros, imprecaciones de cargadores y el rodar de carros transportando mercancías desde bodegas repletas de algodón en rama, de tan buena calidad como el mejor de los Estados Unidos. Las despepitadoras apenas se darían abasto para producir aquellas pacas comprimidas, de algodón de fibra resistente y de buen tamaño.

En 1880 el estado de Coahuila apenas llegaba a los 145,000 habitantes. Saltillo no pasaba de 26,000 almas, que eran más que las 16,000 de Monterrey o las 12,000 de Durango. Los indios bravos ya se habían retirado para entonces, aunque de vez en cuando algunos bandoleros se disfrazaban de apaches para asaltar en despoblado. Faltaba algún tiempo para que llegaran los negros a Tlahualilo.

Al sur del caserío del Torreón, cerros de pura piedra caliza, sin posibilidades de abrigar uno que otro prado florido. Cerros negros al atardecer, moles sobrecogedoras, sombras que daban miedo, pero también compañía a los inmigrantes de Parras, Saltillo, Viesca o Monterrey, y a los herederos de los peones de Zuloaga, que pronto se acompañarían ya con el canto cardenche, o cardinche, que parece ser la palabra original, término llegado de Extremadura, España. El cardinche, pues, o cardenche, se cantaría en la noche del desierto para rasgar la nostalgia y la soledad. Los labriegos de estos lugares volvieron más jondo el cante para llorar a la ingrata que dejaron más allá de las montañas, de la Cuesta de la Fortuna, del Cañón de Jimulco, más allá del desierto, del mar...

Si remontamos el Nazas hacia sus fuentes, no faltan cañadas y valles donde florecen algo más que las biznagas y los mezquites: una paletada de verdura donde Manuel José Othón vio solamente la inmensidad del desierto. Pasando el río, cerca de Santa Rosa y Avilés, ya existía Villa Lerdo con sus buenas tiendas de ropa y novedades, como La Ciudad de París, fundada en 1874, o la Ferretería de Simón Lack. Negocios que no tardarían en trasladarse a Torreón, donde encontrarían mayor clientela. Custodiado por la Hacienda de San Fernando, Lerdo estuvo condenado desde el principio a no crecer tanto como sus hermanas, Torreón y Gómez Palacio. Pero ha ostentado hasta ahora, que sus habitantes empiezan a destruirlo, la delicia de sus huertas, el encanto de su armonía arquitectónica, una iglesia que es una joya y una torre almenada, vestida de caracteres arábigos, que sostiene un reloj obsequiado por el gobierno de la Sublime Puerta.

Hacia 1882, los cultivos de algodón que había iniciado Leonardo Zuloaga ya constituían una fuente importante de riqueza regional, aunque las dificultades para trasladar la fibra impedían el cabal desarrollo de su comercio. Se producía muchísimo menos algodón que en Chihuahua (Santa Rosalía), Veracruz, Oaxaca, Guerrero, Colima o Jalisco.

Estaban a punto de surgir las grandes haciendas algodoneras. Leonardo Zuloaga había muerto con la imagen clavada, entre ceja y

ceja, del coronel Jesús González Herrera y sus gentes de la Vega de Marrufo, que le habían quitado sus tierras, regadas por el Aguanaval. Don Leonardo, que en 1850 había ordenado a Pedro Santacruz que construyera aquel primitivo Torreón para protegerse de las incursiones de los indios, para avizorar las avenidas del río; también, afirman algunos, para vigilar que los peones trabajaran como Dios manda.

Juan Lobo del Valle fue el primer ocupante del torreón, el primer habitante del rancho del Torreón. Nada más que su nombre conocemos de él. No sabemos si alguna vez tuvo que enfrentarse a indios salvajes o cristianos otro tanto; sí que la crecida del río, en 1868, arrasó con la torre de adobe. El torrente embravecido del Nazas, preñado de limo providente que, desde tiempos inmemoriales fertilizó las tierras que se extienden más abajo de Las Calabazas.

Cómo festejaban nuestras abuelas el aparente bienestar, la docilidad, de los peones de las haciendas. Aquellos mestizos e indios que, a lo largo y lo ancho del país inclinaban la cerviz bajo la sentencia porfirista de pan y palo; eso sí, muy vestidos con sus calzones de manta y sus guaripas que adquirirían en las tiendas de raya –descalzos o con huarachas. No eran muchos en La Laguna, cuando don Porfirio llevaba apenas seis años en el poder.

Las fábricas de la república se fatigaban produciendo manta para la ropa de los indios. Hacia 1882, existían en Coahuila siete fábricas de manta. En La Laguna, entonces, apenas si se producía un mínimo de algodón. La materia prima era importada de los Estados Unidos. Buenos pesos se ganó Evaristo Madero pasando algodón de los Estados Unidos, por Ciudad Porfirio Díaz, en carretas que antes de llegar a su destino –las fábricas textiles de Monterrey, Saltillo y La Laguna– arros-traban serios peligros: sobre todo los ataques de los indios y los bandoleros.

En 1885 se estimaba que se habían consumido 260,000 quintales de algodón en todas las fábricas de la nación. Ni esperanzas de que el algodón lagunero surtiera la industria nacional y se convirtiera en uno de los principales productos de exportación, como ocurriría 25 años después. A pesar de los problemas para llevar la producción a los centros de consumo, en 1884 –como lo registra Manuel Plana– Miguel Torres y Santiago Prince instalaron una fábrica textil en Peñón Blanco, lugar al que todavía acuden familias laguneras a chapotear en las aguas termales de La Conchita.

Por cierto que don Pablo Machuca, historiador gomezpalatino, se hace lenguas de la fábrica textil La Amistad, donde los días de raya se convertían en romerías, allá por 1896, después de que los señores Aguirre y Prince habían peregrinado con su fábrica desde Peñón Blanco hasta Mapimí, y luego a Gómez Palacio, por donde pasaba el tren. El Ferrocarril Central –de México a Paso del Norte– comenzó a pasar por Torreón en 1883, pero la estación del Torreón no aparece registrada en los itinerarios publicados por Antonio García Cubas en 1885. Sólo las estaciones comercanas de La Mancha, Pozo de Calvo, Peralta, Timulco, Jalisco, Paso Picardías, Matamoros, Lerdo y Mapimí.

En ese tiempo la vida social de La Laguna se desarrollaba entre Villa Lerdo y Mapimí. Allí existían ya comercios, minas, industrias; periódicos, hoteles, casinos y lugares de recreo. Incluso Jimulco, dominio del terrateniente Amador Cárdenas, tenía sus buenos sitios de diversión para aquellos trabajadores del ferrocarril, casi todos extranjeros, que habían llegado a instalar las vías, o a quedarse, o simplemente en busca de aventuras o riqueza. Los ferrocarriles impulsaron el desarrollo económico y el incremento demográfico. En esa época comenzaron a llegar los inmigrantes, tanto nacionales como extranjeros. Aquí se asentaron gente de Durango y Zacatecas, principalmente; en menor número alemanes, norteamericanos, franceses, italianos, griegos, árabes, españoles y chinos –300 de ellos masacrados en los albores de la revolución maderista.

En la historia de La Laguna 1888 es un año clave. No se crea que las actividades agrícolas e industriales fueron desarrollándose paulatinamente: fue como una explosión del progreso en pleno desierto. En ese año, que se me antoja cabalístico, Adolfo Aymes compra los terrenos donde se alzaría la fábrica de hilados y tejidos La Constancia. La región apuntaba hacia una incalculable riqueza algodонера. Los dueños de la fábrica de hilados instalada en Mapimí decidieron trasladarse a Gómez Palacio, Durango. En su libro sobre esta ciudad, como dijimos, Pablo Machuca habla maravillas de La Amistad, que estuvo instalada cerca de lo que ahora es la Plaza de la Constitución: describe riachuelos cristalinos, canales con agua siempre abundante y, sobre todo, los sábados, que eran los días de raya, la multitud de comerciantes de todo tipo que acudían a las inmediaciones de la fábrica para ofrecer sus productos a los obreros que salían con las bolsas repletas, una vez que habían cobrado su salario.

Gómez Palacio, con Torreón, constituyó el enclave ferrocarrilero más importante en el norte del país. Los andenes en las estaciones de Torreón y Santa Rosa eran un conglomerado febril de gente y mercaderías que iban sobre todo a los Estados Unidos y México. El algodón era el principal producto agrícola de La Laguna y uno de los que dejaba mayores dividendos a la economía del Porfiriato y a los hacendados. Muchos de ellos tenían su casa en la ciudad de México y allí pasaban gran parte del tiempo, dejando el negocio del algodón en manos de los administradores, algunos de los cuales finalmente se quedaron con las tierras y los canales de los hacendados.

Ejemplo del clásico hombre de empresa algodonerero es Feliciano Cobián, cuya residencia era nada menos que el edificio conocido ahora como Palacio Cobián, en las calles de Bucareli, donde actualmente se encuentra la Secretaría de Gobernación. Don Feliciano no dejó herederos directos, pues nunca tuvo hijos ni jamás se casó. Cuando se erigió en Torreón un busto a su memoria en el cruce del Bulevar Constitución y la calle que lleva su nombre, se batalló mucho para encontrar un retrato suyo. Las calles de las colonias Los Ángeles y Ampliación Los Ángeles llevan los nombres de aquellos pioneros de la agricultura y de la industria regionales.

Creadores de un auge que setenta años después habría de desplomarse por causa de la dependencia de la economía regional del monocultivo del algodonerero. Economía sujeta a los mercados internacionales, a los *dumping* y a los vaivenes de la bolsa de Nueva York o al humor con que amanecieran los algodonereros de Memphis, Tenn., en los Estados Unidos. Economía que era uno de los engranes del vasto plan económico de Porfirio Díaz: la apertura del país a la inversión extranjera, el impulso a la inmigración, la posibilidad de convertir las haciendas en los pivotes alrededor de los cuales giraría la economía de la república.

Cuando el dictador pasó por La Laguna para entrevistarse con el presidente Taft, su compadre Amador Cárdenas lo invitó a que pasara la noche en su casa de La Flor de Jimulco. Arrogante, con la apostura de un príncipe, el viejo general bajó del tren en Jimulco. Una ancianita de Pozo de Calvo, de edad imposible de adivinar, cuenta cómo cuando era niña le tocó ver al general Díaz. Cuando el ferrocarril pasó por la estación del Torreón, según cuenta Pablo C. Moreno, "el indio oaxaqueño acompañado del gobernador [de Chihuahua, Miguel] Ahumada,

salió a la plataforma del último vagón de ferrocarril" para saludar raudamente a los torreonenses, pues el tren no se detuvo hasta Gómez Palacio, donde pasó a tomar agua.

No está de más recordar que cerca de Jimulco existía una mina cuyo producto era embarcado en estación Otto. Para entonces los laguneros ya sabían que en las montañas cercanas a la ribera izquierda del Aguanaval existía una veta de mármol, al parecer inagotable, que estaría en plena explotación muchos años después. Antes de que La Laguna fuera una zona agrícola, ya se explotaba la minería. Mapimí fue originalmente un presidio, en tiempos de la Colonia, y después se explotaron allí minas de oro y plata. También en la sierra de El Sarnoso había yacimientos de cobre, plomo y plata.

Quien revise la cronología lagunera, verá que desde que fue construido el primer torreón, por orden de Zuloaga, hasta los levantamientos de Viesca y de Las Vacas, en vísperas de la Revolución, en apenas poco más de un cuarto de siglo Torreón pasó de la nada a ser una región medular para la economía porfirista y una ciudad estratégica en la lucha revolucionaria. Quienes llegaron a estas tierras y en pocos años vieron surgir calles anchas y pavimentadas, luz eléctrica, dos teatros —el Herrera y el Ricardo de la Vega, construido en 1897—, más otro de madera en Gómez Palacio —el Unión, donde cantó nada menos que la Tetrazini—, un ferrocarril eléctrico, una red telefónica que para 1888 tenía 16 suscriptores... Confortables hoteles, restaurantes de cocina internacional y ricas bodegas, lavanderías de chinos, peluquerías con alberca como Las Delicias, en la esquina de Juan Antonio de la Fuente y la Morelos, clubes y casinos de las colonias extranjeras y hasta un banco chino... todo a unos cuantos kilómetros de las dunas rizadas por el viento y los páramos inmensos, buenos sólo para explotar la lechuguilla y la candelilla tuvieron que sentir como algo mágico o milagroso el surgimiento de una ciudad como Torreón. Pronto, a partir de 1907, comenzaría a ser llamada La Perla de La Laguna.

Sin restar mérito a los primeros pobladores de estas tierras, debemos reconocer que La Laguna surgió como una consecuencia lógica de las necesidades económicas del porfirismo. Datos muy precisos sobre la actividad agrícola en La Laguna y sobre la formación de las haciendas algodoneras se encuentran con profusión en *La hacienda de La Concha*, de María Vargas Lobsinger, y en *El reino del algodón en México*, de Manuel Plana, publicado en esta colección.

Tampoco puede olvidarse que muchos de los negocios establecidos en la comarca lagunera fueron posibles gracias a los capitales provenientes de Monterrey. Si analizamos el libro *Burguesía y capitalismo en Monterrey (1850-1910)*, de Mario Cerutti, nos daremos cuenta de que en aquella época diez familias detentaban el poder económico en el norte del país. Sus nombres todavía se incrustan en el cuadro de las 50 familias más poderosas de México: Armendáriz, Belden, Calderón-Muguerza, Herrera-Hernández, Menderichaga, Madero, Milmo, Rivera, Sada-Muguerza, Sada-Zambrano y González Treviño.

Es innegable la influencia económica que Evaristo Madero, abuelo de don Francisco, tuvo en los últimos años del Porfiriato. Según Mario Cerutti, la familia Madero –descendiente de judíos portugueses, para algunos– fue quien logró que la burguesía neolonesa se introdujera en La Laguna. Finalmente, los capitales regiомontanos –entre ellos los Madero– adquirieron grandes intereses en la comarca lagunera. Por ejemplo en la Compañía Industrial Jabonera de La Laguna; en la Compañía Industrial del Norte, S.A. en Gómez Palacio, Durango; en la Compañía de Timulco, S.A., en Viesca, Coahuila; en la negociación La Fortuna, S.A. de Nazas, Durango, y en algunas otras empresas.

Estudiante de El Liceo de Versalles y de la Escuela de Altos Estudios Comerciales de París, en 1909 Francisco I. Madero había organizado en San Pedro el Club Democrático Benito Juárez. En sus cartas, Madero afirma que comenzó a trabajar en la política en octubre de 1904, pero ya desde 1900, como puede leerse en sus memorias, con otros miembros de la familia había concebido "un proyecto para luchar en la campaña electoral" a la salida del gobernador Garza Galán y antes de que lo sucediera Miguel Cárdenas. Su intención era antirreeleccionista. Estaba contra Ramón Corral y contra Bernardo Reyes, pero nunca imaginó que *La sucesión presidencial de 1910*, libro que escribió y publicó en San Pedro, contra la opinión de su padre, fuera uno de los detonadores del movimiento del 20 de noviembre de 1910.

Como miembro de aquella eminente y acaudalada familia norteña –el abuelo Evaristo ya había sido gobernador de Coahuila–, Francisco I. Madero debía haber dedicado la vida a fortalecer el predominio familiar. A San Pedro de las Colonias llegó a finales de 1893. Aquel año el Nazas no traía agua y él no hizo otra cosa que recorrer las tierras de su padre, quien fue el introductor del algodón estadounidense, más rendidor que el nacional. Francisco I. Madero era un hábil agricultor; presentó un

proyecto para utilizar el agua del Nazas que fue visto con beneplácito por el ministro José Yves Limantour, y extendió hasta donde fue posible el cultivo del algodón estadounidense. Fue además un patrón comprensivo que atendía en persona a sus trabajadores con los remedios homeopáticos a que era tan afecto. *Madero, el otro*, de Ignacio Solares, contiene datos muy amplios y documentados que expone en forma de novela, sin perder el rigor histórico.

**El clima**, el aislamiento, las incursiones de los indios bárbaros habían dificultado la colonización de La Laguna. Las primeras siembras de algodón empezaron a mediados del siglo XIX, y los hombres que se dedicaron a este cultivo tuvieron que aprender a vivir en las difíciles condiciones que imponía el río. Cuando el Nazas no traía agua se paralizaban las actividades. Los peones se quedaban sin trabajo y, como la agricultura era la principal fuente de riqueza de la región, algunos años la pobreza era extrema y el gobierno tenía que ayudar de alguna manera a los trabajadores, a veces para que regresaran a sus lugares de origen. En cambio cuando venía agua en abundancia toda la comarca se ponía de fiesta. La gente principal y la peonada –guardando las respectivas distancias– hacían feria, y las canciones, la alegría y el vino corrían al parejo. Se dice que la Iglesia mandaba a sus representantes a bendecir aquellas aguas broncas. Los más beneficiados eran los agricultores que no tenían sus haciendas en la parte alta del río. Aparte del canal de Tlahualilo estaba el canal de Sacramento y, desde luego, los tajos de El Coyote, La Perla y La Concha.

Así nació una ciudad cuyos elementos culturales están identificados plenamente con el ciclo del algodonero, con las inundaciones y la sequía, con las lluvias escasas y el calor bochomoso; con el lamento que se escucha en la noche del desierto y que pretende llevar las penas del hombre aislado en el páramo, sin más instrumento que sus voces: ese cante jondo lagunero, el cardenche, traído por los inmigrantes de Zacatecas y Durango que llegaron a los alrededores de la sierra de Jimulco, desde más allá de San Juan de Mapimí hasta la Cuesta de la Fortuna.

Alguna vez Enrique Mesta me comentó que el héroe olvidado de los laguneros era el inmigrante pobre, llegado de Zacatecas, de Durango. Sujeto a todas las adversidades de la sociedad y de la naturaleza, se partió el lomo en la pizca del algodón y aguantó los cintarazos de los mayordomos y las represiones de la Acordada –los guardias rurales del porfirismo. Aquellos

peones que fueron azorados testigos y protagonistas de los pleitos de los grandes señores por el agua. Sirvieron lo mismo a Zuloaga que a Flores y a Jiménez; a los Lavín y a los González Treviño. Levantaron y dembaron presas como San Fernando, Santa Rosa y Calabazas, que no dejaba pasar el agua por ningún brazo del río. Participaron, con los hombres de Toribio Regalado –el caporal de Zuloaga– en la incursión que hicieron a Lerdo para protestar por la construcción de la presa de Calabazas.

El 28 de junio de 1888 se firmó un convenio entre los delegados de la Compañía de Tlahualilo y los miembros de la Comisión de Tlahualilo, representantes de los intereses coahuilenses. En principio no había inconveniente de la Comisión para que se abriera un canal en la ribera izquierda del río Nazas; pero con la condición de que la Compañía no perjudicara los intereses de los agricultores de la parte baja del río, incluyendo a los de San Pedro, que en varias ocasiones habían levantado enérgicas protestas por las obras de riego construidas en las cercanías de Lerdo.

La gente de San Pedro nunca estuvo conforme con el canal de Tlahualilo. En diciembre de 1889 los ribereños de la parte baja del río –los señores Hernández y Arocena, Martín-Martínez, Proxedis de la Peña y Sánchez Sariñana– volvieron ante la Secretaría de Fomento para pedir que fuera suspendida la construcción de las represas, y demolidas las que habían sido levantadas. (Información sobre este tema puede hallarse en los libros de Pablo C. Moreno y de Manuel Plana; además, en *La cuestión de Tlahualilo*, que fue editado en San Pedro en 1890, y en un folleto que se publicó en la Villa de Lerdo ese mismo año: *Protesto que formulan los ribereños del río Nazas situados abajo de la presa de San Fernando, con todas las obras que ha construido la Compañía llamada de Tlahualilo, cerrando con presa firme el brazo de dicho río en la citada presa*.) El 3 de abril de 1880 fue enviada por el oficial mayor del gobierno de Coahuila, Antonio L. Sánchez, una carta al presidente municipal de San Pedro, Laguna, donde afirma haber enviado al general Porfirio Díaz una solicitud para que sean destruidas las obras de riego, que el oficial mayor califica de perniciosas.

Varias cartas cruzaron los presidentes municipales de San Pedro y Viesca con el gobierno del estado de Coahuila, y entre éste y la Secretaría de Fomento, insistiendo en la demolición de las obras que, desde 1878, había emprendido Filandro San Martín, y que Lavín y Compañía insistían en levantar. La orden de suspensión y demolición de las obras debe haber partido del propio Díaz, pues nada en el país se movía sin que él lo ordenara. Con el propósito de preservar tajantemente la paz en la región, Díaz dispuso

las bases para evitar incursiones violentas de coahuilenses y duranguenses, como la emprendida por Toribio Regalado en Villa Lerdo. El asunto del agua, como se ve, adquirió en La Laguna matices de tragedia.

Siempre soñé, con mi amigo Francisco Sánchez, en filmar una película sobre las incursiones de los comanches contra los habitantes de la primera fundación de Matamoros de La Laguna. O sobre el general republicano, oriundo de Santa Ana de los Hornos, Jesús González Herrera, cuya apariencia de pionero y nobleza de porte siempre me atrajeron: las luchas de sus hombres contra los de Leonardo Zuloaga y los de Vidaurri; los asaltos a la Hacienda de Hornos, donde vivía Zuloaga. O, lo mejor de todo, la lucha por el agua: los jinetes a la usanza de las películas de vaqueros pasando por los vados del Nazas; el ruido de los cascos sobre los cantos y el de las cuartas en las grupas. En nuestras ensoñaciones sentíamos cómo el agua del río nos golpeaba la cara, e imaginábamos las escenas en que se destruían las presas levantadas en la parte alta del Nazas por los agricultores duranguenses. No podía ser de otro modo, puesto que en 1850 una porción muy pequeña de las tierras de Juan Nepomuceno Flores y de Juan Ignacio Jiménez recibían el beneficio del agua; mientras que el torrente, impetuoso, regaba en abundancia las tierras de don Leonardo. Es lógico suponer que éste no quería soltar prenda.

**La lucha por el agua** comienza al mediar el siglo XIX. En 1850 se construyeron las presas del Carrizal y del Coyote; en 1868 el torreón primitivo fue destruido por las aguas del Nazas; en 1881 Santiago Lavín, amo y señor de la ribera izquierda, ordena la construcción de la presa de Santa Rosa y esto recrudece el problema. Las obras de Lavín impedían el paso del agua hasta las tierras cultivadas por los propietarios coahuilenses y por los abajeños, que se enfrentaron a los alteños. (Los cultivos importantes entonces eran los de cereales. Los de algodón apenas se iniciaban.)

Sería muy provechoso para el conocimiento de nuestra historia armar un mapa donde aparecieran todas las obras de riego realizadas desde 1850 hasta que fue construida la presa de El Palmito. En aquellos primitivos sistemas de riego las presas eran levantadas con adobe y carrizos; la superficie cultivada estaba cruzada por innumerables canales, gobernados por un sistema de compuertas cuyos restos aún se ven. La agricultura lagunera, proporcionalmente, rindió sus mejores frutos con estas obras de riego. Y podemos imaginar la reacción de estos hombres cuando vieron que del lado del estado de Durango se construía un formidable canal, el

de Tlahualilo, que llevaría buena parte de las aguas del Nazas hasta el antiguo lecho del río en la que alguna vez fue la laguna de Tlahualilo.

En 1887 el ministro de Fomento, Carlos Pacheco, otorgó una concesión a la Compañía Agrícola, Industrial y Colonizadora de Tlahualilo, fundada por José de Teresa y Miranda, para explotar parte de la cuenca del Nazas. La empresa quebró y en 1890 pasó a manos de sus acreedores ingleses. En *Historia de la comarca de La Laguna y del río Nazas* (México, 1909), *La cuestión de Tlahualilo* y *El Nazas* (México, 1909), de Emiliano G. Sarabia, puede investigarse el problema de Tlahualilo; cómo provocó enfrentamientos entre los agricultores de la comarca, y hasta un conflicto internacional motivado por la Ley de Aguas que el licenciado Olegario Molina, ministro de Fomento, expidió en 1907 y que obligó a los ingleses a pedir a sus abogados Mallet, Prevost y Cabrera (Luis) que recurrieran al auxilio de la Foreign Office y del Departamento de Estado. El ministro Molina recibió todo el apoyo del general Díaz, que no cedió ni ante la presión del presidente Taft, con quien habría de sostener la célebre entrevista dos años después. Finalmente los ingleses abandonaron la explotación de la Compañía de Tlahualilo. (Recuérdese que el canal comenzaba en la presa de San Fernando para ir a desembocar a las tierras que cultivaban los ingleses.) Antes de que las cosas llegaran a los extremos mencionados, desde 1880 –cuando compró las tierras de Juan Ignacio Jiménez– Santiago Lavín había comenzado a profundizar y ensanchar el canal de Santa Rosa, llamado por algunos Canal Lavín, que partía de la presa de Santa Rosa. Por allí Juárez, huyendo de los franceses hacia el norte, cruzó el río.

En 1907 las tierras altas del Nazas eran las más caras. Un lote de 100 hectáreas tenía un valor comercial de 70,000 pesos, mientras en la zona del Aguanaval costaba 49,000. En la zona baja, donde estaban las propiedades de los Madero, en el Cuadro de San Pedro, el precio del lote regable era 60,000 pesos. Desde luego los hacendados no tenían catastradas sus tierras en el valor real. Esto les permitía pagar menos contribuciones. Los hacendados más ricos del Porfiriato no llegaron a tener el capital de los laguneros, pues para 1896 La Laguna era la zona productora de algodón más importante del país. De 1897 a 1909 las tierras laguneras produjeron un promedio anual de 142,495 pacas, 76 % de la producción nacional. Esta favorable situación económica permitió a los hacendados llevar un tren de vida más rico que a los anteriores dueños de la tierra: los Flores, Zuloaga y Jiménez. La viuda de Zuloaga, sin embargo, acabó sus días casi

en la miseria, como otros agricultores que perdieron sus tierras debido a la falta de pago oportuno de los préstamos refaccionarios que les habían concedido las casas comerciales de México y Monterrey. Otros corrieron con mejor suerte: al morir el coronel Carlos González Montes de Oca -cuenta María Vargas- dejó una fortuna de siete millones de pesos, muy importante para la época.

La zona alta del río estaba dominada por sólo cuatro hacendados, con más de diez mil hectáreas regables cada uno. Ramón L. Luján poseía Sacramento; Tlahualilo era de la compañía del mismo nombre; el español Santiago Lavín era dueño de la hacienda Noé, y el coronel Carlos González Montes de Oca lo era de La Concha. Cada una de estas cuatro haciendas tenía canales exclusivos cuyo recorrido siguen ahora avenidas y canales, como el de Sacramento, que conserva su nombre. La hacienda de La Concha gozaba del caudal de La Concepción, pero participaba de por lo menos 25 % del agua del canal o tajo de El Coyote, que en la actualidad viene a ser el bulevar Constitución. Este canal llevaba las aguas hasta la Hacienda de El Coyote, propiedad de Andrés Eppen, quien falleció -allí está enterrado- el 13 de febrero de 1909, menos de dos años después de que fue nombrada ciudad Torreón, de la cual se le reconoce como fundador. En el rancho de El Coyote todavía puede visitarse su tumba; en la capilla de la hacienda existen algunos murales que el tiempo ha deteriorado y que alguien debería restaurar.

En la región baja del río las haciendas principales eran Santa Teresa, perteneciente a los sucesores de Hernández Hermanos, que en 1877 eran los señores Rafael Arocena y Leonardo Urrutia. La otra gran hacienda abajeña era San Lorenzo, que pertenecía a Guillermo Purcell. Mientras tanto los primitivos sistemas de riego de La Laguna se habían ido complicando. Antes de medio siglo la primitiva presa de El Carrizal y los procedimientos elementales para regar con tinajas de barro se habían convertido en un complejo sistema de canales bordeados por álamos que refrescaban el ambiente y permitían a peones y hacendados descansar bajo su sombra, o sentados al lado de las compuertas -los mayordomos con la cabeza descubierta en señal de respeto, con el picudo sombrero de palma a los pies; los españoles tocados con boinas vascas, sombreros tejanos o sarakofes, como el que usaba Villa.

En el medio siglo siguiente los cuatro únicos hacendados de 1876 se convirtieron en unos 50 hacendados independientes, algunos de los cuales establecieron contratos de aparcería o de arrendamiento con gente

que les trabajara las tierras, y que satisficieran los intereses tanto de los hacendados como de los aparceros. Cómo se habría sorprendido Zuloaga, el constructor del primer torreón, dueño del caudal inmenso del Nazas, si hubiera visto cómo 50 años después no sus descendientes, sino grupos de familias de las dos riberas del río estuvieron a punto de trabarse en un conflicto mayor que el sufrido por el propio Leonardo en su lucha por la posesión de Matamoros.

Al ingeniero Federico Wulff, de origen norteamericano con estudios en Alemania, se le conoce sobre todo por haber elaborado el primer plano de la ciudad. Plano medido en yardas inglesas, que no correspondía al tamaño de las manzanas decretado por las leyes de la época. A partir de 1880, el ingeniero Wulff trabajó también como encargado de diversas obras de riego que le encomendaron los hacendados. De 1887 en adelante se ocupó tanto de labores que le encomendó el gobierno como de la construcción de obras de ingeniería hidráulica para el complejo sistema de riego necesario para el cultivo del algodónero. Para entonces, el agua regaba 100,000 hectáreas de cultivo; para 1910, la superficie regable se había incrementado en 154,000 hectáreas.

Desde que estalló el conflicto por las aguas de riego, con motivo de la construcción del canal de Tlahualilo, fueron dictadas leyes y nombradas diversas comisiones para vigilar el cumplimiento de las mismas. Ya dijimos que en 1887 el rancho del Torreón era apenas un grupo de jacales habitados por unos cuantos labriegos en las cercanías de la presa del Coyote, El Pajonal y El Tajito. Pero en los alrededores pululaba un buen número de gente dedicada a la agricultura y a la cría de ganado menor, que consumía la gente del lugar. La afición por el cabrito de los norteños, sobre todo la gente de Nuevo León y de Coahuila, se deriva de que los pastizales vecinos del desierto eran lugar propicio para la cría del ganado caprino. (Todavía hace 30 años, la región de Tlahualilo era una de las más ricas del mundo en carne y queso de cabra.)

Los más o menos 50,000 habitantes que tenía La Laguna al llegar al último cuarto del siglo XIX se asentaban en buen número de rancherías y haciendas ubicadas en los municipios de Lerdo, Matamoros, Viesca y San Pedro. La cabecera de este último fue fundada en 1869 por un grupo de colonos de Parras. Francisco I. Madero nació cuatro años después, el 4 de octubre de 1873. Diez años más tarde el Ferrocarril Central llegó a La Laguna. Para 1885 el distrito de Viesca, que además de la cabecera comprendía los municipios de San Pedro, Matamoros y Torreón, contaba

ya con 63,839 habitantes. Por el lado de Durango, hacia la margen izquierda del río Nazas, los municipios de Lerdo, Gómez Palacio y Mapimí tenían sus buenas 42,084 almas. De modo que la región andaba rozando los 100,000 habitantes. Cifra significativa si se considera que 30 años antes, en 1850, no llegaba a un centenar.

**La compra** de las tierras de los Sánchez Navarro por Leonardo Zuloaga y Juan Ignacio Jiménez; las leyes juaristas para confiscar las tierras a quienes habían simpatizado con el emperador Maximiliano; la venta, forzada por esa legislación y por las deudas contraídas, que María Luisa Ibarra Goribar, la viuda de Zuloaga, hizo a Rapp, Sommer y Compañía -originalmente Casa Gutheil; transformada después en Sommer Hermann y Compañía-; el nombramiento de Andrés Eppen -en 1879 construyó la casa grande del rancho del Torreón, con el tercer torreoncito, que aún se conserva- como administrador del rancho del Torreón... todos esos acontecimientos culminaron en el fraccionamiento y la venta de los terrenos aledaños al cruce de vías, que finalmente pasaron a ser del coronel Carlos González Montes de Oca. Para estas fechas, las rancherías y haciendas ya se habían multiplicado.

El 23 de septiembre de 1883 atravesó por la ranchería del Torreón el primer convoy hacia Paso del Norte. Seguramente los pasajeros habrán admirado en aquel paisaje árido y polvoso; los cerros espléndidos, los abundantes carrizales y la corriente del río; quizá uno de los intensos atardeceres que han hecho célebre a La Laguna. El 1º de marzo de 1888 arribó al rancho del Torreón el primer convoy del Ferrocarril Internacional que completaría el famoso cruce de ferrocarriles que dio a la región el impulso definitivo para su acelerado crecimiento.

El 25 de febrero de 1893, Torreón alcanzó el rango de villa; para entonces tenía casi 4,000 habitantes. Su primer presidente municipal fue el saltillense Antonio Santos Coy, un hombre de 53 años cuando ocupó el cargo. Su retrato lo muestra enjuto, de pelo, bigote y barba canos. Antes de venir a La Laguna vivía en Parras, donde también ocupó el cargo de alcalde.

Hacia 1895 la densidad de población en el norte de México era de 4.72 habitantes por kilómetro cuadrado. Y durante el gobierno de don Porfirio fueron pocas las ciudades nuevas que surgieron en la región, gracias al ferrocarril o al hallazgo de nuevas minas. Gómez Palacio y Torreón fueron dos lugares de pocos habitantes que en poco tiempo

incrementaron su población y su economía; no sólo por el auge del cultivo del algodón, sino por las empresas que se establecieron, lo mismo nacionales que extranjeras. Algunas de ellas, como La Constancia, de Rodolfo Aymes, cerrarían sus puertas a la llegada de los revolucionarios.

No pocas calamidades azotaron a La Laguna en aquellos años agitados. Durante las secas crecían el desempleo y la frustración para muchos que habían llegado con la convicción de que encontrarían trabajo. Algunos años las avenidas del Nazas se convertían en auténticas inundaciones que alcanzaban lugares muy céntricos de la ciudad, como el cruce de la Morelos y la Juan Antonio de la Fuente, donde más de una vez el río inundó los baños públicos de Las Delicias, lugar utilizado por los habitantes de la villa no sólo para asearse, sino para cortarse el pelo y echarse una que otra copita.

Aquella inmensidad, cantada por el poeta Manuel José Othón en el *Idilio salvaje*, como que iba siendo menos imponente; ya se empezaban a poblar las manzanas vendidas por Andrés Eppen y trazadas por el ingeniero Federico Wulff. Al poniente del poblado, sobre una colina se alzaba una construcción que daba idea de grandeza, gracia y solidez. Era la mansión de piedra y madera, estilo alemán, que Wulff había mandado construir –la Casa del Cerro– como avanzada de una colonia residencial que jamás llegó a establecerse. La inmensidad del desierto empezaba a ser poblada. La fisonomía del paisaje se iba configurando con edificios de ladrillo rojizo y de adobe opaco; la blancura del algodón y la ceniza del humo de los ferrocarriles.

## X. Sintalidad de Torreón

Carlos Montfort Rubín

### *El general Manuel González*

Manuel González, de cepa campesina, es oriundo del rancho El Moquete, municipio de Matamoros, Tamaulipas. Nació en 1833 y murió en su cama de la Hacienda de Chapingo, a los 60 años. Su hacienda y la casa grande de Chapingo, en el Estado de México, las legó para la Escuela de Agricultura y sus prácticas.

Manuel González estudió las primeras letras en donde le fue dable y posible, porque en plena adolescencia, con apenas 14 años, en 1847, emprende su larga carrera en las armas, combatiendo al invasor norteamericano; treinta años después, en 1877, alcanzó el grado máximo de general de división, ya en el gobierno del general Porfirio Díaz, de quien fue compañero de armas y compadre.

En el curso de esos treinta años la historia de México es una serie de encuentros, rebeliones y revoluciones. Los militares participan activamente: ahora apoyando el plan de algún general; el día de mañana atacando el plan de otro, o luchando en las filas santanistas, o en las liberales, o en las conservadoras... era problemático permanecer fiel a un jefe, a un partido, a una enseña cuando privaba el sentimiento de que había que anteponer el orden utilitario personal.

¿En cuanto al sentimiento de lealtad y al sentido del honor militar? Pues cada quien le concedía la importancia necesaria. Las circunstancias no favorecían a nadie sino de manera temporal, a raíz del triunfo de un grupo que en seguida era derrotado por otro, ocasionando turbulencias y desbarajustes en las ciudades y en el campo. Pese a tan desvanecidos sentimientos, los duelos eran frecuentes en los tiempos que se relatan porque, según se decía, "Las heridas al honor sólo con sangre se lavan".

Para prestigio y gloria de Manuel González, su ejecutoria militar destaca en las acciones correspondientes a las luchas contra los norteamericanos y los franceses. También, dos batallas formales. La primera en la ciudad de Puebla, el 2 de abril de 1867, corta el aprovisionamiento a Querétaro del general Leonardo Márquez, quien huye a la capital. En esa acción, bajo las órdenes del general Porfirio Díaz, González pierde el brazo derecho y se convierte en *el Manco del Dos de Abril*. La segunda, el 16 de noviembre de 1876, decidió el triunfo del Plan de Tuxtepec en la Hacienda de Tecocac, cerca de Huamantla, en el estado de Tlaxcala. Allí las armas del Plan de Tuxtepec vencieron por la oportuna acción de la caballería del general González, que dispersó al ejército del presidente derrotado, Sebastián Lerdo de Tejada.

### *Antecedentes históricos*

Después de las turbulencias, de la inestabilidad política imperante en setenta años, incluidas las invasiones de norteamericanos y de franceses; las frecuentes "revoluciones" con sus respectivos planes y caudillos, casi siempre rapaces; la guerra sin contemplaciones ni misericordia entre conservadores y liberales que sacrificó a tantos hombres notables... En fin, al cabo de tantos conflictos movidos por los extranjeros invasores y por los mismos mexicanos en las luchas intestinas, la situación era caótica, de manera más aguda en los campos y en los caminos por los asaltos y asesinatos de las gavillas sueltas.

A tal panorama desastroso se enfrentó Porfirio Díaz después de la tormentosa caída del Segundo Imperio, logrando al poco tiempo sosegar los ánimos y temperar mil pasiones encontradas durante el primer periodo de su prolongada presidencia, obtenida merced a dos sublevaciones con sus respectivos planes. El primero proclamado en la Hacienda de la Noria, de Oaxaca, para combatir al gobierno de don Benito, que se perpetuaba en el poder con su reelección de 1871. "¡Este Porfirio!, ¿qué más quiere?", exclamaba Juárez. Diferencias entre maestro y alumno, que así lo fueron años atrás en el Instituto de Oaxaca. Sin embargo, la rebelión no prosperó; fue sofocada por los generales Ignacio Alatorre y Sóstenes Rocha, este último de poderosos espolones.

Porfirio Díaz se exilia. Es el tiempo de grandes peligros que logra salvar por su inteligencia y su resistencia física. Es amnistiado, regresa al país y

espera la ocasión de una segunda sublevación, ahora en contra de Lerdo de Tejada, con el Plan de Tuxtepec, para combatir la reelección de 1876. En la Batalla de Tecocac, una hacienda próxima a Huamantla, Tlaxcala, logra la victoria aplastante sobre las fuerzas lerdistas comandadas por el general Ignacio Alatorre, por segunda vez su enemigo a muerte. Decide el triunfo Manuel González, que llega oportunamente con su caballería y dispersa al enemigo. Fue el héroe de tan memorable jornada y por ello se merecía un periodo presidencial: su compadre se lo concedió.

Vencedor Díaz, el 20 de noviembre de 1876 hace su entrada triunfal a la opulenta capital, como los triunfadores de antaño. El caudillo victorioso toma el poder inmediatamente, por sólo unos cuantos días, y lo encarga a su segundo jefe del ejército, general Juan N. Méndez, durante dos meses, lapso que le permite vencer la oposición militar del presidente legalista, José María Iglesias, por el rumbo de Guanajuato y de Querétaro. Así el campo queda libre de contrarios; Díaz convoca a elecciones y es electo presidente, cargo que desempeña de 1877 a 1880.

Le sucede su amigo y compadre, el general Manuel González, quien por elección ocupa la presidencia de 1880 a 1884. En el gabinete de González figura en el ministerio de Fomento Porfirio Díaz, pero sólo por seis meses ya que va al gobierno de Oaxaca, su estado natal. Lo sustituye el general Carlos Pacheco, otro héroe del 2 de abril de 1867, que desempeña el ministerio durante toda la gestión de González. Ambos generales, Díaz y Pacheco, mantuvieron activas las gestiones ante el gobierno norteamericano y las empresas correspondientes para dotar de vías férreas al país, que casi carecía de ellas.

Precisamente durante los cuatro años del gobierno de Manuel González se tendieron las vías a lo largo y a lo ancho del territorio nacional, hasta el considerable total de 4,500 kilómetros. Con tal expansión de las comunicaciones se sustituyeron los largos trenes de mulas, las carretas y las ensoñadas pero incómodas diligencias, todo eso al filo de los asaltos y asesinatos provocados por los salteadores de caminos. Con tal desarrollo de las vías férreas, en particular las del Ferrocarril Central de México al Paso, Texas, La Laguna se vio enormemente favorecida; de manera especial, el rancho del Torreón del cual se cedieron terrenos suficientes para derechos de vía y para la estación, que se construiría de inmediato.

El paso del Central por el rancho del Torreón constituyó el acontecimiento del siglo para los ranchos y poblados comarcanos, pues ya se

contaría con una vía rápida y segura para exportar los productos de cultivo, primordialmente el algodón en balas para los textiles, además de otros como costales de trigo –o a granel en los carros tolvas– para los molinos de harina. También para las urgentes importaciones de insumos, entre ellos los aperos de labranza y sus refacciones, para que dejaran de ser hechizas, así como la novedosa maquinaria agrícola, que ya se asomaba en la frontera del norte.

El domingo 23 de septiembre de 1883, por todos conceptos memorable, se vieron sentadas las paralelas de los rieles por el rumbo de la futura estación. Muy pronto se abriría el transitar de los trenes y cada día se escucharía el sonar de las locomotoras como un anuncio de superación y de progreso, no sólo agrícola y comercial, sino también cultural por las razones obvias de mayor afluencia de gente, con rapidez y seguridad. Muy pronto cundirían por ese mismo medio las noticias tanto tiempo retenidas respecto al florecimiento de la región, ya en vías de convertirse en un emporio de trabajo y riqueza.

A mayor abundamiento y para el beneficio general de la región, el 1º de marzo de 1888, ahora un jueves, el Ferrocarril Internacional Mexicano, de Ciudad Porfirio Díaz (Piedras Negras) a Durango, cruzó sus vías con las del Central en la Estación del Torreón, donde ya había una población de regular número de viviendas improvisadas a lo largo de las vías y en las faldas del cerrito de Santa Cruz, a la vista del último de los miradores o torreones erigido el año anterior, 1887.

### *La Paz Porfiriana*

Para la gente sencilla, la común y corriente de los tiempos a que se refiere este capítulo, la vida del general Porfirio Díaz se resuelve en dos etapas: la del soldado que interviene en muchas batallas –en una cae herido de gravedad– contra franceses e imperialistas y gana en campaña sus grados de militar –con respeto y admiración se le llama el Señor General Porfirio Díaz. La segunda, la del dictador que abate a sangre y fuego toda sublevación y extermina con la soga a todos los bandidos de las gavillas sueltas –se le llama, con temor y más respeto, el Señor Presidente Don Porfirio Díaz– tras consolidarse en el poder a base de medidas drásticas impuestas a un país inmerso en el desorden, en la anarquía.

A Díaz nadie le regaló la presidencia; tuvo que ganarla con sus planes y sus victorias militares, con sus soldados y los jefes que lo acompañaron en sus hazañosas aventuras. Cuando fue dueño del poder, las anteriores campañas le dieron luces sobre gente más o menos significada en una región determinada; gente de armas que había quedado allí tras las derrotas, las amnistías y aún las deserciones, pues la república no contaba con la paz y la seguridad convenientes a su progreso.

A tales personas con ascendiente regional, conocedoras de los pueblos y los hombres, de las costumbres, las ocupaciones y la productividad, Díaz les concedió cartas de mando, y los responsabilizó, mediante severas disposiciones, de que la región se mantuviese en calma, sin asaltos ni asesinatos, en el equilibrio entre la necesidad de actuar y la necesaria discreción política. Todos habrían de obedecer ciegamente los proyectos por cumplirse. Para todos habría la compensación oportuna. Todos se hallaban en entredicho hasta que ganaran la confianza del Señor Presidente. Era urgente establecer seguridad y tranquilidad en los campos y en los poblados, en las haciendas, las villas y las ciudades, aun en la capital del país, donde se estableció el cuartel central de los guardianes de los campos: los temidos rurales.

Desde los tiempos de la presidencia de Juárez se había autorizado un cuerpo de vigilantes que cuidaba en los caminos los intereses privados y públicos, así en las conductas fleteras como en las diligencias. Se le llamó Resguardo del Comercio y prestó grandes servicios durante la intervención extranjera. El general Díaz lo organizó definitivamente con carácter militar y estricta disciplina, con soldados y clases bajo el mando de un general del Ejército. Se le denominó Cuerpo Rural. Como las gavillas de bandoleros atacaban poblaciones y asaltaban diligencias por distintas partes del país, el gobierno ordenó incrementar este cuerpo para dar garantías al pueblo y al comercio.

Los rurales se movían con celeridad asombrosa, como destacamentos más que como resguardos fijos; en los sitios donde acampaban eran temidos. Se decía que gracias a su vigilancia imperaba la seguridad; que las gentes podían dormir tranquilas aun con la puerta abierta. Claro que no faltaban los crímenes en los campos, mas no tardaban en esdarsearse, y el castigo drástico se aplicaba de inmediato, sin formación de causa.

A los bandoleros de los campos, que no faltaban en Sinaloa, Durango y Zacatecas, sitios próximos a La Laguna, se les aplicaba el remedio heroico de la sogá. Quien tuviera que ver con los rurales era hombre muerto o

señalado. Comandados por un superior, ya en los pueblos o en los campos, eran de a caballo, medio charros, con chaqueta, chaleco y pantalón de gamuza, tan entrones como crueles con los bandidos o las gentes que en alguna forma la debían. Desalmados jinctes en pencos briosos, parecían de una pieza, estatuarios, como de hierro fundido, con pistola, carabina, machete y la infaltable reata michoacana de Chavinda, de las que jamás se trozan y hasta jumean en la cabeza de la silla al feroz tirón que quiebra el pescuezo del colgado. Hicieron limpia de bandidos y la seguridad señoreaba en el campo.

A pesar de las providencias tomadas por el gobierno federal en cuanto a los malhechores, a pesar de los drásticos castigos impuestos sobre la marcha por los rurales, el Rancho del Torreón se veía asaltado con alguna frecuencia por gavillas de bandoleros, o por los indios bárbaros que lo arrasaban todo a fuego y bala. También se dejaban ver las partidas de alzados contra el gobierno, sobre todo los seguidores de los planes de la Noria, contra Juárez, y luego de Tuxtepec, que derribó el gobierno de Lerdo de Tejada y llevó al poder a Porfirio Díaz. Eran rebeldes que se refugiaban en el cañón y en la Flor de Jimulco, región donde se suscitaron los consabidos encuentros.

Desde lo alto de los torreoncitos que se han edificado en el rancho -de 1851, 1867 y 1887, único que persiste- se observa la planicie reseca. Entre la nube parda de la polvareda aparecen las figuras cabalgantes de Apolinaria *la China Polina*, con su gavilla, tan legendaria como real; o del rebelde Toribio Regalado, que da el golpe para luego ocultarse a lo lejos en la Sierra de Solís. El rancho del Torreón no contaba con gentes de armas sino con gentes armadas cuando era necesario repeler los ataques de los indios bárbaros, los bandidos o los rebeldes. Los peones más avezados, los empleados de confianza y los mayordomos componían el cuerpo de defensa. No había más, dado el estado de confusión por las luchas partidistas sin tregua desde la Guerra de Independencia hasta el triunfo de Díaz.

### *Panóramica de la región lagunera*

El Torreón es un pequeño poblado de escasa población. Más bien un rancho en el extremo sur de Coahuila, entre la Sierra de las Noas y la margen derecha del Nazas, de corrientes endorreicas hacia su vaso de

almacenamiento, la laguna de Mayrán. Veinte kilómetros al sur de la sierra fluye el río Aguanaval, de corriente esporádica, endorreica también, con su vaso de depósito en la laguna de Viesca. Hacia el oriente despeja una rica planicie agrícola dedicada de manera primordial al cultivo del algodónero, de grande empleo en la industria textil desde la tercera década del siglo XIX, que alcanzó su auge tanto en Veracruz como en Puebla. En el rancho del Torreón la fibra se cultivó desde 1850 con la formalidad de los cultivos anuales persistentes.

La cultura de la región se compone de las actitudes de la gente de la época, por su lugar de procedencia. Bien deslindados los campos entre los propietarios -los hacendados, los amos- y los peones, que procedían más que todo de los estados de Durango y de Zacatecas. Las actitudes cotidianas, los modos de vida habituales en los lugares de origen, se vieron influidos y modificados por la nueva tierra, que requería una tecnología novedosa, sobre todo en la conducción sin desperdicio de las aguas de riego, marcando así una diferencia con las tierras temporaleras de las que procedían, en su mayoría, los recientes y decididos habitantes del Torreón.

Las gentes recién llegadas iban de sorpresa en sorpresa al observar el trabajo metódico y ordenado en los quehaceres agrícolas. Destacaban por principio los aperos de labranza hechos allí mismo a base de fragua y yunque, con diseños locales. Se entiende que, en lo posible, los de mayor peso y complicación se hacían traer desde la lejana frontera, a través de territorios expuestos al pillaje de los bandoleros que asaltaban -azote cruel y sanguinario- los caminos y poblados. También merodeaban los indios salvajes que mataban sin piedad a los hombres y cargaban con las mujeres y los niños como esclavos.

En los caminos no había seguridad para las diligencias ni para los trenes de carros muleros, que llevaban efectos múltiples y mercancías de lo más variado. Esa situación obligaba a la gente a armarse y defenderse. Armar una de estas caravanas comerciales suponía mucho tiempo, sobrado capital y el contrato de hombres suficientes y decididos a arriesgar la vida. Mucho tiempo habría de correr antes de que campos, caminos y poblados, quedasen en orden y seguridad como una garantía de desarrollo, de progreso.

Tantos asaltantes, bandoleros, asesinos, eran resultado de las múltiples guerras ocurridas de la Independencia en adelante, que habían dejado a muchos elementos militares al margen de los grupos conten-

dientes, como amnistiados o sueltos por dispersión o derrota, o por simple desertión, y que se encontraban sin un oficio, pero con sed de aventuras y ganancias fáciles, aun con riesgo de la vida. Por esto los ranchos contaban con gente armada, de gran confianza, vigilante del entorno desde lo alto de un mirador que dominaba el campo, así para el paso de las aguas del río como para el de extraños.

Mediando el siglo XIX, hacia 1851, se construyó el primer torreoncito del rancho del Carrizal en la margen derecha del río, pero la fuerza de la corriente desbordada lo derribó, al igual que a la represa que se construyó con el fin de derivar las aguas por los canales que iban hacia el oriente, en el rancho del Coyote, del que dependía el rancho del Torreón. Unos años después se construyó el segundo mirador, que también fue derribado por las aguas broncas. Ya se construiría el tercero, más de treinta años adelante (1887): es el que se conserva en la ciudad, frente al mercado Alianza.

Se ha hablado de un poblado como si fuese una comunidad formal, bien definida; en realidad se trataba de emigrantes llegados de las zonas vecinas a la región llamada lagunera por los variados vasos recipientarios de las aguas de los tres ríos: Nazas, Aguanaval, de Parras, que desembocan respectivamente en Mayrán, Viesca y Parras. Gente campesina, en busca de trabajo remunerador que satisficiera sus necesidades mínimas. Se aproximaban lentamente a esta región, en jornadas más o menos largas, de acuerdo con las condiciones del tiempo. Lo hacían montados en burros; a veces siguiendo el camino de los trenes muleros, por razones de seguridad, pues no existía un medio expedito de traslado. Ni soñar con el ferrocarril, que vendría años después, como una promesa de felicidad, en 1883.

### *Las nuevas formas de vida*

Los pioneros, si así se puede llamar a los primeros que fueron llegando a la Laguna de 1830 en adelante, conforme pasaban los años y crecía el prestigio de la región como productora del mejor algodón, eran personas sin instrucción, sin primeras ni segundas letras debido al estado de aislamiento y pobreza del lugar de su nacimiento, donde se cultiva la tierra sólo con la esperanza de las lluvias de temporal. Solamente leer y contar era un triunfo entre muchísima gente que

permanecía al margen de la educación. En ese tiempo, debido a las interminables revoluciones, ni pensar en la escuela primaria; cuando mucho se contaba con los sacerdotes que se dedicaban a su ministerio y en parte a la enseñanza de las primeras letras en los curatos.

¿Qué podía esperarse de los confines del país? Estados como Aguascalientes, recién erigido en entidad política, San Luis Potosí y Zacatecas, de donde los inmigrantes salieron en número considerable en cuanto se divulgó el auge algodonero de La Laguna y mucho más en el momento en que cruzaron las vías férreas por los terrenos del rancho del Torreón. A decir verdad, no hubo colonos ni colonizadores en estas tierras que en principio fueron mercedadas al Marquesado de Aguayo, su propietario desde el siglo XVII, en la persona del fundador de esa casa, el capitán general Agustín de Echeverz y Subiza. Como se ha dicho con grande acierto y destacada verdad, en estos sitios no hubo asentamientos de españoles ni de éstos con indios tlaxcaltecas ni con zacatecos. Tampoco registra la historia, para beneplácito general, la existencia de grupos indígenas en encomienda con sus respectivos encomenderos, de tan triste memoria.

Los terrenos del Marquesado fueron pasando de mano en mano hasta la época de que nos ocupamos, cuando pertenecían a la casa de comercio Rapp Sommer Herman y Compañía de la ciudad de México. Su representante, Andrés Eppen, administraba los bienes con residencia en la hacienda de San Antonio del Coyote, de la cual dependía el rancho del Torreón. No es posible saber, ni siquiera de modo aproximado, cuántos habitantes tenía el rancho durante la presidencia de Manuel González (1880-1884), porque no se había formalizado ningún poblado, sino que se trataba de allegados que iban aumentando el número al paso de los meses, instalándose al lado de los campos de cultivo o donde lo mejor les ofreciera sitio su proverbial amplitud.

Se estima que muchos pioneros conocieron los poblados aledaños al Torreón: en Durango, Santa Rosa, San Fernando, Avilés, Gómez Palacio, Lerdo y Villa Juárez; en Coahuila, Viesca y Matamoros, todos con escasa población. Los pioneros que, por diversas causas, regresaron a su lugar de origen, difundieron las bondades del agua y los beneficios de los cultivos: los trigos del invierno y las grandes cosechas de algodón puesto en balas para su traslado a las fábricas textiles. Con esto se movían los negocios y el comercio iba para arriba, acreditando a La Laguna como tierra de promisión para mucha gente sin esperanza de mejora en

sus lugares nativos. También los viajeros que se movían en diligencia o en carromatos iban dejando noticias de lugar en lugar, que quedaban puestas en la cabeza de muchas gentes, como lucientes ideas que persistían en el ánimo por conocer estos lugares. Era algo así como una incipiente sugestión de prestigio que ulteriormente alcanzó proporciones increíbles de difusión aun más allá del país.

Las gentes que llegaban de otras partes eran sobre todo campesinos; ellos armaron el brazo fuerte que logró vencer la dictadura del desierto. Eran mestizos de huarache, calzón blanco y guaripa de palmilla que dejaron ese atuendo popular para vestir mejor, porque gustaban de imitar, trataban de identificarse con alguien de manifiesta tendencia a la superación. Algunos de esos hombres, sin lustre ni ilustración, sin prosapia alguna, movidos por su voluntad, por sus empeños y por su inteligencia, alcanzaron planos de altura en el conglomerado social. Entre los pioneros originales ni en tiempos posteriores no se registró afluencia indígena ni de negros. Algunos de éstos llegaron con el tendido de las líneas férreas, pero esto fue mucho tiempo después, al igual que la numerosa afluencia de los chinos.

Entre los recursos naturales de la región toman primacía las tierras que recibieron, en el curso de milenios, año por año, las limosas aguas de los ríos, las avenidas periódicas de aluvión cargado de materias orgánicas y de la salinidad requerida por la vegetación de cultivo habitual. Los ríos comarcanos nunca fueron de corriente continua, sino periódica, de temporada, conforme las lluvias alimentaran las fuentes y las corrientes secundarias, prodigándose en inundaciones, dispersión y pérdida. Debido a lo anterior, para el mayor aprovechamiento de las aguas se procedió, mediando el siglo XIX, a construir represas de almacenamiento y de distribución del valioso líquido, mediante canales conductores que recibieron el nombre popular de tajos, de mayor o menor longitud, o tomas de agua de los ribereños de arriba, lo que andando el tiempo produjo enconados conflictos.

Además de la buena tierra, del agua oportuna, de las sequías prolongadas, la gran extensión de la planicie daba brote a variada vegetación espontánea, ya de tipo arbóreo, ya arbustiva, ya herbácea. Entre los arbustos destacaban las palmillas del desierto con sus brazos caprichosos en lo alto, y de manera conspicua el mezquite, conjuntando sus hojas verdemar en tupidos y parejos bosquecillos, sin alzar mucho en altura, ofreciendo su fruto en turgente vaina, nutriente alimento de

las generaciones indígenas que poblaron estos reales. La vegetación arbustiva en que señoreaba la gobernadora, de hojitas yuguladas, hermanadas, pegajosas por su laca; el cardenche de espinas bravas; más allá la lechuguilla, luego la candelilla y algunos pastos pobres como el pajonal y el toboso. Cunde también el huizache espinoso y alguna otra vegetación propia de suelos áridos, semidesérticos, con plantas xerófitas, despuntando el chaparral.

Como en la región no había árboles maderables, la vivienda consistía en general en construcciones de adobe sin cocer, de tierra aglutinada con paja o con boñiga, prensada y puesta al sol. Este material era lo típico para todas las viviendas, no importando si eran de gente de medianos o de suficientes recursos. Ya vendrían en su hora los hornos de las ladrilleras y los que harían cal la piedra caliza que abundaba en los cerros, como en el lecho del río la arena.

Los recién llegados se iban arrimando a la casa del rancho con la intención de lograr alguna ocupación de inmediato porque después del viaje su necesidad era extrema. Si había pizcas de algodón se ocupaban de inmediato con un salario por día de labor, o por el peso del producto levantado. Algunos lograban empleos de paga mínima para lo que estrictamente necesitaran, pues por lo regular llegaban los hombres solos, sin familia. Estos campesinos fueron los pioneros de los numerosos grupos que más tarde vendrían, más que todo a levantar las cosechas de la fibra blanca, a la bonanza de las pizcas; fueron llamados "los bonanceros": hombres y mujeres, familias enteras todavía vistas alrededor del reparto agrario, hacia 1936. En La Laguna se conserva el ameno recuerdo de su presencia.

### *En las fronteras de la sociedad*

Habían corrido por allí las buenas nuevas del florecimiento de los ranchos en La Laguna; el rancho del Torreón no era el único en la región, pero fue el que tuvo la mayor importancia, por una serie de circunstancias que lo favorecieron. Desde luego la ubicación al poniente de una amplia planicie extendida hacia el oriente entre el Nazas y las formaciones montañosas de las Noas, con la riqueza de sus tierras no de temporal, sino de riego oportuno y suficiente, de acuerdo con las avenidas del río. Otra característica vital: la Presa del Coyote en la boca

de Calabazas y los canales de distribución de las aguas de riego. Completaba el sistema el mirador, el torreón de vigilancia.

A partir de 1883, la importancia del rancho del Torreón tuvo un incremento histórico, como toda la región, al establecerse la estación del Ferrocarril Central en sus terrenos, que por derecho de vía cedieron los propietarios, la casa bancaria alemana Rapp Sommer Herman y Compañía, de la ciudad de México. Este asunto, muy importante, estuvo al cuidado de Andrés Eppen, representante de esa casa en La Laguna.

Ya en funciones, la Estación del Torreón se convirtió en el centro de las actividades regionales, tanto por el transporte de carga como de viajeros que llegaban en grupos numerosos, en busca de acomodo y trabajo, movidos por el deseo de mejorar en el nuevo estado de cosas: la comunicación, la buena tierra y el agua que no faltaba. Sobre esta trilogía se alzaba el prestigio de la región, donde muchos buscaban trabajo bien remunerado y ganancias firmes en los negocios. Los recién llegados, muchísimos más del sur que del norte, eran gentes de calzón y camisa blancos, sombreros de palmilla, huaraches y jorongo de lana en greña. Se quedaban por allí, fuera de la estación, al lado de la casa grande del rancho; algunos levantaban habitáculos hechizos en las faldas del cerrito de la Santa Cruz.

En la Estación del Torreón todo comenzó siendo improvisado. Un furgón servía de oficina para atender los asuntos de pasaje y carga; las llegadas y las salidas, que eran las dos ocasiones al día con horarios puntuales. Otro furgón servía de juzgado y cárcel; lo atendía el juez auxiliar Matías Andrade, con autoridad en la estación y en el rancho, nombrado desde Saltillo. La estación se formalizó cinco años adelante, en 1888, cuando cruzó la línea internacional Piedras Negras-Durango: se construyó un edificio más apropiado, de mampostería mínima y madera, con oficinas, sala de espera y salón comedor a cargo de los chinos que proveían a todas las líneas de hortalizas cultivadas en el paraje El Pajonal, al oriente del rancho.

Se iban estableciendo ciertos rasgos de una sociedad en formación con muy señalados perfiles en el orden económico, sociológico e histórico. A dicha sociedad se le iban agregando gentes provenientes de regiones y países diversos que traían consigo sus costumbres, su modo de ser, sus credos, sus leyendas tradiciones y creencias. Venían de muchas partes; se congregarían en una sola, en La Laguna, en el Rancho del Torreón, en una tierra de cielo abierto y sol quemante.

### *Las vías férreas y la estación Torreón*

Para muchas gentes extrañas a esta región fue inusitado que por estos terrenos desérticos, habitados sólo por tuzas y lagartijas, pasaran dos ferrocarriles de la mayor importancia; lo más inaudito era que se cruzaran en una estación que muy a la fuerza recibía ese nombre, y el del Torreón por un rancho insignificante que carecía de todo señalado antecedente.

Esas gentes concedían poca importancia a las noticias que desde años antes anunciaban los proyectos de las vías férreas; en cambio, las gentes de los ranchos laguneros estaban atentas a las noticias más recientes. Para los gobiernos extranjeros y en lo particular para el de los Estados Unidos la situación mexicana era satisfactoria en lo político, lo económico y lo social. La elección de Manuel González como presidente de la república en 1880, constituye una prueba de la buena disposición democrática del general Ulyses S. Grant, vencedor de la Guerra de Secesión de los Estados Unidos y aspirante a concesionario de los ferrocarriles mexicanos. Grant declaró que construyendo en México ferrocarriles, los Estados Unidos podrían dejar de adquirir productos como azúcar, café y tabaco en países antidemocráticos, esclavistas y con excesivos derechos aduanales, para tenerlos de un país republicano y con menores derechos de exportación. Y pagándolos no con dinero, sino mediante un intercambio de productos industriales.

Están claramente expuestos los intereses de los Estados Unidos. Por otra parte, el ferrocarril contaría de manera muy directa para la producción de los ranchos regionales, comunicados ahora no sólo con las ciudades de importancia por las vías troncales, sino también, por medio de líneas secundarias y ramales, con poblaciones menores del norte y del centro del país. Corresponde a personas de La Laguna el mérito de haber cedido terrenos suficientes para el derecho de vía, desde el tiempo en que nada era sino un proyecto. De manera principal tal merecimiento pertenece a la viuda de Zuloaga, doña Luisa Ibarra, quien antes de vender sus tierras ya había concedido las necesarias para el paso del ferrocarril. Así mismo a Andrés Eppen, administrador general y representante de la casa Rapp Sommer Herman y Compañía de México, dueña de los terrenos cuando se tendió la vía, quien dispuso lo conveniente para el caso. La intuición de estas personas, su capacidad para ver hacia el futuro, fueron los factores que abrieron las puertas de La Laguna no sólo al ferrocarril, sino a los

enormes grupos de hombres –de procedencia zacatecana en su mayor parte– cuyas manos hacían falta para vencer al desierto.

No solamente llegarían campesinos; también vendrían otros hombres con diversas capacidades y ocupaciones. Así los comerciantes y los letrados: abogados, médicos, ingenieros, concertados todos en un verdadero emporio de trabajo y de riqueza que al paso de unos cuantos años correría su fama bien ganada a través de las guardarrayas estatales y de los litorales, hacia continentes lejanos. Todo al amparo de un prestigio que a fuerza de aumentar se convertiría en leyenda. Correrían por todos los rumbos las consejas que hablaban de ganancias fáciles, de trabajo bien remunerado para todos, aún en determinadas profesiones, muy restringidas entonces. Todo esto nimbado por halos fantásticos para completar un mito, una especie de fiebre de oro blanco: el algodón, que movía a personajes diversos, desde los menos cultivados hasta los mejor dotados. En este nuevo medio social, muchos laboraron impulsados por la tendencia a la superación, lo mismo en lo económico que en lo social. Y ese nivel de aspiración se advirtió no sólo en lo individual, sino en los grupos. Se abandonaron el hurache y la alpargata; hábitos nuevos reemplazaron a los antiguos en función de un medio físico y social diferente a los de origen.

### *Afluencia de las gentes diversificadas*

A medida que llegaban más forasteros en busca de fortuna y trabajo, los problemas del rancho del Torreón fueron creciendo respecto al alojamiento, la alimentación, el hacinamiento de gentes de pobre condición e higiene, que se desparramaban por ahí para cumplir con sus necesidades fisiológicas. Se fijaron sitios reservados a tales fines, con relativa privacía, a los que asistían, al sol y a campo abierto, las gentes del lugar; y como estaban destinados a todo el mundo, hombres, mujeres, jóvenes y niños, le decían "el común" y así se le siguió llamando, al paso de los años, hasta los más recientes tiempos. Tal sitio tenía sus ventajas en el sentido de no desparramar la inmundicia, pero el inconveniente de la insalubridad por falta de drenaje y su consecuencia en la transmisión de gérmenes y la contaminación de las aguas, ocasionando de continuo afecciones de origen hídrico: fiebres tifoídicas y disentería que llegaron a ser verdaderas epidemias con decesos masivos por la falta en ese tiempo de recursos medicamentosos, pues con estas noticias nos hallamos en la octava década del siglo xix.

Los campesinos recién llegados se destinarían al cultivo de los campos bajo el ojo avizor del amo español, que sentó sus reales para hacer producir la tierra con las habilidades de una escuela agrícola novedosa, disciplinada y puesta al día. Escuela de expertos que enseñaba el cultivo y el amor a la tierra, madre generosa que respondía con creces al impulso del campesino: diligente, emprendedor, con arraigo y una clara tendencia de superación. Quedaron sólo en el recuerdo muchas cosas del lejano lugar de origen, como la yunta de bueyes lentos, uncidos por el yugo, que fueron cambiados por mulas, algunas de gran alzada y potencia para tirar de la escrepa, que así llaman aquí a la draga de maroma que lleva la tierra o la retira con sorprendente rapidez. También quedó en el olvido, la ancestral coa, porque había arados de a montón.

Las tareas agrícolas se realizaban durante todo el año, pero algunas requerían el trabajo en toda su intensidad en los periodos de siembra, con la oportunidad debida, de acuerdo a los ciclos del algodonerero y de los trigos del invierno. Ya no se empleaban la yunta ni la coa, sino la maquinaria disponible en esos años que ofrecían inmensas dificultades en el traslado por falta de vías de comunicación. Las palas, picos y azadones, las dragas o escrepas, las máquinas de mayor o menor complejidad y tantos otros implementos eran de importación; la industria del país estaba en sus inicios. Esta situación exigía la fabricación y la reparación de los implementos indispensables, así fuesen hechizos y con defectos, en fundiciones no muy formales. Estas labores eran de la incumbencia de personas capacitadas y con iniciativa, con inventiva para suplir la falta de bienes y de información. Ya se establecerían las fundiciones formales.

Estos aconteceres dan una idea de cómo en el rancho del Torreón había lugar para quien tuviera algún oficio. Ya como aprendiz con sólo algunas nociones, ya con la maestría del oficial: que un sastre remendón; que un zapatero para reparar la bota fuerte de cuero o el resistente zapatón de vaqueta burda; luego el carpintero, el herrero... y así el albañil o el pintor de brocha gorda y otros más que aparecían para solucionar los nuevos problemas en una comunidad que crecía con arrestos progresistas. La mano de obra para las labores agrícolas y la construcción llegaba de Santa Rosa y San Fernando, los poblados más próximos y ya establecidos con años de anterioridad, ambos más antiguos que Torreón y que ulteriormente recibirían sus nombres definitivos de Gómez

Palacio y Ciudad Lerdo, la más antigua, que ya contaba con alguna escuela de primaria, de la que por supuesto carecía el rancho del Torreón, dada su novedad.

### *Sintalidad de una comunidad*

Las ciudades seculares más próximas a La Laguna, como Saltillo y Durango, y otras más alejadas como Zacatecas, Monterrey y Chihuahua, fueron fundadas con la ceremonia convencional de toda fundación hecha en nombre del monarca en funciones, aderezado el acto con las armas, pendones reales y la cruz, seguido todo el ceremonial con un bando histórico memorable.

Ninguna de las ciudades laguneras fue fundada por ningún explorador. Sus alientos iniciales fueron de otra índole, en particular los de Torreón, propiciados por la inteligencia y decisión de los hombres de entonces y por las circunstancias creadas por ellos mismos. Vale repetirlo como si fueran las palabras sacramentales de una fundación en forma: Había una vez la extensa planicie abierta al sol y al vendaval; era una tierra propicia para ser cultivada, que contaba con el agua bendita del río puesta en una presa de la que partían canales conductores, todo a la vista de un mirador en alto, de un torreón. De ahí tomó su nombre el rancho, convertido en estación por el paso de las vías en su terreno. Vino entonces el tráfico, el movimiento que llevó a las gentes en espera de trabajo. Y como por la fama llegaban más gentes, por su sola fuerza se formó una congregación numerosa y en crecimiento con barracas y habitáculos improvisados. Así se fue construyendo adobe sobre adobe, ladrillo sobre ladrillo, porque nada se había recibido de la anterioridad de los siglos. Ninguna herencia había de costumbres seculares, tradiciones ni todo aquello que conjuga el pasado para la posteridad.

En diez años, de 1883 a 1893, la congregación pasó a ser la Villa del Torreón, por decreto del Congreso del estado con fecha 24 de febrero de 1893. Era gobernador José María Garza Galán y presidente del país Porfirio Díaz.

Todo lo que hemos relatado se refiere al origen de una ciudad, de una comunidad emprendedora, que en pocos años tuvo que hacer frente a un porvenir inmediato e inesperado, debido a su crecimiento, a sus actividades productivas, y a los extensos campos de algodono en

su entorno. Propios y extraños han alabado el progreso de esta región por sus trabajos agrícolas, por sus venas de agua o canales para riegos oportunos. Las avenidas del Nazas y la distribución de las aguas benefactoras han representado la gran riqueza de la región desde el tiempo en que se iniciaron las siembras del algodónero, a mediados del siglo XIX, cuando era su propietario Leonardo de Zuloaga.

El desarrollo de esta región es un hecho histórico muy significativo globalmente. Más que los datos sobre personas y fechas, todo memorable, importan los factores concurrentes desde un punto de vista antropológico que deciden cómo nace y se desenvuelve una cultura. Un asiento básico son las buenas tierras limosas de aluvión, abundantes en materia orgánica y en sales útiles, El complemento del agua en avenidas periódicas por lo general oportunas, y su almacenamiento y conducción, es un segundo factor primordial. Ambos se conllevan con un clima apropiado al cultivo del algodónero. Otro factor imprescindible es la acción humana. Mediante el aprendizaje tenaz, el hombre llegado de lejos se convierte en un diestro cultivador de la tierra, capaz de brindar al algodónero la atención que requiere desde la siembra de la semilla hasta que la fibra blanca es puesta en balas para su exportación a las fábricas textiles.

En el rancho del Torreón no sólo había expertos en el cultivo de la tierra, sino toda clase de oficiales, hasta llegar a los músicos y panaderos. Muchas de las gentes ya asentadas en el rancho vivían aún en habitáculos improvisados. Entre los recién llegados en busca de trabajo y seguridad económica, más los residentes en Santa Rosa y San Fernando que acudían regularmente a las labores del campo y de la construcción, comenzaban a formar un total significativo. En el pequeño poblado y en quienes lo ocupaban se estaba gestando el espíritu de una comunidad mayor. Cada uno de los avciñados traía consigo sus tradiciones y leyendas; sus costumbres, cuentos y supersticiones; sus temores y problemas; virtudes, vicios y defectos; su credo religioso y pagano. Todo lo imaginable y lo necesario —desde la iglesia y el cabildo— estaba en vías de hacerse. En el crisol del tiempo se mestizaban todos los troncos. De ello resultaría una comunidad con perfiles propios.

Se procedió de inmediato a la construcción de represas y canales conductores hasta los cuadros más lejanos, así como de miradores. Las tierras eran magníficas pero estaban ociosas por falta de brazos: de hombres dedicados a las labores agrícolas, a partir del desmonte de

tupidas arboledas de mezquites, huizaches, chaparros y multitud de pastizales abundantes pero pobres para el ganado.

Se afirma con datos verdaderos que los primeros peones que trabajaron en el rancho del Torreón fueron gentes venidas del otro lado del río Nazas, del poblado del Cuencamé, que se instalaron en refugios hechizos. Nada más lo indispensable para ir la pasando, pese a los cambios del clima tan variable entre el crudo invierno y el ardiente verano, con los peligros de las enfermedades ya endémicas de la región. Otros ranchos próximos habían prosperado bajo la dirección del rancho del Coyote: La Joya, La Palma, San Miguel, La Partida... Todos pasaban el mismo proceso: primero el desmonte de las arboledas que penetran hondo la tierra, labor lenta y cuidadosa; después levantar los bordos de los cuadros de cultivo y pasar sobre la cama las pesadas rastras hechas de palos hasta nivelar la tierra; el riego hasta entarquinar a más de un metro de altura y dejar a resumirse y lograr la humedad profunda para luego arar y sembrar y cuidar el cultivo con una serie de pasos, al parecer rituales, hasta la pizca de la bellota, la consagración de la cosecha del oro blanco, la sedosa fibra del algodónero, emperador de las malváceas.

#### *La sugestión de prestigio*

Se ha tomado el término de *sintalidad* para definir los rasgos del grupo de hombres que habitaron el rancho del Torreón, en aquel principio en que fueron acercándose muchos de ellos, peones en su mayoría, hasta integrar una congregación. Después la harían una villa y, en pocos años más, una ciudad que aumentaba rápidamente sus factores de energía, habilidad y dirección.

El término *sintalidad* ha sido estrechamente relacionado con la mecánica de los grupos; y también es factible aplicarlo a los numerosos factores que integran un grupo de mayor dimensión, como es la comunidad de los años en que arranca la historia, en general, de las comunidades laguneras. A mayor abundamiento, se ha usado el término *sintalidad* para definir en el grupo lo que el término *personalidad* define en el individuo. La palabra implica un sentido de identidad, de identificación, "cual tal", de una comunidad o de una ciudad consigo misma, sin lugar a confusiones, porque allí quedan puestos los rasgos inconfundibles de distintos órdenes: histórico, geográfico, social, psicosocial, racial, económico, cultural, folclórico y otros más que suelen componer una auténtica integración.

De tal suerte nuestra ciudad se inició en el rancho del Torreón y de allí creció al oriente, con ritmo inusitado, en plenos campos de cultivo, lo que ocasionó la venta de los cuadros para los colonos compradores y que se fueran destinando algunos para el cabildo y la iglesia en torno a la plaza de armas que nunca realmente lo fue, por carecer en un principio de las dos autoridades que consagran a una ciudad desde los tiempos coloniales. Esto marca otra característica muy importante en la sintalidad de esta comunidad lagunera.

Desde que el rancho del Torreón se convirtió en estación, cundieron las noticias un tanto exageradas acerca de las buenas cosechas, del trabajo bien remunerado, de las fáciles ganancias. Noticias que corrieron por igual entre gentes del campo y en las ciudades de importancia. Así se produjo el fenómeno social de la sugestión de prestigio, cuyos efectos se manifestaron durante los años de la gran afluencia de gente sobre todo campesina de los estados circunvecinos. Como todo se hallaba nimbado por halos fantásticos de promisión y de mito, una especie de fiebre de oro movió a grupos diversos, desde los más pobremente cultivados hasta los mejor dotados; lo mismo la gran masa popular de trabajo y progreso, la gente de positivo provecho comunitario, que los aventureros.

### *Los grupos étnicos*

La afluencia de gente de la más diversa procedencia, como españoles, árabes, chinos y alemanes en mayor proporción; norteamericanos, ingleses, franceses, judíos y griegos en menor —no por ello menos valiosa— intervino para integrar un fortalecido patrón de cultura muy particularmente lagunero. Por tal razón, del todo histórica, la comarca lagunera se halla, aún ahora, totalmente definida por esos influjos determinantes. En estos lares ha sido proverbial el natural alegre y confiado de la gente; su prodigalidad y desprendimiento; su entusiasmo para acometer grandes obras y grandes esfuerzos.

### *Los españoles*

Se estima con acierto y verdad que la principal inmigración comarcana fue integrada por los españoles que se avezaron en el cultivo de los campos con un florido saber que trajeron consigo de la Madre

Patria. Hombres como Leonardo Zuloaga, Feliciano Cobián, Joaquín Serrano, para no mencionar sino a quienes vivieron de la época histórica comprendida en este apartado (1880-1884). Otros muchos fueron aquí como la regla de oro del saber agrícola, los maestros, entonces sí transterrados, en una tierra prodigiosa y noble de la que surgía el algodónero, el sedoso emperador "para que el trigo supiera de la rosa". Se ha dicho que la agricultura es un arte, una ciencia y un oficio, un todo coherente que los agricultores españoles impusieron con disciplina y rigor en el cumplimiento de las labores.

Ellos fueron los auténticos pioneros en estas soleadas tierras, ganadas al desierto por su empecinado tesón, conjuntamente con los peones de origen zacatecano que integraron "el brazo fuerte campesino que venció la dictadura del desierto con mirada de tiempo y esperanza".

Los españoles se establecían en el mismo terreno de las siembras, conviviendo con los empleados del rancho y con la peonada, que no estaba acasillada, como en las haciendas grandes del interior. Entre otros muchos, éste es un rasgo edificante de la sintonía comarcana. Cualquiera que haya sido su conducta o proceder, lo cierto es que los españoles hincaron hondo en el corazón de La Laguna, enseñando además de las cosas de labranza, otra disciplina tenaz y sostenida, un empeño y una fuerza que nunca tropezaron con imposibles. El proloquio: *quiero, puedo, debo* se realizó en su máxima proporción en algunos de ellos, hasta alcanzar fama y fabulosas ganancias con la agricultura y las actividades industriales dentro y más allá de la comarca.

Los españoles trajeron sus costumbres de vida sencilla, sus tradiciones, su credo; su alegría, sus danzas y cantares. Siguen ciertas tradiciones que se repiten año por año y algunas costumbres insoslayables como una llama votiva tomada del altar de sus mayores. Todos ellos, desde los más sencillos hasta los mayormente encumbrados son merecedores de un sentimiento de gratitud comarcana. Ellos fincaron firmemente las bases de un fortalecido patrón de cultura.

### *Los chinos*

Otro grupo de muy importante afluencia desde que comenzó a pasar por Torreón el Ferrocarril Central Mexicano fueron los chinos, sobre todo de extracción cantonesa, de la China que mira al Pacífico, de donde han partido las grandes migraciones. Se dedicaron al comercio de abarrotes, a la atención de cafeterías y lavanderías; pero antes

que nada al cultivo de hortalizas para proveer el mercado y atender las estaciones del ferrocarril, de manera principal las del Ferrocarril Internacional entre Ciudad Porfirio Díaz (hoy Piedras Negras) y Durango. Los chinos se ubicaron en los terrenos de El Pajonal, muy al oriente del rancho del Torreón, sitio extenso y feraz, en declive, regado por las limosas aguas del río, con abundantes y crecidos pastos.

El chino se amalgamó a la vida lagunera y porverbalmente fue ingenuo, honesto, ahorrativo, trabajador, sin recurrir a engaños en sus negocios y transacciones. De peculiar modo de vida: poco comunicativo, acaso con cierta introversión racial, trasunto de su historia amurallada; cumplido y formal en sus compromisos. Los chinos levantaron un perfil de importancia histórica en toda la comarca y uno de ellos, Foon Chuck, destacó brillantemente en los negocios y en las actividades agrícolas.

#### *Los árabes*

Los árabes procedían de diversas regiones; los identificaba su ocupación habitual: el comercio. La historia del clan se repetía en estas latitudes que parecían una réplica de la región de origen. Es la historia misma del patriarca al que se rinden los honores y las cuentas; quien concedía laudatorio sus lisonjas al más destacado de los vástagos; aconsejaba y orientaba mediante su experiencia; ordenaba y mandaba lo conveniente para alcanzar el coronamiento de la riqueza mediante el trabajo incesante, personal o de grupo.

Era el comerciante que llevaba a cuestas las mercancías que iba ofreciendo por los ranchos y los caminos de la comarca; con su particular manera de hablar, de halagar, que recuerda los perfiles del ancestro del desierto o del mar, yendo en caravana por la ondulante y árida planicie o a remo y vela recorriendo el litoral del mar interior. Se trataba de la costumbre impuesta, de una inexorable herencia hecha hombre. En este grupo influyó en gran medida el fenómeno de la sugestión de prestigio: de unos cuantos pioneros el grupo se extendió numeroso en los ranchos aledaños, aunque sentó sus reales en el rancho del Torreón. Los más de confesión católica; los menos de credo musulmán.

#### *Los alemanes*

Los alemanes se dedicaron a los negocios de ferretería, y de señalada manera a la mecánica, oficio en que cumplían a satisfacción manteniendo en funcionamiento los implementos agrícolas, mediante obras de

herrería necesarias para reponer y reparar piezas claves de la maquinaria que ya procedía de la industria norteamericana o europea por las vías del ferrocarril.

Años adelante, cuando se instalaron en los ranchos plantas de energía eléctrica para el bombeo del agua del subsuelo para los riegos de auxilio, los alemanes atendieron estos trabajos importantes y oportunos, pues eran expertos tanto en la instalación como en el mantenimiento de esa maquinaria alemana que gozaba de gran prestigio. Ulteriormente, en épocas más avanzadas, los alemanes fueron los principales comerciantes de artículos eléctricos.

**En general** la comarca lagunera y en especial la ciudad de Torreón, formada por campesinos y por infinidad de personas agregadas de variada procedencia, siguió en su crecimiento un complejo proceso a partir de una sociedad en cieme muy en sus principios, que después se vio grande y constantemente influida por grupos tanto nacionales como extranjeros que le comunicaron rasgos y perfiles muy bien definidos. En la época de que nos ocupamos, los cuatro años (1880-1884) del gobierno de Manuel González, la escasa población de estos lugares era de origen español, de criollos y mestizos, sin la presencia de ninguna comunidad indígena.

Al paso de los años Torreón creció rápidamente, de manera muy precisa hacia el oriente, rumbo en que se abría la planicie. Tal desarrollo estaba sostenido por los nuevos allegados, personas de distinta índole y condición social, de credos diferentes, de regiones mexicanas y de países diversos. En esta amalgama actuó sin duda el proceso de difusión o de influencia de los rasgos culturales de los distintos grupos en contacto con una sociedad en los inicios de su evolución. La transculturación de los grupos raciales en el asentamiento humano original español, criollo y mestizo, produjo señalados rasgos y perfiles en la sintonía de la comunidad lagunera.

### ***La facilitación y el rango social***

En cada una de las personas que llegaron para añadirse al conglomerado social, existía un deseo de mejoramiento, de probar fortuna en el nuevo medio que se abría promisorio –sin importar el rango social ni la índole de las ocupaciones–. Había una motivación activada por la sugestión de

prestigio que imperaba fuera de la región, tanto en México como más allá de sus litorales. Los que se decidieron, lograron la meta deseada.

La facilitación social favoreció a muchas personas; desde las más humildes hasta las mayormente destacadas, cada quien en su área de trabajo. Por motivos de competencia individual y de grupo algunas gentes se encumbraron en lo económico y en lo social; llegaron a planos impensados, porque siendo hombres de trabajo y persistentes, lograron provecho de la oportunidad que encontraron, no solamente en lo que toca al dinero, sino también en lo que al trato social corresponde. Se alcanzó un rango social que abría las puertas más exclusivas. Al propio tiempo se disponía el ánimo para el mejoramiento en el trato de las personas, en el atuendo refinado y pulcro así como en la prestancia personal. Se asistía a una verdadera transformación. La fábula de Pígmalión y Galatea se aplica exacta en esta latitud y se corresponde con la realidad histórica sin exageración.

### *Vistas al futuro*

En un principio, que era en sí indefinible, indeterminable en su proyección hacia rumbos imprecisos, Torreón no tuvo una secuencia histórica de fechas y de personas nombradas, sino más bien plétórica de acontecimientos y de hombres señeros que actuaron con insólita decisión para establecer las bases de una comunidad. Aquellos hombres dejaron para la posteridad un prodigioso manantial de vida y de esperanza, del que brotarían no sólo las aguas lustrales de una ciudad soñada sino también la reciedumbre, la decisión, la entereza del hombre de La Laguna, que se ha mantenido enhiesto ante las mayores adversidades.

A la postre del tiempo inmediato surgió una comunidad que arranca de la tierra misma, con las caricias de las brisas mañaneras a la par de la rudeza de los vendavales. Un barrio por ahí y otro más allá y "advierte el río de las aguas limosas que una ciudad le va creciendo del costado", en la que todo va siendo fruto de los grandes esfuerzos. Un paso más y se avizora ya el diseño de su figura en una cuadrícula urbana muy puesta en la planicie que otrora fue multivariado campo de vegetación arvense; ya el verdor parejo del algodónero, el oro blanco que dio fama y sobrada riqueza; ya los ondulantes dorados trigales que rinden la copiosa harina; también los pastizales ingentes, pajonales y tobosos; todo eso y mucho

más en la vegetación xerófita de variadas especies de la flora parda; no así los cactus vivos del desierto y la púa hiriente del cardenche; las palmillas centinelas tocadas de penachos blancos.

¡Torreón!: tu historia es constelación de tradiciones, hombres y monumentos. Acaso cuentes con agregados a tu muy reciente anterioridad: los escritos, las crónicas y las memorias. Pero la mera esencia de tu historia, que es tu gloria, proviene del mirador que es el Torreón, de la represa del Coyote, de las avenidas del agua limosa del río que es la linfa nutriente en las venas de los tajos. Esos monumentos perdurables, labrados por las manos de los hombres que fueron, son el vivo testimonio de una comunidad dispersa con tradiciones agrícolas, campesinas que se volvió poblado y paró en ciudad, nombrada por el poeta "la Rosa del Siglo".

## XI. Torreón en la Revolución Mexicana

Manuel Terán Lira

**Torreón entró a la historia** gracias a que fue escenario de la Revolución Mexicana. Cuando recibió el título de ciudad, el 15 de septiembre de 1907, se mostraba orgullosamente como una población modelo del sistema porfirista. Se estaba convirtiendo en un emporio agrícola, comercial y bancario. Contaba con seis consulados extranjeros y seis casas bancarias; luz eléctrica, drenaje, agua potable domiciliaria, teléfonos, trenes eléctricos que recorrían por varias rutas la ciudad e iban a Lerdo y Gómez. Era una ciudad cosmopolita a la que habían llegado muchos españoles, árabes, alemanes, chinos, italianos y franceses. Por otro lado, las haciendas de Torreón y de La Laguna presentaban el mismo cuadro de semifeudalismo que en el resto del país; los peones y sus familias vivían explotados por los hacendados, en condiciones infrahumanas. Los contrastes eran tremendos. Un solo ciudadano alemán, como Sigifredo Buchenau, podía mandar traer, de su bolsa -desde Austria, como regalo a Torreón- las cuatro hermosas esculturas de bronce cuyas réplicas aún adornan la Plaza Dos de Abril; las autoridades tramitaban directamente con Alemania un préstamo para pavimentar las polvorientas calles, y se organizaban con todo entusiasmo las pomposas fiestas del Centenario. Pero hervía ya la furia revolucionaria de los humildes.

Las fiestas del Centenario de la Independencia llenaron de entusiasmo a todas las clases sociales, ya que se prepararon con bastante tiempo. Ese año, la solemne y a la vez popular ceremonia del Grito tuvo para Torreón y sus gentes ricas un significado doble, ya que coincidió con la inauguración del monumental Casino de la Laguna. La ceremonia, llena de colorido y de luz, fue la noche del 15 de septiembre de 1910. Tras inaugurar el elegante recinto, el señor presidente municipal, el doctor Leopoldo Escobar, acompañado de los miembros del cabildo,

autoridades e invitados, dio el Grito desde el balcón principal del Casino, ante la multitud que desde el atardecer se estuvo reuniendo en los alrededores de la Plaza, en la gran fiesta popular que entonces se llamaba jamaica, y que no viene siendo otra cosa que la actual kermese, romería o verbena popular. Al momento de la tradicional ceremonia, el fervor patrio y la emoción cívica fueron creciendo mientras todos los presentes iban recordando cómo, cien años atrás, el padre Hidalgo había iniciando la Guerra de Independencia. Emocionados ante la bandera nacional, todos coreaban los gritos de ¡Viva México!, ¡Vivan los héroes de la patria! En plena euforia patriótica, la multitud lanzó el estentóreo grito de ¡Viva Madero! ¡Viva la Revolución Mexicana! Y no faltó el tradicional y amenazante ¡Mueran los gachupines!, exaltación popular que hacía explosión cada 15 de septiembre.

Al terminar la ceremonia del balcón, los invitados a la inauguración del Casino de la Laguna se dispusieron a celebrar su fiesta. Mientras tanto, la gente de clase media y baja, reunida en una sola multitud, en un solo y verdadero pueblo, se aprestó a celebrar la suya, improvisando en el kiosco una tribuna cívica desde la cual se arengó al público a participar en la ya próxima revolución maderista. La incendiaria invitación fue lanzada por Eugenio Aguirre Benavides, de 26 años, quien fue detenido y duramente reprendido por el propio presidente municipal. ¿Quién iba a pensar que ese joven de familia acomodada, en unos meses más se levantaría en armas y para 1912 sería nombrado presidente municipal de Torreón?

### *Noviembre de 1910*

En Torreón y en Gómez Palacio se formaron los comités del Partido Antireeleccionista. Visitó La Laguna el candidato, Francisco I. Madero, quien acudió a un mitin que se efectuó en casa del doctor José María Rodríguez, por la calle Juan Antonio de la Fuente, al que asistieron los presidentes de los comités de Torreón, el profesor Manuel N. Oviedo y el señor Dionisio Reyes, de Gómez Palacio.

De Torreón, Madero salió a San Pedro y de ahí a Monterrey, donde fue apresado, acusado de ofensas al presidente Díaz. En la penitenciaría de San Luis Potosí permaneció hasta pasadas las elecciones. Porfirio Díaz fue declarado reelecto el 4 de octubre; Madero salió del penal al

siguiente día, bajo caución, recibiendo por cárcel la ciudad, de donde huyó a San Antonio, Texas, donde al llegar, el 7 de octubre de 1910, lanzó el famoso Plan de San Luis. Mediante un propio hizo llegar sendos ejemplares a los maderistas de Gómez Palacio, y a Manuel N. Oviedo, quien convocó a una reunión urgente a Orestes Pereyra y sus dos hijos –después miembros de la gloriosa División del Norte–, así como a Mariano López Ortiz, Sixto Ugalde, Gregorio García, Benjamín Argumedo y otros entusiastas maderistas. Ahí se enteraron del contenido del Plan de San Luis. Madero invitaba a los ciudadanos a tomar las armas para derrocar a las autoridades usurpadoras que por medio de un fraude escandaloso e inmoral se habían apoderado del gobierno. El levantamiento sería el domingo 20 de noviembre a las seis de la tarde.

### *Domingo 20 de noviembre*

La cárcel estaba en la esquina de la Morelos y la Treviño, donde se encuentra el Hotel Río Nazas; la Presidencia Municipal se hallaba enfrente, por la misma Morelos, que aún no tenía camellones; ninguna de las calles de Torreón estaba entonces pavimentada. En los días anteriores estuvieron circulando anónimos que denunciaban a los principales maderistas, que fueron encerrados en la cárcel, encabezados por el más importante de todos, Manuel N. Oviedo.

La mañana del día señalado hubo rumores de que los maderistas habían estado invitando a los obreros para que se alzaran en armas. Sobresalía el temor de que serían encabezados por los de Metalúrgica, pues el director, el ingeniero Felicitas Villarreal, era simpatizante del maderismo. Inmediatamente lo mandaron traer por un pelotón de soldados ante Leopoldo Escobar y el coronel Ismael Zuñiga, jefe político de Lerdo, quienes lo interrogaron largamente; al final lo dejaron en libertad, al comprobar su postura ajena a la violencia.

Esos días anteriores al 20 de noviembre, para calmar el temor de la clase porfirista y de la gran cantidad de extranjeros residentes en Torreón, se hizo saber que se había recibido mejor armamento para la guarnición militar de la plaza; estaría bien vigilada por el teniente coronel Enrique Sardaneta, que con sus tropas de caballería patrullaría la ciudad. Ante esta circunstancia, los maderistas más entusiastas de Torreón, decididos a levantarse en armas, optaron por ponerse en

contacto con los de Gómez Palacio, a quienes encabezaba el señor Dionisio Reyes, y finalmente acordaron unirse a ellos.

La tarde de ese domingo las familias y los jóvenes paseaban en las plazas, de Torreón y de Gómez Palacio, ajenos a lo que se estaba gestando. Mientras tanto, los maderistas de Gómez y los de Torreón acordaron reunirse a las seis de la tarde en un templo bautista de aquella población, en la esquina de la Hidalgo y Mártires, con el fin de que ver a tantas personas reunidas no despertara sospechas. Años después, cuando Villa se adueñó de esa población y le indicaron dónde se habían reunido para lanzarse a las armas, ordenó que a tal calle le pusieran el nombre de Mártires y allí se colocara una placa alusiva, que todavía puede verse, honrando la memoria de aquellos hombres.

Se reunieron y estuvieron esperando a que llegara la mayor cantidad de maderistas. Faltó Dionisio Reyes, que estaba casi inválido y no asistió; en su lugar se nombró al tranviero Jesús Agustín Castro. Ya al filo de las once de la noche, según relató el mayor Efraín Flores Mancillas, el último sobreviviente de esa acción, se dirigieron a Santa Rosa la Vieja, donde estuvo la casa grande de lo que fue la hacienda, en el Deportivo el Campestre. Allí, en unas ruinas, habían ido escondiendo armas y cartuchos que se repartieron, mientras alguno dijo unas palabras invitándolos a hacer un juramento, y otro les repartió unos listones tricolores que se prendieron en el brazo, como una insignia, los 35 maderistas que esa noche se levantaron en armas. De aquel sitio despoblado se dirigieron a la ciudad, en dos filas, con el objetivo de tomar la cárcel y la Presidencia Municipal, que estaban juntas, en Morelos y Patoni. Llegaron por la parte posterior: quince atacaron por el frente, cinco se fueron a la esquina del mercado, que se llamaba Baca Ortiz, y los restantes quince subieron por las azoteas para sorprender a los vigilantes. A un grito de ¡Viva Madero! abrieron fuego y dejaron muertos a cinco policías. Luego liberaron a los presos y los invitaron a que se les unieran, mientras sacaban los muebles y la papelería a media calle y le prendían fuego.

Mientras tanto, en la Presidencia Municipal de Torreón estaban con el doctor Escobar, el coronel Ismael Zúñiga, el teniente coronel Enrique Sardaneta, el jefe de la policía y el jefe de la Acordada, listos para organizar la defensa. A esa hora recibieron noticias de que había ocurrido una balacera en Matamoros, otra en Gilita y por la tarde una en Concepción del Oro, donde había muerto el presidente municipal. El doctor Escobar, impresionado, se retiró a su domicilio; a la una de la mañana le avisaron que en

Gómez Palacio habían matado a los gendarmes, quemado la Presidencia y echado fuera a los presos, que andaban ya armados pues habían saqueado un montepío y una ferretería donde venían armas y parque. Escobar se trasladó de nuevo a la Presidencia, donde ya estaban los empleados municipales y simpatizantes del gobierno, con rifles y pistolas. Con el jefe de la policía fueron a la cárcel, que estaba enfrente, donde ordenó al alcaide que en caso de ser atacados por los alzados sacrificara a todos los presos en sus celdas y calabozos; prefería verlos muertos a que se fueran de revolucionarios.

Toda la noche esperaron el ataque de los alzados, los que andaban asaltando en Gómez Palacio o los que esperaban que vinieran de Metalúrgica o de las fábricas del rumbo de la Alianza. Como amaneció y no había sucedido nada, se ordenó que salieran tropas federales encabezadas por Sardaneta: 25 hombres de infantería, del 23º Batallón, bajo órdenes del capitán Arnulfo Ortiz y 25 del 8º Regimiento de Caballería, que comandaba el teniente Juan Zorrilla Guerrero.

Ya al amanecer, bajo las órdenes de Jesús Agustín Castro, los maderistas de Gómez –Lázaro Chacón, Martín Triana, Benjamín Argumedo, Orestes Pereyra y sus dos hijos, Gregorio García, José y Cosmé Villa, Sixto Ugalde, Eпитacio Rea, Ladislao López y otros– salieron rumbo a Lerdo, a cuya entrada se les ocurrió descansar un rato; allí los atacaron los federales de Torreón, reforzados por los rurales de Gómez Palacio, trabándose una nutrida balacera.

Cinco maderistas se quedaron a proteger la huida de sus compañeros parapetados en un tranvía, en el que luego hábilmente se retiraron. Lo manejaba Agustín Castro, quien por ser de ese oficio supo poner a salvo a sus compañeros Orestes Pereyra, Gregorio García y Antonio Palacios. Enrique Estrada fue el único maderista que perdió la vida en esa acción.

Los federales regresaron a Gómez Palacio y luego a Torreón, donde fueron recibidos como héroes. Sardaneta aseguró que habían tenido sólo dos heridos, que los revoltosos habían recibido su merecido castigo, y que ya nunca volverían a pararse ni por las orillas de Torreón. En realidad los soldados del gobierno tuvieron cinco muertos y varios heridos que llevaron a Lerdo. Mientras tanto los maderistas se repartieron en grupos para seguir reclutando gente en los poblados y rancherías. Algunos regresaron a sus hogares, como el joven Ladislao López, de Gómez Palacio, quien fue denunciado, detenido y colgado de un árbol

en el cruce de la hoy calzada Agustín Castro y la Degollado, donde quedó varios días para que sirviera de escarmiento.

### *Torreón en 1911*

Al iniciarse el año continuó como presidente municipal el doctor Escobar; todo parecía en paz; algunos maderistas de Torreón estaban presos, encabezados por Manuel N. Oviedo, quien desde la cárcel quería seguir publicando su *Hoja Suelta*, que ya no le quisieron trabajar en ninguna imprenta. Algo que fue llamando la atención, que no tenía explicación oficial, y daba lugar a que todos sacaran conjeturas y variadas versiones, era la continua llegada y salida de contingentes militares de mayor y menor número, unas veces en góndolas de ferrocarril y otras con jaulas de caballos. Mayormente llamó la atención la llegada a Torreón de un tren militar con un batallón completo que venía de Monterrey para acantonarse y servir de apoyo a las fuerzas federales en esta ciudad.

Fue también motivo de alarma la llegada de señoras norteamericanas con sus hijos pequeños, quienes fueron atendidos muy amablemente por el cónsul norteamericano y por los residentes de esta ciudad. Se carecía de información; los periódicos no decían nada al respecto y sólo las personas de habla inglesa sabían que algunas partidas maderistas estaban creando un clima de violencia, según lo comentaba el *Torreón Enterprise*, periódico publicado en inglés en esta ciudad por Oren Mattox, desde 1902, en su imprenta El Aguila de Oro, que estaba en la calle Ramos Arizpe número 11 sur, en la manzana del cuartel del Quince. Ese periódico no sufría la censura oficial; aparecía en inglés y circulaba sólo entre los residentes estadounidenses. Informaba que debido a que el gobierno había prohibido que se trasportara dinamita por ferrocarril, si la situación continuaba la American Smelting and Refining Company y la American Smelters Securities, gigantescas corporaciones mineras, cerrarían las plantas y minas de Santa Eulalia y Santa Bárbara. También las de Velardeña y Asarco -allí trabajaban nueve mil obreros- tendrían que cerrar desde el 1º de mayo, así que los empleados ya estaban concentrando sus familias en Torreón, para retornar a los Estados Unidos. En total, quedarían desocupados unos cincuenta mil mineros y esto los orillaría a impulsar la revolución que ya se estaba presentando en las

poblaciones pequeñas a lo largo de las vías del ferrocarril. Publicaba el periódico que una partida de rebeldes había ocupado Velardeña y que otros grupos habían tomado Peñón Blanco y habían estado en Sombretillo, cerca de Cuencamé. Abandonaron este lugar al saber que se aproximaba un tren militar, con el que se tirotearon entre Cuencamé y Yerbániz, quemando algunos puentes entre Torreón y Durango.

Por la vía de Torreón a Fresnillo, rumbo de Jimulco, entre El Aguaje y la Mancha, merodeaba una partida muy grande, como de 400 hombres a caballo, a las órdenes del cabecilla Mariano López Ortiz, que llegaban armados, solicitaban maíz y otros bastimentos que pagaban al precio que se les pedía. Otra nota informaba la presencia de gente armada por los alrededores de la poderosa Hacienda de Santa Teresa; probablemente ellos habían incendiado el puente de Concordia, del ferrocarril a San Pedro.

La alarma aumentó al saberse que un muy grande grupo armado y montado había pasado a medianoche cerca del panteón de Lerdo, con dirección a La Loma, Durango. También se informó del incendio de los puentes del ferrocarril a Jiménez; las cuadrillas que se desplazaron para repararlos fueron dispersadas a balazos por los rebeldes, así que se implementó un convoy de 500 soldados del 29º Batallón, con jaulas de caballos, que salieron a proteger la reconstrucción de los puentes. Se dijo que la partida de rebeldes avistada cerca de Santa Teresa era la misma que intentó apoderarse de la casa grande de Lequeitio y tuvo un encuentro con los federales en Vega Larga, donde dos rebeldes resultaron muertos y otros heridos, sin que se conociera el número de bajas federales. En otras notas se anunció que esa mañana habían llegado a Jimulco 34 soldados del gobierno que venían escoltando el tren de México; que la vía de Torreón a Zacatecas estaba fuertemente resguardada, sobre todo en los puentes, para evitar que fueran incendiados.

### *Llegan más trenes militares*

En abril de 1911 llegaron más trenes federales con tropas de infantería y caballería, de Guanajuato y México, así como gran cantidad de cajas de cartuchos, cañones, armones de artillería, carretas y automóviles; oficialidad, y servicio médico y sanitario. El contingente causó impresión a lo largo de las vías y en los patios de la estación, por la Alianza y a lo largo

de la Iturbide, hoy Presidente Carranza. Las tropas fueron acuarteladas en las fábricas vecinas, como La Fe y La Constanza, y en bodegas como las del express y las de algunos comercios cercanos.

El 16 de abril se informó que el cabecilla Jesús Agustín Castro, al frente de un fuerte contingente a caballo, había tomado Nazas, Durango, en cuya defensa murieron algunos soldados, al igual que rurales, políticos locales y el jefe político del distrito. Días después, el cabecilla Pablo Lavín ocupó Ciudad Lerdo, mientras Castro avanzaba tomando haciendas y rancherías, donde se le unían los peones y mineros desocupados de Velardeña. Avanzó de Nazas a Mapimí, de ahí a Bermejillo, y luego, en varias columnas, a Gómez Palacio, quemando los puentes del ferrocarril para evitar el paso del ejército porfirista. Las fuerzas de Benjamín Argumedo ya habían tomado San Pedro, Concordia, Lequeitio, Coyote y Matamoros. Luján y El Compás también estaban ya en poder de partidas de maderistas con distintos cabecillas. Los principales eran Orestes Pereyra y sus dos hijos, Sixto Ugalde y Gegorio García, los mismos que se levantaron en armas en Gómez Palacio el 20 de noviembre y que, según el jefe federal Enrique Sardaneta, estaban tan escarmentados que jamás regresarían. No regresaron solos. Encabezaban a miles de gentes del pueblo que retornaban a Torreón para cobrarse por su propia mano quién sabe cuántos años de hambre, humillaciones y explotación.

Miles de maderistas rodeaban Torreón desde los cerros del Cañón de Calabazas, a lo largo del Nazas, desde los ranchos y haciendas del oriente de la población, cerca de la Metalúrgica, por la vía del ferrocarril a México. Otras partidas amenazaban por el Cañón de La Polvorera, por el del Huarache, que es la salida de la vía a Durango, por el camino a Nazareno y Picardías. Torreón estaba rodeado; el ameritado general federal Emiliano Lojero, compañero de armas de Porfirio Díaz, estaba asombrado de ver tan grande número de hombres armados en contra del que ellos llamaban Supremo Gobierno.

### *La primera toma de Torreón, la maderista*

El 9 de mayo de 1911, el mismo día que Villa y Pascual Orozco trataban de lanzar un ataque contra Ciudad Juárez, los maderistas laguneros avanzaron de Gómez Palacio y Lerdo sobre Torreón, trabándose fuertes combates a lo largo del Nazas. Las gentes de Orestes Pereyra, Sixto

Ugalde, Gregorio García, Pablo Lavín y Agustín Castro combatían contra los federales que estaban adueñados del Cerro de la Cruz, del Panteón Municipal y la margen derecha del río –la de Coahuila– donde cientos de civiles humildes fueron obligados a levantar largos parapetos de adobe hasta la compuerta del Coyote, que quedó convertida en un fortín federal –ahora es el Museo de la Revolución. De ahí continuaron por el Tajo del Coyote, que era una trinchera natural –hoy, ya cegado, es el bulevar Constitución.

Mientras por estos rumbos había fuertes combates, al oriente se oían descargas de fusilería y los cañones federales: la gente de Benjamín Argumedo y Cheché Campos, hacendado del Compás metido a maderista, tenía ya tres días y tres noches combatiendo intensamente... luego suspendieron el fuego; la calma que siguió se convirtió en terrible tensión para los federales y los ricos, que al sentir que la guerra era contra ellos habían organizado, como don Porfirio, un grupo armado que llamaron Defensa Social. Lo formaban personas adineradas, simpatizantes del régimen y enemigas de la Revolución: médicos, comerciantes, profesionistas, empresarios, patrones y principalmente hacendados que aportaban su personal: mayordomos, capataces, caballerangos y empleados de confianza. Defensa Social se dedicaba a asistir en lo que podía a las autoridades profiristas, ya fuera el ejército federal, ya la policía. Sus funciones incluían auxiliarlos en las avanzadas y trincheras, llevando agua y alimentos, colaborando en levantar barricadas en las calles, denunciando casa por casa a los partidarios de Madero, visitando a los soldados federales heridos a quienes las damas del grupo les llevaban golosinas y estampas religiosas.

El jefe de Defensa Social era el coronel retirado Carlos González Montes de Oca, oriundo de Viesca, Coahuila. Nacido en 1848, de joven se unió al ejército republicano de Benito Juárez, para combatir a los conservadores y a los invasores franceses, pero después del Plan de la Noria, de Porfirio Díaz, empezó a combatir a los juaristas laguneros, y dio muerte a su comandante, el general Jesús González Herrera, para llevar al poder a Porfirio Díaz. Obtuvo el grado de coronel y la presidencia de Torreón, en 1894. Fue también jefe de armas y jefe político de La Laguna de Coahuila. Vivía en su hacienda de La Concha y en la Villa de Torreón, en el cuarto de manzana a espaldas del Hotel Salvador, que era de su propiedad. Compró la hacienda del Torreón en 1896 y la vendió al siguiente año, guardando para sí gran cantidad de terrenos que convir-

tió en barriadas, de las que rentaba el piso para que ahí construyeran sus jacales las gentes humildes. Era un entusiasta defensor del porfirismo y enemigo acérrimo de la Revolución.

### *Tres días de combates*

Los alrededores de Torreón se hallaban ocupados por cientos de maderistas; el ejército federal estaba concentrado en el centro de la ciudad, en el crucero de La Alianza. Por el oriente ya amenazaban las fuerzas maderistas de Benjamín Argumedo y de Sixto Ugalde, quienes rondaban por el Pajonal —donde están el Estadio de la Revolución y el Bosque Venustiano Carranza— y por las hortalizas de los chinos, que iban desde ese lugar hasta los rumbos de San Isidro. En Torreón vivían unos mil quinientos chinos, la mayoría en las hortalizas.

La noche del 14 de mayo de 1911, el jefe federal de la División del Nazas y comandante militar de Torreón, general Emiliano Lojero, citó a su Estado Mayor y a los altos jefes para informarles que como era inútil seguir defendiendo la plaza, había tomado la resolución de abandonarla a las cuatro de la mañana en punto. Para dejarla, lo principal era proteger la retirada con un dispositivo que cubriera la línea del río Nazas y el flanco del oriente, donde estaban las fuerzas más numerosas. Según consta en el parte girado a la Secretaría de Guerra y Marina, el ex coronel González Montes de Oca propuso y se ofreció a llevarles armas y parque a los chinos de las hortalizas para que cubrieran la retirada de los federales. Varias carretas custodiadas por un escuadrón de caballería salieron acompañados de los miembros de Defensa Social, para llevar el material de guerra a los chinos, a quienes se les entregó con la advertencia de que las armas eran exclusivamente para que se defendieran, ya que había la amenaza de que los alzados los atacaran.

A las cuatro de la mañana del 15 de mayo se dio la orden de evacuar la plaza. La columna federal salió del crucero de La Alianza rumbo a San Joaquín, para de ahí seguir por la Cuesta de la Fortuna, Nazareno, Picardías y concentrarse en Jimulco para buscar la vía libre a Zacatecas. Junto con los federales se fueron muchas familias mexicanas adineradas y los hacendados españoles, quienes prefirieron huir de la ciudad, ya que sabían que entre los maderistas venían sus peones, peleando con el rencor de muchos años de maltrato. La columna salió huyendo bajo un

aguacero torrencial. Los maderistas aguardaban en sus posiciones, al oriente, en la orilla del río del lado de Durango. Sólo habían dejado algunos retenes en el margen de Coahuila y unos escuadrones de caballería para que cubrieran el centro de Torreón, hasta la Alameda y el Hospital Civil (hoy Universitario), que ya era sitio despoblado. Sólo quedaban, a lo lejos, las hortalizas de los chinos.

Un numeroso contingente maderista estaba en el rancho El Tajito, donde tenía su cuartel general. Los encabezaban Benjamin Argumedo, Sixto Ugalde y Cheché Campos. Hasta allá llegaron los informes, casi al amanecer, de que los federales huían por el rumbo de San Joaquín, por lo que se decidió ir hacia Torreón. Todavía no apuntaba el día cuando se ordenó el avance decisivo; al pasar frente a las hortalizas, fueron acribillados sorpresivamente por los chinos. Hubo confusión y pánico, pues creyeron que quienes disparaban eran los federales y que habían caído en una trampa. Tuvieron muchas bajas, y regresaron a su punto de salida para reorganizarse. Cuando amaneció y se les informó que Torreón ya estaba en poder de los maderistas, marcharon hacia la población. Hallaron las fincas de las hortalizas abandonadas.

En la entrada a Torreón, el pueblo humilde se unió a los maderistas, a los grupos de guerrilleros. Hambrientos, tras tantos días que habían pasado unos en combate, otros encerrados en sus casas y jacales. Las gentes humildes de Lerdo y Gómez Palacio, así como las de las haciendas vecinas, al enterarse de que Torreón ya estaba sin federales, se lanzaron al saqueo; primero los abarrotes, restaurantes, cantinas, tiendas de ropa, zapaterías; después las casas de los ricos. La turba iba y venía enloquecida, hasta que corrió la voz de que habían encontrado a los chinos, escondidos frente a la Plaza. Hacia allá se fue la muchedumbre. Al llegar vieron el macabro espectáculo: los chinos estaban siendo arrojados por los soldados desde las alturas del Banco Chino, en Juárez y Valdés Carrillo. Caían en la banqueta, hasta formar una pila de cadáveres. Pasaron tres horas antes de que Emilio Madero, hermano de don Francisco, pudiera dominar la situación y ordenar que se patrullase la ciudad para que se suspendieran los saqueos, robos y demás delitos, así como que cesaran las ejecuciones. A los muertos se les llevó al Panteón Municipal, donde se les dio sepultura en fosas comunes.

En el Banco Chino y en sus afueras se registraron las escenas más brutales. La tropa enfurecida buscó a los chinos de las hortalizas, que tantas bajas les habían causado. Donde los encontró, fueron perseguidos, acribi-

llados, arrojados por las ventanas, muertos o vivos. En la banquetta quedó un enorme apilamiento de cuerpos. Muchos que allí agonizaban eran lazados del cuello y arrastrados a "cabeza de silla", hasta que espiraban. Testigos presenciales refieren que muchos de los maderistas descargaban ahí su coraje y sus armas, dándole a cualquiera de los heridos o muertos un "tiro de gracia". Al final, algunos de los cuerpos realmente ya no tenían cráneo; se los habían desbaratado a balazos. El cuadro dantesco era complementado por los cerdos y perros hambrientos por tantos días de guerra, que furiosos disputaban y corrían con restos de carne humana. El gobierno de China presentó una protesta diplomática, e inmediatamente la cancillería mexicana presentó sus disculpas, llegándose al acuerdo de cubrir una indemnización de tres millones cien mil pesos, que se fijó de acuerdo con la comisión de investigación encabezada por el señor Wong Wa Foy quien, en nombre del encargado de negocios de China, investigó en Torreón y elaboró el dictamen. Debido a los cambios de gobierno provocados en México y en China por sus respectivas revoluciones, esta cantidad nunca fue pagada.

Otra de las manifestaciones de violencia en esa primera toma de Torreón, en 1911, fue el saqueo de casas de los adinerados, bajo el pretexto de que era un acto de justicia revolucionaria.

Para restablecer el orden, ese mismo 15 de mayo, después de que la ciudad fue tomada por las fuerzas revolucionarias encabezadas por distintos jefes, muchos aún sin grado militar, se acordó nombrar un comandante en jefe. Como dijimos, éste fue Emilio Madero quien quedó convertido en general y jefe de la División del Nazas maderista, ya que existía la División del Nazas federal. Emilio Madero nombró inmediatamente a Miguel Robledo autoridad provisional, para que se encargara de los asuntos civiles y se instalaran los servicios públicos y administrativos.

### *La rebelión de Pascual Orozco*

Apenas pasaron seis días de que cayó torreón en poder de los maderistas, cuando se firmaron los tratados de Ciudad Juárez -21 de mayo de 1911-: Porfirio Díaz anunciaba su renuncia y se nombraba a Francisco León de la Barra presidente Provisional, para que convocara a elecciones presidenciales. Inmediatamente se nombró en Torreón un presidente municipal provisional: el profesor Manuel N. Oviedo. Habiendo sido presidente del

Partido Antirreeleccionista, Oviedo permaneció preso desde la víspera del 20 de noviembre de 1910, hasta el 15 de mayo de 1911, cuando fue liberado por las fuerzas maderistas. El 4 de junio de 1911 fue un gran día de fiesta en Torreón, como nunca se había visto: se recibió a Francisco I. Madero, en la estación del ferrocarril, donde fue aclamado por el pueblo lagunero y por grupos de gente armada que portaban banderas mexicanas y estandartes con su efigie. Madero llegó de Piedras Negras y de aquí partió rumbo a Zacatecas, de donde viajó hasta México, en la más grande marcha y recepción que se le haya hecho a un personaje en toda la historia.

Torreón volvió a tomar su ritmo de vida. Se restablecieron el servicio eléctrico, y el de tranvías a Lerdo, Gómez Palacio y los del Circuito. Los bancos, los comercios y las fábricas volvieron a contratar personal para continuar sus labores y aún ampliar sus instalaciones. Inclusive las construcciones se reaundaron, como el chalet de Lázaro de la Garza, frente a la Alameda, en Juárez y González Ortega, que posteriormente le facilitó al general Villa para que sirviera de pagaduría y cuartel, ya que había sido nombrado por él su agente financiero.

Las haciendas volvieron de inmediato a sus labores y de nueva cuenta fueron contratados los peones que se habían ido a la Revolución, y los hacendados siguieron siendo los mismos. El Hotel Salvador dejó de ser cuartel general de los jefes maderistas; quedaron alojados en él solamente el general Emilio Madero y sus acompañantes, en calidad de huéspedes. El hotel –el mejor de ese tiempo– volvió a prestar servicio. Curiosamente, en junio de 1911 la Lotería repartió en Torreón dos premios principales. Los afortunados fueron Francisco Fortuño y Ángel López. Los laguneros recobraron el entusiasmo y el optimismo.

En septiembre de ese año se efectuaron las elecciones para el gobierno de Coahuila y resultó electo Venustiano Carranza. El 1º de octubre tocó el turno a las elecciones presidenciales y triunfó, por la más grande mayoría de que se tenga memoria, Francisco I. Madero. En Torreón, Manuel N. Oviedo continuó como alcalde y convocó a elecciones. El triunfador fue Eugenio Aguirre Benavides, quien tomó posesión el 1º de enero de 1912. La ciudad inició el nuevo año con optimismo y tranquilidad.

Junto con Villa, Pascual Orozco había encabezado la Revolución. Entre ambos tomaron Juárez y este triunfo resonante llevó a la renuncia a Porfirio Díaz y a la victoria a Madero. Sin embargo, una vez que éste estuvo en el poder, se negó a reconocer la importancia

de Orozco. Por un tiempo, inclusive se negó a recibirlo; finalmente lo atendió. Pascual Orozco esperaba ser ministro de Guerra o gobernador de Chihuahua; como una ironía, recibió el nombramiento de jefe de vigilantes del bosque de Chapultepec, lo cual le resultó sumamente ofensivo. Así que inmediatamente regresó a Chihuahua: con el respaldo de sus antiguos compañeros de armas y con el apoyo económico de ricos porfiristas, se levantó en armas contra el gobierno de Madero, por medio del llamado Plan de la Empacadora.

Orozco se concentró en Chihuahua, pero mandó a La Laguna a sus cabecillas Benjamín Argumedo, José Inés Salazar, Marcelo Caraveo, Cheché Campos y otros. Argumedo tomó San Pedro el 17 de febrero de 1912. Se trató de un triunfo con mucha resonancia, más político que militar, por tratarse casi de la tierra de Madero, quien tenía en Parras su casa y propiedades. Toda la fuerza federal de Torreón se concentró sobre San Pedro, pero Benjamín Argumedo logró resistir por más de 20 horas, con lo cual logró su objetivo: que el levantamiento contra Madero tuviera resonancia en todo México.

Inmediatamente se mandó una poderosa columna desde México, al mando del mismísimo ministro de Guerra, el general José González Salas, quien organizó en Torreón su base de operaciones. Reclutó gentes entre los jóvenes y salió rumbo a Jiménez, la zona donde se encontraban las primeras fuerzas orozquistas, que se habían adueñado de Chihuahua.

En Rellano, en el kilómetro 1313, mientras se libraba una batalla, la columna se detuvo a explorar el camino. En eso, repentinamente llegó una máquina sola cargada de dinamita, una "máquina loca" que se estrelló contra el tren de la artillería federal y lo hizo volar. Los federales tuvieron que dar marcha atrás. Aun los oficiales y cadetes del Colegio Militar criticaron la falta de precaución del general González Salas, quien se dio un tiro en la cabeza, para lavar su honra militar.

La columna federal llegó a Torreón completamente derrotada, causando gran alarma en la población, por el peligro de un ataque de los orozquistas. Todo México se sacudió con la noticia. Casi veinte días después entró en Torreón otra muy poderosa columna federal, encabezada nada menos que por el general Victoriano Huerta. La ciudad se vio envuelta en un gran despliegue militar, al estilo de Huerta. Se establecieron cuarteles en las fábricas y se reclutó a la fuerza a gran cantidad de hombres, por medio de las famosas levas.

En la ciudad de Torreón se incorporó Francisco Villa, junto con sus principales cabecillas, quienes por lealtad con Francisco I. Madero se unieron al ejército federal, bajo las órdenes de Victoriano Huerta. De aquí salieron en columna por ferrocarril, rumbo al norte, combatiendo contra los orozquistas por los rumbos de Bermejillo y Tlahualilo. Al entrar en batalla, las fuerzas de Villa eran lanzadas por delante y las sostenía la artillería de Guillermo Rubio Navarrete; los combates más encarnizados se libraron por las tierras de Yermo, Conejos, Peronal y Rellano. Como sucedería siempre, Villa iba a la vanguardia de sus hombres; con sus famosas cargas de caballería se arrojaba encima de los rebeldes, sostenido con gran acierto por la artillería, hasta que los hicieron levantar el campo y huir a Bachimba, donde fueron totalmente derrotados.

### *El fin de Madero*

Villa pasó de regreso por Torreón, pero en calidad de preso. Victoriano Huerta lo acusó de insubordinación y ordenó que lo fusilaran, pero la intervención de Raúl Madero y Rubio Navarrete lo salvó del paredón. Fue enviado a México para que se le formara un consejo de guerra. Huerta pasó triunfante por Torreón y llegó a la capital como un héroe, para convertirse en la sombra de Madero. Mientras tanto, Villa permanecía encerrado en la Prisión Militar de Santiago Tlatelolco, de donde se fugó en la Navidad de 1912.

El primero de enero de 1913 tomó posesión como presidente municipal de Torreón el doctor y general José María Rodríguez, siendo Carranza gobernador de Coahuila y Madero presidente de la república.

Un sobrino de don Porfirio, el general Felix Díaz, se levantó en armas contra Madero, en Veracruz. Fue detenido y trasladado a México, al igual que el ex ministro de Guerra, general Bernardo Reyes, quien al levantarse en armas fue apresado y llevado a la capital. El 9 de febrero de 1913, el general Manuel Mondragón se levantó en armas y liberó a los dos militares. Después los alzados se dividieron en dos columnas. Una, encabezada por Bernardo Reyes, se dirigió a tomar Palacio Nacional, donde él fue muerto a tiros. La otra, comandada por Manuel Mondragón, tomó La Ciudadela, que era un almacén y fábrica de armas, y se encerró allí para resistir.

Ante tal peligro, Madero nombró comandante militar de la plaza a Victoriano Huerta, quien organizó todo un frente de guerra. Libraba fuertes combates de artillería, pero no contra los insurrectos de La Ciudadela, pues eran simulados –si había bajas eran más bien de la población civil–: de día parecían combatir, mas por la noche Mondragón y Victoriano Huerta, los jefes, se reunían en la Embajada de los Estados Unidos con el embajador Henry Lane Wilson, con quien fraguaron el llamado Pacto de la Embajada. Dicho pacto se resumió en que el mismo Huerta apresara a Madero, le pidiera la renuncia y finalmente lo asesinará junto con el vicepresidente José María Pino Suárez. Victoriano Huerta quedó al frente del gobierno mexicano desde el 22 de febrero, cuando fue muerto Madero. En Torreón, la noticia del ruín asesinato fue celebrada con grandes brindis y malsana alegría, tanto en el Casino Español como en el Casino de la Laguna, sitios donde se reunía la flor y la nata de la sociedad porfirista.

Carranza protestó por el asesinato y sostuvo pláticas con representantes de Victoriano Huerta hasta el 26 de marzo –un mes con cuatro días– sin llegar a ningún acuerdo. El general Blázquez se retiró a México, mientras Carranza lanzaba el Plan de Guadalupe, contra Huerta. En cambio, el gobernador de Chihuahua, Abraham González, no aceptó entablar pláticas con los representantes de Huerta, por quien fue mandado asesinar. Queda aquí una interrogante sobre la conducta de Carranza, que futuros investigadores deberán esclarecer.

### *Un ataque sobre Torreón*

Después de su escapatoria de la Prisión Militar de Santiago Taltelolco, Villa se internó en los Estados Unidos. Al enterarse de la muerte de Madero, acompañado de nueve hombres regresó al territorio mexicano para vengar la muerte del iniciador de la Revolución.

Victoriano Huerta, que conocía la importancia estratégica de Torreón, por estar en el centro del sistema de comunicaciones del Norte del país, concentró en esta ciudad sus fuerzas, todas bajo el mando de los generales Ignacio Bravo, Eutiquio Munguía, Felipe Álvarez, Antonio Anaya y Eduardo Ocaranza, más los cabecillas irregulares Benjamín Argumedo, Emilio Campa, Cheché Campos y Pablo Lavín. Por otra parte, todos los antiguos maderistas que habían combatido en 1910 y

1911, volvieron a levantarse en armas, tanto los de Chihuahua y Durango como de La Laguna. Estos últimos sostuvieron algunos tiroteos rápidos contra las avanzadas federales, pero se retiraron sin sostener combates formales.

Para julio de 1913, los maderistas de Durango, encabezados por Calixto Contreras y Orestes Pereyra, y los chihuahuenses, bajo el mando de Tomás Urbina, se fueron acercando a La Laguna. Durante diez días combatieron contra las fuerzas federales. También llegó Carranza. Apoyado por los revolucionarios laguneros, encabezados por el joven general Gregorio García, Venustiano Carranza sostuvo una cruenta acción de armas, en la que García lo protegió con el cuerpo y resultó tan gravemente herido que poco después falleció. Fue sepultado en el Panteón Municipal de Torreón, donde cada 20 de noviembre las autoridades municipales le rinden homenaje, a petición del Museo de la Revolución.

Fue muy cruenta la acción que vivió el pueblo de Torreón en esos diez días de tremendos combates, en que las avenidas Hidalgo y hoy Presidente Carranza se convirtieron en campamentos de las fuerzas federales, listas para salir hacia los frentes de combate en que los requirieran. Del 20 al 30 de julio se combatió sobre Torreón, hasta que los revolucionarios, tanto por agotamiento, como por falta de parque y de artillería, tuvieron que abandonar la plaza. Este hecho sangriento quedó registrado como la "Decena Trágica de Torreón".

El general Ignacio Bravo fue llamado a México y se le quitó el mando, que quedó en poder de Eutiquio Munguía, quien dispuso que se saliera a batir a los revolucionarios que habían huido. Para fines de septiembre fueron concentrándose más fuerzas revolucionarias, mientras Carranza llegaba a Durango en su camino hacia Sonora, donde estaban Calles y Obregón. El 29 de septiembre de 1913 llegaron de Chihuahua las fuerzas de Maclovio Herrera, José y Trinidad Rodríguez y Francisco Villa, quienes con todos los demás jefes de Durango y Chihuahua se reunieron en la Hacienda de La Loma, donde acordaron formar una sola división, un solo ejército, con un solo jefe. La llamaron División del Norte y eligieron a Villa como jefe de todos los jefes.

Como los federales vieron que estaban siendo rodeados por fuerzas revolucionarias, al igual que dos meses antes, decidieron cambiar de táctica: tomarían la iniciativa; saldrían a combatirlos. Formaron una poderosa columna militar con caballería e infantería, a bordo de trenes

por la vía a Durango, al mando del ameritado general Felipe Álvarez, mientras que otra salió rumbo a Gómez, al mando del general Eduardo Ocaranza y otra más cubrió el oriente, bajo el mando de Antonio Anaya, distinguido general porfirista que ahora estaba con el ejército del chacal Victoriano Huerta.

Mientras los revolucionarios nombraban su jefe a Villa y decidían llamar a su ejército División del Norte, en La Loma, empezaron a ser cañoneados por la artillería de Felipe Álvarez, quien con toda su columna se había lanzado en contra de la hacienda. Se suspendió la reunión y se acordó responder el fuego que lanzaban alevosamente los envalentonados atacantes, quienes esperaban hacer huir a las fuerzas de Villa, Maclovio Herrera, Calixto Contreras, Tomás Urbina, Orestes Pereyra, Máximo García, Rosalío Hernández, Manuel Chao y quien sabe cuántos jefes más que se habían reunido en La Loma.

Villa formó dos columnas y dejó otro grupo en reserva. La columna bajo el mando de Maclovio Herrera salió rumbo a Lerdo y Gómez, mientras que la otra, encabezada por él y apoyado por Calixto Contreras, Orestes Pereyra y Máximo García, atacó al federal Felipe Álvarez, quien en forma atropellada dio marcha atrás ante la avalancha de la recién formada División del Norte, que lo obligó a huir y refugiarse en la Hacienda de Avilés, hoy Benito Juárez, Durango.

Al frente de sus tropas, Villa se lanzó al ataque sobre la pequeña población. Los federales se fueron concentrando en el casco de la hacienda y en la iglesia, mientras los trenes de la artillería se ponían a distancia y fuera de peligro. Viendo que el enemigo estaba bien fortificado, el Centauro del Norte ordenó que se fueran horadando las paredes de las casas para avanzar contra las tropas federales, quienes no tuvieron más remedio que concentrarse en la iglesia, que también fue sitiada y donde el general Álvarez, antes de verse preso por las fuerzas villistas, prefirió darse un tiro, al momento que sus tropas se rendían.

Más tarde, al recorrer la población, Villa vio que la muchedumbre arrastraba un cuerpo desnudo, al que insultaban, golpeaban y disparaban. Preguntó de quién se trataba y le dijeron que era el general Álvarez. Villa se indignó y les echó en cara esa acción tan inhumana contra el cuerpo de un enemigo a quien se le debía respeto, como valiente que fue, y arrojándole una cobija ordenó que lo sepultaran.

Máximo García tomó Ciudad Lerdo. Al día siguiente se luchó intensamente en el Cañón de Calabazas. Del lado de Coahuila, el Cerro

de Calabazas estaba perfectamente afortunado por los federales, mientras que del lado de Durango, a lo largo del arenoso lecho del río se libraron fuertes combates con cargas de caballería de los villistas y los colorados, registrándose verdaderas páginas heroicas, que necesitarían otro libro para describirlas con detalle, como homenaje a quienes dieron su vida con ejemplar valentía.

### *Torreón, nuevamente tomado*

El 30 de septiembre de 1913, Villa ordenó que a las ocho de la noche se lanzaran por todos los frentes contra la guarnición de Torreón. Se combatió ferozmente durante toda la noche y hasta el medio día siguiente. Mientras los villistas no daban señales de cansancio, los federales se veían desmoralizados y agotados. Por la tarde se ordenó dejar la plaza. Ordenadamente, la evacuación fue organizada por el general Benjamín Argumedo. A bordo de los trenes retiraron material de guerra, heridos y gran cantidad de familias de ricos que abandonaron la ciudad. Entre ellos el coronel porfirista Carlos González Montes de Oca, responsable indirecto de la matanza de chinos, quien huía ahora de la furia revolucionaria y de la justicia villista. Se marchó a España, donde falleció y fue sepultado.

El 1º de octubre de 1913, al filo de la media noche, entraron a Torreón las tropas de la recién formada División del Norte, con grandes demostraciones de regocijo, pero con la advertencia de que habría pena de muerte al que robara o tomara bebidas alcohólicas, guardándose de esta manera una ejemplar compostura y disciplina, antes nunca vista en una entrada triunfal.

Esta fue la primera toma de Torreón que hizo el general Villa. Al siguiente año volvería a tomar la ciudad, el 2 de abril. A estas acciones los villistas las llamaron el primer Torreón y el segundo Torreón. No hay que olvidar que antes, en 1911, la ciudad fue tomada por los maderistas, el 15 de mayo, cuando ocurrió la matanza de chinos.

Ya dueño de Torreón y de la comarca lagunera, Villa decidió salir hacia el norte, pues en la frontera se apovisionaba de armas, parque y equipo. Dejó Torreón y salió con su triunfante División del Norte a tomar Chihuahua, que estaba bajo la protección del ejército federal, al mando del general Salvador Mercado y los colorados, bajo las órdenes

de Pascual Orozco, Benjamín Argumedo, José Inés Salazar y Marcelo Caraveo. Villa intentó tomar la capital chihuauense varias veces, pero fue siempre rechazado. Así que mediante una hábil maniobra tomó por asalto un tren de carga que llegaba de Ciudad Juárez, rumbo a Chihuahua. Embarcó en él parte de sus tropas y, pistola en mano, le ordenó al maquinista que regresara a Juárez, reportándose de cada estación. El tren entró a la ciudad fronteriza en la medianoche del 16 de noviembre de 1913, sorprendiendo en sus cuarteles a la guarnición federal. Villa tomó la población sin que hiciera falta disparar casi ni un tiro; la acción fue muy comentada por toda la prensa norteamericana, que llamó a Villa "el Napoleón mexicano".

Seis días después, ya iban todos los trenes federales rumbo a Ciudad Juárez, con el fin de recuperar la plaza. En vez de parapetarse Villa salió a su encuentro; los esperó en un punto estratégico, en medio del desierto, y los sorprendió. Derrotaron por completo a los federales y los hicieron huir a Ojinaga, donde los volvieron a vencer, haciéndolos pasar a Texas, donde los apresó el ejército norteamericano. Villa se concentró en Chihuahua, donde se nombró gobernador a principios de enero de 1914. Se dedicó a beneficiar a las clases humildes, a hacer escuelas y a pertrechar y a organizar su ejército.

Mientras Villa gobernaba Chihuahua y era ensalzado por la prensa norteamericana, Victoriano Huerta rumiaba su ira. Después de haberlo tenido en el paredón de fusilamiento, ese hombre había escapado y ahora lo traía de derrota en derrota. Y eso a pesar de que Villa no era militar de carrera. Huerta concentró sus fuerzas en Torreón, bajo el mando del general José Refugio Velazco, de la más alta graduación, a quien le mandó lo más selecto del ejército. Reforzó su División del Nazas con trenes militares llegados de México, Monterrey y Saltillo, y le envió a su propio hijo, el coronel de artillería Víctor Huerta y a los cadetes del Heroico Colegio Militar. En esa división Huerta concentraba sus esperanzas y sus fuerzas, ya que el gobierno norteamericano le había puesto como requisito para concederle un fuerte préstamo que derrotara a Villa en su intento de tomar Torreón.

La poderosa columna en ocho trenes de Velazco llegó a Torreón el 9 de diciembre de 1913. El general convirtió el Hotel San Carlos en su cuartel general. Allí paso Navidad y Año Nuevo, mientras otra columna militar llegaba de Piedras Negras, de donde venía invicta, con artillería, caballería e infantería numerosa, ya que había levantado cientos de

reclutas de leva por los pueblos y rancherías por donde había pasado. Tropas dirigidas por ingenieros militares edificaron varios fortúnes en los cerros de Gómez Palacio -sobre todo el de La Pila- y de Torreón -de Las Calabazas, La Cruz y del Huarache, y los del Cañón de la Polvorera-. También se aprestaron numerosas alambradas, trincheras y surcos en distintas calles de la ciudad, y se fortificó la Casa Colorada: en la azotea se colocaron costaleras para las ametralladoras y en los alrededores se cavaron trincheras. También se tendió un hilo telefónico de ahí a las alturas del Banco de la Laguna -hoy Banamex-, donde se instaló el cuartel general, con teléfonos directos a cada uno de los puntos estratégicos. Como jefe de la plaza quedó en Torreón el general Agustín Valdés, y Velasco se trasladó a Gómez Palacio, e instaló su cuartel en la antigua Ferretería Montemayor.

De Gómez Palacio se dispuso que se establecieran puntos de avanzada en Bermejillo, Conejos, Mapimí, Tlahualilo, Sacramento -hoy en día Gregorio García- y San Pedro. En Torreón fue nombrado presidente municipal el doctor Adolfo Mondragón, y en Gómez Palacio el capitán Jesús Loreto Howell, para que se hicieran cargo de administrar los servicios municipales.

### *La famosa toma de 1914*

Mientras el ejército federal se concentraba y reforzaba en Torreón, Villa se desempeñaba alegremente como gobernador de Chihuahua, adquiriendo armamento y equipo, y fabricando cientos de bombas y granadas para sus cañones, que había puesto bajo las órdenes del ameritado general Felipe Ángeles, antiguo federal que se pasó del lado del constitucionalismo y llegaba a ponerse bajo las órdenes de Villa, después de haber sido director del Heroico Colegio Militar.

A mediados de marzo de 1914, Villa citó a sus jefes para ordenarles que al día siguiente se presentaran con todos sus efectivos perfectamente montados y armados en la estación del ferrocarril, con el propósito de pasar revista. Todas las fuerzas villistas, con sus respectivos jefes, oficiales y tropa se presentaron a las seis de la mañana, sin saber que tras la revista que se les pasaría, se les asignarían los carros de ferrocarril en que serían embarcados para lo que se suponía unas maniobras militares de evacuación de la plaza.

Los trenes fueron avanzando lenta y ordenadamente durante toda la mañana, y por la tarde llegaron a Jiménez, sin saber que Villa había ordenado suspender las comunicaciones telegráficas por todas partes. Avanzaron rumbo a La Laguna, deshaciendo materialmente a las avanzadas federales que se encontraban en Peronal, Conejos, Yermo y lanzándose en furiosa carga de caballería sobre los 300 que estaban en Bermejillo, a quienes persiguieron y aniquilaron. Villa personalmente encabezó estos ataques y los trenes fueron avanzando para establecer el cuartel general en Bermejillo, de donde les avisaron que Mapimí había caído en poder de las gentes de Tomás Urbina, mientras que el ala izquierda, bajo el mando del general Eugenio Aguirre Benavides, había tomado Tlahualilo, cuyos defensores se concentraron en Sacramento -actualmente Gregorio García- bajo las órdenes del general Juan Andrew Almazán.

Avanzaron hasta Noé, en las puertas de Gómez Palacio; y se lanzaron sobre la población combatiendo en las primeras casas. Mientras tanto, se mandó al general Maclovio Herrera a que tomara Lerdo. Se combatía con gran furia sobre los fortines del Cerro de La Pila, en verdadero duelo de artillería. Las fuerzas villistas se lanzaron sobre las faldas del cerro y fueron rechazadas una y otra vez. Ese era el punto más importante, pues allí se emplazaban las más potentes baterías de la artillería federal; allí estaba el hijo de Huerta, quien ostentaba el grado de coronel de artillería. Como dijo Felipe Ángeles: "Cayendo el Cerro de La Pila, cae Gómez Palacio". Miles de villistas atacaron en la noche los fortines del cerro, en el más cruento combate de la Revolución. Arrastrándose pecho a tierra, pasaban sobre los compañeros que allí iban quedando, muertos o heridos, a los que no se podía atender debido a la violencia de las acciones, iluminadas por el fuego constante del cañoneo, tan intenso que no permitía oír la fusilería.

El Cerro de La Pila estaba defendido por 500 federales, que contaban con cuatro potentes cañones, ocho cañones pequeños de montaña y ocho ametralladoras, y que eran apoyados por las baterías de artillería que estaban en el Cerro de Santa Rosa -en El Campestre- y las baterías de Gómez Palacio. Al amanecer del siguiente día, los federales recibieron nuevos apoyos y recuperaron las posiciones que había perdido, adueñándose de nuevo de todos los fortines y las alturas del cerro. Se le avisó a Villa que las gentes de Cuencamé, del general Calixto Contreras, acababan de llegar a la hacienda de Avilés, hoy Benito

Juárez, Durango. Villa ordenó que se le dieran parque y armas buenas a todo aquel que lo necesitara. Que las tropas se concentraran en los tajos de las afueras de Gómez Palacio, que fueron duramente atacados por la artillería enemiga, sin que sufrieran ningún daño. Por la tarde salió una fuerte carga de caballería federal en toda la línea, y el general Villa ordenó que no se hiciera movimiento alguno, con el fin de ver el objetivo y definir la estrategia. Con sorpresa, vieron que la gran avalancha regresaba a la ciudad y enmudecían las baterías al oscurecer. No había ningún movimiento en los fortines.

El silencio era absoluto al oscurecer, y Villa encabezó un ataque sobre la Casa Redonda. Se lanzó una cerrada descarga de fusilería, que no fue contestada. Se ordenó una exploración calle por calle en la ciudad y la misma gente les informó que en cuanto oscureció, todos los federales fueron saliendo con sus carretas y cañones, rumbó a Torreón, abandonando la plaza. Por las calles de Gómez Palacio entraron los villistas, y tomaron de inmediato posiciones estratégicas: en la Casa Redonda, La Jabonera, la Casa Montemayor -donde el general Velasco había instalado su cuartel general- la Estación del Ferrocarril, el Mesón de San Pablo -hoy ruinas de la CNC-, la casa de Santiago Lavín -hoy Presidencia Municipal- las torres del templo de Guadalupe. Se acuartelaron en las bodegas de los sitios nombrados y de la fábrica La Amistad, la Cerillera y la Estación Cunard.

Miles de gentes salieron a recibir a las valientes tropas villistas; gente del pueblo que había derrotado en Gómez Palacio al poderoso ejército federal, al fragor de los fusiles y los cañones, y del grito de ¡Viva Villa! Sobre la emoción y la fiesta flotaba el hedor de miles de cadáveres que estaban en las calles, en las aceras y en los alrededores del cerro de La Pila, donde los federales dejaron los cuerpos de sus compañeros, aun muchos heridos, con el fin de causar problemas al ejército villista. Montones de cuerpos de federales y villistas fueron rociados de petróleo e incinerados, cargando la atmósfera de un olor repugnante, pero que en nada afectaba el entusiasmo de los vencedores y del pueblo jubiloso que los recibía. La toma de Gómez Palacio fue el 26 de marzo de 1914 y esta fecha, en un tiempo no muy lejano deberá ser conmemorada, en recordación gloriosa en los anales de dicha ciudad.

Al día siguiente Villa tomó posesión de la plaza e inmediatamente pidió por teléfono la rendición de Torreón, que le fue negada. En

respuesta lanzó los primeros cañonazos sobre el centro de la ciudad. Esa tarde reunieron los cadáveres de villistas y federales, que enterraron en las trincheras al pie del Cerro de La Pila y en pozos que se hicieron ex profeso; otros los incineraron en grandes pilas mortuorias. Al siguiente día, muy de mañana, los federales cañonearon Gómez Palacio, desde el Cerro de Santa Rosa, pero el fuego no fue contestado.

Torreón se hallaba en estado de sitio; los ricos, alarmados, veían llegar derrotados a los federales que estaban defendiendo Gómez Palacio. Ahora los soldados estaban acuartelados a media calle, en la hidalgo y Ramos Arizpe, en la Plaza de Armas, en La Alianza, en carros de carga de ferrocarril, en la hoy Calzada Colón, donde había una vía, y en la misma Alameda, pero sobre todo en las defensas de Torreón: el Cerro de Santa Rosa, el de Calabazas, el de la Cruz y el del Huarache (salida a Villa Juárez), así como los de La Polvorera y todo el margen del Nazas, donde se construyeron parapetos de adobe desde el puente del ferrocarril hasta la Casa Colorada, que convirtieron en un estratégico fortín, con costales de arena en las alturas para resguardar las ametralladoras, y en los alrededores fosas protegidas con costaleras de arena, que se comunicaban entre sí, y de ahí al tajo de El coyote, que sirvió de trinchera natural.

Desde las compuertas conocidas entonces como Casa Colorada, había un teléfono con hilo directo al edificio del Banco de La Laguna –hoy en día Comermex–, donde se encontraba el cuartel general de José Refugio Velasco, y otros al Cerro de Calabazas y al Cerro de la Cruz, con lo cual quedaban comunicados los tres principales fortines para la defensa de Torreón.

En esta última ciudad, toda la gente estaba asustada por la lluvia de cañonazos que los villistas lanzaban desde Gómez Palacio. Nadie podía salir a la calle, por el peligro de las granadas que reventaban en las paredes de las casas que veían hacia Gómez Palacio. En el interior de los hogares, pobres y ricos vivían angustiados por el peligro de muerte y por la necesidad de salir a buscar alimentos. Las ventanas de las casas se protegieron con roperos, colchones y las tablas de las camas, para evitar la entrada de los disparos villistas. Sin embargo, desgraciadamente algunas personas murieron y se enlutaron muchos hogares.

Los grupos de la llamada Defensa Social participaban activamente, apoyando en todos los frentes al ejército federal. Les llevaban agua y alimentos, porque y armas para que combatieran a los villistas, a quienes

llamaban ladrones. También trasportaban federales heridos a los puestos de socorro, en carretas y carretones. A los jefes y oficiales al Hotel Salvador, que era el hospital habilitado para ellos. A los demás a tres edificios frente a la Plaza: el Casino de La Laguna y los dos bancos vecinos. También al chalet que existió en la esquina de Juárez e Idefonso Fuentes, que fue propiedad de Amador Cárdenas, así como al edificio de ladrillo rojo que estaba en la esquina de Juárez y Leona Vicario, lugares que pronto se vieron tan saturados de heridos que luego optaron por irlos dejando arrimados a la orilla de la banqueta, a la vista de las personas, a la intemperie, donde esperaban su turno para ir siendo atendidos.

A los ataques de Villa los caracterizaron dos peculiaridades: las tremendas cargas de caballería, con jinete y otro hombre en ancas, tirando con dos pistolas cada uno y con la carabina cargada, así como atacar de noche, con tropas bien descansadas, mientras que de día sólo lanzaba amenazas esporádicas, para mantener despiertos y alertas a los enemigos. Después de varias noches de estos amagos, los contrarios ya estaban completamente agotados, tanto moral como físicamente; a la tensión había que añadir que eran soldados forzados, reclutados contra su voluntad en las levas o sacados de las cárceles para llevarlos a pelear contra la Revolución.

Los villistas heridos recibían atención médica en los trenes hospital que tenían en El Vergel o, si estaban graves, eran enviados en trenes rápidos a los hospitales de Jiménez y Chihuahua. Constantemente llegaban contingentes revolucionarios de muchas otras partes para unirse a las fuerzas de Villa. Con esto, las tropas que estaban combatiendo tenían la oportunidad de descansar; los recién llegados peleaban con más bríos hasta que a su vez les llegaba el turno de ser reemplazados. De esta manera pudieron apoderarse de las alturas y de las líneas afortunadas en los cerros de Torreón.

Villa ordenó que descansara la tropa para emprender, en la noche del día siguiente, 2 de abril de 1914, un asalto masivo a la ciudad. Viendo que sus tropas estaban desmoralizadas y agotadas, Velasco ordenó, en la tarde de ese mismo día, que salieran de Torreón los primeros trenes con las familias de los jefes y oficiales, algunas gentes adineradas y las familias y los integrantes de la Defensa Social, quienes tenían buenos motivos para no esperar ninguna consideración por parte de los villistas. También se llevaron a los jefes y oficiales heridos, que estaban en el

Hotel Salvador. Dejaron en cambio a los heridos de tropa, en hospitales, galrones y bodegas habilitados como centros de atención, y acostados en las banquetas. En esos sitios colocaron sábanas y letreros que decían: "Estos heridos quedan bajo la protección humanitaria del general Francisco Villa". Frente al Casino de La Laguna colocaron las cajas de parque y las bombas que no pudieron utilizar y les prendieron fuego, al igual que a los trenes cargados de algodón, maíz y mercancías que no pudieron llevarse y que se hallaban estacionados en los patios de carga. Se ordenó que se tiraran los cerrojos de todas las armas y cañones que tuvieron que dejar.

La tarde del 2 de abril sopló una intensa tolvanera que no permitía ver a dos metros de distancia y que los federales aprovecharon para abandonar Torreón. Mientras salían, se oyeron las fortísimas detonaciones de los estallidos que producían las municiones que habían abandonado, y en los patios del ferrocarril se alzaron inmensas las llamas. Los trenes fueron saliendo rumbo a Matamoros y Viesca, la única vía que *-ex profeso-* había dejado Villa para que los federales pudieran salir del infierno en que los tenían rodeados. Unos mil quinientos soldados federales, que estaban allí obligados por las levas, aprovecharon la ocasión para arrojar armas, equipo y parte del uniforme, y entregarse a los villistas. Por la noche comenzaron a entrar las fuerzas de Villa, por el rumbo de la Alameda, por la Colón *-entonces Rayón-*, donde los huertistas habían colocado carros de carga, en la vía que entraba por allí, para que sirvieran de parapetos. Cuando llegaron al centro de Torreón, le avisaron a Villa que la plaza estaba tomada. El general Maclovio Herrera quedó encargado de mantener el orden, mientras Villa, Felipe Ángeles y los demás jefes se retiraron a sus cuarteles en Gómez Palacio.

Al amanecer, la ciudad, donde todavía no había ninguna calle pavimentada, presentaba un espectáculo impresionante, con decenas de cadáveres *-de federales, villistas y civiles-* por todas partes, muchos cubiertos de cal por los vecinos para retardar la descomposición. Las gentes se lanzaron a las calles con canastas buscando qué comer, hambrientas y con niños llorando, forzando puertas para asaltar y saquear, hasta que los rondines del general Herrera pasaban advirtiendo que quien robara sería fusilado en el acto. Se colocaron guardias en los bancos y en los comercios principales.

Por todas las calles fueron entrando por miles los soldados villistas,

fartigados y llenos de polvo y hambre, tras casi quince días de combates y de dormir a campo abierto, en las mismas trincheras o tajos. A gritos las gentes de a caballo les iban indicando el lugar de sus improvisados cuarteles. Como a las diez de la mañana, apareció un tropel de jinetes seguidos de una enorme gritería. Era el general Villa, con sus jefes y dorados, que en tropel reconocían la plaza que tantos miles de muertos –de uno y otro bando– había costado conquistar.

### **Reconstrucción**

De inmediato Villa fue avisado de que en los sótanos del Banco de La Laguna estaban escondidos los españoles, con sus familias. Encontró a unas 800 personas, y las reprendió duramente por haber explotado al pueblo mexicano, haber celebrado el asesinato de Madero y haber apoyado a Huerta. Pero no los fusilaría, porque quería demostrar al mundo que no era un asesino. Les ordenó que tomaran un tren de carga que los llevaría a El Paso, Texas, con escolta, y que jamás regresaran; que se fueran como habían venido: con las manos vacías. El cónsul estadounidense, Isaac Ulmer, que intercedió por ellos, pues solicitaron su protección, los acompañó hasta la estación.

Ese mismo día, el 3 de abril, Villa nombró presidente municipal de Torreón al ingeniero Andrés L. Farías, quien en seguida se dedicó a organizar el Ayuntamiento y los servicios municipales. Por órdenes directas del general Villa, quien colocó la primera piedra, se inició la construcción de la Presidencia Municipal y se decidió colocar la estatua del Benemérito de las Américas en lo que sería la Plazuela Juárez. También se ordenó la construcción de un nuevo mercado, de cantera, con kiosco al centro, donde por muchos años los músicos alegraron el ambiente. A este Mercado Villa –venido a menos a raíz de su modernización– en tiempos de Venustiano Carranza, por órdenes directas suyas, se le llamó Mercado Independencia, pero una vez pasado el carrancismo recuperó su nombre original.

El Centauro del Norte ordenó que se hiciera un proyecto para construir un gran puente sobre el río Nazas, para el paso de carretas, ganado y peatones, pues durante los tres o cuatro meses al año en que el río traía agua se dificultaba sobremanera su paso, debido a que solamente existían los puentes del ferrocarril y del tranvía. Se colocó la

primera piedra, a la altura de Juan Antonio de la Fuente, con la asistencia de los niños de la Escuela Centenario, que llevaban sombreros tejanos Stetson que les había regalado Villa en una ceremonia previa, en el Banco de La Laguna.

En cuanto entraron los villistas a Torreón, el 3 de abril de 1914, se ordenó la persecución de las tropas del general Velazco, que habían salido huyendo rumbo a Viesca. También se enviaron varias brigadas, todas al mando del general Tomás Urbina, contra las fuerzas federales que se habían estado concentrando en San Pedro, bajo el mando de 22 generales provenientes de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, a quienes inexplicablemente, por más veces que Villa se los pidió, nunca les obstruyeron el paso los hombres de Pablo González.

Los federales, incluidas las tropas derrotadas de José Refugio Velazco, Benjamín Argumedo y Juan Andrew Almazán, se concentraron en San Pedro. Contra ellos fue toda la División del Norte y, tras varios días con sus noches de tremendos combates, tomó San Pedro el 12 de abril de 1914. Los federales huyeron a Paredón, Coahuila. Allá recibieron refuerzos y allá fueron los villistas y volvieron a causarles otra sangrienta derrota, a base de formidables cargas de caballería sostenidas por el fuego certero de la artillería magistralmente dirigida por Felipe Ángeles, el más grande artillero que ha tenido México.

Estando los triunfantes los soldados villistas en Paredón, las tropas federales se concentraron en Saltillo. Villa recibió órdenes de Venustiano Carranza para que fuera a atacarlos, y en un movimiento relámpago lo hizo así y tomó posesión de la capital de Coahuila, que ya había sido evacuada. Dejó la ciudad en poder de los revolucionarios saltillenses, que nada habían hecho hasta entonces.

Villa dejó Saltillo y regresó a Torreón para ocuparse de la reconstrucción de la ciudad -como ya está dicho-, hasta que lo interrumpió la concentración del grueso del ejército federal en Zacatecas, bajo las órdenes del general Luis Medina Barrón.

Carranza ordenó a Villa, telegráficamente, que mandara tres mil hombres y artillería para que se pusieran bajo las órdenes de Pánfilo Natera quien, con los Arrieta, de Durango, intentaba tomar la ciudad de Zacatecas.

Villa no obedeció y Carranza repitió el orden, pero pidiendo ahora que fueran cinco mil soldados en lugar de los tres mil los que enviara Villa. Los jefes de la División del Norte se opusieron al mandato,

diciendo que irían todos o no iría ninguno. Carranza reprendió a Villa y éste dijo que prefería renunciar antes que andar mandando por partes a sus soldados.

Venustiano Carranza le aceptó la renuncia y ordenó que entre los demás generales, jefes de las brigadas, se nombrara al comandante supremo de la División del Norte. La respuesta unánime de los divisionarios fue que ellos no aceptaban la renuncia y que seguirían bajo las órdenes del Centauro del Norte.

Decidieron seguir a Villa y lanzarse contra Zacatecas. Los largos trenes de villistas salieron de Torreón, día y noche, con toda la caballería, artillería y equipo.

Otros trenes iban regresando de los distintos frentes de combate, con los heridos, bajo la atención de los médicos y enfermeros militares de la División del Norte. Los lesionados y enfermos de pronta recuperación quedaban encamados en Torreón; los más graves eran enviados a los hospitales de Chihuahua, Jiménez, Durango y Parral, en trenes rápidos.

Finalmente Villa salió a la ciudad de Zacatecas, reconoció el terreno, distribuyó su gente. Al día siguiente, a las diez de la mañana, al disparo de un cañón, todas las brigadas villistas se lanzaron al ataque. Ya para las cinco de la tarde habían tomado Zacatecas, tras derrotar por completo al ejército federal.

A raíz de esa derrota Victoriano Huerta abandonaría el país. Venustiano Carranza, Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Pablo González entraron a la ciudad de México en triunfo, como si ellos hubieran sido los vencedores.

En octubre de 1914 se reunieron en la Convención de Aguascalientes todos los jefes revolucionarios, menos Venustiano Carranza, quien mientras tanto fue a entrevistarse con las tropas estadounidenses que desde meses atrás ocupaban Veracruz. Carranza aceptó las condiciones que se le impusieron –mismas que Villa había rechazado cuando se entrevistó con los norteamericanos en El Paso, Texas–, y obtuvo el reconocimiento de los Estados Unidos.

Ya con el apoyo estadounidense, Carranza formó un poderoso ejército con Obregón y Calles, que en los campos de Celaya derrotó por completo a la División del Norte. Más tarde, el grupo vencedor, siempre con el apoyo del capital norteamericano, ordenó los asesinatos de

Emiliano Zapata, Felipe Ángeles y Francisco Villa, adueñándose del poder y de la bandera de la Revolución.

### *Villa regresa a Torreón*

Entre julio y agosto de 1915, Torreón se vio nuevamente lleno de movimiento. Ya derrotados, los villistas fueron regresando en busca de gente y del dinero de los ricos para seguir hacia el norte. De nueva cuenta Villa se lanzó por la sierra de Chihuahua y la atravesó para tomar la fronteriza población de Aguaprieta, que parecía contar con guarnición muy escasa, bajo el mando de Plutarco Elías Calles.

Los villistas, sin embargo, fueron brutalmente rechazados por miles de carrancistas que habían sido transportados en secreto, por territorio norteamericano, desde Nuevo Laredo y Piedras Negras. Estas tropas habían sido fuertemente equipadas y provistas de artillería por el gobierno norteamericano, que las asesoró y tendió recias alambradas electrificadas en los alrededores de Aguaprieta. Con esta derrota se desbandó lo que quedaba de los ejércitos villistas. El Centauro del Norte no tuvo más remedio que arrojar sus cañones a los barrancos de la sierra, y dedicarse de nuevo a guerrillero.

En tales condiciones, el 9 de marzo de 1916 Villa lanzó un ataque nocturno contra la población fronteriza de Columbus, Nuevo México, donde causó una gran mortandad e incendió muchos edificios con propósitos de venganza. En consecuencia, fue perseguido por las mejores tropas del ejército norteamericano: doce mil hombres perfectamente armados y equipados, bajo el mando del general John Pershing, lo buscaron durante casi un año por todo el estado de Chihuahua sin poder encontrarlo.

Para diciembre de 1916, la prensa carrancista y la estadounidense señalaban que las fuerzas que perseguían a Villa no tardarían en apresarle en la sierra, pues lo tenían cercado en las cercanías de Parral. Sin embargo, el 22 de diciembre, en una acción relámpago, el Centauro del Norte tomó de nuevo Gómez Palacio y de allí se lanzó sobre Torreón, que estaba bajo la protección militar del general Severiano Talamantes, apoyado por los generales Fortunato Maycotte y Jesús Herrera, hermano del general Maclovio Herrera.

Estas fuerzas gobiernistas contaban con tres mil soldados. Al ver que

a lo largo del Nazas venían fuertes columnas que levantaban gruesas nubes de polvo, temieron ser arrasados, por lo que Talamantes ordenó la retirada de los trenes hacia Parras. Al pasar por Matamoros le avisaron por telégrafo que los villistas no pasaban de 800 jinetes: por órdenes de Villa habían atado a sus caballos ramas de mezquite y así avanzaron por los arenales entre Gómez Palacio y Torreón, levantando tal polvareda que bien parecían ser miles de soldados. Talamantes optó por darse un tiro en la cabeza.

Ésta fue la cuarta toma de Torreón. La primera, en 1911, la hicieron los maderistas. Las otras tres, Villa, en 1913, 1914 y 1916. Según su costumbre, los carrancistas salieron saqueando y asaltando comercios: hicieron honor a su nombre de carrancanes.

En esta ocasión fue cuando Villa ordenó que buscaran a como diera lugar al general Jesús Herrera, que lo había traicionado para hacerse carrancista, y que lo colgaran del árbol o del poste más próximo. Fue encontrado, ya muerto, en un cuarto del Hotel Francia; sin embargo, su cadáver fue colgado en uno de los postes del tranvía que pasaba por allí. Villa también mandó traer a su presencia a todos los ricos de Torreón, Gómez Palacio y Lerdo —banqueros, hacendados, ganaderos, industriales, comerciantes, prestamistas— para pedirles, en el Casino de La Laguna, que le entregaran, en calidad de préstamo, dos millones de pesos. Casi con lágrimas en los ojos, dieron el millón que escasamente juntaron al general José Inés Salazar y, aunque se les había dicho que si no daban esa cantidad serían pasados por las armas, finalmente se les perdonó la vida.

Circulaba en Torreón un periodiquito titulado *El Radical* que estaba al servicio de Carranza, dirigido por Eduardo Guerra. Villa ordenó que se quemara para que ya no estuviera "engañando al pueblo". Dicha publicación estaba instalada en la esquina de Morelos y González Ortega, frente a la hoy Fuente del Pensador.

### **Torreón, 1917**

El 1º de enero los once trenes villistas abandonaron la ciudad y al día siguiente entraron los carrancistas. Se mandó llamar al presidente municipal saliente, Ramón Méndez, y se le pidió que continuara por otro periodo. Era gobernador de Coahuila Gustavo Espinoza Mireles,

y presidente de la república quien había sido primer jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza.

El 5 de febrero Carranza promulgó la Constitución de 1917. Ese mismo día, la Expedición Punitiva del general Pershing abandonó el territorio nacional. Villa continuaba en la guerra de guerrillas contra los carrancistas.

En el mes de mayo de ese mismo año Venustiano Carranza se nombró presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, mientras Emiliano Zapata y Francisco Villa continuaban en guerra a muerte defendiendo a los pobres y los campesinos.

Torreón fue escenario de estas cruentas y heroicas luchas, que le abrieron las puertas de la historia, gracias al esforzado pueblo lagunero y bajo la guía de quien con toda justicia ha sido llamado *el Brazo Armado de la Revolución*, el general Francisco Villa.

## XII. Semblanza histórica de Torreón, 1907-1932

Homero H. del Bosque Villarreal

**Historia testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis.**

**La historia es testimonio del tiempo, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, reflejo de la antigüedad.**

Cicerón, *De Oratore*, libro II, cap. IX, 36

**Habían quedado atrás** los balbuccos de la siembra del algodón en el vaso y los alrededores de la Laguna de Mayrán. Las siembras formales de Juan Nepomuceno Flores y Juan I. Jiménez en la parte de La Laguna correspondiente a Durango, y de Leonardo Zuloaga y sus aparceros en la de Coahuila, que incluía el rancho El Torreón.

De los indios agresores que venían del norte, comanches y apaches, no quedaba sino el recuerdo de los actos bárbaros, conocidos en la villa de Torreón por tradición oral, porque sus últimas incursiones fueron de 1848 a 1870. Los indios laguneros y los que los rodeaban -zacatecos, tepehuanes, conchos, lipanes o tobos, coahuiltecas y huachichiles- eran pacíficos.

Torreón crecía en forma asombrosa. El rancho El Torreón se había transformado en la congregación Torreón en 1883, cuando llegó la vía del Ferrocarril Central; en estación Torreón en 1888, cuando dicho ferrocarril se cruzó con el Internacional que venía de Piedras Negras, vía Paredón, y luego conectaba con el de Monterrey y pasaba hacia Durango; en villa en 1893, mediante decreto del 24 de febrero al que se dio cumplimiento el 25 de septiembre por el gobernador José María Múzquiz, que sustituyó a Garza Galán; luego en ciudad, siendo gobernador Miguel Cárdenas, jefe político Juan Castellón y presidente municipal Rafael Aldape Quiroz, el 15 de septiembre de 1907.

### *Área política*

Desde antes de 1907 estaba inquieto el pueblo de México por las elecciones presidenciales que habrían de tener lugar en 1910. Más cuando se barruntaba que Porfirio Díaz, cansado de la asfixia de los científicos, pensaba en una apertura democrática que confirmó en la entrevista Creelman. En Torreón se reflejaba la política del estado sostenida por su gobernador, Miguel Cárdenas, clasificado como reyista. Por lo mismo, era también reyista el primer presidente que tuvo Torreón ya como ciudad, Rafael Aldape Quiroz, reelecto para 1908; de igual color quien administró la ciudad en 1909, Juan Eugenio Cárdenas, hijo de Amador. En cambio para 1910 resultó electo Leopoldo Escobar, de franca filiación científica –corralista en vez de reyista– como también lo era el gobernador que sucedió al licenciado Cárdenas, Praxedis de la Peña. En la jefatura política de la comarca Luis García de Letona sustituyó a Juan Castellón. Los cambios de gobernador y de presidentes municipales figuraban en consonancia con los presidentes de la república, debido al consabido centralismo (véase el Cuadro I).

### *Las casas consistoriales*

La presidencia municipal no había tenido edificio propio. Cuando Torreón fue erigido en villa, se instaló en una caseta de adobe contigua al Hotel Francia en su colindancia poniente por la calle Ferrocarril (luego Iturbide, ahora Presidente Carranza); de ahí pasó a una casa más espaciosa en la avenida Juárez poniente, que corresponde a los locales que ocupan unos comercios en los números 1655, 1671, 1675 y 1683. Después se instaló en la esquina noreste de la avenida Hidalgo y la calle Zaragoza, lo que hoy es El Modelo y antes la Papelería y Tabaquería El Modelo, de Agustín Victorero, que lo dio en venta a Isaac Villanueva.

Para el año de 1907 ocupaba la Presidencia Municipal la finca número 716 de la avenida Morelos poniente, donde hoy en día se encuentran unos comercios con los números 715, 729. Frente a la Presidencia estaba desde 1904 la Cárcel Municipal, con entrada principal por la avenida Morelos y a partir de la esquina con la Falcón, hacia el norte, las oficinas de Tránsito. Posteriormente instalaron ahí también el cuerpo de bomberos, con la primera y única máquina con que durante muchos años contó. Esta finca fue vendida a una empresa de laguneros que construyó el Hotel Río Nazas entre 1948 y 1950.

Cuadro I. Presidentes municipales, gobernadores del estado y presidentes de la república, 1907-1932

<i>Presidentes municipales</i>	<i>Gobernadores del estado</i>	<i>Presidentes de la república</i>
1907-1908 Rafael Aldape Quiroz	Miguel Cárdenas (c); 1907-1909 Praxedis de la Peña (s)	Porfirio Díaz, hasta el 25 de mayo de 1911
1909 Juan Eugenio Cárdenas	Jesús del Valle (c) 15 de diciembre de 1909	
1910 Leopoldo Escobar		
1911 Manuel N. Oviedo	Venustiano Carranza (i) 29 de mayo de 1911, (c) 22 de noviembre de 1911	Francisco León de la Barra asumió el poder de modo provisional para convocar elecciones, del 25 de mayo al 6 de noviembre de 1911
1912 Eugenio Aguirre Benavides (fusilado el 2 de junio de 1915 en Los Aldama, N.L.)		Francisco I. Madero, del 6 de noviembre de 1911 al 18 de febrero de 1913.
1913 José María Rodríguez (hasta marzo). Adolfo Mondragón (hasta el 2 de abril de 1914)	Manuel M. Blázquez 8 de marzo de 1913	Madero y Jesús María Pino Suárez renunciaron a la presidencia y vicepresidencia cuando se hallaban prisioneros de Victoriano Huerta. Pedro Lascurain, secretario de Relaciones Exteriores, asumió la presidencia por sólo 45 minutos, durante los cuales rindió la protesta, nombró secretario de Gobernación a Victoriano Huerta y renunció para que éste quedara como presidente de la república. Madero y Pino Suárez fueron asesinados el 22 de febrero de 1913
	c = constitucional i = interino p = provisional s= suplente	

<i>Presidentes municipales</i>	<i>Gobernadores del estado</i>	<i>Presidentes de la república</i>
1914-1915 Andrés L. Farías (nombrado por Villa, hasta el triunfo carrancista)	Ignacio Alcocer (p) 20 de octubre de 1913	Victoriano Huerta, del 19 de febrero de 1913 al 14 de julio de 1914, cuando se transmitió el poder, por su renuncia, a Francisco S. Carbajal, secretario de Relaciones Exteriores, que desempeñó el cargo del 14 de julio al 13 de agosto de 1914.
	Joaquín Maass Águila (p) 1 <sup>a</sup> de noviembre de 1913	
	José Refugio Velazco (p) 18 de noviembre de 1913	
	Praxedis de la Peña (p) 21 de noviembre de 1913	
	Joaquín Maass Águila (p) 2 de febrero de 1914	
	José Isabel Robles (p) 21 de mayo de 1914	
	Jesús Acuña (p) 24 de mayo de 1914	Venustiano Carranza entró a la capital de la república el 20 de agosto de 1914 y asumió el Poder Ejecutivo según los artículos 5 y 6 del Plan de Guadalupe, expedido en la hacienda del mismo nombre y bandera de la revolución constitucionalista. El 19 de septiembre de 1916 convocó al Congreso Constituyente y a elecciones generales el 6 de febrero de 1917. Un día antes se juró la nueva Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos y el 11 de marzo resultó electo presidente de la república, hasta el 21 de mayo de 1920, cuando fue asesinado por los rebeldes del Plan de Agua Prieta.
	Felipe Ángeles (p) 6 de enero de 1915	
	Santiago Ramírez (p) 12 de enero de 1915	
	Luis Gutiérrez (p) 17 de mayo de 1915	
	Raúl Madero González (p) 15 de junio de 1915	
	Orestes Pereyra (p) 20 de junio de 1915	
	Adolfo de la Huerta (p) 4 de septiembre de 1915	
Gustavo Espinosa Mireles (p) 6 de septiembre de 1915		

XII. Semblanza histórica de Torreón, 1907-1932

<i>Presidentes municipales</i>	<i>Gobernadores del estado</i>	<i>Presidentes de la república</i>
1916-1917 Ramón Méndez González (primero designado por Gustavo Espinoza Muller y en 1917 por elección popular)	Bruno Neira González (p) 7 de abril de 1917  Alfredo Breceda Mercado (p) 12 de noviembre de 1917	Paralelamente al gobierno de Venustiano Carranza, la Convención de Generales y Gobernadores Revolucionarios nombró presidente de la república a Eulalio Gutiérrez, del 6 de noviembre de 1914 al 16 de enero de 1915. A Roque González Garza, del 16 de enero al 10 de junio de 1915. Por último, del 10 de junio al 10 de octubre del propio año, a Francisco Lagos Cházaro. El 10 de octubre de 1915, Toluca, capital del Estado de México, donde estaban refugiados los poderes de la Convención, cayó en poder de los carrancistas y terminaron los gobiernos de la Convención.
1918 Celso Castro (último cuyo periodo fue de un año)	Gustavo Espinosa Mireles (c) 15 de diciembre de 1917	
1919-1920 Eduardo Guerra (tras el triunfo del Plan de Agua Prieta lo sustituyeron Jesús Sotomayor Alejandro, y luego Celso Castro, hasta agosto de 1921)	Porfirio Cadena Rojas (s) 6 de mayo de 1920  Luis Gutiérrez (s) 27 de mayo de 1920	Adolfo de la Huerta fue designado por el Congreso de la Unión presidente sustituto de Carranza y convocó en seguida a elecciones, por lo cual desempeñó su cargo hasta el 30 de noviembre de 1920.
1921-1922 Samuel Silva (del 21 de septiembre a diciembre de 1922)	Arnulfo González Medina (c) 1º de diciembre de 1921	

<i>Presidentes municipales</i>	<i>Gobernadores del estado</i>	<i>Presidentes de la república</i>
1923-1924 Nazario Ortiz Garza (lo sustituyeron Eduardo L. Arellano a los once meses de su mandato, y Donato Ramos Farías, que concluyó el bienio)	Juan Garza García (s) 31 de octubre de 1923 Miguel Farías (s) 26 de junio de 1924 Elpidio Rodríguez (s) 26 de noviembre de 1924	Álvaro Obregón, del 1º de diciembre de 1920 hasta el 30 de noviembre de 1924. Plutarco Elías Calles, del 1º de diciembre de 1924 al 30 de noviembre de 1928.
1925-1926 Ángel Gutiérrez (hasta el 1 de diciembre de 1925; lo substituyó Nazario Ortiz Garza, que dejó el cargo a Casimiro Ruiz para lanzar su candidatura a la presidencia del bienio siguiente)	Ricardo Ainslie R. (p) 5 de octubre de 1925 Manuel Pérez Treviño (c) 1º de diciembre de 1925	Álvaro Obregón decidió reelegirse y logró que la legislatura callista modificara la Constitución; en las elecciones del 1º de julio de 1928 obtuvo el triunfo. Fue asesinado, ya candidato electo, el 17 de julio. Fue designado presidente provisional Emilio Portes Gil para convocar a elecciones que se celebraron el tercer domingo de noviembre de 1929.
1927-1928 Nazario Ortiz Garza		Emilio Portes Gil desempeñó su cargo del 30 de noviembre de 1928, en que terminó su mandato Calles, al 5 de febrero de 1930.
1929-1930 Aureliano L. Rodríguez	Nazario Ortiz Garza (c) 1º de diciembre de 1929	
1931-1932 Francisco Ortiz Garza		Pascual Ortiz Rubio, del 5 de febrero de 1930 al 4 de septiembre de 1932, cuando presentó su renuncia habiéndolo substituido Abelardo Rodríguez, quien desempeñó su cargo hasta el día 30 de noviembre de 1934.

En 1916 la Presidencia se cambió de la Morelos a una finca de Miguel Robledo, quien había sido séptimo regidor del cabildo maderista presidido por Manuel N. Oviedo, finca que se conserva en perfectas condiciones, contigua hacia el poniente al Hotel Calvete. En aquel tiempo donde está el hotel había un edificio de ladrillo rojo dedicado a lavandería y almacén, propiedad de Foon Chuck, ciudadano chino que figuró prominentemente en el impulso a Torreón.

En 1906 el Ayuntamiento había adquirido la manzana 106 para construir un edificio propio. En 1907, entre los actos para conmemorar el nombramiento de ciudad, se puso la primera piedra y ahí quedó. En la administración del villista Andrés L. Fariás Hernández (1914-1915) se hicieron los cimientos y se levantaron algo los muros, extraordinariamente anchos, que limitaban cuartos pequeños pero suficientes para el trabajo de aquella época. Fariás formó la plazuela Juárez, pavimentó sus banquetas y levantó el monumento al Benémérito; además construyó el Mercado Villa, que un tiempo se llamó Independencia. En años posteriores se siguió trabajando en el edificio de la Presidencia, inaugurado por el general Celso Castro el 5 de enero de 1921. El primer presidente municipal que despachó ahí fue Samuel Silva.

A este edificio se le añadió un piso en 1945, durante la administración de Rafael Duarte, y fue derruido en 1980, en la administración de Homero H. del Bosque Villarreal, edificándose en el mismo lugar el Palacio Municipal que tenemos ahora. obra del extraordinario gobernador del estado de Coahuila, Óscar Flores Tapia.

### *Centro estratégico*

Torreón, centro de un territorio que parece haber sido creado para la siembra del algodón, del trigo, estaba maniatado por la falta de comunicación. Los insumos que se requerían para los cultivos y los productos de éstos no tenían vías expeditas. Pero con la llegada del Ferrocarril Central y luego del Ferrocarril Internacional, en 1888, Torreón se comunicó al norte, sur, oriente y poniente. Además se construyó el ramal a San Pedro de las Colonias y luego se prolongó hasta Monterrey; y en 1902 se estableció el Ferrocarril Coahuila y Pacífico, que hacía el recorrido de Saltillo a esta ciudad, a la que entraba por la avenida Allende hasta su estación, entre Juan Antonio de la Fuente y Ramos Arizpe, por lo que ese barrio se llamó Del Pacífico. Cuando se levantaron las vías y se instalaron en lo que hoy es el bulevar Revolución, la antigua estación se dedicó a mercado, con el nombre de Parián del Pacífico, y cuando dejó

de prestar ese servicio se formó allí una vecindad populosa. Este ferrocarril extendió un ramal a Tlahualilo, Durango, que recorría muchas de las rancherías de Matamoros y San Pedro.

El servicio para mercancía ligera y personas en la ciudad se hacía, de 1907 a 1925, en coches tirados por uno o dos caballos, y en carretones de mulas para los objetos pesados. Sólo cuando, en 1925, se construyó el bulevar de las palmas, o sea la avenida Morelos, y se procedió a su pavimentación, se estableció una ruta de automoviles sedán, generalmente Ford, que cobraban 10 centavos y que iniciaban su recorrido en el Hotel Francia, en la esquina que forman la calle Ramos Arizpe y la avenida Presidente Carranza. Los automóviles seguían hacia el norte hasta la Morelos, donde torcían hacia el oriente hasta la Alameda Zaragoza; el recorrido de regreso era el mismo. Cuando se extendió la pavimentación, en 1926 y 1927 hubo otras rutas que nacían en la Alianza y recorrían la Hidalgo hasta la Ramón Corona y de ahí hasta la Matamoros donde volteaban hacia el poniente hasta llegar a la Alianza y viceversa, con costo de 10 centavos. En 1937 se establecieron los autobuses, que en ese tiempo eran llamados omnibuses. Los coches de caballo dejaron de usarse a principios de los treinta; los suplieron automóviles de sitio y camiones transportistas.

#### *Los tranvías*

El transporte de personas y mercancías entre Torreón, Gómez Palacio y Lerdo, siempre difícil por los malos caminos, empeoraba cuando el Padre Nazas nos regalaba las suculentas avenidas cargadas de limo y esperanza. Entonces era imposible ir de Torreón a Gómez Palacio a no ser por ferrocarril, desde 1883 que se inauguró el Central. De Gómez Palacio (Santa Rosa) a Lerdo la comunicación era fatigosa pero segura.

Un grupo de empresarios pensó en establecer un ferrocarril que comunicara las tres ciudades, previo el tendido de un puente sobre el Nazas. Para obtener la concesión, ocuparon los servicios profesionales de Manuel José Othón. A la sazón, el poeta potosino (1858-1906) era juez mixto de Lerdo; con fecha 5 de septiembre de 1898 logró las concesiones tanto de Durango como de Coahuila para establecer el tranvía de Lerdo a Torreón. Empezó arrastrado por mulas, pero dado el gran éxito de la empresa se electrificó pronto y así esta población fue, después de México, la primera en contar con tranvías eléctricos. La Compañía del Ferrocarril Eléctrico de Lerdo a Torreón, S.A. adquirió la planta de luz eléctrica, y formó una sola empresa.

De inmediato establecieron circuitos en Torreón. El número 1 partía de la esquina de Hidalgo y Ramos Arizpe, rumbo al norte hasta la Matamoros; de ahí hacia el oriente hasta la Ramón Corona y luego hacia el sur hasta la avenida Hidalgo; allí daba vuelta al poniente hasta llegar al lugar inicial. Otro circuito, el número 2, iba de Ramos Arizpe e Hidalgo, hacia el norte, hasta la Matamoros, en cuya esquina noreste estaba una cantina con el curioso nombre de Las Navas de Colón. Quizá su dueño había oído hablar de las navas de Tolosa y quiso hacer de Colón más un guerrero que un navegante. De ahí seguía hacia el oriente hasta la Galeana, donde doblaba hacia el norte hasta la Escobedo y luego hacia el oriente hasta la calle 7 (hoy Francisco I. Madero) donde otra cantina llevaba el adecuado nombre de La Salida del Sol, pues ése era el punto máximo de Torreón hacia el oriente, por cuyas puertas nos llegan los rayos bienhechores del astro rey. Ahí volteaba hacia el sur hasta la Juárez, donde había otra cantina: Mi Delirio. De la Escobedo hasta Mi Delirio, *la corrida*, como se le llamaba, pasaba a cuadra y media del sanatorio del doctor Adolfo Mondragón; a cuadra y media del Hospital Civil y frente al Sanatorio Español, creado por la Beneficencia Española con aportaciones de los españoles ricos de aquel tiempo. De Mi Delirio la corrida seguía hacia el poniente por la Juárez pasando por la Alameda Zaragoza hasta la calle Jiménez, donde doblaba hacia el sur hasta la Hidalgo, y de allí al poniente hasta llegar al punto de partida en la calle Ramos Arizpe.

Otra corrida, la 4, llamada corrida de Metalúrgica, salía de Juárez y Comonfort. Pasaba por un túnel subterráneo a partir de la avenida Hidalgo y al sur por la propia calle Comonfort para librar las vías del ferrocarril de Saltillo a Tlahualilo (por el hoy Bulevar Revolución), para volver a tomar el nivel hacia la altura del Instituto Tecnológico de la Laguna y continuaba hasta la entrada de la Metalúrgica. Su costo, al igual que el de las corridas 1 y 2, era de 6 centavos en segunda y 12 en primera. Dejó de usarse en 1921; la empresa levantó las vías y quedó el túnel (ya lo quisieramos hoy), que dio nombre al Barrio del Túnel. Pasaron años para que fuera tapado con escombros y desperdicios.

La compañía de tranvías Wah-Yick, propietaria del Banco Chino, proyectaba una corrida a Matamoros de La Laguna. Obtuvo la concesión e inició su construcción en el cruce de Morelos y la Ramos Arizpe, pero desistió. ¡Qué daríamos por tener esos transportes que tanto nos beneficiaban y sin contaminación!

El precio del tranvía, de Torreón o de Lerdo a Gómez Palacio era 12 centavos en primera y 6 en segunda; de Torreón a Lerdo y viceversa, 24 centavos en primera y 12 en segunda.

### *La Revolución y las asonadas*

Cuando Torreón fue nombrada ciudad contaba con buenos hoteles, transporte, luz eléctrica, agua y drenaje, bancos, industrias importantes como *Ia Constancia*, *La Metalúrgica*, *La Continental*, *La Alianza*, *La Unión*, amén de docenas de talleres abastecedores y auxiliares de aquéllas; sobre todo la producción y comercialización de los productos agrícolas que dieron pie a la formación de almacenes de toda índole.

Se comprende que siendo Torreón un centro ferrocarrilero, agrícola, comercial y estratégico, al iniciarse la Revolución maderista fuera peleado. Así se explica que haya sido teatro de numerosos combates. Primero, entre revolucionarios y el ejército del general Díaz; después entre los ejércitos constitucionalistas y los que sostenían a Huerta; luego, cuando la escisión de Carranza y Villa, entre sus fuerzas. Establecido el constitucionalismo con la promulgación de la Carta Constitucional del 5 de febrero de 1917, presenció, más que resistió, las asonadas de 1923 con el levantamiento de Adolfo de la Huerta; de 1927, motivada por la insurrección de los generales Arnulfo R. Gómez y Francisco Serrano y, por último, la de 1929, del general Gonzalo Escobar, comandante de esta plaza.

### *Tomas de Torreón*

La primera fue el 14 de mayo de 1911, por fuerzas maderistas comandadas por Jesús Agustín Castro (tranviario en las corridas de Lerdo a Torreón) y Orestes Pereyra. Defendía la plaza el general Emiliano Lojero. En esta toma fueron asesinados 303 ciudadanos chinos y saqueados muchos comercios. Emilio Madero volvió la ciudad al orden.

La segunda se verificó teniendo la plaza los huertistas, el 1º de octubre de 1913, por las fuerzas de Francisco Villa, con sus lugartenientes Tomás Urbina y Calixto Contreras. Villa y su Estado Mayor se hospedaron en el Hotel Salvador.

La tercera la consumó el general José Refugio Velasco, de gran prestigio en tiempo de Díaz, y en ese momento huertista, el 9 de diciembre de 1913. La plaza estaba en poder del ejército constituyente. Velasco estableció su cuartel general en el Hotel San Carlos.

La cuarta se inició el 28 de marzo y se consumó el 2 de abril de 1914. Defendía la plaza el general huertista Velazco, y logró la toma Villa con sus generales Felipe Ángeles, Raúl Madero, Maclovio Herrera y demás. Se hospedó y montó su cuartel general en el precioso chalet de don Lázaro de la Garza, en la esquina sureste de la avenida Juárez y la calle González Ortega, ya destruido. Este triunfo fue la antesala de la toma de Zacatecas, que abrió la llave para la derrota definitiva del huertismo.

Villa volvió a entrar a torreón el 22 de diciembre de 1916, pero ya de huida, en rebeldía contra el gobierno carrancista.

### *El Plan de Agua Prieta y los levantamientos en 1923, 1927 y 1929*

El gobierno civilista de Carranza hace candidato para sucederlo en la presidencia al ingeniero Ignacio Bonillas. Obregón y su grupo no están de acuerdo. El gobernador de Sonora, Adolfo de la Huerta, redacta con el grupo obregonista en Agua Prieta, Sonora, un plan que desconoce a Carranza. Para el 9 de mayo de 1920 la capital de la república cae en poder de Obregón. Carranza es batido, casi solo, en las serranías de Puebla hasta caer asesinado en Tlaxcalantongo, el 21 de mayo de ese año. En Torreón la única repercusión de ese levantamiento fue el cambio del presidente municipal, Eduardo Guerra, y del gobernador del estado, Gustavo Espinosa Mireles. Al primero lo suplieron unos días Guillermo Berchelman y luego Jesús Montemayor Alejandro y Celso Castro; al segundo, el general Luis Gutiérrez.

1923. Era presidente de la república Obregón. Su secretario de Hacienda, Adolfo de la Huerta, pretendía la presidencia para el siguiente periodo, que se iniciaría el 1º de noviembre de 1924, así que se separó de su cargo para iniciar su campaña. Su opositor, y candidato oficial, era Plutarco Elías Calles. De la Huerta se levantó en armas junto con calificados generales que a final de cuentas no le respondieron, por lo que tuvo que exiliarse en los Estados Unidos.

En Torreón esta asonada no tuvo más consecuencias que los continuos cambios de presidentes municipales. A los once meses de iniciado el periodo 1923-1924, Nazario S. Ortiz Garza fue sustituido por Eduardo L. Arellano que administró siete meses y luego por Donato Ramos Farías en los seis meses finales. En este periodo don Nazario inició la proyección del bulevar Morelos, secundado por Arellano y Ramos Farías en forma admirable.

El general Celso Castro, que en dos ocasiones ocupó la presidencia municipal, fue asesinado por un oficial y dos soldados que lo confundieron con su hermano, Cesáreo, que sí estaba involucrado en el levantamiento Delahuertista. El hijo mayor de don Celso, Pablo, se presentó en casa de mi padre, el licenciado Jesús María del Bosque Rodríguez, para pedirle consejo y de ahí salió a recoger el cadáver de don Celso al extremo oriente de Metalúrgica donde lo encontró acribillado, al pie de un muro de adobe que sirvió de paredón.

1927. Era presidente de la república Plutarco Elías Calles, que terminaría su periodo el 30 de noviembre de 1928. Contenderían para sucederlo los generales Arnulfo R. Gómez, Francisco R. Serrano y Álvaro Obregón, que aspirando a reelegirse había obtenido reformas constitucionales. Debido a la presunta imposición de Obregón, los generales Gómez y Serrano fraguan un levantamiento que hace efectivo sólo el primero, pues Serrano fue asesinado en la matanza que el gobierno ordena en Huitzilac, camino de Cuernavaca a México, donde cayó también el exquisito poeta saltilense Otilio González, que había sido diputado por Torreón. Gómez fue batido y fusilado ese mismo año, derrotado por José Gonzalo Escobar, nuestro jefe de operaciones.

En Torreón las cosas no llegaron a mayores porque el XXIII Batallón de Infantería, bajo el mando del general Agapito Lastra, que estaba comprometido, vino a resguardar la plaza, pues el jefe de Operaciones Militares de la región, José Gonzalo Escobar, había salido a batir en Veracruz al general Arnulfo R. Gómez. El XXIII Batallón de Infantería se acuarteló en el Campo Militar, inaugurado en 1925 por el presidente Calles. Algunos jefes y oficiales del batallón que estaban de acuerdo con el levantamiento, tras un tiroteo que no tuvo mayor trascendencia se rindieron y fueron pasados por las armas; lo mismo sucedió tres días después al general Agapito Lastra. Los muertos y heridos fueron trasladados al Hospital Militar ubicado en el casco del Viejo Torreón, fabricado por Andrés Eppen.

Así que no hubo más trastornos que el susto de los vecinos de Torreón, cuyo presidente municipal era Nazario S. Ortiz Garza para 1927 y 1928; era gobernador el general Manuel Pérez Treviño.

1929. Obregón fue reelecto para el periodo del 1º de diciembre de 1928 al 30 de noviembre de 1932. Ya declarado presidente electo, fue asesinado

por José León Toral, el martes 17 de julio de ese año. Obregón se había fortificado una vez llegado a la presidencia en el periodo 21-24 por haber hecho un gobierno justo, agrarista y ordenado; había logrado la tranquilidad sofocando las asonadas de 1923 y 1927. Se suponía que con él no habría rebelión cristera –iniciada en 1926– porque no compartía con Calles la mano dura para tratar al clero. Se daba por hecho que buscaría de inmediato una solución, posiblemente en el mismo plan conciliatorio en que actuó el presidente provisional Emilio Portes Gil en 1929.

En su último informe al Congreso, Calles proclamó el fin del caudillismo y el imperio de las instituciones; ello dio margen a que distintos grupos presentaran sus candidatos a las elecciones de 1929, de las que saldría el sucesor de Portes Gil, presidente provisional. Uno era José Vasconcelos, aureolado por haber sido rector de la Universidad Nacional y haber fundado en el gobierno de Obregón la Secretaría de Educación Pública, desaparecida por Carranza. De gran arrastre en la masa universitaria y en la clase media, Vasconcelos vino a Torreón en 1922 como secretario de Educación a inaugurar la Escuela Primaria Oficial Amado Nervo; el presidente municipal Samuel Silva le ofreció una comida en el Casino de la Laguna, donde fue orador mi padre. Antes ya había sido designado a coro, por los estudiantes de Chile, Colombia y Perú, Maestro de América. Otro candidato era Gilberto Valenzuela, con fama de honesto y capaz, ex secretario de Gobernación y ex representante de México en Londres, quien volvió a mediados de diciembre de 1928 haciendo creer que lo sostenía una seria fuerza política y militar. En el Noreste se proclamó candidato al general Antonio I. Villarreal (casado con Blanca, hija mayor de Ramón Sordo, dueño de los ultramarinos La Universal, en la Hidalgo, entre Zaragoza y Juan Antonio de la Fuente, en la acera que mira al sur). Por último, el Partido Comunista lanzó la candidatura del general Pedro Rodríguez Triana (luego gobernador de Coahuila), con fama de leal, honesto e ingenuo.

Calles promovió la organización del Partido Nacional Revolucionario (PNR), que luego se llamó Partido de la Revolución Mexicana (PRM), y más tarde Partido Revolucionario Institucional (PRI). El PNR postuló la candidatura de Pascual Ortiz Rubio: diputado en la XXVI Legislatura, maderista; gobernador de Michoacán de 1917 a 1920; pertenecía al grupo de Agua Prieta y había sido secretario de Estado con Adolfo de la Huerta y Álvaro Obregón. No tenía estatura nacional ni arrastre. Era un hombre honesto, pero le faltaba capacidad.

Coincidieron las campañas electorales, centradas en la pugna de Vasconcelos con Ortiz Rubio, con las luchas cristeras y con el levantamiento inoportuno y sin bandera de Escobar, que repudió Vasconcelos cuando fue invitado para guiarla. José Gonzalo Escobar era jefe de Operaciones Militares en Torreón desde 1920; se había granjeado la estimación de todas las clases sociales, pues era afable y accesible a las demandas de los pobres, y llevaba magníficas relaciones con los agricultores ricos, los comerciantes y los industriales. Además prestaba rápidos y eficientes servicios al Centro pues fue enviado a combatir la infidencia de De la Huerta y luego la del general Gómez. Así, fue sorpresa su levantamiento, que encabezaba el de otros generales en Veracruz, Sonora, Durango, Oaxaca, Sinaloa y Chihuahua.

El 4 de marzo de 1929 *El Siglo de Torreón* y *La Opinión* dieron noticia del levantamiento iniciado el día anterior sin que Torreón advirtiera movimiento alguno. En nuestra ciudad la gente se divertía viendo tres avioncitos de dos plazas que lanzaban bombas sin precisión. Yo estaba estudiando en Monterrey el cuarto año de preparatoria y pude venir con mi hermano César a concentrarme con mis padres y vi un pequeño destrozo causado por una bomba en la banquetta opuesta al Teatro Herrera, por la Juárez y la calle Múzquiz donde tumbó un tabarete; también vi un hoyo que hizo una bomba que no estalló y se impactó a mitad de la calle. No hubo saqueo en las industrias ni en los comercios ni en los amacenes; Escobar se limitó a vaciar los bancos tanto de esta ciudad como de Monterrey.

El 15 de marzo por la noche se incendió el parrón Juárez, edificado en 1906 e inaugurado en 1907 con motivo de la elevación de Torreón a ciudad. El pavoroso incendio se prolongó hasta el día 16 y consumió totalmente el mercado.

Escobar fue combatido personalmente por el general Plutarco Elías Calles, secretario de Guerra, y sus contingentes, los generales Juan Andrew Almazán y Eulogio Ortiz, entre otros. Se hospedaron en el Hotel Salvador y en carros especiales de ferrocarril; establecieron las oficinas del comando en el Casino de la Laguna. Para fines de abril la asonada había sido sofocada, huyendo sus jefes a los Estados Unidos con las escarcelas llenas de dinero, producto del saqueo bancario.

En Torreón no hubo daños mayores. El incendio del Mercado Juárez no se supo, jamás, quien lo causó; la gente del pueblo lo achacó a los insurrectos, que evacuaron la ciudad el 17 de marzo, dejando la

plaza a las tropas del gobierno sin problema. Durante los días de la insurrección Escobar le pidió a Samuel Silva que ocupara la presidencia municipal sustituyendo al señor Aureliano Rodríguez Tames, que el 18 de marzo retomó sus funciones. Así que este año en que presagiaban tormenta la sucesión presidencial, la Cristiada y la insurrección escobarista, pasó mayores males para Torreón. Vasconcelos había prometido al salir derrotado del país volver y encabezar una revolución si el pueblo se levantaba en armas por la imposición de Ortiz Rubio. Nadie se levantó y el maestro no volvió. El problema cristero no nos había afectado y el presidente Portes Gil le dio cima con soluciones que aceptaba el clero de México. El levantamiento escobarista terminó. Nazario Ortiz Garza, con prestigio por su desempeño como presidente municipal de Torreón en tres ocasiones, triunfó en las elecciones para gobernador de Coahuila sobre su oponente, Vito Alessio Robles, en forma indiscutible, asumiendo el cargo el 1º de diciembre de ese año.

#### *La primera Guerra Mundial y la influenza española*

La primera Guerra Mundial (julio de 1914 a noviembre de 1918) no tuvo las repercusiones de la segunda. Estábamos enfrascados en las pugnas Carranza-Villa, terminadas propiamente en 1916, en tal forma que en 1917 ya la Revolución quedaba institucionalizada con la proclamación de la Constitución del 5 de febrero en Querétaro. No teníamos tiempo para ocuparnos de Europa. Había escasez de fondos, originada por la Revolución, pero no faltaron los insumos para la agricultura, ni para la incipiente industria, ni para las transportaciones. En los últimos años de la guerra subió el precio del algodón porque hacía falta para abastecer las fábricas de hilados propias y extranjeras.

Influenza es una voz italiana que equivale a gripa. A fines de octubre de 1918 apareció en *La Opinión* este encabezado: "Es creciente la alarma que hay en la ciudad. La influenza española sigue haciendo estragos". Se decía que en España había aparecido una epidemia gripal con un virus mortal a consecuencia de la guerra europea. Que España no hubiera sido escenario de la misma no evitó que la gente lo creyera y con ese nombre se quedó. Causó más de mil bajas registradas, y pudo haber otras tantas fuera de control, porque muchos no declaraban sus enfermos por temor -infundado- a que los arrancaran vivos del hogar para enterrarlos o incinerarlos. Algunos abandonaban la ciudad por temor al contagio e iban a morir a sus ranchos y pueblos.

Diariamente el Consejo Municipal de Higiene y Seguridad, que dirigía el doctor Teófilo J. Rodríguez, daba previsiones para evitar el contagio. Se formó un Comité de Dictadura Sanitaria con amplios poderes para juntar medicinas y dinero para su compra, y dirigir la limpieza de la ciudad. Se llevaron a cabo colectas y se decretó un impuesto extraordinario que la gente pagó con gusto. Se pospusieron las elecciones municipales. Se clausuraron escuelas, templos, teatros. Se prohibieron los paseos públicos para evitar contagios y se constituyeron brigadas sanitarias para el auxilio de los enfermos. La inminente rendición de Alemania no entusiasmaba. La autoridad imponía sanciones para que las boticas no elevaran los precios. La gente la llamó la *enfermedad trancazo* porque decía que nada más se enfermaban y daban el cuartazo. Para el 10 de noviembre había disminuido la epidemia y el Ayuntamiento acordó la reapertura de todo lo que había cerrado; la gente fastejó con júbilo la posibilidad de reunirse. Para fines de noviembre la epidemia había terminado y Torreón regresaba a la normalidad después de 40 días de amargura. El 12 de noviembre de 1918 *La Opinión* ponía a ocho columnas: "Abdicaron el Emperador Guillermo II y el Kronprinz, habiéndose firmado el armisticio".

En España era muy popular un couplé pegajoso, de letra intencionada: *Vino tinto con sifón*. Nuestra gente lo cantaba porque algunas *vedettes* -Celia Montalbán, Lupe Rivas Cacho, Emma Duval- de gran simpatía y público la difundieron con motivo de la epidemia. Aquí cantaban la tonadilla como *Un tequila con limón* porque se extendió la conseja de que el limón y el tequila, combinados, eran curativos específicos. Lo cierto es que si no curaba, el enfermo moría agusto.

## Área económica

### La agricultura

En aquel tiempo Torreón descansaba en una economía eminentemente agrícola. Y ésta en el cultivo del algodón; es cierto que se sembraban trigo, maíz, poca hortaliza, melón y sandía, pero estos cultivos no pasaban a mayores, dado el escaso mercado y las dificultades de transporte. En cambio el algodón reunía todas las condiciones favorables. Se ocupaba gente todo el año para limpieza, quema, barbecho, bordeos, aniegos, roturaciones y nivelaciones; desahijes, riegos y pizca. Como el cultivo tenía demanda nacional e internacional -muy importante-, era natural que recibiera

atención, preocupación y protección. La industria incipiente constituía apenas un 10% del valor de la producción.

Los agricultores aprovechaban las avenidas del río Nazas y del Aguanaval: convertían sus tierras en verdaderas lagunas pues creían que entre más espeso fuera el aniego mejor se conservaría la humedad de la tierra para la siembra. Muy pocas heredades tenían noria y éstas trabajaban a poca profundidad; el agua estaba casi a flor de tierra.

Con motivo de las revoluciones apuntadas, aunque el algodón siguió cultivándose sólo se labraban 30% de las tierras por la natural desconfianza de los propietarios y aparceros, y porque los bancos, muchos de los cuales cerraron, no querían arriesgar su dinero en contratos refaccionarios o de avío, pues las garantías de las cosechas no eran seguras. Sin embargo, muchas industrias textiles y de aceites de México, Puebla y Monterrey prestaban dinero a los algodoneros para sus cultivos a través de ventas a futuros, encubiertas como contratos de habilitación o refacción. La producción era aproximadamente de una paca por hectárea y los costos de \$80 a \$120 por hectárea. Los peligros de la Revolución y los eventos de la naturaleza a que están sujetos los cultivos hacían que el dinero se retrajera para la inversión.

En 1907, cuando Torreón se hace ciudad, aún se sentían los efectos de la sequía de los dos años anteriores, pero los ciclos 1907-1908 y 1908-1909 fueron buenos en lluvias y La Laguna mejoró su economía. También fue bueno para las siembras 1918, porque ese año el Nazas trajo una de las avenidas más grandes de ese tiempo, que anegó toda la tierra cultivable. A la disponibilidad de dinero, dadas las posibilidades de recuperación, se aunaba la tranquilidad general por vivir en el estado de orden constitucional. Así fue en los años subsecuentes hasta 1922; con más razón cuando los precios del algodón fueron óptimos, por la demanda que tuvo, de 1917 a 1922. Había dinero y nuestra plata había aumentado de precio hasta cotizarse por encima del oro: un centenario se vendía a \$45.00 plata.

Fue tiempo de euforia manifestada en el derroche de compras, clubes, cantinas y fondas; la gente humilde expresaba sus alegrías en las fondas del mercado Juárez, del Villa y sobre todo en la Alianza, rodeada de cantinas donde de sol a sol había grupos musicales y duetos que poblaban el aire con canciones: *La Adelita, Jesusita en Chihuahua, De Torreón a Lerdo, Las 3 de la mañana, El costeño, Naughty walse...*; al oír el nombre de Villa y Zapata en los corridos, volvían a encenderse los ánimos de quienes habían contendido como soldados y ahora eran pacíficos ciudadanos

que luchaban con la vida. Las casas alegres hacían su permanente agosto y corrían fama nacional las de María Balderas, La Aragonesa, La Tehuana...donde el dinero circulaba a raudales.

Cuando en 1914 Villa expulsó a los españoles "porque sí", se sintió el hueco que dejaban en la producción agrícola, a tal grado que el general dio marcha atrás y permitió el regreso de esa gente trabajadora que ya para principios de 1916 estaba reinstalada en sus labores.

La gran crisis mundial de 1929 nos afectó seriamente en producción y precios. Para 1931 empezamos a recuperarnos, así que llegamos a nuestro año veinticinco de vida, 1932, con alegría, buen humor y deseos irrefrenables de progreso.

En el periodo que nos ocupa, los grandes terratenientes eran la Compañía de Tlahualilo que tenía intereses en toda la comarca; la Casa Purcel de San Pedro de las Colonias, de gran importancia y poderío económico; la Casa Santa Teresa con fieles e inteligentes administradores, como Fernando Rodríguez Rincón, Ángel Urraza y José Larrea; la Compañía Agrícola Lequeitio, nidal de grandes administradores y aparceros que después del reparto de 1936 llegaron a ser prósperos agricultores: Pedro Torres Saldaña, y sus hijos Pedro, Manuel, Enrique y Emilio Torres Sánchez; Silvestre Faya y sus hijos Joaquín, Jacinto y sus hijas que con sus esposos heredaron tierras y profesión; Pedro Camino Ruiz y sus hijos Pedro -a quien llamábamos Pepe- y Ángel Camino Huereca; Jesús Pámanes y sus hijos Salvador, Carlos, Ernesto, Eduardo González Fariño; Julio y Abraham Luján; Ramón Suinaga y Francisca Luján de Suinaga; Praxedis de la Peña y luego su hijo Mauro; Luis Navarro y sus hijos Refugio y Aurelio; Hilario Esparza y sus hijos Hilario y Anita; Plácido, José y Juan Vargas; Jesús y Manuel de la Fuente, para no citar más.

### *Los bancos*

Con el desarrollo vertiginoso de la villa de Torreón, vinieron a instalarse algunos bancos o sucursales o agencias de los mismos. Así el Banco de Coahuila, con matriz en Saltillo, estaba en Juan Antonio de la Fuente, entre Ferrocarril (Presidente Carranza) e Hidalgo; una sucursal del Banco Americano por la avenida Juárez entre Zaragoza y Valdés Carrillo; una agencia del Banco Nuevo León en un edificio en la esquina suroeste del cruzamiento de la Cepeda y la Juárez (hoy Banco Comermex); allí, en una casa de tres pisos -destruida por un incendio en julio de 1910- tenía

sus oficinas la Compañía de Crédito y Ahorros; el Banco Nacional de México, donde hoy está la oficina central de esa institución, y el Banco de Londres y México, en la esquina noroeste del cruzamiento de la Hidalgo y la Valdés Carrillo, que después se cambió a un costado de lo que es hoy Casino de La Laguna.

A partir de 1907 algunas agencias dejaron de trabajar y otras se transformaron. La del Banco de Nuevo León pasó a ser una pujante empresa regional, el Banco de la Laguna, que hizo su edificio donde se había incendiado el que acabo de mencionar, y se inauguró en 1912; el Banco Chino de la empresa Wah Yick y Cía. construyó su edificio en la esquina sureste del cruzamiento de la Juárez con la Valdés Carrillo, y abrió sus puertas en 1906; cerró en 1911 con motivo de la matanza de chinos cometida por las turbas maderistas en marzo de ese año. Ese banco ocupaba la parte baja del hermoso edificio en cuyo segundo y tercer pisos se instaló el Hotel La Española de los esposos Colomer. Así que para 1912 había frente a la Plaza de los Constituyentes una batería de edificios singulares, hermosos, todos de cantera de Durango, heraldos del progreso de nuestra ciudad: el Banco Chino levantado en 1906, el Casino de la Laguna inaugurado el 15 de septiembre de 1910 y el Banco de la Laguna inaugurado en 1912.

A estos bancos se sumaron el Banco de México, ubicado en el lugar donde funcionó la Comisión Monetaria, y el Banco de Londres y México. El general Calles, el más grande estadista de la Revolución, fundó el 31 de agosto de 1925 el Banco de México, y además, con el auxilio de uno de los Siete Sabios, Manuel Gómez Morín, el Banco de Crédito Agrícola el 10 de marzo de 1926, siendo el iniciador propiamente dicho de una verdadera reforma agraria. La Casa Bancaria de Celso Garza González (propietario desde 1924 de la Casa del Cerro) estuvo primeramente en la esquina sureste de la Zaragoza y la Juárez, y cuando creció se cambió a las antiguas oficinas del Banco Chino en el edificio de este nombre. El Banco Algodonero Refaccionario, que inició sus funciones como Caja de Préstamos para Obras de Crédito y Fomento de la Agricultura, prestó gran beneficio a los agricultores. Por muchos años fueron sus gerentes Ricardo Blázquez y Pedro Torres Sánchez. El Banco Nacional de México tuvo como gerente mucho tiempo a Heliodoro Dueñes, que antes había sido gerente del Banco de Londres y México, padre de Antonio Dueñes Orozco y abuelo de los tenaces industriales Antonio, Jorge y Ricardo Dueñes Zurita. Los bancos

que trabajaron en el periodo que abarca este capítulo aprovecharon con inteligencia las concesiones de banco refaccionario que otorgaba el gobierno, y que permitían a las instituciones descontar el papel agrícola primeramente con la Comisión Monetaria y luego con el Banco de México, que la sustituyó.

En 1924 el general Álvaro Obregón expidió la Ley sobre Bancos Refaccionarios y la Ley General sobre Instituciones de Crédito y Establecimientos Bancarios, con lo cual los bancos concesionados aumentaron sus partidas para otorgar créditos.

A mediados de 1927, el Banco de la Laguna Refaccionario atravesaba por una difícil situación económica y administrativa y sus principales accionistas, que a su vez lo eran del Banco de Nuevo León, en Monterrey, acordaron enviar como director a un hombre joven y capaz que destacaba en Monterrey por su inteligencia y versatilidad administrativa: el ingeniero José F. Ortiz llegó a Torreón en julio de 1927. Convirtió al Banco en el banco regional más importante; formó grupos de empresarios que impulsó para acrecentar los negocios, y realizó con el concurso de gentes prominentes múltiples obras de carácter económico, cultural y social; el Ayuntamiento de Torreón 1979-81 puso su nombre al jardín de la colonia Los Ángeles, que él formó, y levantó un busto en bronce como homenaje a su memoria; en la ceremonia de la desvelación pronunció un precioso discurso Antonio de Juambelz, su gran amigo y director de *El Siglo de Torreón*.

Además, las casas textiles de Monterrey, Puebla y México enviaban sus apoderados a contratar directamente con los agricultores ventas "al tiempo", como contratos de refacción o avío, muchos de ellos en volúmenes de dinero mayores que los que disponían los bancos.

### *Comercio*

Para cuando Torreón fue elevado a la categoría de villa, los comerciantes de distintas partes de la república, nacionales y extranjeros, advirtieron las grandes posibilidades que tenía el establecerse en este lugar. Cuando en 1907 Torreón fue declarada ciudad, por decreto, de hecho ya lo era y se proclamaba la más importante, económicamente, de Coahuila. Había concentrado comercios como La Ciudad de París y La Suiza, radicados antes en Ciudad Lerdo, Durango, o como la Casa Lack, nacida en 1904 con su precioso edificio de ladrillo rojo y su orgullosa torre de reloj. Estos negocios eran foco de atracción para que otros comerciantes vinieran a sentar sus reales a esta pródiga tierra.

Para proteger sus intereses y activar el comercio, los comerciantes constituyeron una Asociación Mercantil de Torreón, que el 5 de abril de 1916 pasó a ser la Cámara Nacional de Comercio de la Comarca Lagunera. Su primer presidente fue Alfredo Padilla y figuraban como miembros prominentes José de la Mora, Ernesto Bredee (propietario de la Casa Bouchenau), Othón Wigand (La Suiza), Luis Espejo Delgado (Casa Espejo), Antonio Moreno (casa de abarrotes). Protocolizaron su constitución el 27 de julio de 1916, en la notaría del licenciado Jesús María del Bosque Rodríguez.

*Almacenes de ropa y novedades.* El Palacio de Hierro, de Jesús Herrero, ubicado junto a la Sombrerería Tardán cuando se cambió al costado poniente de La Ciudad de París; La Reforma del Comercio, de Ramón Shade; La Ciudad de París, de Feliciano Chabot y Bienvenido Bellier; la Casa Espejo, de Luis Espejo Delgado, con ventas al mayoreo y menudeo; El Puerto de Liverpool, en la parte baja del Hotel Salvador; Las Fábricas de México, donde siendo muy jovencito trabajó el escritor Emilio Herrera Muñoz, que tantos servicios ha prestado a su comunidad; La Soriana, fundada por Pascual Borque, cuya hermana Dolores fue madre, entre otros hijos, de Francisco y Armando Martín Borque, que años después armarían una revolución con sus tiendas de autoservicio; El Siglo XX (no hay que confundirlo con el comercio homónimo dedicado a mueblería y fundado a fines de los treinta). Estos comercios tenían relaciones con las principales casas comerciales de la capital y abastecían en su ramo no sólo a la región, sino a Zacatecas y Chihuahua; no así al norte de Coahuila, dominado por el comercio regiomontano. Había comercios menores como Salomón Murra y Hermanos –los hermanos eran Abraham y Francisco, el primero padre de Elías, Juan y Alberto, que con el tiempo integrarían el grupo Cimaco–; Bujdud y Jalife, cuyos propietarios, Salomón Bujdud y Carlos Jalife, dejaron una descendencia progresista y bienhechora: Salvador Jalife Cervantes y Carlos Jalife García; Musa y Jorge Bujdud. Amén de pequeñas tiendas diseminadas en el centro histórico de la ciudad y en los mercados Alianza, Juárez, Villa y Pacífico.

*Zapaterías.* Las principales eran La Francesa, de los señores Elizetche y Lizarregue; ocupaba un edificio de cantera gris en la esquina sureste del cruce de Juárez y Juan Antonio de la Fuente. La Excelsior, de José Garza Martínez, en cuya descendencia destacaron Sergio y Jesús, arietes en el progreso de Torreón. La Casa Tueme, de don Teodoro y su primogénito Jorge, quizá la zapatería más importante del Norte de México, que les hizo

posible construir el Hotel Naves en la Hidalgo, contiguo a su comercio. La Cenicienta, a un lado del Salón Novedades, se especializaba en zapatos para dama. La Juventud, ubicada en Ramos Arizpe y avenida Morelos, especializada en zapatos para niño. Amén de otras, de menos nombre y de zapatos sin marca, en el mercado Juárez y en la parte oriente de la ciudad, por la avenida Hidalgo.

*Mercerías y perfumerías.* La más grande, con artículos de calidad y surtidos europeos, era El Nuevo Mundo, en la esquina suroeste de la Hidalgo y Juan Antonio de la Fuente, que pronto incluyó ropa y calzado, junto con perfumería y artículos de novedad. La Casa Jaick, en la calle Rodríguez y avenida Hidalgo, esquina sureste; trabajaban en el comercio don Pedro, su hermano Jorge y los hijos del primero. La Perfumería de Alfonso Iduñate vendía artículos de menos calidad pero con gran demanda popular.

*Joyerías.* Había talleres de relojería y joyería en la calle Ramos Arizpe, entre Hidalgo y Juárez, en la acera que ve al poniente, y en la Blanco entre Juárez y Morelos; hacían reparaciones de toda clase y orfebrería en pequeño. Las relojerías y talleres más importantes eran La Perla, de Domingo López, en la Hidalgo oriente casi esquina con la Ramos Arizpe en la acera que ve al norte. La joyería Rihan, cuyo propietario, Alfredo Rihan, tenía por afición la lucha libre y daba exhibiciones gratis contra quien quisiera exponerse. La Casa Armín, contigua al Banco Nacional de México por la avenida Hidalgo.

*Los paseos de la Plaza de Armas y avenida Hidalgo.* Las serenatas eran los domingos por la noche, de 8 a 10. Se distinguían por su orden y la notada concurrencia femenina. Las amenizaba en el kiosco la Banda Municipal con vales, algún trozo de opereta y alguna canción de moda, de la inspiración de Esparza Oteo, Lerdo de Tejada -*Plenitud, Chapultepec, Perjura, Honor y gloria*-, y, a fines de los veinte y hasta el 32 que nos ocupa, de Agustín Lara -*Imposible, Aventurera, Rosa*-. Las mujeres en fila de tres o cuatro daban vueltas por el lado exterior, y los hombres en sentido contrario. Se vendían jazmínes y gardenias que traían de México en tallos de plátano y competían con las flores lerdenses: rosas y claveles. Al terminar la serenata los músicos se iban; en media hora la plaza estaba sola y los concertulios se quedaban suspirando por alguna mirada furtiva y por la promesa de que llegaría pronto el domingo venidero.

Los sábados a partir de las cinco en otoño e invierno, y de las seis en primavera y verano, se instalaba en la terraza del Salón Novedades la

orquesta formidable de Refugio *Cuco* Mesta, pianista y director de Gómez Palacio, para deleitar a los transeúntes de la Hidalgo, entre Ramos Arizpe y Cepeda; en el balcón del Hotel Salvador, con el mismo fin, se instalaba la orquesta de Enrique de la Croix, compositor de *Raquel*, fox trot muy popular que le compuso a una señorita que jamás le correspondió; y en tanto los paseantes disfrutaban de la música deambulando, formando corrillos, y las damas haciendo compras "de ventana" en los bien arreglados aparadores de los comercios (que eran quienes costeaban las audiciones) los automóviles de los últimos modelos daban la vuelta desde la Ramos Arizpe hasta la Cepeda, pletóricos de jóvenes que iniciaban o reafirmaban sus *flirts*. Dos horas duraba esta fiesta de comunión social que, como las serenatas, arrancaba suspiros, promesas e ilusiones.

*Restaurantes.* Muy famoso el Sternau, cuyo propietario, don Julio, había traído un cocinero francés de la capital de la república y mandado hacer vajillas especiales; estaba pasando la esquina sureste de la Hidalgo y la Ramos Arizpe; la entrada era por esta última. Tuvo vida efímera, de 1909 a 1915, y se dijo que don Venustiano había ordenado su cierre por cobro excesivo. El Salón y Restaurante Delmonico, propiedad de un tío político mío, Dimas Martínez, que al cerrar el Sternau adquirió algunas vajillas e implementos de cocina; daba servicio de boliche y billar. El Restaurante Barcelona, en la planta baja de este hotel, con excelente cocina internacional. La Española, en el segundo piso del Banco Chino; especializada en platillos levantinos, excepcionales; mi padre nos llevaba a comer los domingos, pues teniendo sus oficinas en los cuartos 2 y 4 del segundo piso, conocía bien a la familia Colomer-Yunyent, de origen valenciano; la señora era la cocinera. Había muchos restaurantes de menor nombradía como el de Espiridión Cantú, que ocupaba lo que hoy es el Apolo Palacio. La Mexicana, en la esquina de Múzquiz e Hidalgo, lado suroeste, cuyo propietario, Magdaleno Lailsón era experto en flautas doradas de barbacoa con guacamole, de pollo y de chorizo con papas, que a diez centavos hacían el deleite de los comensales. Y dejó constancia de que los agachados lo eran no por falta de dignidad, sino porque tenían que agacharse para librar la tejabana que cubría las mesas y bancas corridas del asiento, en la Alianza, amén de las fondas del parían Juárez y del Mercado Villa donde eran famosos los menudos y los guisados de puerco con chile verde y colorado.

*Abarrotes.* Los grandes mayoristas eran Casa Buchenau y Compañía, quizá la más fuerte del Norte de México, en Juan Antonio de la Fuente

entre Ferrocarril (hoy Presidente Carranza) e Hidalgo, donde estuvo el Banco de Coahuila. Antonio Moreno, en Juan Antonio de la Fuente entre Hidalgo y Juárez, acera oriente. Francisco J. Lozano, que ocupaba la mitad de la manzana que ve al sur de la avenida Hidalgo entre Falcón y Blanco. Y desde luego los abarroteros de la Alianza, como Manuel Alatorre, Francisco Peña, Duarte y los integrados por compañías colectivas de ciudadanos chinos, desde la Alianza hasta la Plazuela Juárez por Hidalgo y Juárez y calles perpendiculares. José A. García, destacado en abarrotos y semillas; padre de Homero, Jaime y Eduardo, que han hecho prominente labor social.

*Ferreterías.* Abastecían de implementos agrícolas, artículos de ferretería, tlapalería y similares a La Laguna y a parte del estado de Chihuahua -Escalón, Camargo y Delicias-, aunque no a Mondova ni Saltillo, bajo influencia regiomontana. La Suiza, en la esquina noroeste de Hidalgo y Zaragoza, a cuyo frente estaba el señor Othón Wigand que prontó integró una sociedad anónima que sigue trabajando con el mismo nombre y lugar. La Casa Lack, de mayor capital, propiedad de Julián Lack, de ascendencia alemana, yerno de Andrés Eppen, también de sangre alemana y fundador de Torreón; ocupaba edificio propio en la esquina noreste de Hidalgo y Juan Antonio de la Fuente. Este edificio, el Hotel Iberia y los demás de esa manzana fueron demolidos para construir una Soriana. Había empresas menores como La Sirena, del señor Carlos, frente al Mercado Villa, con mucha clientela de rancheros y colonos.

*Sombrererías.* Contigua a El Nuevo Mundo estaba La Casa de Moda, con un gran surtido de sombreros Stetson y Borsalino, marca famosa que en México llegó a fabricar Tardán. Al frente estaba Jesús Pardo, llegado del Club de Fútbol España para reforzar al Club Victoria y luego al del Real Parque España. La otra casa especialista en sombreros era la Casa Morales, en avenida Juárez en un local contiguo a *La Opinión*, en la acera que mira al sur, entre Blanco y Falcón.

*Ultramarinos.* Los laguneros llegados de Europa, principalmente españoles -2000 en 1915-, franceses y alemanes, que dominaban los ramos de ropa y ferretería, cada vez que podían consumían productos venidos de allende el Atlántico. Algunas empresas poderosas no dedicadas al comercio de víveres, como Santa Teresa, Tlahualilo, Laqueitio, etc., los importaban directamente: latería y vinos en barrica y embotellados de origen. Los que no podían o no querían importarlos, los adquirían en los almacenes de ultramarinos. Desollaban Las Playas, en la esquina sureste de Blanco y la

Hidalgo; era de Carlos, Fermín, Benigno y Ángel Pruneda, agricultores en grande que hicieron un capital respetable porque trabajaban a fondo. A fines de los veinteos Carlos se separó y puso un almacén, La Ultramarina (el primer trabajo de nuestro querido, dilecto y admirado amigo Pedro Valdés Fernández fue en este lugar, de mil usos), en la esquina suroeste de Hidalgo y Múzquiz. Otro almacén famoso era La Universal, de Manuel Sordo, quien tuvo muchos hijos; su hija mayor, Blanca, casó con el general Antonio I. Villarreal, prócer y filósofo de la Revolución, secretario de Agricultura con Adolfo de la Huerta. Torreón Grocery, de Prudencia Calderón, era en menor escala, pero con buena clientela; estaba contiguo a la papelería El Modelo por la avenida Hidalgo antes de llegar a la Zaragoza.

*Cantinas.* Las Playas, en la esquina suroeste de Blanco e Hidalgo, junto a los ultramarinos del mismo nombre; bien surtida de vinos extranjeros y nacionales. En un tapanco, música de cuerda de la mejor calidad amenizaba la tarde con zarzuelas y operetas como *El Gato Montés*, *La Torre del Oro*, *Marina*, pasodobles como *Cielo Andalúz* que alborotaban a los parroquianos, y canciones mexicanas, como *Chapultepec* y *Plenitud*, que iluminaron los ensueños de nuestra adolescencia. Fernando Rodríguez, Jesús de la Mora, Ángel Urraza y José Cueto edificaron mediante una sociedad un formidable salón de recreo, restaurante, cantina, billares, boliches, El Novedades, por Hidalgo, acera norte, entre Zaragoza y Juan Antonio de la Fuente; fue famoso porque decían, y a su tiempo lo corroboré, que su cantina competía con La Opera y La Reforma de México, y con el bar Chicote de Madrid, cantado por Agustín Lara. Otras cantinas, de no tanto tronío, eran La Fiesta y Las Navas de Colón, en el barrio de la Alianza; El Casino, de Florentino Lombas, *el Chino*; El Casino Torreón, de Jesús Perches; el Salón Bridges, de Samuel Córdova; El Tecolote, del amigo Perales, de quien se decía que ni para él mismo servía vino legítimo; el Salón Princesa, de Salvador Capín, en la esquina del Cine Princesa; y el Salón Flamenco, en contraesquina de lo que es hoy el Banco de México. En ninguna faltaba un conjunto musical: piano, batería, saxofón y violín. No había aún sinfonolas.

*Hoteles.* Numerosos y muy buenos dieron servicio a los visitantes de la época. Menciono, por su categoría, el Hotel Salvador, erigido en 1906 por el coronel Carlos González Montes de Oca, que lo llamó en homenaje a su primogénito, Salvador González Fariño. Sirvió de hospital en 1914 y hospedó a figuras como Francisco I. Madero el 4 de julio de 1911,

Francisco Villa en 1913, Venustiano Carranza en octubre de 1915, Plutarco Elías Calles en 1929, y muchos otros políticos prominentes.

El Hotel Francia, el primero que tuvo Torreón; Alfredo León lo adquirió de su paisano Julio Doucet –que vendió al ingeniero Woolf el terreno para construir la Casa del Cerro–; cuando Torreón fue villa, al lado poniente de este hotel estuvieron la Presidencia Municipal, la oficina postal y la Cárcel Municipal. Frente al Hotel Francia estaba el anexo del hotel por la avenida Ferrocarril (hoy Presidente Carranza), regentado por las hermanas Galindo. Al morir éstas le pusieron El León de Oro y comenzó a servir como hotel de paso.

El Hotel Iberia, en Hidalgo y Ramos Arizpe (actualmete está allí una Soriana), gozaba de popularidad porque en su planta baja se encontraba un salón-cantina que competía con Las Playas y fue convertido en cabaret. Allí fueron asesinados los hermanos Larriva, jóvenes de preparación, arraigo, simpatía y carácter violento. Su asesino, *el Chueco* Castro, fue linchado en la cárcel de Lerdo durante la campaña presidencial de Almazán. Tenía alberca y servicios de baños de vapor y en su *hall* se jugaba el mejor dominó de aquel tiempo. Pasando la avenida Hidalgo por la Ramos Arizpe había unos altos que se usaban como anexo del Hotel Iberia.

Hotel San Carlos. Por presentar, recién construido, algunas cuarteaduras en su edificio de tres pisos de ladrillo amarillo, la gente del pueblo lo llamó El Peligro Amarillo. Estaba en la esquina noreste de Hidalgo y Múzquiz; su construcción llegaba hasta la calle Viesca. Lo construyó el coronel Carlos González Montes de Oca y lo llamó en homenaje al segundo de sus hijos, Carlos González Fariño. Fue construido en 1909; asistía gente de escasos recursos que iba a comer a las fondas de la Alianza, donde se comía sabroso y a poco precio. Ahí se hospedó el general José Refugio Velazco, que resistió en la plaza el avance villista de 1914.

Hotel Barcelona, en la Ramos Arizpe, entre Juárez e Hidalgo. Fachada de ladrillo rojo, con un gran balcón al frente, parecido a los que tenían el Salón Novedades y el Hotel Salvador. Allí estaba el Casino de Torreón antes de tener edificio propio. En su restaurante, sucesor del Sternau en clase y calidad, fueron asesinados unos ingleses de apellido Westendarp por el negro Mapp Garrett, por cuestiones raciales.

Hotel La Española. Estuvo a partir de 1912 en los pisos segundo y tercero del Banco Chino; lo tenían en arrendamiento los esposos

Alfonso Colomer y Carmen Yunyent. Ahí se hospedaron durante su campaña en 1929 José Vasconcelos y Vito Alessio Robles y un chihuahuense que prestigió a la banca nacional: Eloy Vallina (véase mi libro *Aquel Torreón...*). Había otros hoteles menores, decentes unos y otros no tanto: El Hidalgo, El Independencia –cambió su nombre a Casa Blanca–, El Colón y su famosa cantina Gambrinus y multitud de mesones que daban albergue a los arrieros con sus recuas y a los campesinos.

*Hospitales.* Precario servicio hospitalario brindaba el Vacunógeno ubicado en la esquina suroeste de Allende y calle I. Fuentes, que con los años se transformó en Casa de Beneficiencia de la Laguna; durante la toma de Torreón en 1914 dio servicio de hospital improvisado, igual que el Casino de la Laguna, El Banco Chino y el Hotel Salvador.

*Hospital Civil.* Dependía del gobierno del estado y recibía ayuda económica del municipio. Lo fundó el doctor Adolfo Mondragón, padre de Magdalena Mondragón, en 1907. Estaba en la acera norte de la avenida Juárez poniente entre las calles 9 y 10; con los años, ya modernizado, pasó a depender de la Universidad de Coahuila.

*Hospital Militar.* En la Metalúrgica, frente al jardín de ese sector, tenía fama de dar buen servicio y contar con recursos superiores al Hospital Civil.

*Beneficencia Española de la Laguna.* Fundado por la colonia española fue modernizándose hasta ser uno de los mejores sanatorios del Norte de México.

*Casa de Salud de la Laguna.* Propiedad de Adolfo Mondragón, quien fundó ahí mismo la primera escuela de enfermería de La Laguna. Como las empresas que dependen de una sola persona, al desmejorar la salud del doctor Mondragón, hubo de liquidarse.

*Clínica de Maternidad.* Propiedad de los doctores Samuel Silva y Salvador Lara estaba en la acera norte de la avenida Matamoros oriente, entre Treviño y Falcón; tuvo vida efímera.

*Centro de Higiene Infantil y Maternidad.* En la acera norte de la avenida Juárez esquina con Galeana.

*Boticas.* Dominaban: La Palma, en la avenida Hidalgo acera sur cerca de Ramos Arizpe; ahí vendían más medicina "de patente" que en las restantes, donde se surtían más recetas. La Reforma, en lo que es la Comisión Federal de Electricidad, en Valdez Carrillo y Juárez; era de dos pisos, con un balcón corrido de madera, en escuadra, que miraba a la calle y a la avenida; su propietario era el doctor Francisco Herrera,

muy estimado y padre de Virginia -Quina-; en tiempos posteriores presidente, durante años, de la Cruz Roja. La Botica de los Pobres, de don Ciro Santelices, con mucha clientela popular, donde los Sábados de Gloria quemaban invariablemente un Chamuco repleto de confites y cacahuates. La Botica del Refugio, ubicada en Corregidora y Leandro Valle era el centro "del barrio alegre". Por ello a este barrio también se le conocía como "barrio del Refugio".

*Librerías y tabaquerías.* La poca demanda de libros por la escasez de lectores en una ciudad que contaba sólo con escuelas primarias y de taquimecanografía -la primera preparatoria la fundó mi padre en septiembre de 1927- requería apenas escasas lecturas y textos de primaria. Las librerías que a su vez eran papelerías y tabaquerías eran: Casa Esquerra, en la acera sur de Hidalgo entre Zaragoza y Juan Antonio de la Fuente; El Modelo, en Hidalgo y Zaragoza; El Lápiz de Oro, pasada la esquina del que hoy es Bancomer, por la Juárez; La Sonrisa, en la acera de enfrente de la escuela Benito Juárez; La Ilustración, en Ramos Arizpe 409 sur, además servía de agencia de publicaciones, cuadernos de modas y venta de periódicos y revistas; La Papelería de Francisco Dingler, en Juárez y Zaragoza. Después de 1932 vendrían a establecerse nuevas y muy importantes librerías.

*Casas de música.* Eran pocas, pues no había academias ni maestros de música. Las principales eran: Casa Wagner, cuyo gerente era Isauro Saldivar Tapia, contigua a la cantina El Tecolote por la avenida Hidalgo oriente antes de llegar a la esquina con Juan Antonio de la Fuente. Luego se quedó en la gerencia un señor Juan Caviño, y el señor Saldivar Tapia estableció la Casa de Música Salvador Tapia en la acera poniente, antes de llegar a la avenida Morelos y calle Ramos Arizpe.

*Baños y peluquerías.* Las Delicias, en la esquina sureste de Juan Antonio de la Fuente y Morelos, tenía peluquería, cantina, baños rusos, turcos y de tina, alberca pequeña y aparatos gimnásticos. También era famosa la peluquería y baños Polendo, por la Ramón Corona, frente a la Plazuela Juárez. El Motel Iberia daba servicio público de baños, al igual que La Nacional, precursora del Adel, de Ignacio Lozano y hermanos, que vinieron en 1916 de Aguascalientes. Había muchas, por la ciudad, sin olvidar las sillas protegidas del sol con una manta, que se instalaban en los patios del ferrocarril, "peluquerías cuatro vientos".

*Sastrerías.* No era el tiempo de los trajes en serie, sino de comprar telas y llevarlas al sastre. Los principales eran: The Torreón Clothing Co. de

Tyko Lindquist, prominente rotario de los veintes, el más caro pero no el más afamado pues competían a menos precio dos sastres muy destacados: Ángel Gómez, "El sastre de los elegantes", frente a la Ciudad de París, y Félix Pérez, "El sastre de los caballeros", frente al Banco de La Laguna por la Cepeda. Había un sastre por la Blanco, Jesús Escobedo, de enorme clientela porque cortaba muy bien. Había otras sastrerías sin nombre pero con buenos oficiales que, como el sol sale para todos, tenían clientela que les permitía vivir bien.

*Automóviles.* Un Torreón sin pavimento, pues éste se inició en 1925, desalentaba la ambición de tener automóvil. Las familias acomodadas tenían coche de caballos para dos, cuatro o seis personas. Sin embargo, ya se importaban automóviles de marcas como Packard, Buick, Hudson; era famoso el Pierce Arrow que lucía el general José Gonzalo Escobar en los paseos de la Plaza de Armas y la Hidalgo. Entre las vendedoras de automóviles estaban Julio Castrillón y Cía. que distribuía el Ford; Garza Hermanos, que distribuía el Chevrolet; Elizondo y Cía. los Oldsmobil y Buick; Bruno y Benito de la Garza distribuidores de varias marcas, sin exclusiva; Orvañanos y Zuñiga, distribuían el Studebaker, y la Cía. Importadora Mercantil, la Chrysler.

*Implementos agrícolas.* Entre las distribuidoras de maquinaria agrícola y material eléctrico, con venta de motores, destacaban la Olliver que muchos años estuvo en la esquina noreste de la Juárez y la Juan Antonio de la Fuente. Alberto Isaac y Cía. en la Iturbide (Presidente Carranza) 1621 poniente distribuía motores alemanes para gasoil y motores eléctricos, transformadores, etc. Koerting Hnos. estaba en la Valdez Carrillo, entre Morelos y Matamoros; Augusto Kramer era su gerente. Motores Diesel, en la Valdez Carrillo, entre Iturbide e Hidalgo, distribuía motores alemanes muy afamados, marca Deutz Otto legítimos.

*Telefonos.* Para el servicio de la ciudad era indispensable el teléfono. Torreón contaba con dos empresas que suministraban ese servicio: los teléfonos Sepúlveda y los Woessner, cuyos dueños y gerentes eran los señores Mauro A. Sepúlveda y Juan Woessner. Después vendrían empresas mayores que acabaron con éstas.

Torreón era una ciudad con toda clase de servicios y tenía talleres para garantizar los trabajos industriales, mercantiles y hogareños. Herrerías, hojalaterías, renovación de llantas, cordelerías, carpinterías, carrocerías, fontanerías, talleres mecánicos, lavanderías -dos muy importantes, una frente a la Iglesia de Guadalupe por la Juárez y otra donde

está el Hotel Calvete, ambas de chinos, emprendedores y eficientes-, cerrajerías y talleres de servicio eléctrico.

### *Industrias*

Cuando Torreón se hizo ciudad, en 1907, ya existían la fábrica de hilados La Constancia, de Luis Veyán y Cía.; la de aceites y jabones La Alianza, frente a la estación, pasando la calle Viesca al poniente, que dio nombre al mercado; la de hilados y tejidos La Fe, promovida por el incansable español Joaquín Serrano y los no menos valerosos inversionistas Praxedis de la Peña y José Fajjas (en 1898, La Fe produjo la energía que dio luz a 800 focos de particulares y 40 lámparas de arco, de 2,000 bujías, para el alumbrado público); la de jabón La Unión, cuyos socios, entre otros, eran Joaquín Serrano y Rodolfo J. García; los Rastros de Torreón y Parral, que fabricaban hielo y distribuía carne; la beneficiadora de guayule, casi todo de exportación, Continental Mexicana Rubber Co. -donde está la Aduana de Torreón-; la Guayulera de Torreón; la fundición metalúrgica Cía. Minera de Peñoles, la mejor equipada y de mayor capacidad, de plomo argentífero, en la república. En este tiempo amplió su capacidad a ocho hornos y un capital de cinco millones de pesos. Como en todas las grandes promociones, en ésta figuraban Joaquín Serrano, Praxedis de la Peña, Pedro Torres Saldaña, Ernesto Madero y Carlos González Montes de Oca. A Serrano y a González Montes de Oca el Cabildo de Torreón 1979-1981 les levantó bustos de bronce en reconocimiento a su visión y a su proceder ciudadano.

*Otras industrias.* En los veintes y primeros treintas: Fundición de Hierro de Torreón, de Roberto, Arturo y Juan Graham, Edwin Drew y Bert McPhee, en Juárez y Jiménez hasta la Ferrocarril. Dodson Mfg. Co., fábrica de poleas, partes mecánicas y engranes, donde se alzó El Novedades; luego creció como Fundición #3 en la Ferrocarril y la Leona Vicario, donde aún se ve un torreón que en homenaje a nuestra ciudad hicieron sus dueños. Harinera Torreón, donde había sido la fábrica de aceites La Alianza, ya citada. La de pastas El Horizonte, de Virgilio García, en Juárez y Javier Mina. El Golfo, de Ramón Villarreal, donde está el Cine Torreón. La fábrica de pastas Francisco Chapa, en Bravo y Comonfort; la de aceites y jabón Aurelio Anaya, donde está Cimaco, que a la muerte de don Aurelio se vendió a La Fama de Monterrey, y fue destruida por un incendio.

El molino y tostador de café Iglesias, de José Iglesias. La hielera La Ferita, de Ricardo Morari, en la González Ortega entre Juárez y Ferro-

carril. Fábricas de referescos: La Griega, de Juan Gianafópulos, en la esquina suroeste de la Ramón Corona y la Hidalgo; Referescos Macotela, en la esquina suroeste de Ramón Corona y Morelos. Panaderías: El Nopal, en la Juárez e Ildefonso Fuentes; La Colmena, en la Hidalgo, entre Falcón y Treviño; La Francesa, de Francisco Solé, en Juárez y Acuña. Una compresora de algodón ocupaba los patios del ferrocarril, esquina con la calle La Fe, después llamada Calzada de la Industria.

Había varias fábricas y talleres de ropa; la que dominaba, con empleados de planta, era El Venado, de Abdala Marcos. Las Caleras Martínez estaban a la salida, por el poniente, del ferrocarril a Durango. También estaba la marmolería y fábrica de mosaicos de Desiderio Martínez.

### ***La ciudad***

En 1907 la mancha citadina ocupaba desde el Molino la Alianza, al poniente de la calle Viesca, hasta la Calle Siete –antes Victoria y ahora Francisco I. Madero–, su límite oriente. Y desde Metalúrgica, La Polvora y La Constancia en el sur, hasta el tajo San Antonio, hoy calzada Independencia, en el norte. Dentro de ese trapezoide se desarrollaba nuestra sonriente ciudad. No contuvieron su crecimiento la Revolución, ni las batallas Carranza-Villa, ni las asonadas militares del 23, 27 y 29; ni las sequías e inundaciones, ni la influenza española, ni la Guerra Mundial, ni el *crack* del 29.

La ciudad siguió creciendo y levantó suntuosos edificios: el Casino de La Laguna, el Banco de La Laguna, el Arocena; el admirable y único edificio mudéjar que tenemos, contiguo a la escuela Benito Juárez por la Ildefonso Fuentes, erigido –como la escuela– en 1909. Hermosas y bien construidas casas, como la de Lázaro de la Garza, en González Ortega y Juárez (1913); la de Jesús de la Fuente, en Ildefonso Fuentes y Juárez (1916), y el palacio mozárabe de Fernando Rodríguez Rincón, en Abasolo y Colón (1922), desaparecidas las tres por la ignorante complacencia de los presidentes municipales que autorizaron su demolición. Las escuelas Centenario (1910), Amado Nervo (1922), Alfonso Rodríguez (1919); el edificio de la Compañía Nacional de Electricidad (1931). El puente para automóviles sobre el Nazas, inaugurado el 20 de diciembre de 1931 gracias al Club Rotario de Torreón, *El Siglo de Torreón*,

El Automóvil Club de La Laguna, el trabajo de Nazario Ortiz Garza, gobernador de Coahuila, y de Pastor Ruaix, gobernador de Durango. Las escuelas Coahuila y Álvaro Obregón, que resolvieron problemas de saturación escolar. La pavimentación de la ciudad, planeada en 1924 y ejecutada del 25 al 28. La extensión del servicio de agua y drenaje, del alumbrado público y la terminación en 1915 del Hospital Civil, iniciado en 1907. La Presidencia Municipal antigua, en la Plazuela Juárez, iniciada en 1907, fue concluida en 1921 y derruida durante el régimen municipal 1979-81. El Mercado Juárez, destruido por el incendio de 1929, fue reinaugurado en enero de 1932.

La construcción de camellones de ornato en la Morelos, cuyas esculturas desaparecieron sin que jamás se conociera su paradero. La de la calzada Colón, antes Rayón, donde, frente a la entrada del Real Club España, se levantó en 1927 el monumento a Colón. La de Correos y Telégrafos, en la acera norte de la Hidalgo, entre Cepeda y Valdés Carrillo, por Comunicaciones, luego vendida a una firma comercial que la destruyó. El edificio que estaba en esta última calle, entre Juárez e Hidalgo, dedicado a Telégrafos cuando éstos se separaron de Correos y después a la casa Figueroa y De la Mora, a cuyo frente estaba Santiago Villarreal, padre del doctor Roberto Villarreal Ruiz. La construcción, en La Rosita, del primer aeropuerto de Torreón, de la Compañía Aeronáutica de Transporte, y la del Campo militar en 1925 -al pasar a donde ahora se encuentra, fue fraccionado con el nombre de Nuevo Torreón: de la Abasolo a la Juárez entre las calles 38 y 40-. La inauguración de los teatros Princesa, en 1919, e Isauro Martínez, en 1930, por el emprendedor zacatecano Isauro Martínez Puente, y del Teatro Royal, donde antes fue el Ricardo de la Vega y hoy el cine Variedades; la preciosa casa levantada en 1908 por Juan Castellón, en la esquina noreste de la Juárez y la Colón.

En fin, la joven ciudad no paró en esfuerzos por su progreso y para 1932, ya más poblada, se extendió al oriente hasta el Campo Militar, y hacia el norte superó los límites de los tajos San Antonio y el Coyote (hoy bulevar Constitución) mediante los puentes de la presa del Coyote, de la calle Rodríguez y de la calzada Colón. Allí nacieron los barrios de La Paloma Azul, colonia Moderna, el Ombligo de doña Luisa, el Arenal y otros. Como corolario de 1932, Nazario Ortiz Garza, gobernador del estado, construye el gran Estadio de la Revolución.

*Juzgados.* En 1907, Torreón contaba con un juzgado mixto de letras

y dos juzgados menores; al crecer, se crearon dos juzgados de letras del ramo civil y otro del penal, dejando el primero de ser mixto. También se creó un juzgado menor, dándose de baja el otro. En 1919 se formó el primer Juzgado de Distrito de La Laguna, con residencia en Torreón; estaba en la Rodríguez y la Allende, donde años después estuvieron la Abastecedora de Agua y Drenaje y *El Siglo de Torreón*. Luego pasó a la Allende esquina con Leandro Valle; a la Matamoros entre Leona Vicario y Ramón Corona, y de ahí a su lugar actual, en el Palacio Federal. Este juzgado tuvo trascendental importancia como salvaguarda de las garantías individuales en la época revolucionaria.

*Catastro.* El primer catastro de la propiedad, ordenado en 1915 por el gobernador provisional Espinoza Mireles, llegó a catorce millones de pesos; en 1926 se hace uno nuevo, que fue de treinta millones; y por último en 1932 el valor catastral se fijó en sesenta millones.

*Cámaras.* Ya dijimos sobre la Cámara Nacional de Comercio de la Comarca Lagunera. Luego surgió la Cámara Agrícola Nacional de la Comarca Lagunera y en enero de 1912 la Cámara de Propietarios de Torreón, que había empezado balbuciente como una Liga de Propietarios. Estas cámaras han cooperado con el pueblo y las autoridades para resolver los problemas de la ciudad.

*La Junta de Mejoras Materiales.* Fue creada desde que Torreón era villa y ha apoyado la construcción de calles, agua, drenaje, pavimento, luz eléctrica y demás obras semejantes. Sus servicios destacaron durante la pavimentación de Torreón, entre 1925 y 28.

*Clubes de servicio.* El único entonces era el Club Rotario de Torreón, siempre atento a cooperar con la ciudad; figura eminente en las actividades del pavimento y del puente de automóviles sobre el río Nazas.

*Abogados.* Antes de que fuera ciudad, en Torreón destacaron: Ladislao Castro, Gumersindo Gómez Vargas, Sóstenes Charles. Ya como ciudad: Graciano Patiño, David Garza Farías, Eugenio S. Castrión, Jesús María del Bosque Rodríguez, Eliás Tejada, Cresencio de la Garza González, Jorge S. Sánchez, Pedro Ríos Orona, Everardo Siller, Luciano del Bosque Rodríguez, Gilberto Vázquez del Mercado, Sebastián Vera, Francisco Arsave, Agustín Saldaña, Luis Ortega, Mariano Montoya, Francisco O'Reilly, Ramón y Guillermo Espejo, Simón Gutiérrez Mesa, y José C. Mijares.

*Médicos.* Siendo ciudad destacaban: paidólogos, Wilmans y Mihalgou; cirujanos, Alberto Madrid, Adolfo Mondragón; ginecólogo, Salva-

dor de Lara; oculista, Eduardo Orvañanos; bacteriólogo, José N. Guzmán; medicina interna, Romeo de la Fuente, Anastacio García Bueno, Teófilo Rodríguez; dentistas, Homero Boren, Reynolds y Francisco Madrid.

*Tenedores de libros.* Vicente Adame; Miguel Vázquez Ayala, abuelo del C.P. Gabriel Cenicero Vázquez que ocupa un lugar prominente en su especialidad en el conglomerado empresarial de México; Arturo Meléndez, Pablo C. Moreno y Jesús Salcido.

*Centros Sociales.* Los torreónenses acudían al Casino de la Laguna, en la Ramos Arizpe entre Hidalgo y Juárez -luego Hotel Barcelona-. Como no era edificio propio, en 1910 se cambió al edificio actual en la Juárez entre Valdés Carrillo y Cepeda; se inauguró el 15 de septiembre de 1910 y agrupaba a los ciudadanos de ascendencia francesa, que no tenían casino propio. El Club Alemán, también llamado Club de Boliche por sus mesas para este juego, de calidad óptima, estaba en la Morelos, entre Valdés Carrillo y Cepeda; fue construido en 1907 con el entusiasmo de la colonia alemana, que era numerosa y rica.

Casino Americano, en el salón de recepciones de la Continental Rubber Co., o en el casino de visitas de Peñoles. A éste pertenecían los miembros prominentes de la numerosa colonia estadounidense, formada por dirigentes y empleados de las grandes empresas.

Real Club España. La colonia española, integrada por dos mil ciudadanos, era la más numerosa. En 1918, sus representantes organizaron un club deportivo y social, adquiriendo cuatro manzanas en la calzada Colón, hasta la calle Javier Mina, limitadas por las avenidas Escobedo y Corregidora. Al caer la monarquía en 1931 el club se quitó el nombre de "real". Fue liquidado en 1936, como el Club Alemán.

Club Deportivo Neoleonés, principalmente de familias provenientes de Nuevo León; estaba en la calle Falcón entre Juárez y Morelos; fue disuelto a fines de los treinta.

Casino Libanés, en la acera poniente de la calle Acuña, entre Hidalgo y Ferrocarril (hoy Presidente Carranza). Tenía dos pisos, de adobe y ladrillo, y aglutinaba a la gente de lengua árabe.

Casino Chino, en la acera oriente de la Blanco entre Juárez e Hidalgo. Iniciado a principio de los años veinte, fue disuelto en 1934.

Círculo Lagunero. Cuando fue clausurado el restaurante Sternau en 1915, un grupo de hombres de negocios, a imitación de los Clubes

Llave, rentó la casa para disfrutar en exclusiva sus reuniones; duró muy poco y no dejó rastro.

*Teatros, cines y espectáculos.* Cuando Torreón se hizo ciudad ya funcionaba el Teatro Herrera, que levantó don Manuel Herrera en Juárez y Múzquiz. Este teatro estuvo activo mucho tiempo y después se convirtió en el Cinelena.

Teatro-Cine Royal, en la esquina de Morelos y Múzquiz. En ese lugar había un teatro llamado Ricardo de la Vega, que competía con el Herrera presentando operetas, dramas y dramones. Hoy se llama Variedades y lo levantó Isauro Martínez Puente. Este genial promotor construyó también, en 1919, el Teatro Princesa, en la esquina de Morelos y Valdés Carrillo, donde había antes una carpa llamada Torreón, propiedad de don Isauro, Ciro Meléndez y Francisco J. Lozano, en terrenos de Lázaro de la Garza, que le vendió a don Isauro.

Teatro-Cine Imperio, donde don Isauro construyó después el Teatro Isauro Martínez, que inauguró en 1930. El Cine Imperio estaba contiguo a una carpa del mismo nombre donde había box y también servía, por su amplitud, para mítines políticos.

La Carpa Pathé estaba donde se encuentra el Banco de México y era especialista en películas de episodios: *La casa del odio*, *El ojo del toro*, *Las calaveras del terror*, *El asalto del tren*, y aquellas en que Eddie Polo, William Duncan y Tom Mix, exponían mucho, derribaban a todos y salían triunfantes con la muchacha. El Cine Verde -por el color de su fachada-, en el barrio del Golfo, donde estaba la fábrica de tallarines El Golfo, de Ramón Villarreal, y está ahora el Cine Torreón.

El Cine Universal, en la Leona Vicario entre Morelos y Juárez, comenzó por ser un salón al aire libre; luego lo techaron y le añadieron un foro donde fue a refugiarse la compañía de don Ricardo de la Vega que representaba: *La cabaña del Tío Tom*, *El herrero*, *La malquerida*, *La casa de la zorra*, y dramones de Echegaray, Benavente y demás.

*Campos deportivos.* En 1919 trajeron de México una plaza de toros, de madera, que levantaron al noroeste de Torreón, a la salida del tranvía a Gómez, donde también estuvieron los diamantes del Deportivo Nacional. Una plaza anterior, de avenida Morelos entre Múzquiz y Viesca, mandada a hacer por Carlos González Montes de Oca, ya no trabajaba; otra, muy rudimentaria, por la Morelos entre Galeana y Jiménez, también había pasado a la historia.

Además del Deportivo Nacional, había otros dos parques para jugar

beisbol; uno en los patios de la fábrica de aceites y jabones La Unión, y el otro por la Donato Guerra frente a la Alameda Zaragoza, en Morelos y Matamoros. Allí se jugó durante los veinte, pues el Deportivo Nacional se construyó en 1928. Pasando las vías del ferrocarril a Saltillo, entre Comonfort y Leona Vicario, y antes de llegar a la vía del ferrocarril a México, había numerosos campos de beisbol llanero, regalamentados por la Asociación de Ligas de Beisbol de la Laguna. De allí surgieron grandes peloteros al profesionalismo.

Había un campo de futbol en Allende y Donato Guerra, llamado Oriente, desaparecido cuando se construyó el Hospital Americano y luego el antiguo colegio Jesús María (hoy ISSSTE). Por último, estaba el parque de futbol del Real Club España donde jugaban los equipos España y La Bufanda, cuyos encuentros despertaban las pasiones de la nacionalidad, pero todo con el mayor respeto y armonía.

*Templos.* En 1907 ya existía la Iglesia de Guadalupe, apenas un salón con altar y viacrucis; sus torres se edificaron en el tiempo que narro.

A fines de los años diez, en la esquina de Falcón e Hidalgo había una casita de un piso, con paredes de adobe y enjarre, a la cual le quitaron algunos muros interiores y le apuntalaron el techo con unos postes de hierro. Medía cinco metros por Falcón y quince por Hidalgo. Fue oratorio y luego de templo bajo la advocación de la Virgen del Perpetuo Socorro. Tiempo después se hizo la construcción actual por la propia calle Falcón esquina con la Juárez.

Iniciados los veinte nació el Templo del Carmen. Primero un salón apuntalado por columnas de hierro, a cargo de padres carmelitas. Un tío mío, Ernesto, primo segundo de mi padre, ahí oficiaba. Luego vino el padre Domingo Pitarch, que derramaba simpatía; organizó la ACJM (Asociación Católica de Jóvenes Mexicanos) y su respectiva Vanguardia, a la cual pertenecimos muchos chamacos de ese tiempo: Ramón Anaya, Antonio y Armando Moreno, Antonio Estrada, Francisco Benavides Pedroza y muchos más que trabajamos para hacer el templo sin torres ni lujos, pero que con el tiempo se ha convertido en la Catedral del Carmen, obra debida a Fernando Romo Gutiérrez, primer obispo de la diócesis de Torreón.

Dos capillas, la de San Joaquín y la de Nuestra Señora del Refugio, estaban enclavadas en sus respectivos barrios.

A fines de los veinte, Por la calle Cepeda frente a la Plaza de los Constituyentes se estableció un templo bautista que ha permanecido en

servicio. Para el templo metodista de San Pablo se fincó a mediados de los veinte un hermoso edificio en cantera gris que está en Morelos y Leona Vicario. Otro templo, pequeño, estaba antes de llegar a la puerta de la fábrica de jabón La Unión por la calle que entonces se conocía como La Fe.

Los habitantes de Torreón, católicos o no, eran respetuosos con los demás creyentes. Era una ciudad pequeña, pero cabían en ella credos distintos, religiosos y políticos.

*Panteones.* Entre 1907 y 1932, Torreón contaba con dos panteones: el Municipal fue el primero. En 1926, Juan Jiménez formó una sociedad que construyó el Panteón Torreón, al poniente de la colonia Metalúrgica, que sigue dando servicio.

*Población.* Tenía Torreón, en el año 1900, 13,800 habitantes; cuando pasó a ser ciudad, contaba eran 18,000; en 1925, 60,000, y para 1932, cuando cumplió veinticinco años, 75,000. Un crecimiento en verdad asombroso.

### ***La cultura***

En el casco de la hacienda El Torreón se estableció una escuela pública; cuando pasó a ser villa, en 1893, se aumentaron tres, todas oficiales. Un profesor nombrado y famoso a principios de siglo, fundó en 1898 el Instituto Hidalgo, escuela particular que impulsó al profesor José Galvez, que tenía fama de ser el educador más inteligente de su tiempo, a establecer el Colegio Torreón (después su director fue Teodoro Veráztegui), que ocupó el casco de la hacienda, pues pronto los alumnos hicieron necesario ese espacio. Así que en 1907 había cuatro escuelas oficiales y dos particulares. Pero la necesidad de educación, y la respectiva infraestructura han crecido tan vertiginosamente como la ciudad.

### ***Escuelas***

*Particulares.* Destacaba el Instituto Juan Antonio de la Fuente, fundado en 1917 por mi tía, Ana del Bosque Rodríguez, frente al hoy Hotel Río Nazas, por la Morelos. En 1921 la Presidencia Municipal dejó el edificio que ocupaba, y que sigue en perfectas condiciones, al poniente del Hotel Calvete, por la Juárez, y el Instituto pasó a ese lugar aprovechando que mi padre era apoderado de Miguel Robledo, dueño del edificio. El Colegio Modelo estaba en la Falcón entre la Morelos y la Juárez. Su

directora, Josefina Sánchez, Finita, tenía fama de buena maestra y carácter firme, con lo cuál logró un alumnado numeroso.

El Verbo Encarnado, a cargo de religiosas, tenía fama de buena enseñanza pero no era mixto como las anteriores, sino para niñas. Estaba en la esquina noroeste de Morelos y Colón; de ahí se cambió al edificio que fue del Hospital Americano (hoy del ISSSTE), con el nombre de La Paz. Colegio Montessori, en la esquina suroeste de Morelos y Zaragoza, también para niñas y niños. Colegio Eliott, por la Morelos, entre Ildefonso Fuentes y Leona Vicario; gozó de mucho prestigio por su profesorado y su enseñanza laica como las escuelas oficiales. Colegio Alfonso XIII, a cuyo frente estaba Benito Garrido Hueto, español de Álaba; vino a La Laguna trabajando para la Casa Arocena de la que se separó en 1927 para crear este colegio, en la avenida Morelos, en una construcción luego ocupada por los Caballeros de Colón, entre Ramos Arizpe y Juan Antonio de la Fuente.

*Primarias oficiales.* El Centenario, creada en 1910, prestigiada por su calidad, disciplina y formación moral, era para varones. La Alfonso Rodríguez, para niñas, en Matamoros y Falcón; famosa por su calidad y por ser su patio cancha oficial para los encuentros de basquetbol; se levantó en 1919. La Benito Juárez, construida en 1909, en Allende e Ildefonso Fuentes; tenía fama de tener la mejor directora y profesorado. La Amado Nervo, inaugurada en 1922 por José Vasconcelos, secretario de Educación en el gobierno de Álvaro Obregón. En 1930 y 31 se crearon las escuelas Álvaro Obregón y Coahuila que vinieron a satisfacer necesidades educativas en barrios muy poblados del sur de la ciudad.

*Escuelas de comercio.* Escuela Comercial del profesor Enrique C. Treviño, en la Matamoros, frente a la actual Presidencia Municipal. Esta escuela fue prohijada por la Cámara de Comercio y tomó el nombre de Escuela de Comercio de la Cámara de Comercio; su actividad vino a satisfacer la demanda que había en los veintes. Su cancha de basquetbol era asiento oficial de los juegos de liga.

*La primera preparatoria.* Como acabo de asentarle, en el tiempo de que me ocupo, aparte de las primarias, cuyos cuatro primeros años se llamaban de educación elemental y los dos restantes de enseñanza superior, lo único que había era la Escuela de Comercio de la Cámara de Comercio.

Los padres de familia cuyos hijos salían de la primaria, de no tener dinero para enviarlos a estudiar preparatoria a lugares próximos como

Saltillo, Monterrey, Durango, Zacatecas y San Luis Potosí, tenían dos opciones: que estudiaran teneduría de libros (antes no se llamaban contadores), o que trabajaran en el campo, el comercio o alguna industria. Cuando terminamos mis hermanos mayores, Jesús Mario y César Augusto, y yo, nos mandaron a estudiar preparatoria (así se llamaban los tres años de la secundaria y los dos del bachillerato) al glorioso Colegio Civil del Estado de Nuevo León, fundado en 1857, donde había estudiado mi padre, y no al menos glorioso Ateneo Fuente, fundado en 1867.

Preocupado mi padre porque otros muchachos no podían hacerlo por falta de recursos, planeó crear una preparatoria que cobijara los anhelos de los estudiantes de la comarca y que sirviera de puente para continuar con la educación profesional, que algún día también debería establecerse en Torreón. Desde 1925 comenzó a trabajar con la esperanza de lograrlo para 1926, pero como no fue así, tuve que ir desde ese año a estudiar a Monterrey. Con la ayuda de los doctores Farrill, Miguel de los Cobos y Adolfo Mondragón, del ingeniero Enrique Cabtree, del profesor Eutimio Calzado, del ingeniero Del Real Alfaro y de *El Siglo de Torreón* –nacido ese año– pudo abrir sus puertas el 1º de septiembre de 1927, en la Morelos # 1511, entre Juan Antonio de la Fuente y Ramos Arizpe. Luego tuvo varios domicilios; el último en la Francisco I. Madero entre la Ocampo y la Escobedo. Mi padre, enfermo de diabetes, hubo de cerrar la escuela que era para gente pobre y de posición económica media; la mayor parte de los profesores, desde su inicio hasta su fin en 1949, no cobramos sueldo.

Entre los maestros fundadores, además de Jesús María del Bosque Rodríguez, que era el director, puede citarse a los profesores Eutimio Calzado, Manuel Vito Fuentes, Francisco Medina y A. Tumoine; los doctores Francisco de los Cobos y Adolfo Mondragón; el químico Miguel Arvizu; el ingeniero J. Refugio Nájera; el licenciado Jorge J. Sánchez. Luego se agregaron los licenciados Salvador Sánchez y Sánchez, Felipe Sánchez de la Fuente, Norberto Valdés de Luna, Feliciano Cordero, Salvador Vizcaino Hernández, Salvador H. Villarreal, Jesús Mario del Bosque Villarreal y Homero H. del Bosque Villarreal; los doctores Carlos Montfort Rubín, César A. del Bosque Villarreal, Salvador de Lara, y Gregorio Ramírez Valdés, y tantos más. Para 1932 seguía siendo la única preparatoria en Torreón; pasarían muchos años para que aparecieran otras.

El 5 de diciembre de 1941 la Escuela Preparatoria de la Comarca Lagunera organizó un concurso de oratoria en el Círculo Mutualista de Torreón, sobre el problema indígena y sobre la necesidad de contar con universidades en La Laguna. El jurado calificador lo constituímos mi padre, Felipe Sánchez de la Fuente, Issac Guzmán Valdivir, Manuel Segovia y yo. Prendió la idea con emoción y Salvador Sánchez y Sánchez se constituyó en el abanderado para formar la Universidad de la Laguna. (Véase mi libro *Este Torreón.*)

El Colegio Civil del Estado de Nuevo León, fundado en 1857, fue semilla de la Universidad de Nuevo León, en 1933; el Ateneo Fuente de Saltillo, fundado en 1857, fue semilla de la Universidad de Coahuila en Saltillo, en 1957; la Escuela Preparatoria de la Comarca Lagunera, fundada en septiembre de 1927, fue semilla de donde nació, aquí en Torreón, la Universidad de Coahuila en 1957.

*Música.* Torreón contaba con muy buenas orquestas: Henry de la Croix, que tocaba en el Teatro Princesa; Refugio Aguilar, que integraba un aceptable quinteto de cuerdas; Cuco Mesta, y una Banda Municipal. Pero no con academias musicales; los músicos venían de ciudades como Durango y Monterrey, donde había academias, o eran líricos. En 1925 llegó María Concepción Arias, cuya escuela de piano pronto tuvo magníficos alumnos. La maestra Arias fue graduada en el Conservatorio Nacional, con Julián Carrillo y Manuel M. Ponce como sinodales. A fines de los veinte Eloísa Rodríguez fundó la Academia Chopin. María C. de Alcantara impartía además clases de canto a partir de 1922 y hasta los primeros treinta. El profesor M. Carmona daba clases de piano a domicilio desde fines de los veinte hasta fines de los treinta.

*Otras artes.* No se practicó la pintura durante los años que nos ocupan: la llegada del pintor valenciano Salvador Tarazona que decoró con frescos el Teatro Isauro Martínez, despertó el interés por la pintura que impulsó al ingeniero José F. Ortiz al grado que a partir de fines de los treinta estaba en auge. (Véase mi libro *Este Torreón...*)

La escultura se limitaba a las muy aceptables de los panteones. No había escuela de danza ni declamación y en cuanto a teatro, aparte del profesional que visitaba en los buenos meses nuestra ciudad para actuar, según su categoría, en los teatros Herrera, Royal o Princesa, sólo esporádicamente se formaban grupos de aficionados que eran dirigidos por el doctor Samuel Silva o por Luis Díaz Flores, quien escribió y dirigió la revista *Su Majestad el algodón* durante las fiestas septembrinas de 1925.

El Teatro Princesa fue escenario en los veintes de recitales de declamación de Bertha Singerman, de conferencistas y oradores de la talla de Habib Estéfano, Nemesio García Naranjo, José María Lozano... Jesús Urqueta, el más grande de todos, murió en 1919, año en que se inauguró el Teatro Princesa. Lo conocieron los viejos habitantes, en 1909, cuando se preparaba la reelección del general Porfirio Díaz.

### *Biblioteca Municipal*

En el Palacio Municipal, iniciado en 1914 y concluido en enero de 1921, se dedicó, a partir de 1924, un cuartito que estaba a la derecha de la entrada por la escalinata de la Plazuela Juárez, para dar servicio de biblioteca. Tenía aproximadamente cuatro por siete metros y hacia el jardín se abrían dos ventanas angostas y altas. Los muebles se limitaban a dos estantes para alberguar unos cuantos huéspedes y, en el centro, una mesa de pino angosta y larga, en proporción al salón, pintada de negro, con cuatro sillas de cada lado para que leyeran los curiosos y estudiosos. El servicio era de 9:00 a 13:00 horas, incluyendo los sábados. Allí leí con frecuencia *El Tesoro de la Juventud*, las obras de Emilio Salgari, de los Dumas, algo de Victor Hugo y una colección a la rústica de poesía romántica, parnasiana y del modernismo. Había algunos libros de primaria de la colección Rosas de la Infancia de doña Enriqueta Camarillo; cuentos de Calleja, fábulas de Iriarte, Samaniego y Esopo. En fin, era bastante elemental. En 1945 se puso la primera piedra para una biblioteca que se levantó al lado oriente del prado central de la Alameda Zaragoza, misma que contribuí a formar como abogado consultor de la presidencia de Rafael Duarte. Era muy pequeña, oscura e incómoda; así que el Ayuntamiento 1979-1981 la mandó derribar, para construir, desde sus cimientos –algunos se aprovecharon–, la actual Biblioteca Municipal, obra del arquitecto Miguel H. Ruiz.

### *Periódicos*

No había en Torreón diarios antes de 1917; había semanarios como *The Torreón Enterprise*, en inglés, que vivió hasta 1913, cuando lo mandó destruir Villa; otros salían dos o tres veces a la semana, cada mes o simplemente sin periodicidad. Unos nacían con motivo de la propaganda política en torno a las elecciones, otros para halagar a determinadas personas, o para recibir dinero a cambio de no atacarlos.

*La Opinión*. El 27 de septiembre de 1917 sale a luz el matutino *La*

*Opinión.* Su director, Rosendo Guerrero Carlos, editaba en San Pedro de las Colonias un periódico de nombre *La Lucha*. Con mejor maquinaria y elementos de trabajo, con muchos esfuerzos pudo este hombre de carácter fundar su diario en la avenida Juárez, entre Falcón y Blanco. Muchas veces acompañé allí a mi padre, que tenía buena amistad con don Rosendo, cuyo busto en bronce fue erigido por el Ayuntamiento 1979-1981, frente al domicilio actual del diario. Sus hijos fueron todos periodistas que siguieron con la empresa, y un nieto de don Rosendo, Eduardo Guerrero Martínez, es su director en nuestros días.

*El Siglo de Torreón.* El 27 de febrero de 1922, Joaquín Moreno, duranguense radicado en Torreón, fundó en compañía de Antonio de Juambelz y Bracho un diario con el nombre de *El Siglo*, al cual en 1927, a instancias del señor De Juambelz, le pusieron *El Siglo de Torreón*, para acentuar la relación entre el periódico y la ciudad. Conocí sus oficinas y talleres cuando estaban en Múzquiz, entre Hidalgo y Ferrocarril. Don Joaquín pronto se fue a México a radicar, quedando como gerente y director don Antonio, hombre de progreso que a la fecha de escribir estas líneas aún dirige el diario, que ha sido escuela de periodistas como Magdalena Mondragón, Enrique Mesta, Joaquín Sánchez Matamoros, Antonio Flores Ramírez, Emilio Herrera Muñoz, Rafael del Río Rodríguez, Juan Antonio Díaz Durán, Salvador Vizcaino Hernández y tantos más. Así como el Ayuntamiento 1979-1981 levantó en memoria de Rosendo Guerrero un busto; Antonio de Juambelz y Bracho recibió este homenaje en vida; su busto se encuentra en el bulevar que lleva su nombre.

#### *Otros medios de comunicación*

En 1927 nació la primera radiodifusora, la EXTB; su propietario era un hombre muy estimado, Aurelio Zaragoza.

#### *Las grandes fiestas*

*Las fiestas de 1925.* Cumplía 18 años nuestra ciudad cuando los directivos de las Cámaras de Comercio, Agrícola y de la Propiedad, junto con *El Siglo*, planearon una fiesta nacional para exaltar el cultivo y la industrialización del algodón, que se conocería como Feria del Algodón. Se promovió la elección, mediante voto popular, de una reina de las fiestas con una corte de honor; fue electa la señorita Elvira Torres, hermosa y admirada dama comarcana. Las fiestas empezaron con la

ceremonia de la coronación, en el Teatro Princesa, la noche del 5 de septiembre. Por diez días seguidos se efectuaron eventos que disfrutaron todos los niveles económicos. Su asiento principal fue el casco del Viejo Torreón fabricado en 1887 por Andrés Eppen. Allí se instaló una gran exposición comercial e industrial que fue comentada elogiosamente en las principales ciudades del país; hubo concurso de aparadores, desfile de carros alegóricos, de charros, militares; noches de cabaret y en la Plaza de Armas y la Plazuela Juárez, verbenas populares; corridas de toros; en el parque del Real Club España, las alegres fiestas de Covadonga con la inauguración de su gran salón de baile. La Feria se clausuró el 16 de septiembre con un gran baile en el Casino de La Laguna.

Ese año no fue de gran producción agrícola, pero ello no mermó el entusiasmo de la gente ni el derroche de dinero. Yo estaba en 6º año de primaria, y doy fe que por las tardes todas las escuelas organizaban excursiones para visitar la exposición de la feria. Con mis padres, por las noches, admiraba la luz feérica instalada para el regocigo popular.

*Año de 1932.* Cumplía Torreón 25 años. ¡Y había que festejarlo! *El Siglo de Torreón* promovió la elección de la reina; resultó electa la señorita Ofelia Larriva Guerrero, muy hermosa –a la fecha de estas líneas aún vive–, y fue coronada en el Teatro Isauro Martínez la noche del 15 de septiembre. Se inauguró el Estadio de la Revolución, construido por el gobierno de Nazario Ortiz Garza. Como en la fiesta anterior: verbenas, bailes populares, corridas de toros, eventos deportivos y como acto especial, en solemne ceremonia, se adosó en una pared exterior del Viejo Torreón una gran placa de bronce con los nombres de los fundadores de la ciudad. La desveló el presidente municipal Francisco Ortiz Garza y aún puede leerse. Las fiestas fueron rumbosas, rebosantes de alegría y derroche, no obstante que no salíamos de la crisis mundial de 1929. Pero, así eramos... y somos.

### *Epílogo*

Dejo testimonio de agradecimiento a Eduardo Guerrero Martínez, director de *La Opinión*, por haberme facilitado su bien organizada hemeroteca. Mi constante gratitud a Antonio de Juambelz y Bracho, director de *El Siglo de Torreón*, igualmente por haber puesto a mi disposición su estupenda hemeroteca.

Desde niño –en 1921 tenía siete años– iba al bufete de mi padre para hacer mandados; ahí conocí y luego traté a muchos personajes que aparecen en esta semblanza histórica: Juan Jiménez Ramírez, Guadalupe Herrera, Francisco Medina Báez, Feliciano J. Pons, Fernando Rodríguez Rincón, quienes me brindaron información oral de primera mano que he aprovechado, apoyado por el archivo epistolar y notarial de mi padre y la bibliografía que cito.

Torreón es ciudad alegre, jacarandosa, briosa para el trabajo, abroquelada contra el infortunio, cooperadora en la desgracia y también ¡qué bueno! derrochadora y disipada. El fino poeta Alberto González Domene, producto de viejas cepas laguneras, en su "Corrido de Torreón" tiene una estrofa que a mi juicio constituye toda nuestra filosofía:

*Dicen que andamos en la uva  
bebiendo las viñas  
porque nos ven muy contentos;  
es que en mi bella Laguna  
¡sí vale la vida!,  
aunque nos cambien los vientos.*

Los vientos con frecuencia nos han cambiado. Seguimos trabajando a pesar y contra todo, sin perder la fe, que es alegría.

Concluyo este capítulo con un terceto de Luis Gonzaga Urbina, de su poema "La elegía del retorno" que aplico a mi Torreón:

*la ciudad que yo amé desde pequeño.  
la de oro claro, la de azul sedeño,  
la de horizonte que parece ensueño...*

### **Cronología**

Las fechas relativas a los presidentes municipales, gobernadores del estado y presidentes de la república aparecen en el Cuadro I.

1907. La villa de Torreón se eleva a ciudad el 15 de septiembre.

1925. Se construye el bulevar avenida Morelos. Comienza la pavimentación y la primera ruta de transporte de personas.

1907-32 Rutas de tranvías.

1911. Primera toma de Torreón, por los maderistas, el 14 de mayo.
1913. El 1º de octubre toma Torreón el general Francisco Villa.
1913. El general José Refugio Velazco, huertista, recupera la plaza el 9 de diciembre de 1914.
1914. Del 28 de marzo al 2 de abril el general Villa nuevamente toma Torreón, antesala de la victoria de Zacatecas.
1916. Por última vez el 22 de diciembre Villa se posesiona de Torreón.
1923. Se levanta en armas Adolfo de la Huerta. En Torreón es asesinado el general Celso Castro.
1927. Levantamiento en armas de los generales Gómez y Serrano. Es asesinado el poeta saltillense Otilio González.
1928. fue asesinado el general Obregón el 17 de julio.
1929. Visitan Torreón en gira electoral José Vasconcelos y Pascual Ortiz Rubio, contendientes a la presidencia de la república.
1929. El día 3 de marzo se levanta en armas el general José Gonzalo Escobar.
1918. Azote de la epidemia la influenza española dominada con prontitud y eficacia.
1910. Un incendio destruye el Banco Cía. de Crédito y Ahorros.
1912. en el lugar incendiado y acabado de mencionar se construye el Banco de la Laguna.
1910. Se inaugura el 15 de septiembre el gran edificio Casino de la Laguna.
1925. Se funda el Banco de México el 31 de agosto y la sucursal en Torreón se establece en el edificio de la Comisión Monetaria.
1916. El 5 de abril e constituye la Cámara Nacional de Comercio de la Comarca Lagunera.
1909. Se inugura el Hotel San Carlos.
1912. Se establece el Hotel La Española en los pisos 2º y 3º del edificio del Banco Chino.
1918. los precios de los comestibles y paridad frente al dólar.
1910. Se construye la Escuela Centenario.
1919. Se construye la Escuela Alfonso Rodríguez..
1922. Se construye la Escuela Amado Nervo.
1931. Se inugura el puente para autos y peatones sobre el río Nazas el 20 de diciembre.
1915. Se concluye el Hospital Civil iniciado en 1907.
1921. Se inaugura la presidencia municipal en enero de 1921.
1929. Es destruído en abril por un pavoroso incendio el mercado Juárez..

1932. Se inaugura el mercado Juárez totalmente construído en el mes de enero.
1912. Se construye la Cámara de Propietarios de Torreón.
1918. Se construye el Real Club España y constituye el Parque España.
1919. Se construye el Teatro Princesa.
1930. Se inaugura el Teatro Isauro Martínez el 7 de marzo.<sup>53</sup>
1917. Se establece el instituto Juan Antonio de la Fuente, escuela elemental y superior.
1909. SE inugura la Escuela Benito Juárez.
1927. El 1º de septiembre nace la primera Escuela Preparatoria de la Laguna.
1924. Nace la primera biblioteca municipal.
1917. Nace el diario La Opinión el 27 de septiembre.
1922. Nace el periódico diario El Siglo el 27 de febrero, y con el nombre de El Siglo de Torreón en 1927.
1925. Se celebra en septiembre la Feria del Algodón.
- 1932 Se celebran fiestas en el mes de septiembre por el 25 aniversario de la ciudad de Torreón y se inaugura el estadio de la Revolución.

### XIII. El cardenismo

Joaquín Sánchez Matamoros

**Uno de los capítulos** más polémicos y apasionantes en la historia de Torreón y de la comarca lagunera es el periodo presidencial del general Lázaro Cárdenas del Río. Tremendos ajustes sociales, parecidos a los que provocan los sacudimientos telúricos que trastocan las capas profundas de la corteza terrestre; plegamientos espectaculares en todos los estratos políticos, económicos y sociales, con estremecimientos cuyas repercusiones todavía no se mitigan del todo. Es cierto que el cardenismo no inició aquí sus luchas obreras y campesinas, y que ni siquiera las recrudeció, pero puede afirmarse que aquí fue su culminación.

#### *Antecedentes*

Las asociaciones obreras que en todo el país luchaban por la elevación de salarios y la conquista de prestaciones sociales se enfrentaban, en las primeras décadas de este siglo, a las sanciones que establecía el artículo 925 del Código Penal de 1871, que imponía arrestos de 8 días a 3 meses y multa de 25 a 500 pesos "a quienes pretendieran modificar los salarios o impidieran con paros o huelgas el libre ejercicio de la industria y el trabajo". La primera huelga en nuestro país se hizo en 1865 -en plena invasión francesa-, declarada por la Sociedad Mutualista del Ramo de Hilados y Tejidos del Valle de México, como protesta por la reducción de salarios, los despidos injustificados, las excesivas jornadas de trabajo -16 horas para los hombres y 15 para las mujeres-, los malos tratos y los descuentos a cargo de las tiendas de raya.

Los obreros más inquietos durante el porfiriato fueron los textiles, ferrocarrileros, cigarreros, panaderos y mineros. Y los estados donde la

lucha fue más aguda, el Distrito Federal, Veracruz, Puebla, Nuevo León y Tamaulipaas, San Luis Potosí, Oaxaca, Jalisco, Querétaro y Sonora.

Bajo la Acción Directa –es decir, sin el amparo de las leyes, porque no las había– se hicieron las huelgas de Cananea y Río Blanco, que fueron inspiradas y provocadas por los artículos incendiarios publicados por el periódico *Regeneración* que editaban los hermanos Flores Magón, primero en México D.F., luego en San Antonio y San Luis Missouri, Estados Unidos, sospechados por la junta organizadora del Partido Liberal Mexicano. La audacia y fogosidad de las proclamas floresmagonistas se aprecian en estas transcripciones: "Ya no se trata de propagar el ideal, sino de hacerlo triunfar por medio de la fuerza, único medio de convencer a los opresores de los pueblos". Invitaban a obreros y campesinos a la rebelión armada, a la sublevación franca y abierta: "En las sombras –decía un editorial de Ricardo Flores Magón– nacen las tempestades y las revoluciones que destruyen, pero también fecundan. El carbón, piedra oscura que tizna las manos que la tocan, es fuerza, es luz, es movimiento, cuando ruge en el fogón de la caldera. La rebeldía del proletario oscuro es progreso, libertad y ciencia cuando vibra en sus puños y trepida en sus cerebros. La oscuridad de la nube es la fecundidad de los campos, la oscuridad del rebelde es la libertad de los pueblos."

En 1920 –dice Jesús Sotomayor Garza en sus *Anales laguneros*– un grupo de campesinos ingresó al Partido Comunista Mexicano, iniciando una abierta concientización entre los trabajadores del campo y la ciudad, quienes vivían en la más espantosa de las miserias por la inicua explotación de que los terratenientes y los patrones de la ciudad los hacían objeto, no obstante las leyes protectoras que en su favor ya existían. Se organizaron grupos sindicales en toda la comarca y los latifundistas contrataron mediante las Guardias Blancas de las haciendas y el reforzamiento de las Acordadas.

Los trabajadores de Matamoros, Coahuila, realizaron una manifestación la tarde del 29 de junio de 1929 en la que exigieron alza en los salarios, jornada de ocho horas y tierra para los campesinos. Dicha manifestación fue atacada por la policía y las Guardias Blancas, resultando muertos veintidós manifestantes.

El día 1º de mayo de 1935, los sindicatos agrícolas Miguel Hidalgo y Vicente Guerrero, también de Matamoros, efectuaron una manifestación en conmemoración de los Mártires de Chicago y exigieron la libertad de campesinos presos por solicitar tierras, jornada legal

de 8 horas y aumento de salarios. La manifestación fue atacada por la policía con saldo de una persona muerta.

Con la Acción Directa se hicieron en Torreón y la comarca las primeras luchas obreras, en las que descollaron por el despliegue de fuerza y aún de brutalidad, líderes como Catarino Gámez, del Sindicato de la Compañía Jabonera de La Unión; Gregorio Hernández García, del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros; Genaro S. Cervantes, del Gremial de Soldadores; Nicolás Sánchez Salcido, del Gremial de Tahoneros; Leandro Escajeda, del Sindicato de Sastres; Ubaldo Veloz A., de la Sección 3 de Trabajadores del Volante, Blas Cortinas, de Choferes Ruleteros; Ignacio Manzanales, de Voceadores de Periódicos y Revistas; José Santana Carrizales Morín, del Sindicato de Obreros y Obreras de la Fábrica de Hilados y Tejidos La Fe; Ramón Calvillo Díaz, de Trabajadores de la Compresora de Algodón, y José María Rodríguez y Cervantes, del Gremial de Cargadores.

De las luchas duras y encamizadas que se emprendieron en la región mucho antes del cardenismo, podría editarse grueso volumen que estaría lleno de golpeados, cuchilladas, pedrizcas, sobresaltos y violencia elevada al cuadrado. Entre los más viejos pobladores de Torreón, muchos recuerdan la época en que sin leyes laborales, se rompían a pedradas y garrotazos las vitrinas de las panaderías que trabajaban con esquirole; en que se vaciaban en la calle los botes de lámina en que los rompehuelgas llevaban la leche a los mercados; o las furiosas peleas a puñetazo limpio del líder mesero Carlos J. Pérez con los propietarios de los restaurantes Apolo Palacio y La Copa de Leche.

### *Las leyes laborales*

En el estado de Coahuila fue donde se expidió la Primera Ley del Trabajo, en 1912. Luego nuestra misma entidad proclamó otra en 1916. La segunda ley obrera se expidió en Jalisco en 1914. Siguieron otras en Veracruz y Yucatán, aprovechándose la facultad que a los estados les concedía la Constitución General. Como la proliferación de leyes laborales en la nación creó anarquía en la rama, en su último informe de gobierno, leído ante el Congreso el 1º de septiembre de 1924, Alvaro Obregón anunció que le enviaría un proyecto de reforma constitucional para federalizar lo concerniente al trabajo y la previsión

social. Por decreto del 22 de septiembre de 1927, promulgado por el presidente Plutarco Elías Calles, fueron creadas la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, con asiento en la capital del país, y Juntas Regionales Permanentes de Conciliación en los lugares en que se hiciera necesario, a juicio de la Secretaría de Trabajo, Industria y Fomento.

Con base en ese decreto, desde abril de 1928 empezaron a funcionar 15 Juntas Regionales en las siguientes ciudades: Guaymas, Son., Mazatlán, Sin., Guadalajara, Jal., Tampico, Tamps., Veracruz, Ver., Progreso, Yuc., Puerto México, Ver., Puebla, Pue., Zacatecas, Zac., Torreón, Coah., León, Gto., Pachuca, Hgo., Chihuahua, Chih., San Luis Potosí, S.L.P. y Toluca, Edo. de México. En los estados donde no se establecieron luego Juntas Regionales, se formaban –cada vez que se hacía necesario– Juntas Accidentales.

La Junta Regional Permanente de Conciliación correspondiente a Coahuila se instaló en Torreón por decreto del gobernador Manuel Pérez Treviño. Se ubicó en la planta baja del Palacio Municipal, por el lado de Galeana y constaba de un representante del gobierno, uno del capital y otro del trabajo. Un secretario en funciones de actuario y archivista y un mecanógrafo completaban la planta de ese tribunal.

En 1929 se reformó de nuevo la Constitución del país y se atribuyó al Congreso de la Unión la facultad exclusiva de reglamentar el artículo 123. A los estados se les concedió la aplicación de la ley laboral en sus propios territorios. En uso de dicha facultad el Congreso de la Unión expidió la Ley Federal del Trabajo del 18 de agosto de 1931, creando la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje en las capitales de los estados, y Juntas Centrales de Conciliación Permanentes en los lugares en que se hiciera necesario.

Con apego a esa ley, lo que había sido la Junta Regional de Torreón fue trasladado a Saltillo, quedando aquí una Junta Permanente de Conciliación; hasta que, por la presión obrera y la cuantía de conflictos laborales, se determinó que la Junta de Torreón se elevase también a la categoría de Junta central de Conciliación y Arbitraje, con asiento en el Palacio Municipal, ahora por el lado poniente, por Ramón Corona, planta baja. Cuando se regresaron de Saltillo los expedientes torreoneses, no enviaron los más viejos, con lo que se perdieron archivos valiosos con los antecedentes de las más antiguas luchas obreras.

Con la Ley Federal del Trabajo promulgada el 1º de marzo de 1970 por Gustavo Díaz Ordaz, las Juntas Centrales cambiaron su denomina-

ción a Juntas Locales de Conciliación y Arbitraje, que todavía conservan. La hoy Junta Local de Conciliación y Arbitraje de Torreón ha tenido los siguientes presidentes titulares: 1933, Palemón Urby Valero; 1935, Gilberto de Santiago; 1936, José G. García Jiménez; 1937, Eduardo B. Alvarado; 1937, Federico Aguirre Peña; 1938, Aniceto Cantú Treviño; 1939, Julio Larriva; 1941, Efrén Rivadeneyra Revilla; 1947, Eduardo B. Alvarado; 1948, Lauro Quintanar Ortega; 1952, Joaquín Sánchez Matamoros; 1961, Gustavo Castillo; 1961, Antonio Arellano Espinoza; 1962, Alfonso Figueroa Cabello, y desde el 28 de mayo de 1973, Alejandro Cepeda Medina, ya en el nuevo local ubicado en el Edificio Marcos, por la calle Rodríguez, tercer piso.

### *Grupos obreros en la época de la legalidad*

Con la Ley Federal del Trabajo de 18 de agosto de 1931 cambió totalmente el panorama de las luchas obreras en la comarca. Los actos de violencia cometidos durante las huelgas podían ahora hacer que un movimiento parista se declarase ilícito y rotos los contratos de trabajo; porque no se llenasen algunos requisitos de forma o de fondo, la huelga se volvía inexistente; por no acreditar la personalidad de los emplazantes se desechaba la documentación huelguística; para registrar un sindicato se exigían requisitos minuciosos.

Al entrar en vigor el nuevo código obrero existían en Torreón, aparte de pequeñas organizaciones dispersas, tres fuertes grupos rivales: la Federación Sindical Revolucionaria, afiliada a la Confederación General de Trabajadores (CGT), dirigida por el líder comunista Heriberto Saucedo; la Cámara del Trabajo, a cuyo frente se hallaba Pablo Mejía Moreno, y la Liga Socialista, que presidía José Isabel García, quien antes fuera líder de los Partidos Unidos y el Partido Laborista de Torreón.

En un galerón que estuvo por la Donato Guerra, frente a la Alameda Zaragoza -propiedad de Manuel Banda, antiguo anarquista que fracasó en su intento de colocar una bomba bajo el puente internacional en que debían encontrarse los presidentes Porfirio Díaz de México y William Taft, de los Estados Unidos, en 1909- se reunían los comunistas torreconenses, miembros del Socorro Rojo Internacional, la Juventud Comunista y el Comité de Lucha contra la Guerra, encabezados por Dionisio Encinas, Genaro S. Cervantes, Alfredo Meneses y Daniel Cuevas, todos depen-

dientes de la Confederación Sindical Unitaria de México y dedicados a organizar grupos que luego hacían proselitismo en fábricas y rancherías, sembrando descontento y urgiendo a luchar para lograr mejores condiciones de vida.

El 12 de junio de 1935 se publicó una entrevista en que Calles condenó la política obrerista y agraria del presidente Cárdenas, e hizo una advertencia para que éste reorientara el rumbo de su gobierno.

A raíz de las discrepancias entre Calles -el Jefe Máximo de la Revolución- y el primer mandatario, hubo en Torreón varias reuniones en el local de los Mineros Metalúrgicos, en el de los Ferrocarrileros y en la Casa del Obrero. Finalmente se allanaron diferencias y se acordó, para respaldar al general Cárdenas, formar una sola agrupación -como lo recomendaba el presidente- a la que llamaron Federación Unica de Trabajadores del Municipio de Torreón. Su sede fue la Casa del Obrero, en Abasolo y Falcón. Su primer secretario general fue Ramón Calvillo Díaz, del Sindicato de Obreros de la Compresora.

La nueva Federación compareció en seguida como constituyente a la asamblea del 24 de febrero de 1936 en que se formó la Confederación de Trabajadores de México (CTM), de fuerte aliento cardenista, encabezada por Vicente Lombardo Toledano, socialista de notable inclinación marxista-leninista.

Por la secretaría general de la Federación Municipal de Trabajadores del Municipio de Torreón han desfilado, entre otros líderes: Gregorio Hernández García, ferrocarrilero; Leandro Escajeda, sastre; Cipriano Ramírez, zapatero; Rodolfo Rodríguez, cinematografista; José María Rodríguez y Cervantes, cargador; Genaro S. Cervantes, soldador; Juan M. Borjón, cinematografista; Amador Robles Santibáñez, fotograbador; Manuel Calderón Salas, tipógrafo y Leobardo Flores Ávila, jabonero.

### *Una sonada huelga, ya con la nueva ley laboral*

En 1931 estalló una huelga contra la Compañía Jabonera de La Esperanza, de Gómez Palacio, por revisión del contrato colectivo de trabajo. Alegando incumplimiento de requisitos formales, la Junta hizo declaratoria de inexistencia y ordenó levantar la huelga por medio de la fuerza pública. La masa obrera se opuso, y como pidió amparo, "las cosas se

mantuvieron como estaban", hasta que la Suprema Corte de Justicia de la Nación –seis años después– amparó a los trabajadores. Hecha la declaratoria de existencia mandada por el amparo, los trabajadores optaron por someterse al arbitraje del tribunal, y éste, tras el juicio económico respectivo, condenó a la empresa a la satisfacción de las peticiones obreras, al pago de los salarios caídos durante todo el tiempo de la huelga y a la reanudación del trabajo. Como la empresa se declaró insolvente, surgieron compradores de la factoría, que indemnizaron a la parte de trabajadores que aceptó ya no volver al trabajo, pagaron los salarios vencidos y reanudaron las labores bajo nuevo contrato colectivo.

### *Huelgas difíciles durante el cardenismo*

En 1935 –ya en pleno cardenismo– se emplazó a huelga a la Compañía Metalúrgica Peñoles de Torreón, por el Sindicato de Obreros Progresistas de Peñoles de Torreón, por revisión del contrato. Los obreros trajeron de la capital de la república al licenciado Mario Pavón Flores como su asesor jurídico. La huelga se declaró existente, pero debido a la resistencia patronal se prolongó varios meses. Finalmente se aumentaron los salarios, fijándolos en un promedio de treinta pesos diarios, que entonces era una cantidad importante en relación con el precio de las subsistencias: en el comercio local se daban 15 aguacates por un peso. También se pagaron los salarios de la huelga.

El 11 de abril de 1936 los periódicos locales informaron en primera plana que el día anterior Calles, Luis L. León, Melchor Ortega y Luis N. Morones habían sido expulsados del país por el presidente Cárdenas. Al borrar así, audazmente, del horizonte político la sombra del Jefe Máximo y su oposición al cardenismo, éste brotó en toda su fuerza.

Emplazada por el Sindicato de Obreros y Obreras de La Fe, la huelga contra esta hilandera estalló en 1938. Los trabajadores trajeron de nuevo al licenciado Pavón Flores para que los asesorara. La huelga se declaró inexistente, por "exceso en las peticiones" y se ordenó levantarla por la fuerza. Como rehusaron someterse al laudo, impidieron que se reanudara las labores y obstruyeron día y noche las entradas a la fábrica, la parte patronal pidió el auxilio de la tropa, que bajo el mando del general Eulogio Ortiz –de las confianzas de Calles– conminó a la muchedumbre a que se dispersara para evitar el uso de la fuerza. El griterío se hizo ensordecedor

y los obreros no cedieron. José Santana Carrizales Morín, un hilandero de 17 años, arengó a la tropa y a la multitud, asegurando que sólo podrían ser retirados muertos. Hubo culatazos y disparos. Un balazo lesionó en un pie a Dionisio Encinas, líder comunista que estaba alegando con el general Ortíz.

Como el licenciado Pavón Flores había pedido amparo contra la declaratoria de inexistencia y en esos momentos llegó el actuario a notificar la suspensión provisional, la tropa se retiró. Luego se otorgó la suspensión definitiva y al final la Suprema Corte –al cabo de once meses– resolvió que la Junta había vulnerado garantías al calificar el conflicto con un laudo injusto e ilegal, ya que entraba a "calificar" la imputabilidad de la huelga sin que estuviere en el momento procesal oportuno; además, no había invocado para apoyar su laudo ninguna falta a los requisitos de que habla la ley. Se dictó nuevo laudo declarando la existencia; la empresa accedió a conciliar, concedió parte de las peticiones obreras y pagó íntegros los salarios por el tiempo del paro.

Pese al arreglo, siguieron tensas las relaciones entre empresa y sindicato, y al año siguiente, 1939, el secretario general de la agrupación, José Frías Canales, fue asesinado a balazos cuando estaba sentado a la orilla del bulevar que entonces adornaba la calzada de la Industria, cerca del edificio sindical. Se dijo que la empresa lo mandó matar, pero el rumor jamás fue confirmado. Y se agregaba, aún, que ocho hombres se habían reunido en una cantinucha para discutir el crimen y sortear entre ellos quién debería disparar. El matador –según se dijo mucho después– fue un compadre del muerto, de apellido Olivo.

### *Huelgas cardenistas en el campo*

El 11 de junio de 1935 estalló una huelga en la Hacienda de Manila, municipio de Gómez Palacio, primera de carácter agrícola en la comarca lagunera y preámbulo de una explosiva cadena de huelgas campesinas –y obreras por solidaridad–, que condujeron a la expropiación y reparto agrario en La Laguna, y mucho tiempo después en el resto del país.

Las condiciones de vida de los peones en aquellas haciendas eran infames –escribe en sus *Crónicas Gomezpalatinas* el historiador lagunero Sergio Luis Rosas–, ya que no disfrutaban de un salario honroso para cubrir sus más apremiantes necesidades económicas. no gozaban de

servicios médicos asistenciales, ni de escuelas, ni había condiciones higiénicas. El trato que recibían de sus patrones los hacendados era totalmente injusto. El salario que recibía el peón era de cinco reales diarios, equivalentes a 62 centavos. Su dieta se componía principalmente de nopales y verdolagas. Su vestimenta estaba hecha de tela de costales en la mayoría de los casos. Y cuando uno de ellos moría se le enrollaba también en un costal y era conducido al panteón en un burro.

Los campesinos que laboraban en las llamadas Unidades Agrícolas empezaron a organizarse en sindicatos. Y a través del Sindicato de Obreros Agrícolas Profesor Librado Rivera, 48 de los 65 peones acasillados en la Hacienda de Manila, encabezados por Manuel Murúa, emplazaron a huelga a la hacienda —propiedad de Francisco Lozano— y a su arrendatario, Epifanio García. El pliego petitorio exigía el pago de un peso cincuenta centavos por jornada de trabajo y que ésta se redujese a ocho horas por día.

La huelga estalló y fue declarada ilegal por la Junta Municipal de Conciliación, que fijó a los huelguistas un plazo de 24 horas para que volviesen a sus labores, so pena de que se declararan rotos los contratos de trabajo y quedara el patrón en libertad de contratar nuevos trabajadores. Los asesores jurídicos del campesinado interpusieron demanda de amparo. El juez de distrito concedió la protección solicitada; los patrones recurrieron al fallo ante la Suprema Corte, pero ésta lo confirmó, con gran rapidez. La parte patronal pidió la intervención del presidente Cárdenas, que envió como su representante personal y negociador a Vicente Lombardo Toledano, que se reunió con los representantes de las partes: por la patronal, la Barra de Abogados de La Laguna. El 5 de agosto se llegó a un arreglo. Se firmó contrato colectivo de trabajo; se concedió el salario pedido de \$1.50 por jornada y ésta se redujó a ocho horas.

El triunfo de los campesinos de Manila conmocionó a la comarca. Las células comunistas proliferaron. Y con el asesoramiento de líderes de la central lombardista, Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCM), de la Confederación Sindical Unitaria de México, de la Federación Sindical de Torreón, de la Federación de Sindicatos Obreros y Campesinos de Gómez Palacio, y la Cámara del Trabajo de Torreón, y con las formas enviadas de México, se constituyó un Sindicato Agrícola Unico, con secciones en 107 haciendas laguneras. En 1936 presentaron un proyecto de contrato colectivo de trabajo que

abarcaba toda la región, con emplazamientos de huelga. El pliego de peticiones exigía aumento en los salarios, reinstalación de los peones despedidos por simpatizar con la causa sindical, y la jornada de ocho horas.

Una vez que estallaron, las huelgas, fueron declaradas inexistentes. Se reprimió duramente a los huelguistas y se encarceló a los principales líderes obreros. Ante la gravedad de la situación, intervino el presidente Cárdenas, quien ofició a los campesinos que se aplicaría, en lugar de la Ley Federal del Trabajo, la Ley Agraria, con reparto de tierras. Las huelgas terminaron así el 3 de septiembre de 1936.

### *El reparto agrario*

La expropiación de los latifundios de La Laguna –afirma el escritor lagunero Pablo C. Moreno en su libro *Torreón, biografía de la más joven de las ciudades mexicanas*– no fue obra de la violencia, sino de aplicación reflexiva y responsable de una ley, una reforma agraria, aunque la más tajante que pueda concebirse dentro del sistema de economía imperante.

La situación en el campo era tan desastrosa que los obreros resolvieron ponerse de lado de los campesinos. Exigieron que la Ley Agraria se pusiese en ejecución, procediéndose al reparto de las tierras laguneras.

Muchos hacendados suspendieron toda actividad y hasta hubo exaltados que abrieron las compuertas de las represas para que el agua del río escapase sin ser aprovechada.

Menudearon los emplazamientos de huelga por solidaridad, compartida por 38,000 obreros encabezados por Dionisio Encinas.

Columnas de huelguistas –dice Pablo C. Moreno en su obra citada– presentábanse en las haciendas y exigían al latifundista o a su administrador que se retirase inmediatamente. Sobre el tejado era izada la bandera rojinegra.

Piquetes de tropas motorizadas encargáronse de instalar de nuevo en sus haciendas al terrateniente o a su administrador y de arriar la bandera de huelga. Poco después volvieron los obreros huelguistas, con una ametralladora, desarmaron y mandaron a su

casa a la guardia, alejaron nuevamente al latifundista y colocaron de nuevo el paño rojo y negro.

Sólo se produjeron choques armados entre huelguistas y esquirols, verdaderos combates que arrojaron saldo de varios muertos.

Al cabo de ocho días el Comité de Huelga fue llamado a la capital por el presidente de la república. Lázaro Cárdenas prometió a los laguneros poner en vigor en el mes de octubre la Ley Agraria de 1917; es decir, repartir las tierras de La Laguna entre los que las trabajaban, a condición de que cesaran inmediatamente la huelga, porque ponía en peligro la economía de la industria textil y toda la del país. Los obreros aceptaron y el 3 de septiembre de 1936 se reanudó el trabajo.

La parte patronal se sintió invadida de pánico porque lo que ahora peligraba era la propiedad. Los dueños de dos grandes latifundios ingleses en Tlahualilo, Durango, amenazaron con la intervención armada de su gobierno.

El 6 de octubre Cárdenas emitió el decreto expropiatorio. El sábado 17 empezó el reparto. A las 17 horas el licenciado Gabino Vázquez, jefe del Departamento Agrario, se constituyó en la hacienda Los Ángeles, propiedad de Enrique Marroquín, quien asistió al acto y no sólo no se opuso a la diligencia sino que obsequió a los campesinos el casco de la hacienda, que comprendía tres hectáreas y una noria. A las 9 de la noche tocó el turno a la hacienda Venecia; a las 22 horas a la hacienda Rinconada, del general Eulogio Ortiz, quien estuvo presente en los repartos y pronunció un breve discurso aprobándolos. En el curso de la mañana siguiente se presentaron muchos hacendados a manifestar su conformidad con los repartimientos.

Días después el general Lázaro Cárdenas arribó a San Pedro de las Colonias y luego a Torreón, acompañado entre otras personas por el periodista Froylán C. Manjarrez, director del diario capitalino *El Nacional* que era vocero oficial del gobierno. En los talleres tipográficos de *El Siglo de Torreón*, que visitó el general Cárdenas, se elaboraron durante varios días las ediciones de *El Nacional*, con acuerdos y mensajes presidenciales.

El 30 de noviembre de 1936 Cárdenas dirigió al país un mensaje en que explicaba, justificándolo, el reparto agrario y expresaba confianza en el éxito y prosperidad del nuevo sistema ejidal. El mensaje, en sus partes medulares, decía:

Al ser otorgadas las últimas dotaciones ejidales a los pueblos de la comarca lagunera, se consuma un acto gubernativo de trascendencia nacional.

Con la entrega de la tierra por la autoridad, a los campesinos que tienen derecho a obtenerla, se cumplió la primera fase del programa agrarista, que recibió expresión en el acuerdo presidencial del 6 de octubre, sancionado por el Ejecutivo a mi cargo después de oída la opinión del consejo de Gabinete, a cuya deliberación estimé conveniente someterlo [...] Han sido ya firmados por el suscrito y ejecutados por el Departamento Agrario, resoluciones presidenciales que dotan a 221 núcleos de población, con 114,814.31 hectáreas de riego y 128,526.83 para pastizales, que benefician a 28,503 ejidatarios [...] El banco Nacional de Crédito Ejidal ha organizado ya 155 ejidos y sigue activando sus trabajos para entrar en operación con el resto a la mayor brevedad [...] Los principales móviles de la acción del ejecutivo en la comarca han sido evitar tardanzas en consultas y trámites [...] alentar la unificación de la clase campesina, artificialmente agitada y dividida, y palpar a lo vivo las necesidades regionales para satisfacerlas en la medida en que al Poder Público es dable hacerlo [...] Y la institución ejidal tiene hoy doble responsabilidad sobre sí: como régimen social, y por cuanto que libra al trabajador del campo de la explotación de que fue objeto lo mismo en el régimen feudal que en el individual [...] El gobierno federal ha concentrado en la comarca los elementos que juzgó necesarios, para evitar que el tránsito de un sistema a otro por efecto de la reforma agraria pueda ocasionar trastornos debidos a causas controlables y previsibles. Al hacerlo, no piensa exclusivamente en la clase campesina, sino en los intereses generales del país, que se verían menoscabados si sobreviniera un colapso permanente o prolongado de la producción de una de las zonas más férciles del territorio patrio [...] Y como medida imperiosa que contribuya a la prosperidad de esta importante zona, se iniciará en enero próximo la construcción de la presa del Nazas [...] La pequeña propiedad agrícola en explotación se reconoce y se rodea de respeto [...] De nada serviría dotar de tierras a los pueblos, de respetar la pequeña propiedad individual dentro de un límite inafectable, si los terrenos hubieran de caer en abandono por falta de maquinaria, de capital y de capacidad técnica [...] El gobierno federal ha establecido servicios de crédito, que se prestan por conducto de dos establecimientos de función específica claramente diferenciada: el Banco Nacional

de Crédito Ejidal y el Banco Nacional de Crédito Agrícola. Ambos tienden a convertir lo que había sido un negocio privado, con exclusiva mira de lucro, en servicios sociales que canalicen fondos públicos hacia donde puedan beneficiar a las clases que tienen derecho a protección, sin explotarlas...El hecho mismo de que exista, bajo control oficial, un sistema de crédito para ejidatarios y otro para agricultores en pequeña escala, demuestra que no se gobierna en interés de una sola clase, sino que se tienen presentes los derechos de todas ellas en la medida en que la ley los reconoce [...] El de la comarca lagunera es un caso típico de incosteabilidad para un sistema parcelario de cultivos. La distribución de utilidades tendrá que ser proporcional al trabajo del ejidatario, pues el parasitismo no se tolera; pero la producción ha de organizarse tratando a cada poblado como unidad, porque sólo así le es posible obtener crédito y adquirir implementos y aperos que están fuera del alcance de los individuos aislados [...] Una vez que se ha dado curso a la reforma agraria y los pueblos han recibido aquello a que tienen derecho, cesarán los descontentos y el nuevo estado de las cosas que rige la vida económica de la región traerá tranquilidad, buen entendimiento y respeto a las instituciones [...] La atención que se ha dedicado a la cuestión ejidal, de ningún modo presupone menoscabo de los derechos obreros. No hay razón para temer que disminuyan las actividades industriales en esta región, produciendo una amenaza de desempleo. Seguirá ocupándose a los trabajadores en el taller y en la fábrica, acomodándose naturalmente al nuevo sistema de propiedad [...] Los ejidatarios ven en el Ejército de la Revolución, sólido del pueblo para servir al pueblo, su más firme sostén y su aliado más adicto [...] Los maestros cumplen una de las funciones más delicadas, no sólo en el recinto escolar, que es el centro vital de las comunidades, sino también fuera de él, actuando como consejeros desinteresados del trabajador [...] Debo también dar las gracias, a nombre del gobierno de la república, a todas aquellas personas que fueron afectadas por el reparto de tierras y que, con espíritu de verdadero patriotismo, prestaron su colaboración para resolver el problema agrario de La Laguna.

Los antiguos terratenientes conservaron una extensión que se declaró "inafectable" de 50,000 hectáreas de las mejores y mejor regadas tierras.

Durante el periodo presidencial cardenista se repartieron 18,352,275 hectáreas entre 1,020,495 personas.

### ***Expropiación de los ferrocarriles***

Por los destrozos causados en la Revolución de 1910-1920 en la vías, puentes, máquinas y demás, los ferrocarriles, se hallaban prácticamente en bancarrota al iniciarse el periodo cardenista. "En febrero de 1937 -escribe Enrique Krauze en su libro *Lázaro Cárdenas*- el ingeniero Antonio Madrazo, presidente ejecutivo de los Ferrocarriles Nacionales, había emitido un *memorandum* aterrador. Las continuas peticiones sindicales paralizaban la empresa; de cada peso que ingresaba, 55 centavos se dedicaban a sueldos; la productividad decreció; con frecuencia se amenazaba a los buenos operarios con la cláusula de exclusión."

La administración de los ferrocarriles estaba en manos de extranjeros que buscaban, ante todo, presionar al gobierno para obtener mayores ventajas; no se preocupaban por pagar la deuda ferroviaria y menos aún por un mantenimiento que conservara o mejorase el equipo. Se decretó la expropiación por causa de utilidad pública el 13 de junio de 1937. El decreto se ejecutó el 1º de diciembre. Mediante convenio con el sindicato se estableció que los ferroviarios no se considerarían servidores del Estado y que el gobierno respetaría las obligaciones contractuales contraídas con la empresa según la Ley Federal del Trabajo.

A poco de expedido el decreto, el presidente Cárdenas anunció el propósito de entregar la administración de los ferrocarriles a los trabajadores, lo que hizo el 1º de mayo de 1938. Los obreros manejaron los ferrocarriles hasta el 24 de diciembre de 1940, ya al comienzo del periodo de Ávila Camacho. El balance de la administración obrera fue bastante malo. Entre agosto de 1938 y marzo de 1940 ocurrieron seis choques de trenes de pasajeros y centenares de accidentes menores. Según el secretario particular de Cárdenas, Agustín Leñero, "casi la totalidad de los accidentes es atribuible a falta de cumplimiento de sus labores por parte de los trabajadores, por haberse relajado la disciplina del personal en lo general".

### ***La expropiación petrolera***

Uno de los más severos conflictos entre México y Estados Unidos fue siempre el Artículo 27 constitucional. El gobierno estadounidense pretendía asegurarse de que nunca se le darían efectos retroactivos. Y como

en 1921 ese punto de vista se confirmara por laudo de la Suprema Corte mexicana, no pudo desde entonces efectuarse la nacionalización del subsuelo, los minerales y los hidrocarburos.

En 1925 el secretario de Estado norteamericano Frank Billings Kellogg hizo declaraciones agresivas contra México, en las que lo acusaba de aplicar el Artículo 27 para efectuar la confiscación de propiedades, vulnerando garantías de los residentes en el país. En ese año la situación había empeorado tanto, que el presidente Plutarco Elías Calles ordenó que en caso de una intervención armada estadounidense se procediese a incendiar los pozos petroleros de la región huasteca, a fin de que los invasores sólo encontraran cenizas y escombros, afectando así sus intereses más preciados. En 1928 -el 13 de enero- se reformaron las leyes petroleras para asegurar más los intereses norteamericanos.

El 1º de septiembre de 1935 el presidente Cárdenas, en su mensaje al Congreso de la Unión, expuso: "La aplicación de la Ley del Petróleo de 1925 en lo que a concesiones se refiere, ha demostrado no responder al principio fundamental del Artículo 27 constitucional. En efecto, permite la incorporación de enormes extensiones de terrenos sin trabajar". Con esto, se vio que venía un endurecimiento de la política mexicana ante las compañías petroleras.

El 2 de enero de 1935 Cárdenas había ya declarado inexistentes las concesiones que Porfirio Díaz le había otorgado a la compañía petrolera El Águila. En 1936 se expidió la Ley de Expropiación por causa de Utilidad Pública. Los Estados Unidos protestaron inmediatamente, pero se dieron seguridades de que no se aplicaría en los casos de petróleo y minas.

Bajo aliento cardenista se formó un solo sindicato con todos los trabajadores del petróleo en la república, que se afilió a la naciente central *CTM*. Dicho sindicato presentó un proyecto de contrato colectivo de trabajo a las compañías y las emplazó a huelga. Las empresas rehusaron discutir con la agrupación sindical.

Cárdenas intentó avenir a las partes; consiguió aplazar el término fijado para el estallido de la huelga y convocó a la Convención que se efectuó el 27 de noviembre de 1936. Las compañías aceptaron el contrato pero rechazaron aumentar los salarios. Venció el plazo de 120 días concedido por los trabajadores y éstos emplazaron de nuevo a huelga, que estalló el 31 de mayo de 1937. Las empresas sostuvieron que las peticiones eran excesivas. Las autoridades laborales declararon

existente el movimiento. Las empresas recurrieron al amparo, que les fue negado.

Como el conflicto se prolongaba, los obreros levantaron el paro y plantearon conflicto de orden económico, para que una comisión de expertos investigara el estado financiero de las compañías y dictaminara si éstas contaban o no con capacidad económica para satisfacer las necesidades obreras. La comisión pericial, integrada por Efraín Buenrostro, Mariano Moctezuma y Jesús Silva Herzog, dictaminó:

Las compañías petroleras demandadas han obtenido en los últimos tres años utilidades muy considerables; su situación financiera debe de calificarse de extraordinariamente bonancible, y, en consecuencia, puede afirmarse que, sin perjuicio para su situación financiera presente y futura, están perfectamente capacitadas para acceder a las demandas del Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana hasta por una suma anual alrededor de veintiséis millones de pesos.

La Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, con base en lo anterior, emitió su laudo condenatorio el 18 de diciembre de 1937. Las empresas se negaron a elevar los salarios y amenazaron con suspender sus actividades.

En la tarde del 18 de marzo de 1938 el presidente Cárdenas, ante la rebeldía de las empresas a acatar el fallo -confirmado ya por la Suprema Corte- se dirigió a la nación declarando expropiada la industria petrolera. La declaración presidencial fue recibida con júbilo en todo el país. Y sólo la grave situación internacional causada por el hitlerismo y el fascismo en Europa impidió un ataque armado de los países a que pertenecían las empresas afectadas.

Las empresas cuyos bienes fueron expropiados, eran: Compañía Mexicana de Petróleo El Águila; Compañía Naviera de San Cristóbal; Compañía Naviera San Ricardo; Husteca Petroleum Corporation; Sinclair Pierce Oil Company; Mexican Sinclair Petroleum Corporation; Stanford y Compañía; Penn Mex Fuel Company; Richmond Petroleum Company de México; California Standard Oil Company of México; Compañía Petrolera El Agrvi; Compañía de Gas y Combustible Imperio; Consolidated Oil Company of México; Compañía Mexicana de Vapores San Antonio; Sabalo Trasportation Company; Clarita, y Cacalilao. México se obligó a indemnizar a las compañías de conformidad con lo dispuesto

en los artículos 27 constitucional y 10 y 20 de la Ley de Expropiación, en efectivo y en un plazo que no excediera de diez años.

### *Otras huelgas sonadas*

En 1954 estalló una huelga en un taller mecánico propiedad de Garza Hermanos de Torreón, emplazada por el Sindicato Gremial de Mecánicos sin que abarcara el negocio de venta de automóviles y refacciones de la propia empresa. El patrón hizo una durísima defensa asesorado por el licenciado Antonio Alanís Ramírez. Al estallar la huelga salió del local emplazado un grupo de personas con garrotos y empezaron a golpear a quienes colocaban las banderas de huelga. Pero en esos momentos llegaron al lugar dos camiones repletos de obreros que iban a reforzar a los huelguistas. La lucha se trabó enconada, pero, por desigual, no duró mucho. Muy golpeados, lograron refugiarse en el edificio el asesor jurídico, el ingeniero Carlos Pérez Valdés, el gerente de Rectificaciones Lalo y el gerente de Veladoras Lusa, que encabezaban a quienes se oponían a la paralización de labores.

La huelga fue declarada existente. La empresa pidió amparo, que le fue concedido dos años después por la Suprema Corte porque, si bien el emplazamiento iba dirigido sólo contra el taller mecánico, y éste era el único sitio donde estalló la huelga, en el clausulado del contrato colectivo que pretendía imponérsele había una cláusula que exigía que tal contrato se aplicase "en todas las instalaciones que Garza Hermanos tenga o llegare a tener en la comarca lagunera", con lo cual sí contaba el voto emitido por los empleados en el negocio de venta de automóviles y refacciones de la misma empresa.

Como consecuencia del amparo la huelga fue declarada inexistente, pero antes de que la empresa pudiera despedir al personal huelguista, éste hizo nuevo emplazamiento, abarcando ahora a toda la empresa, por firma de contrato. Y la empresa, ante el temor de un nuevo cierre de dos años -ahora total-, llegó con el sindicato al acuerdo de firmarlo exclusivamente con el taller mecánico, haciéndose responsable la empresa de la solvencia económica del taller.

En 1956 se emplazó a huelga al Taller Mecánico de Faustino Martínez por parte del Sindicato Gremial de Mecánicos. Tuvo importancia nacional porque en todo el país se estaban deteniendo las huelgas

mediante demandas de amparo en que, tergiversando los hechos, se acusaba a las Juntas de "haber ordenado el cierre del negocio, que se impida a los trabajadores la entrada a la factoría, haber ordenado que no se paguen los salarios a quienes trabajen, etc." Por acuerdo del Consejo Nacional de la *CTM* los obreros hicieron estallar la huelga a pesar de la suspensión provisional otorgada por el juez de distrito en La Laguna, quien había ordenado en su auto: "que no se cerrase el negocio, que no se impidiera la entrada a los trabajadores ni se suspendiera el pago de sus salarios a quienes trabajasen".

Con esta orden de suspensión del Juez, el patrón, mediante su abogado, el licenciado José María Iduñate, acudió ante el agente federal del Ministerio Público denunciando que "la Junta había descatado la orden judicial dada en la suspensión provisional del juez distrital". El agente, a su vez, se dirigió con urgencia a la Jefatura de Operaciones Militares en la región, solicitando se le proporcionaran fuerzas para expulsar a los huelguistas.

Las tropas, bajo el mando de un capitán primero, llegaron al sitio de la huelga y conminaron a los obreros a que se retiraran de inmediato "por la buena, o se les retiraría por la fuerza". Los trabajadores, por voz del entonces secretario de Conflictos de la Federación Unica de Trabajadores del Municipio de Torreón, Leobardo Flores Ávila, hicieron saber al milite lo ordenado por el Consejo Nacional cetemista: que estallara la huelga para que el poder judicial determinara, de una vez por todas, si el amparo era contra actos de autoridad y también de particulares, y si el acto reclamado podía ser contra éstos. Y aunque aclararon que no lucharían contra el ejército, si era preciso, que se usara la fuerza –si el capitán lo juzgaba necesario y legítimo–, porque nadie se retiraría "por las buenas".

Antes de recurrir a la violencia, el capitán telefoneó a la Jefatura de Operaciones en demanda de instrucciones. Entre tanto llegaron al lugar de los hechos el juez de distrito de La Laguna, licenciado Ricardo Guzmán Ojeda, el procurador de justicia en el estado, licenciado Marín G. Treviño, y el presidente de la Junta de Conciliación y Arbitraje de Torreón, quienes explicaron a la tropa el alcance verdaderamente suspensivo que sólo abarcaba los presuntos actos del tribunal obrero y no de los emplazantes; por manera que si la Junta no era la que había cerrado el negocio, sino que lo efectuó una coalición de particulares en uso de un derecho, la suspensión no era aplicable, como no lo sería si

el cierre obedeciese a orden de la Recaudación de Rentas, autoridad no incluida entre las responsables.

La tropa se retiró y, a causa del incidente, que pudo tener consecuencias trágicas, el agente del Ministerio Público Federal fue destituido. El patrón buscó el arreglo y la huelga terminó pronto.

### *Reversa al cardenismo*

Aunque el general Cárdenas simpatizaba profundamente con los desheredados y con los indígenas, nunca se decidió por abrazar el comunismo ruso ni obligar al país a hacerlo. Fidel Castro en cuanto llegó al poder en Cuba se dio a la tarea de comunizarlo, fusilando incluso a los disidentes. Cárdenas pudo hacerlo también en el apogeo de su poderío, pero no lo intentó siquiera. Y cuando mucho después estuvo tal vez inclinado a llegar a esos extremos, el gobierno ya no se lo permitió. En apoyo a lo anterior, ha de expresarse que desde agosto de 1937 Cárdenas dijo a los trabajadores: "Pedimos a las organizaciones obreras [...] por conducto de sus centrales, cooperación consistente en que antes de ir a nuevos movimientos a huelga, busquen arreglos".

Cárdenas siempre receló de dar un poder excesivo a la clase obrera. Desde febrero de 1936 en que se creó una poderosa central única, la *CTM*, el presidente se opuso enérgicamente a que formaran parte de ella las organizaciones campesinas, porque ello, según dijo "incubaría gérmenes de disolución". Y en agosto de 1938 se fundó la Confederación Nacional Campesina (*CNC*) y se procuró mantener vivas a la *CGT* y a la mismísima *CROM*.

Además, con la tolerancia de Cárdenas y a raíz de la segunda Guerra Mundial, en la *CTM* se desató una fuerte campaña aliadófila y anticomunista, auspiciada por Fidel Velázquez, a la sazón secretario de conflictos de la misma. Como resultado, se eliminaron de dicha central obrera los elementos comunistas, como Vicente Lombardo Toledano, Fernando Flores B., etc., y se eligieron para sustituirlos a los anticomunistas, como Fernando Amilpa. Además, se canceló el registro político del Partido Comunista de México, con lo que se le dejó sin personalidad. Con ese motivo se retiraron de la *CTM* los mineros metalurgistas. Y al año siguiente, 1937, los electricistas. "En 1936 -dice Enrique Krauze- las huelgas no eran desacertadas ni antipatrióticas. En 1939, sí."

A poco de iniciado el periodo cardenista, el 28 de noviembre de 1936, se reformó el Artículo 3º Constitucional, para que expresara: "La educación que imparta el Estado será socialista, y además de excluir toda doctrina religiosa combatirá el fanatismo y los prejuicios, para lo cual la escuela organizará sus enseñanzas y actividades en forma que permita crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo y de la vida social". Pero ya antes, en la Declaración de Reformas a la Constitución del 28 de noviembre de 1934, publicada en el *Diario Oficial* del 13 de diciembre, se decía:

La educación que imparta el Estado será socialista y además de excluir toda doctrina religiosa combatirá el fanatismo y los prejuicios, para lo cual la escuela organizará sus enseñanzas y actividades en forma que permita crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo y de la vida social. Sólo el Estado -federación, estados, municipios- impartirá la educación primaria, secundaria y normal [...] No podrán funcionar planteles particulares sin haber obtenido previamente, en cada caso, la autorización expresa del poder público [...] Estas normas regirán la educación de cualquier tipo o grado que se imparta a los obreros y campesinos.

Dos meses antes de que Manuel Ávila Camacho entregase el poder presidencial a Miguel Alemán Valdés, el 15 de octubre de 1946, se expidió una Declaratoria de Reformas al Artículo 3º constitucional, publicada en el *Diario Oficial* del 30 de diciembre de ese año, que decía:

La educación que imparta el Estado -federación, estados, municipios- tenderá a desarrollar armónicamente todas las facultades del ser humano y fomentará en él, a la vez, el amor a la patria y la conciencia de solidaridad internacional en la independencia y en la justicia [...] El criterio que orientará dicha educación se mantendrá por completo ajeno a cualquier doctrina religiosa y, basado en los resultados del progreso científico, luchará contra la ignorancia y sus efectos, las servidumbres, los fanatismos y los prejuicios [...] Los particulares podrán impartir educación en todos sus tipos y grados. Pero en lo que concierne a la educación primaria, secundaria y normal, y a la de cualquier otro tipo o grado, destinada a obreros y campesinos, deberán obtener, previamente, en cada caso, la autorización expresa del poder público [...] Las corporaciones religiosas, los ministros de los cultos, las sociedades por acciones que, exclusiva o predominantemente realicen

actividades educativas, y las asociaciones o sociedades ligadas por la propaganda a cualquier credo religioso, no intervendrán en forma alguna en planteles en que se imparta educación primaria, secundaria y normal y la destinada a obreros y campesinos...

Como se ve, el aspecto más duro y socializante de la educación cardenista ha sido eliminado.

La Guerra Civil española terminó en abril de 1939 con la caída de Madrid en poder de los franquistas, y el éxodo masivo de elementos republicanos, no precisamente comunistas, se hizo imperativo. Cárdenas ofreció refugio y amplio apoyo a los refugiados españoles. De los 50,000 que emigraron a México, muchos vinieron la comarca lagunera. En su libro *Este Torreón*, Homero H. del Bosque Villarreal dice:

Aquí en Torreón fuimos beneficiados con gente que contribuyó y está contribuyendo con su trabajo y productividad al engrandecimiento de nuestra sociedad: el carácter franco, abierto, querendón de nuestra gente pronto los asimiló y desde el día en que llegaron fueron "de casa", y, para citar unos cuantos: Carlos Núñez Maza, que había sido subsecretario de Aviación de España [...] ingeniero Noraham Laorden, agrónomo, catedrático de enología [...] profesor Alejandro Vilalta, pianista afamado [...] Fernando Zulueta, funcionario bancario; Fernando Zulueta C., hijo del anterior, catedrático de historia y literatura [...] Tomás Teruel, distribuidor de aceros [...] Antonio Martínez, agricultor [...] Alberto Lloreña, inversionista [...] Ángel Sobrino, agricultor y ganadero; Juan Lacedonia Pardo, delincuente del Ministerio de Aviación de España [...] José María Zugazagoitia Ruiz, hijo de un ministro del gobierno español [...] profesor Antonio Antolín Fernández, destacado matemático; profesor Ricardo Pons; profesor Antonio Vigatá; doctor Emilio Folch Guimera; doctor Antonio Mediavilla; licenciado Jaime Simó Bofarull; Juan Aldarraga Larburu, agrónomo y enólogo; Gregorio Adarraga Escalante, comerciante; Antonio Espejo, restaurantero; Antonio Fernández Montero, perforador; Antonio Siller Ribes, del Cuerpo Superior de Policía; licenciado Juan Pablo García Álvarez, sociólogo e historiador; todos ellos más que filocomunistas, verdaderamente republicanos. Gobierno y pueblo los recibieron con amor y fraternidad.

El 26 de julio de 1959 Cárdenas, al lado de Fidel Castro Ruz presidió el acto triunfal de la Cuba comunista. Después aceptó formar parte del

Tribunal Russell que condenó la escalada de Vietnam. Pero el 17 de abril de 1961, cuando Cárdenas, desde arriba del toldo de un automóvil en el Zócalo de la ciudad de México, intentó hablar a los manifestantes que se habían reunido para protestar contra la invasión de Playa Girón, se le impidió hablar, como se le había impedido, por el gobierno, volar a Cuba para luchar en persona contra la invasión.

El cardenismo, después de cumplir su etapa histórica, una etapa que restaño muchas viejas heridas proletarias y reparó no pocas injusticias sociales, además de reivindicar nuestro patrimonio, rescatándolo de manos extranjeras, se vino diluyendo y suavizando. Si no resultó totalmente eficaz, se debió más que nada a la corrupción interna y a las presiones externas.

### *Cronología*

1932. Comienza su segundo año como presidente municipal Francisco Ortiz Garza. Se conmemoran las bodas de plata de Torreón como ciudad. Se inaugura el Estadio de la Revolución, dotado de luz artificial para juegos nocturnos de beisbol, por primera vez en América Latina. Formaban Cabildo: Filemón F. Garza, Arnulfo Anaya, Santos Castañeda, Joaquín Martínez Chavarría y Nicolás Díaz. Gobernaba el estado Nazario S. Ortiz Garza.
- 1933-1934. Es presidente municipal Filemón F. Garza. Forman su ayuntamiento: José González Calderón, Fernando Rivera, José A. Zaragoza y Nicolás Díaz. Disputan en la campaña política para presidente de la república, los generales Lázaro Cárdenas del Río y Miguel Hernández Guzmán. El 1º de diciembre de 1934 tomó posesión Lázaro Cárdenas.
- 1935-1936. Toma posesión como presidente municipal Armín Valdés Galindo. Lo acompañan en el cabildo Evelio L. López, Gilberto de Santiago, J. Cruz Díaz, Vicente Herrera, Edmundo Gallardo y José Marín. Era gobernador Jesús Valdés Sánchez. El 6 de octubre se decreta la expropiación de tierras de La Laguna; se inicia la construcción de la presa Nazas, o del Palmito, que finalmente se llamaría Lázaro Cárdenas.
- 1937-1938. Toma posesión como alcalde Manuel Mijares Valdés y forman su cabildo Cipriano Ramírez, Wenceslao Rodríguez, Pascual González, Nicolás Díaz, Juan Pérez y Pedro Rodríguez. Hay inconformidad con la elección y el 1º de enero de 1937 se instalan tres ayuntamientos: los otros encabezados por Luis de la Fuente y Crecencio de la Garza González. Prevalece el del profesor Mijares Valdés. Era gobernador Jesús Valdés Sánchez. El 13

- de febrero de 1937 se inaugura el Cine Modelo. El 18 de marzo de 1938 se decreta la expropiación petrolera.
- 1939-1940. Es presidente municipal Francisco Rivera Morales. Su ayuntamiento lo integran: Arturo Humphrey, Fabián Contreras, Francisco Rosales, Estanislao Monsivaís, Dagoberto Martínez y Zamorano Correa. Rivera manda retirar de la Presidencia los retratos de ex presidentes municipales, y quemarlos "porque eran reaccionarios". En este periodo la estatua de Juárez que se halla frente a la Presidencia Municipal es embargada por la Oficina Federal de Hacienda, porque no se timbraron correctamente los recibos del Mercado Juárez, "defraudando al fisco federal". Era gobernador el general Pedro V. Rodríguez Triana.
- 1941-1942. Toma posesión como presidente municipal Julio Larriva, quien gobierna sólo un año; se suicida el 17 de enero de 1942. Lo suplen interinamente Gabriel R. Cervera y luego Francisco de la Fuente, que también es destituido por el gobernador Benecio López Padilla y sustituido por Efraín López Sánchez. El 1º de marzo de 1942 se incendia la Fábrica de Aceite y Jabón de Antonio Anaya, que resulta totalmente destruida. El 23 de mayo de 1942 México declara la guerra a Alemania, Italia y Japón. En Torreón los adultos y sobre todo los jóvenes empiezan a hacer ejercicios en el Campo Militar, en las afueras de las fábricas, en calles y en plazas. Era gobernador el general Benecio López Padilla. En 1942 nace el fraccionamiento de lo que hoy es la colonia Torreón Jardín.
- 1943-1945. Se inician los periodos de tres años para los alcaldes, con Rafael Duarte Nuñez, que lleva en el cabildo a: Juan M. Borjón, Catarino Castro, Pedro Moreno, Julián Corona, Antonio P. González y Rafael Reyes. En este periodo se añade un piso a la Presidencia Municipal. El 1º de marzo de 1944 se inicia la construcción del Palacio Federal. El 19 de abril es asesinado Salvador Guerrero Álvarez, director de *La Opinión*. Se inicia la campaña alfabetizadora emprendida por el secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet, y secundada con entusiasmo. En 1945 termina la segunda Guerra Mundial. Era presidente de la república Ávila Camacho y gobernador del estado Ignacio Cepeda Dávila. En Torreón se devuelven las propiedades extranjeras intervenidas durante el conflicto.
- 1946-1948. Toma posesión como presidente municipal Braulio Fernández Aguirre. Forman su ayuntamiento: Román Cepeda Flores, J. Carlos Pérez, Jesús Mejía, Juan Núñez García, Alejandro López y Arnulfo Juárez. Acusado en falso de malversación de fondos cuando fue recaudador de rentas del Estado -después se prueba que el cargo es sólo una maniobra política-, es destituido, sustituyéndolo Armín Valdés Galindo. Era gobernador del estado Ignacio Cepeda Dávila. El 5 de octubre de 1946 se inaugura el Palacio Federal. El 23 de julio de 1947, al suicidarse el gobernador Cepeda Dávila,

lo sustituye interinamente Vicente A. Valerio. A éste lo suple Ricardo Ainsle; luego, el 1º de marzo de 1948 es gobernador interino Paz Faz Riza y, finalmente, el 6 de junio de 1948 entra como gobernar el senador Raúl López Sánchez, quien termina el periodo. El 1º de noviembre de 1948 se inaugura la Planta Termoeléctrica de La Laguna.

1949-1951. Es presidente municipal Román Cepeda Flores. Forman su ayuntamiento: Evelio H. López, Rodolfo Rodríguez, Amador Robles Santibáñez, David Becerra, Fernando E. Vázquez y Manuel Flores. El 18 de febrero Román Cepeda, acompañado del gobernador, Raúl López Sánchez, inaugura el alumbrado ornamental de la calzada Vicente Guerrero –prolongación de la avenida Juárez hacia el oriente. En su administración, Román Cepeda se preocupa por mantener la ciudad muy limpia, en especial las barriadas y los panteones, antes tan abandonados; evita con medidas enérgicas el encarecimiento de las flores en el día de finados y el de los arbolitos de Navidad. Evita que se negocie con el agua en los panteones, ganándose el apoyo de la población. Renunció el 25 de mayo de 1951 para lanzar su candidatura a gobernador del estado.

1952-1953. Es presidente municipal Rodolfo González Treviño. Su cabildo: Esteban Jardón Herrera, Lauro Quintanar, Prócoro Castañeda, Emiliano Jaramillo, Agustín del Río y Victoriano Guerra. Durante su administración se retiran las estatuas de desnudos clásicos que adornaban paseos y avenidas. El escultor Chávez Morado cincela el monumento a Hidalgo que hoy remata el bulevar Independencia en su cruce con la calle Múzquiz. El 1º de diciembre de 1952 toma posesión como presidente de la república Adolfo Ruiz Cortines.

## XIV. El desarrollo económico y social, 1958-1990

Francisco Jaime Acosta

### *Introducción*

A partir de los años cuarenta el país inició su industrialización bajo la política de sustitución de importaciones. El éxito del modelo en términos de crecimiento motivó que al tiempo entre 1958 y 1970 se le llamara del "milagro mexicano". En esos años la economía mexicana creció a una tasa de 6.5% promedio anual, con una inflación anual de 4 a 5%, un tipo de cambio fijo -12.50 pesos por dólar- y un desequilibrio que se aceptaba y se financiaba con la inversión extranjera y el endeudamiento externo. La política de precios y tarifas del sector público, prácticamente de congelación, se financiaba con dicho endeudamiento. De esta manera se cubrían las dos brechas: la externa y la del déficit del sector público. El modelo funcionó: hubo crecimiento económico y estabilidad de precios.<sup>1</sup>

En una racionalización *a posteriori* esta fase fue también denominada de "desarrollo estabilizador"; representa, en buena medida, la instrumentación práctica de un modelo de desarrollo en que la política económica gira alrededor de estímulos a la iniciativa privada y a una participación conservadora del sector público en la economía. En estos años fue el sector industrial el que imprimió mayor dinamismo al resto de la economía: su tasa anual de crecimiento (9%) superó la del conjunto de la economía (6.5%). El patrón de desarrollo industrial adoptado representó un cambio respecto al que había prevalecido en la fase de crecimiento con inflación.

1 René Villarreal, "De la industrialización sustitutiva a la petrodependencia externa y de sustitución de importaciones", en *El sistema económico mexicano*, Premiá, México, 1986, pp. 28-50.

Leopoldo Solís afirma que la sustitución de importaciones fue desplazándose, a medida que transcurrieron los sesentas, de los bienes de consumo final a los intermedios y de capital. La misma política económica orientó el crecimiento de la economía "hacia adentro" mediante una política comercial proteccionista, cuotas de importación para estimular la sustitución de importaciones, aranceles elevados, exenciones fiscales para fomentar nuevas industrias, tasas de interés preferenciales para la promoción industrial y, en fin, todo un concierto de apoyos a la industrialización. Se logró, además, que el mercado interno se convirtiera en el principal motor del crecimiento económico.

Como resultado de esto –dice Solís– la economía mostraba dos características importantes: insuficiencia dinámica para crear empleos, y una tendencia hacia el desequilibrio externo acompañada por un déficit creciente de las finanzas públicas. Ambos factores actuaron como restricciones al crecimiento económico: uno porque debilitaba el mercado interno, que era el motor del desarrollo, y el otro porque a medida que la economía tendía a acelerar su ritmo, tenía un efecto inducido en las importaciones que elevaba el déficit comercial.<sup>2</sup>

Al evaluar el comportamiento global de la economía en el "desarrollo estabilizador" concluimos, con Solís, que la política sustitutiva de importaciones y el estancamiento del sector agrícola agravaron el problema del empleo; la imposibilidad de avance fiscal recargó la presión impositiva sobre el factor trabajo; tomar un instrumento de política económica –el tipo de cambio– como un fin en sí mismo impidió corregir el déficit comercial, y la amplia posibilidad de endeudamiento externo pospuso la adopción de medidas correctivas.

Quizá no es difícil advertir la incongruencia de este patrón de desarrollo. Para ser coherente con las metas que se ha planteado, el desarrollo debe alcanzar una tasa de crecimiento que las haga viables: en esos años fue insuficiente. Si a eso agregamos que el desarrollo estabilizador empeoró la distribución del ingreso y propició una atrofia creciente del sistema para satisfacer las demandas de la clase media urbana –una de las causas del movimiento estudiantil de 1968–, tendremos un panorama de la situación a la que hubo de hacer frente el gobierno que tomó las riendas en 1970.<sup>3</sup>

2 Leopoldo Solís, *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*, Siglo XXI, México, 1987 (16ª ed.), p. 104.

3 *Ibid.*, pp. 105-106.

### *Cambio de rumbo: la diversificación agrícola, 1958-1970*

La región lagunera se vio afectada por la política económica del país durante el desarrollo estabilizador, y a partir de finales de los cincuentas empezaron a gestarse una serie de cambios que trastocaron sus estructuras económicas, políticas y sociales.

#### *El sector agrícola*

Los avances en el campo agrícola han sido decisivos para el desarrollo industrial del país. El desarrollo agrícola, a su vez, se ha concentrado en los pocos predios de agricultura comercial; predios en su mayoría localizados en los distritos de riego como La Laguna, con cultivos que requieren fuerte inversión inicial. Este tipo de agricultura está bastante mecanizado y hace un uso intensivo de insumos industriales modernos. Si bien la mayoría de la población asentada en el campo no se vio favorecida por inversiones públicas ni créditos privados, ni pudo emplear mejor tecnología, recibió en cambio dotación de tierras sin costo alguno que elevó su ingreso al redistribuir las utilidades y la renta de los antiguos propietarios. Más aún, esto permitió incrementar la producción agrícola utilizando más ampliamente —y prácticamente sin costo— la tierra y la mano de obra; dos factores disponibles cuya imposibilidad de uso más pleno y productivo obstaculizaba la anterior estructura del mercado.<sup>4</sup>

#### *Los ejidos colectivos*

En la comarca lagunera el sector campesino fue organizado desde el comienzo de la reforma agraria en ejidos colectivos. El gobierno cardenista otorgaba un papel muy importante a este tipo de organización en el desarrollo y la modernización del agro. Se le consideraba el camino apropiado para lograr una síntesis natural entre la eficiencia económica de las economías de escala y los objetivos de justicia social perseguidos por la reforma. Como resultado inmediato del reparto la producción total de La Laguna declinó, pero sólo temporalmente. La cosecha en 1935-36, la última antes de la reforma, fue especialmente favorable; la superficie cultivada fue 170,000 hectáreas. La producción de trigo en 1935-36 fue superada por la de 1937-38, y la de algodón por la de 1941-42. El nuevo sistema había pasado su primera prueba económica y creó un

4 *Ibid.*, pp. 152-153.

fuerte estímulo para expropiaciones similares en otras regiones fértiles. El ingreso por ejidatario también aumentó.<sup>5</sup> Sin embargo, a partir de 1940 se empezó a ver al ejido colectivo cada vez con menor simpatía, con cierta desconfianza, a pesar de que Salomón Eckstein demostró que en las regiones de ingresos altos, como La Laguna, los ejidos colectivos eran más eficientes que los individuales y, en varios conceptos, superaban a los predios particulares.<sup>6</sup>

La crisis de los ejidos colectivos se originó por deficiencias en su implementación, por la subdivisión del área cultivable que llegó a la atomización de los predios, por la mala administración, la corrupción y el cambio de política económica nacional. El proceso de disolución de los ejidos colectivos se inició en 1939 y culminó a mediados de la siguiente década.

La comarca ha sido eminentemente una región aldonera. En 1930 el algodón representó 64% de la superficie cultivada y 80% del valor de la producción agropecuaria. Para 1960 el cuadro esencial era el mismo: siguió aportando 80%, pero con una porción mayor de superficie cultivada: 74%. Sólo para 1970 se registrarán cambios importantes, según veremos. El trigo, que a veces se sembraba rotándolo con el algodón, era el segundo cultivo. Tras el reparto se triplicó el área sembrada con trigo, y en 1940 llegó a aportar 26% del valor de la producción; para 1960, sin embargo, había casi vuelto al nivel de 1930, con 7% del valor total. Así, en 1960 el algodón y el trigo constituían 87% del valor de la producción agropecuaria de La Laguna.<sup>7</sup>

En el sector ejidal, en 1960 el algodón representó 90% del valor de la producción agropecuaria. Los ejidos habían visto bajar su contribución al producto agropecuario: 63% en 1940, 54% en 1950, 46% en 1960. En la primera década esto se explica por la reducción relativa en la superficie cultivada, de 71% a 58%, pese a su aumento relativo en el capital. Esto se debe a una fuerte descapitalización en el sector privado, de 7,400 a 3,100 pesos por hectárea, y no a una capitalización en el sector ejidal -si bien aumentó de 1,700 a 2,300 pesos por hectárea, por causa de la reducción en las hectáreas y no por un aumento en los capitales. De 1950 a 1960 se

5 Salomón Eckstein, *El ejido colectivo en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978 (2ª reimpresión), pp. 142-148.

6 *Ibid.*, p. 490.

7 Iván Restrepo y Salomón Eckstein, *La agricultura colectiva en México. La experiencia de La Laguna*. Siglo XXI, México, 1979 (2ª edición), p. 81.

invirtieron las tendencias: la baja relativa en la aportación ejidal al producto la explica la descapitalización en los ejidos (de 2,300 a 1,500 pesos por hectárea), frente a la capitalización en el sector privado (de 3,100 a 5,600 pesos por hectárea); la distribución de la tierra regada casi no varía. De esta manera se explica, también, que el valor del producto por hectárea ha sido menor en los ejidos que en el sector privado en todos los años; también ha sido menor, en proporción similar, el valor del capital por hectárea.<sup>8</sup>

Podemos hablar de un auge en la producción algodонера regional que se prolonga hasta mediados de los años cincuenta. Los altos precios del algodón y su gran demanda en el mercado internacional condujeron a una creciente competencia entre los sectores ejidal y privado por los medios de producción. Hubo un avance de las organizaciones campesinas con requerimientos de nuevos repartos de tierra, uso exclusivo del agua de gravedad y mayor participación en la industrialización y comercialización. Estas demandas generaron una situación que el sistema económico y político imperante no podía tolerar. Así, mientras se desataba la fiebre del algodón, aumentaban las áreas cultivadas y se daba un gran crecimiento económico, la participación de los ejidos en el proceso productivo se vio reducida por múltiples mecanismos.<sup>9</sup>

La baja significativa del precio internacional del algodón a mediados de los años cincuenta llevó a que sus rendimientos empezaran a mostrar valores negativos. Una reacción inmediata fue la reducción de la superficie cultivada, sobre todo en el sector privado. Para los años sesenta la comarca lagunera se encontraba al borde de un colapso agroproductivo. Dice Rolando García:

No obstante esta situación, fuertes intereses presionaban para que el cultivo del algodón continuara en la región. Al Estado le interesaba mantenerlo porque era un producto que, no obstante el derrumbe de los precios internacionales, generaba importantes divisas al país. Desde 1949 hasta 1973 el algodón ocupó uno de los primeros lugares como generador de divisas dentro de la economía mexicana. Por otra parte no se podía dejar de abastecer de materia prima a la industria textil nacional. Tampoco se podía abandonar una enorme infraestructura

8 *Ibid.*, pp. 93-94.

9 Rolando García, *Deterioro ambiental y pobreza en la abundancia productiva. El caso de la comarca lagunera*, IIFAS / CINVESTAV, México, 1988, pp. 39-41.

—despepitadoras, casas comercializadoras, proveedoras de insumos y maquinarias— establecida en torno a la producción algodonera y cuyos propietarios exigían la permanencia de su producción. Se inicia entonces un proceso que conducirá a un profundo cambio en la producción agropecuaria regional. Luego de una serie de variaciones el proceso culminará a mediados de la década de los años setenta cuando finalmente, dentro de una estructura productiva muy diversificada, queda el cultivo del algodón en manos de los ejidatarios.<sup>10</sup>

### *El plan de rehabilitación*

Frente a los graves problemas agrícolas de la región —sequías y bajos precios, entre otros— en 1962 comenzó a realizarse un proyecto de rehabilitación de la comarca en el cual se cifraron grandes esperanzas. Las autoridades responsables del desarrollo del sector agropecuario se enfrentaron al problema de aumentar la superficie cultivable a partir de los recursos acuíferos de la presa Lázaro Cárdenas y los pozos. Aún más, en el primer caso se limitó la extracción anual a 800 millones de metros cúbicos para prevenir faltantes por sequías prolongadas; en el otro se decretó la veda de pozos, permitiéndose sólo reponer las norias. El abatimiento de los niveles freáticos había sido notable y su explotación muy costosa. Se buscó un mejor aprovechamiento de la tierra y el agua por medio de cambios físicos e institucionales. El objetivo era elevar el nivel de vida de los campesinos, diversificar la producción y reducir el desempleo temporal. Los cambios físicos se plasmaron en el Proyecto de Rehabilitación del Distrito de Riego Número 17; los institucionales se centraron en la compactación en primer lugar de los ejidos del municipio de Tlahualilo, y más tarde en el resto del distrito de riego.<sup>11</sup>

La meta principal del Proyecto fue aumentar la capacidad productiva de la región mediante estas medidas: a) construir la presa Francisco Zarco, o Las Tórtolas; b) revestir canales; c) nivelar tierras; d) construir y mejorar 1,400 kilómetros de caminos para elevar la eficiencia en la operación y distribución del agua; e) edificar 97 casetas para canaleros y compuerteros; f) tecnificar los sistemas para conducir y aplicar el riego.

Los avances logrados en siete años del plan, entre 1966 y 1974, pueden resumirse como sigue: a) Se construyó la presa Francisco

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 97.

<sup>11</sup> Restrepo y Eckstein, *op. cit.*, p. 117.

Zarco con capacidad de 438 millones de metros cúbicos, y se relocalizaron las áreas de riego, correspondiendo 65,000 hectáreas a 304 ejidos, y 7,500 hectáreas a 2,060 propiedades privadas. b) Se revistieron 95% de 1,400 kilómetros programados. c) A finales de 1974 se habían nivelado sólo 40,000 hectáreas, la mitad de las programadas. d) Se habían revestido 1,391 kilómetros de caminos, 95% de lo señalado en el plan. e) Se construyeron 135 casetas para canaleros.

Además, en el distrito de Tlahualilo se establecieron varios programas a base de parcelas de demostración, ofreciendo asistencia técnica a los agricultores. Se construyeron 1,061 casas con agua potable y se instalaron hidrantes públicos en siete poblaciones. Por último, se construyeron las viviendas de dos nuevos poblados: 500 casas en Lázaro Cárdenas y Gaseros.

Como se desprende de estos datos, el Proyecto cumplió con las metas propuestas; sin embargo, apenas resolvió los problemas que se presentaron dentro del sector agrícola lagunero.<sup>12</sup>

#### *El sector privado*

Durante la bonanza en la comercialización del algodón, hasta mediados de los años cincuenta, la propiedad privada pasa a ocupar el primer plano. Su participación en la producción fue de 30% de la superficie cultivada, en 1940, a 49% en 1950. En cuanto a su participación en el valor de la producción agropecuaria, ésta llegó de 46% en 1950, a 54% en 1960.<sup>13</sup>

En 1957, el precio del algodón en el mercado internacional sufrió una caída significativa. Los Estados Unidos desataron un *dumping* mundial al volcar al mercado grandes remesas de algodón subsidiado. Los precios no cubrían los costos de producción, y el sector privado comenzó a abandonar su cultivo. Su participación en la superficie cultivable desciende a 35% en 1960.

En 1920 el algodón representaba 83% de las fibras producidas en el mundo; para 1975 constituía 49%.<sup>14</sup> La caída del algodón obedeció a la incursión de fibras sintéticas en el mercado mundial. De 1952 a

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 117-128.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 94.

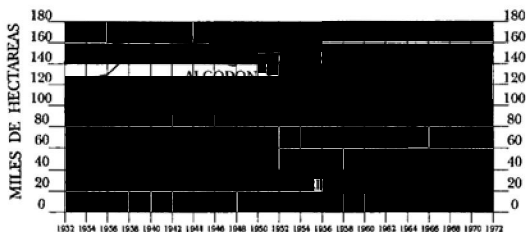
<sup>14</sup> UNCTAD, *Fibres and textiles: dimensions of corporate marketing structure*, TD/B/C.1/219, Ginebra, 1981, p. 32.

1967 el precio relativo del algodón respecto al poliéster cayó tres veces.<sup>15</sup>

El censo agrícola de 1960 asienta que se cosecharon en dicho año 145,000 hectáreas, o sea 9% menos que en 1950 y casi 13% menos que en 1940. El algodón seguía siendo el cultivo dominante en la región, con casi 75% de la superficie agrícola dedicada a su cultivo; más de 100,000 hectáreas en 1960. Pero a partir de esta época se observa una tendencia descendente. (Véase la Gráfica 1.)

En 1960 los ejidos cosecharon 88,000 hectáreas, igual casi que en 1950. El algodón cubre 75% del área ejidal, que significa un aumento en la década 1950-60 de casi 20,000 hectáreas. En cambio hay una sensible reducción en trigo, del que apenas se cosechan unas 11,000 hectáreas, casi 17,000 menos que en 1950. Hay aumentos, insignificantes, en maíz, alfalfa y vid. Estas tendencias son significativas. Ante una decreciente redituabilidad del algodón, el sector privado disminuye las áreas destinadas a su cultivo, y el sector ejidal las aumenta. El primero pasa a cultivos más remunerativos, mientras el segundo responde mucho menos a los

Gráfica 1. Superficies cosechadas. Media móvil de 5 años



Superficie total cultivada según los censos de 1940, 1950, 1960 y 1970.

Fuente: Restrepo, I. y S. Eckstein, *La agricultura colectiva en México. La experiencia de La Laguna*, Siglo XXI, México, 1979, 2ª ed., p. 68.

cambios en costos y precios relativos. Las causas de esto se hallan en la estructura institucional que determina la producción ejidal.

15 Departamento de Agricultura de los Estados Unidos (USDA), *World demand prospects for cotton in 1980*, Washington, 1971, p. 93.

Cuadro 1. Superficie cultivada. Ciclos 1970 / 71 y 1971 / 71

	Total	Ejidos				Propiedad privada			
		Suna	Bombeo	Gravedad	Eventual	Suna	Bombeo	Gravedad	Eventual
<i>Ciclo 1970 / 1971</i>									
Trigo	13,390	5,609	518	2,200	2,891	7,781	6,470	738	573
Alfalfa	12,278	5,258	3,062	2,196	—	7,020	6,526	494	—
Cártamo	8,224	5,104	582	230	4,292	3,120	2,011	19	1,090
Otros	2,618	652	460	9	183	1,966	1,958	21	7
<i>Ciclo 1971 / 1971</i>									
Algodón	87,986	67,312	15,766	51,545	—	20,674	13,019	7,655	—
Maíz	7,850	5,316	761	2,717	1,838	2,534	368	1,829	357
Sorgo escobero	3,229	1,757	700	572	485	1,472	828	546	98
Sorgo grano	4,952	1,825	225	539	1,063	3,127	1,516	674	937
Otros	3,777	2,460	752	1,709	—	1,316	908	408	—
<i>Frutales</i>									
Vid	5,786	2,107	2,106	1	—	3,679	3,442	237	—
Nogal	2,104	1,322	1,188	134	—	783	530	253	—
Otros	1,276	494	97	397	—	781	550	231	—
<b>Total</b>	<b>153,469</b>	<b>99,216</b>	<b>26,215</b>	<b>62,249</b>	<b>10,752</b>	<b>54,253</b>	<b>38,106</b>	<b>13,105</b>	<b>3,042</b>

Fuente: Patronato para la Investigación, Fomento y Sanidad Vegetal de la Comarca Lagunera. Torreón, Coah.

En el ciclo agrícola 1970-1971 se observan algunos cambios importantes. El área cosechada es casi igual a la de 1960, pero son sensibles las bajas del algodón y el trigo, y los aumentos en la alfalfa (de 3,800 a 12,300 hectáreas), la vid (de 2,100 a 5,800 hectáreas) y el nogal. Estas variaciones parecen responder a la política de diversificación de cultivos. Con vistas al desarrollo ganadero de la región se incrementan inicialmente los cultivos forrajeros como alfalfa, sorgo y avena, que juntos ocupan 15% de la superficie total, frente a sólo 3% en 1960.

La comarca lagunera reúne condiciones muy favorables de clima, centros seguros de consumo, modernas vías de comunicación y demás que la posibilitan para ser un centro ganadero de primer orden, sobre todo en las especies confinadas tales como ganado lechero, porcino, aves. En los últimos años se importaron en la región cantidades crecientes de alfalfa. El incremento ganadero en el país, sobre todo de carne, garantiza un amplio mercado para toda clase de forrajes que pueden y deben producirse en la región para cría y engorda de ganado de consumo local y nacional. En estos años existían en La Laguna unas

160,000 cabezas de bovinos, de las cuales casi 65,000 corresponden a ganado lechero. Existía ya un buen número de establos modernos, principalmente en Torreón, Gómez Palacio, Matamoros y Lerdo; las razas más explotadas eran la Holstein, la Jersey y la Criolla.

**Cuadro 2. Valor de la producción agrícola. Millones de pesos de 1960**

	1930		1940		1950		1960		1970	
	Valor	%	Valor	%	Valor	%	Valor	%	Valor	%
<i>Total</i>	201	100	348	100	448	100	445	100	986	100
Cultivos	200	100	325	93	424	95	396	89	551	56
Algodón	166	83	215	62	365	81	351	79	414	42
Trigo	18	9	90	26	47	10	30	7	25	3
Frutales	1	—	1	—	11	2	13	3	36	4
<b>Productos</b>										
animales	sd	—	22	6	13	3	37	8	400	40
<b>Volumen*</b>										
Algodón (miles de pacas)	130	—	130	—	250	—	300	—	306	—
Trigo (miles de toneladas)	35	—	65	—	65	—	40	—	39	—

Fuente: Para 1930-1960, los censos agrícolas, sumando los relativos a los nueve municipios de la comarca. Para 1970, según Estudios de Proinversión..., reducidos a precios de 1960. Unos y otros datos no son directamente comparables, por la diversidad de las fuentes.

\* Media móvil de cinco años 1939, 1949, 1959, según datos del Departamento de Riego.

Como puede observarse en el Cuadro 2, que muestra el gran cambio de esta década, el algodón pasó de ocupar 79% del valor de la producción en 1960, a sólo 42% en 1970, mientras los productos animales ascendieron de 8% a 40% en el mismo periodo. Sin embargo, los dos sectores de tenencia no participaron en forma igual en este desarrollo.

El sector privado cultivó en 1970 casi la misma área que diez años antes. Pero mientras la superficie dedicada al algodón bajó de 68% a 38%, y la de trigo de 23% a 14%, la de forrajes aumentó de 4% a casi 25%. Para hacer esto posible, 70% de la superficie privada tuvo agua de pozo; las hectáreas con riego de gravedad fueron sólo 16,000 (véase el Cuadro 1). Los ejidos cultivaron casi 10,000 hectáreas más que en 1960, pero gran parte de este aumento fue con riego eventual con aguas broncas que varían mucho cada año. Sólo 25% de las tierras ejidales tuvieron agua de pozo. Por eso los cambios en su distribución de cultivos es menos marcada. La superficie algodонера disminuye de

77% a 68%; la triguera de 12% a 6%, y los forrajes llegan casi a 10%. Cambios favorables pero insuficientes. La participación de los ejidos en el área cultivada disminuyó de 70% en 1940 a 60% en los años siguientes, sobre todo por el aumento del riego por bombeo en el sector privado. Por esta y otras razones, al pasar de los cultivos tradicionales –algodón y trigo– a otros mejores en las nuevas circunstancias, el sector ejidal logró ajustarse con menos rapidez y eficacia a los cambios en las condiciones técnicas y de mercado que el sector privado.

El signo del tiempo es la diversificación: el algodón y el trigo reducen su importancia, pero los forrajes y los frutales la aumentan, más en términos de valor que de superficie, ya que son cultivos intensivos. La transformación principal es el aumento en el valor de los productos animales –leche y huevo, sobre todo–, no incluido en estas cifras. Según una fuente (*véase el Cuadro 2*), aumentó de 37 millones de pesos en 1960 a 400 millones (a precios de 1960) en 1970. Su participación en el valor de la producción agropecuaria regional aumentó de 8% a 40%. Del renglón lechero dicen Restrepo y Eckstein:

Es interesante anotar cómo hasta mediados de la década de los 50, dicho producto se vendía en La Laguna sin ningún procesamiento (leche bronca), por medio de carretas que hacían la entrega a domicilio o la expendían en la propia calle. El gobierno ordenó entonces que se pasteurizara la leche para ofrecer mayores seguridades a los compradores; los propietarios de ganado se vieron entonces obligados a unirse adquiriendo una pequeña planta pasteurizadora. Como el negocio tuvo buen resultado, en 1960 la producción superaba ya al consumo regional, de tal manera que de una producción de 60,000 litros diarios se vendían sólo 40,000. Se aprobó entonces la adquisición de una deshidratadora de leche, aprovechando que el mercado para la leche en polvo era amplio debido al programa de desayunos escolares que el gobierno federal estableció para escuelas urbanas pobres y del medio rural. Sin embargo, el excedente de leche en polvo en los Estados Unidos provocó un elevado contrabando de dicho producto, con el resultado de una baja apreciable en el precio del producto local. Se planeó ante ello ampliar el mercado hacia el centro del país y la construcción de una pasteurizadora en la ciudad de México. El negocio ha sido un éxito y la leche de La Laguna pasteurizada en la ciudad de México es una de las más cotizadas. El

desarrollo de la ganadería lagunera se refleja en unas cuantas cifras: en 1965 se estimaba que la cuenca lechera de La Laguna contaba con 24,000 vacas y producía 250,000 litros de leche diarios; para 1974 el número de vacas ascendía a 65,000 con una producción diaria de unos 700,000 litros. Es importante anotar que la participación de los ejidatarios en este crecimiento es en realidad muy reducida, pues no llega a 7% del total de ganado lechero que existía en La Laguna.<sup>16</sup>

#### *Los otros sectores*

Aun cuando existen algunas empresas fundadas hace 40 años o más, puede considerarse que La Laguna inició su despegue industrial a mediados de la década de los sesentas, con el establecimiento de plantas relacionadas con las actividades agropecuarias que en ese tiempo constituían la base de la economía regional. No existe información precisa, pero algunos analistas han estimado que en 1960 la agricultura representaba 40% del producto regional y la industria 25%. Más de 50% de la población económicamente activa estaba asociada a la actividad agrícola.<sup>17</sup> Como ya anotamos, en la década de los sesentas empezaron a observarse en la región cambios económicos y sociales que modificarían la estructura productiva regional. Dichos cambios fueron aún más pronunciados en la industria y el comercio durante la década siguiente.

#### ***El crecimiento industrial, 1970-1982***

Retomando el análisis de Solís, podemos destacar que mientras el desarrollo estabilizador delineó sus objetivos *a posteriori*, el "desarrollo compartido" del periodo de Luis Echeverría (1970-1976) presentó los suyos *a priori*: el crecimiento económico y la mejora en la distribución del ingreso. Se mantenían, desde luego, las metas de antaño: estabilidad de precios y de tipo de cambio. Se buscaba disminuir la protección y mejorar la eficiencia industrial; eliminar la tendencia antiexportadora y

16 Restrepo y Eckstein, *op. cit.*, pp. 81-83.

17 Javier Ramos Salas, "Presente y futuro de La Laguna", en *El Siglo de Torreón*, 12 de abril de 1987, p. 10-A.

fortalecer la competitividad internacional para afianzar la independencia económica interna –menor endeudamiento externo–; además se llevaría al cabo una reforma fiscal para redistribuir el ingreso nacional. La introducción de un objetivo adicional –la redistribución del ingreso– en la política de desarrollo, sin la inclusión de un nuevo instrumento eficaz para lograrlo –la reforma fiscal fue limitada–, determinó en parte los cada vez mayores problemas que afrontó el desarrollo compartido, pues hubo que financiar el gasto público mediante la deuda externa y, en la medida en que este recurso se tornó insuficiente, se recurrió al endeudamiento interno, en buena medida por medio de la emisión de circulante, con las consecuentes presiones inflacionarias y poniendo en entredicho uno de los objetivos de este esquema de desarrollo, la distribución del ingreso. El desarrollo compartido desembocó, pues, en una crisis de mayores proporciones que el desarrollo estabilizador.<sup>18</sup>

En el sexenio 1970-1976 eran ya necesarias reformas fiscales más avanzadas, y la apertura de la economía con un sector exportador más eficiente. Pero esto se retrasó y se continuó con el modelo de sustitución de importaciones. El desequilibrio externo y la deuda pública externa siguieron su marcha ascendente, y en 1976 alcanzaron magnitudes cercanas a 4,500 y 20,000 millones de dólares, respectivamente, lo cual era incompatible con la paridad existente. Así, tras 22 años con un régimen de tasa de cambio fija –desde 1954–, México devaluó su moneda de 12.50 a 19.70 pesos por dólar, y suscribió un acuerdo de extensión ampliada con el Fondo Monetario Internacional (FMI) cuya duración era de tres años.

En 1977, el primer año del régimen de José López Portillo, la economía creció sólo al 3.5%; en 1978, al descubrirse las reservas petroleras, el país recobró la confianza de la comunidad financiera internacional, lo que facilitó en el periodo 1978-1981 un ajuste del desequilibrio externo al través de crecimiento económico, racionalización del proteccionismo y rectoría del Estado, liberándose *de facto* del ajuste monetarista del FMI. La economía creció a tasas de 8% promedio anual, pero los costos de este crecimiento se manifestaron en la inflación, que alcanzó niveles de 30%. El déficit externo de la cuenta corriente casi llegó a 12,000 millones de dólares.<sup>19</sup>

18 Solís, *op. cit.*, pp. 106-107.

19 Banco de México, *Informe anual*, varios años.

A pesar de haberse planteado la necesidad estratégica de usar el petróleo como palanca de desarrollo, se cayó en la trampa de la petrodependencia externa: tendencia a la monoexportación, monodependencia financiera externa y monodependencia fiscal en el petróleo. El petróleo se utilizó como el instrumento de ajuste para el desequilibrio externo, y en la práctica fue un sustituto de las reformas estructurales que implicaban fortalecer la industrialización sustitutiva -avanzar en la sustitución de bienes de capital- y crear la industria exportadora.

En 1982, una vez más el desequilibrio externo volvió a aparecer como la restricción al crecimiento y obligó a devaluar el peso. Según se estima, se alcanzó entonces un endeudamiento externo cercano a los 80,000 millones de dólares.

En este marco económico nacional de crisis y auge, La Laguna continuó con su crecimiento industrial, y buscó de diversas formas consolidar los logros del sector agropecuario.

### *El sector industrial*

Como ya se expuso, en la última década del siglo pasado la comarca lagunera inició un gran crecimiento económico con el paso del ferrocarril que conectó el centro del país con la frontera con los Estados Unidos. La entonces villa de Torreón pasó a ser un gran centro agrícola, industrial, bancario y comercial. En 1898 nació la primera industria, Hilados y Tejidos La Amistad, S.A., y para 1900 se habían instalado importantes empresas como Hilados y Tejidos La Constancia, S.A., Compañía Manufacturera La Alianza, S.A. (aceites y jabones), La Esperanza, S.A. (jabones), Du Pont, S.A. de C.V., y Harinera Los Cántabros, S.A., entre otras.<sup>20</sup>

En una reciente investigación, José Arizpe anota al respecto:

En las primeras décadas del siglo xx el sector industrial lagunero tiene que sobreponerse a las situaciones adversas que se presentan como lastre a su maduración. La principal fue el estallido de la Revolución, que interrumpió el desarrollo natural del sector industrial local; al finalizar este conflicto social se restablece la comercialización del algodón a los Estados Unidos. Otra dificultad de índole externa fue la crisis mundial del 29, que repercutió en forma negativa en el

20 NAFINSA, *Diagnóstico industrial de la comarca lagunera*, mimeógrafo, Torreón, 1986, p. 27.

interior no sólo del país, sino de la región misma. Esto se manifestó particularmente con una disminución en la demanda de los productos textiles y del algodón y de manera general en toda la economía, provocando desempleo y movimientos poblacionales. A pesar de lo anterior, en este periodo se encontraban funcionando despepites, harineras, las jaboneras La Unión en Torreón y La Esperanza en Gómez Palacio, así como la metalúrgica Peñoles, ésta con capital extranjero. Aparece la compañía Anderson Clayton dedicada a la industrialización del algodón, fabricación de aceite y de alimentos. Surge además en este periodo el capital financiero con la aparición del Banco Vallina y el Industrial de Monterrey, así como la Algodonera de La Laguna. Es importante mencionar la reducción del número de despepitadoras de 87 a 22, pero estas últimas con mayor capacidad. Es también en esta primera mitad del siglo cuando se presentan acontecimientos que influyeron de una manera u otra en el desenvolvimiento industrial de la región: la infraestructura en general se desarrolla de manera importante, además de que en la región se proporciona todo tipo de crédito por conducto de los bancos regionales. A partir del reparto agrario se presenta una expansión considerable de la banca, con el fin de apoyar la agricultura, la industria y la prestación de servicios, con el objeto por parte del gobierno de impulsar las actividades derivadas de este proceso. Para principios de los años cincuenta la región se enfrenta a una crisis más, que se origina por la aparición de las fibras sintéticas, sustituto de las naturales, la cual, por sus bajos costos de producción, ocasiona una baja considerable en la demanda de algodón en los mercados internacionales y propicia una importante reorientación de la economía regional.<sup>21</sup>

En la década de 1960 se empiezan a observar en la región nuevos cambios económicos que vendrán a configurar su estructura socioeconómica actual. En primer lugar, comienza a desarrollarse la industria manufacturera no asociada a la agricultura, al mismo tiempo que la agroindustria sigue avanzando. Así, destaca el auge del Parque Industrial Lagunero (1965) en Gómez Palacio, donde se localizan modernas empresas en los ramos de metalmecánica, alimentaria, química, bienes

21 José Arizpe, *Hacia el futuro industrial de La Laguna*, mimeógrafo, Torreón, 1987, pp. 5-10.

de capital, ropa, muebles y mármol, entre otros. En Torreón surge la Ciudad Industrial (1972) con nuevas manufactureras de diverso tipo. Este proceso de industrialización desbancó a la agricultura de su primer puesto y colocó a la propia industria como la actividad económica preponderante, al grado que en 1970, según Javier Ramos Salas,<sup>22</sup> aproximadamente 50% del valor agregado –sin considerar comercio ni servicios– de la región corresponde a la industria, pasando en la siguiente década a ocupar casi 70%. De haberse tomado en cuenta el sector servicios, la cifra sería muy diferente –quizá 50%–; de cualquier forma, nos da idea del predominio del sector industrial sobre el agrícola.

La oficina regional de NAFINSA publicó en 1986 un estudio sobre el sector industrial lagunero, según el cual la industria (70,000 millones de pesos: 75% de participación) supera con creces a la agricultura (11,720 millones: 12.6% de participación) y a la ganadería (11,616 millones: 12.4% de participación). La investigación adolece de una serie de defectos metodológicos: no incluye al sector servicios –comercio, turismo, finanzas– que para esas fechas debió haber sido ya muy importante; al evaluar la producción bruta, duplica la contabilización, pues no deduce las compras realizadas entre sectores, impidiendo así calcular el valor agregado de cada sector, que sería el indicador realmente representativo de la aportación de cada uno de ellos a la economía regional. A pesar de lo anterior, y de no poseer información más precisa, las estimaciones de NAFINSA muestran la importancia de la industria en la economía regional.<sup>23</sup>

De mediados de los años setentas a principios de los ochentas la actividad industrial lagunera atraviesa por una época de auge. Su crecimiento se vería frenado en los últimos años, toda vez que la crisis económica nacional afectaría a todos los sectores productivos del país.

### *Los otros sectores*

#### *La agricultura*

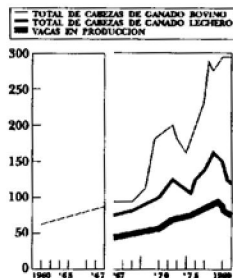
Durante este periodo el sector privado agrícola pasó a la explotación de la ganadería para carne, que tuvo una gran alza en cabezas (683% de 1974 a 1980), mientras los establos disminuyeron en 30%.

22 Ramos Salas, *op. cit.*, *loc. cit.*

23 NAFINSA, *op. cit.*, p. 31.

Gráfica 2. Total de cabezas de ganado bovino, ganado lechero y de vacas en producción en la región de la Laguna

Fuente: Informe económico anual del periódico *El Siglo de Torreón*, años 1970-1981. Primer Informe de Gobierno, 1983. Sector Agrario y Forestal. Secretaría de Programación y Presupuesto. SARH. Instituto Nacional de la Leche. Diario *La Opinión*, años 1967-1983



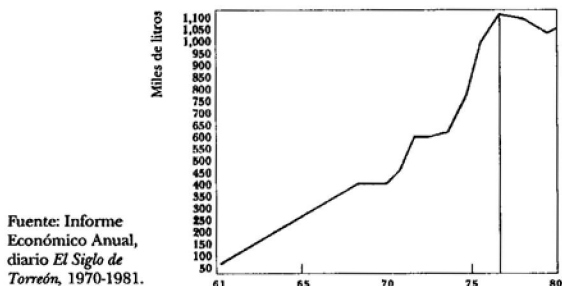
Esto se debió en parte a los aumentos constantes en los costos de producción, y a la introducción de controles sobre el precio de la leche, que redujeron los márgenes de ganancia. Se utilizaron tierras de agostadero y corrales de engorda. Este tipo de ganadería presenta la ventaja de una baja inversión en infraestructura; además contaba con buenos precios de venta y posibilidades de exportación a los Estados Unidos.<sup>24</sup> La Gráfica 2 muestra el gran crecimiento de la ganadería para carne, mientras la lechera llegó a un máximo en 1977, para luego decrecer. La producción de leche en quince años (1962-1976) superó el millón y medio de litros diarios, cambiando su tendencia a fines de los setentas.

Hacia 1982 el sector ejidal pasó a ser el principal productor de alfalfa en la región y contribuye con 40% de los insumos destinados al complejo agroindustrial Lala, que elabora aproximadamente 90% de la producción lechera de la región. La producción de leche pasteurizada alcanzó en ese año 1,050,000 litros diarios, con 72,500 cabezas de ganado en producción. Los forrajes cubrían algo más de 42,000 hectáreas (25% de la superficie cultivada), de las cuales más de 25,000 se destinaron al cultivo de alfalfa.

Para estas fechas, la superficie cultivada en la comarca fue de 166,000 hectáreas, de las cuales un tercio se dedicó al algodón y produjo

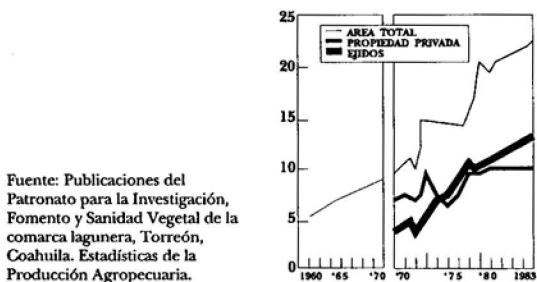
24 Rolando García, *op. cit.*, pp. 50-53.

Gráfica 3. Producción diaria de leche en la región de La Laguna



300,000 pacas en el año. Los rendimientos alcanzaron en promedio 5.5 pacas por hectárea, lo que permitió mantener el mismo volumen de producción con 42% de la superficie que se cosechaba en 1955, aportando el sector ejidal 88% de esa área. El sector privado, reducida al mínimo su participación en la producción del algodón, fue disminuyendo las super-

Gráfica 4. Superficie de cultivo de alfalfa y tenencia de la tierra en La Comarca Lagunera



ficías destinadas a la alfalfa, reemplazándola por sorgo y avena, que utilizan menos agua y son más rentables; diversifica su área cultivable y la deriva a hortalizas, frutales y vid.

#### El comercio y los servicios

Por diversas fuentes sabemos que en 1883 llegó al rancho El Torreón un gran invento del siglo XIX, el ferrocarril. Allí se instaló una parada y el rancho pasó a la categoría de estación. Para 1888 Torreón se dedicaba primordialmente a atender a los pasajeros; los servicios que tenía eran hoteles, mesones, fondas, restaurantes, casas de huéspedes: una hilera de casas de madera, de adobe, tendajones, jacales, carpas, mantas paralelas a las vías. De la noche a la mañana la estación Torreón se convirtió en el más importante centro de comunicaciones del norte de México. Los caminos reales se vieron desplazados por el ferrocarril, que en menos de tres días cubría la ruta Torreón-México-Torreón.

Para la última década del siglo pasado, Torreón se había convertido en una progresista villa. Contaba con seis importantes bancos, y con seis consulados extranjeros: China, Países Arabes, Alemania, Francia, Estados Unidos y España. Fue tanto el auge comercial, industrial, bancario y agrícola de esta joven población, que para 1907 fue nombrada ciudad.

El crecimiento del comercio y los servicios en La Laguna ha estado íntimamente ligado al florecimiento de la agricultura en la primera etapa y al de la industria en la segunda. También, por supuesto, ha resentido los efectos de las crisis económicas que se han presentado en el país y en la región a lo largo de su historia. Existen pocos datos confiables sobre la aportación de este sector a la economía lagunera. Con el paso de los años, el área de influencia del comercio y los servicios no se limita a la comarca misma, sino que capta parte de la demanda del norte de Zacatecas, el oriente de Durango y el sur de Chihuahua. A principios de los años ochentas esto comprendía una población que se aproximaba a 1.5 millones.

#### *Crisis y modernización, 1982-1990*

A principios de la década de los ochentas, las insuficiencias estructurales de los países en desarrollo mostraron una tendencia al empeoramiento. El proceso de exportación de la crisis del mundo capitalista a las naciones

de la periferia ahondó los problemas derivados de la reducción del comercio mundial, el deterioro de los términos de intercambio, las crecientes deudas externas y la baja de los precios de sus materias primas, entre otros fenómenos que afectaron los índices de producción, crecimiento y desarrollo. En ese marco de empobrecimiento progresivo del ya pobre tercer mundo, se insertan entre otros los países de América Latina. México no podía escapar de ese cuadro. En 1982 se inició la crisis económica más grave de nuestra historia reciente. El país tenía que afrontar la carga asfixiante de una deuda externa de más de 90,000 millones de dólares, sin los recursos financieros para hacerlo y con una intensa dolarización más una activa fuga de capitales. La magnitud del déficit público (16.9 del PIB) no tenía precedente; la inflación crecía desbocada (98.8%), el producto interno bruto (PIB) había caído 0.6%, el dólar se cotizaba en casi 150 pesos y el salario perdía poder de compra. Se vivía, además, un ambiente de resentimiento y desconfianza.

En esta situación toma el país Miguel de la Madrid. Para responder a la crisis, se lanza el Plan Nacional de Desarrollo (PND), cuyos propósitos eran: nacionalismo revolucionario, democratización integral, sociedad igualitaria, renovación moral, descentralización de la vida nacional, desarrollo, empleo, combate a la inflación y planeación democrática.

Luego de un 1983 en que las políticas de ajuste empezaron a mostrar sus efectos en forma de una reducción en los niveles de inflación (80.8%), a costa de una fuerte recesión (la caída en el PIB fue de 5.2%), en 1984 y 1985 las políticas económicas se enfrentaron a nuevos problemas debido al aumento sin precedentes registrado en las tasas de interés internacionales, que provocaron un incremento notable del servicio de la deuda externa.

A todo lo anterior, en 1985 se sumaron los devastadores efectos del terremoto que golpeó a la capital del país, la ciudad de México, con un costo inmediato, según cifras de entonces, de 3,000 millones de dólares y que hizo necesaria, entre otras medidas, una moratoria en el pago de algunos créditos internacionales. A principios de 1986, para colmo, el país sufrió el choque petrolero externo, cuyo costo ha sido evaluado entre 5% y 6% del PIB, que obligó a un nuevo y severo programa de ajuste.

Al finalizar el año el PIB mostró una caída de 3.8% y la inflación fue de 105.7%. En 1987, el optimismo del país se esfumó con la misma rapidez

que el índice de precios y cotizaciones de la Bolsa de Valores. Se presentó una fuga de capitales que transformó las expectativas de inflación en hiperinflación y que obligó a adoptar un programa de choque: el Pacto de Solidaridad Económica. Al cierre del año, la producción apenas rebasó 1% y la inflación llegó a 159.2%.

Para 1988, en medio del más severo programa de ajuste que se haya realizado en México en las últimas décadas, las perspectivas de la economía se vieron presionadas por tres fenómenos específicos: el aumento en las tasas de interés externas que supuso un incremento en la carga del servicio de la deuda; la baja en los precios internacionales del petróleo que a junio ya había significado pérdidas por 4.7 billones de pesos, y los efectos del huracán Gilberto en el sureste del país y en los estados de Tamaulipas y Nuevo León.

Un ambiente internacional adverso en casi todo el periodo, sumado a los efectos destructivos de fenómenos naturales, se combinó en el sexenio con errores e insuficiencias de la política económica marcando al régimen de De la Madrid con el sello de un círculo vicioso de crisis-ajustes-crisis.

El presidente Carlos Salinas de Gortari afirmó el 1º de junio de 1989 que el Plan Nacional de Desarrollo 1989-1994 atenderá la demanda urgente de todos los grupos y sectores en el país, buscará un cambio en nuestra vida económica, política y social, y tratará de lograr el crecimiento con equidad y estabilidad. Las cuatro metas fundamentales son: defender la soberanía y preservar los intereses de México en el mundo; ampliar la vida democrática nacional; recuperar el crecimiento económico con estabilidad de precios, y elevar el nivel de vida de los mexicanos. En materia de crecimiento económico las tres líneas básicas para lograrlo serán: estabilización continua de la economía; ampliación de la disponibilidad de recursos para la inversión productiva, y modernización económica.

Lo primero se logrará al consolidar la estabilidad de precios. Sin embargo, mientras no bajen significativamente las tasas de interés, no existirán los recursos para que sea posible elevar en forma gradual los márgenes de rentabilidad, los niveles salariales ni los precios de garantía. En cuanto a la disponibilidad de recursos el plan proyecta disminuir la transferencia de recursos al exterior de alrededor de 7% del producto a lo largo de los últimos años a menos de 2%, en promedio, durante el tiempo de su administración.

En lo que toca a la modernización económica, habló de un aparato productivo más competitivo en el exterior, un sistema de reglas económicas que alienten la actividad productiva y la imaginación emprendedora, libre de inseguridades y firme en el cumplimiento de sus responsabilidades.

La Laguna no ha quedado exenta de los efectos de la crisis económica reciente. Así es que en las décadas de los ochentas y de los noventas experimentará profundas transformaciones en sus estructuras económicas y sociales.

#### *La economía lagunera en los últimos años*

Al comenzar los ochentas, los puntos vulnerables de la estructura productiva de la comarca se amplificaron por causa de la crisis de la economía nacional. La inflación y las distorsiones en la estructura de precios relativos, políticas fiscales inadecuadas y los movimientos en el tipo de cambio, elevan costos e inciden negativamente en la industria, los servicios y la maquila. La desaceleración económica se suma al agotamiento del modelo de desarrollo agrícola. Y por si fuera poco, a dicha problemática se suma el riesgo de agotamiento de los mantos acuíferos y un rezago social insostenible.

#### *El sector agrícola*

En un trabajo preparado por la Unión de Cámaras y Organismos Empresariales de La Laguna se estimó que para el año de 1988 habría una producción de más de 500,000 millones de pesos con una amplia gama de cultivos que abarcaba granos básicos, forrajes, hortalizas, frutales y algodón. Tomando en cuenta ocho ciclos agrícolas la superficie promedio cosechada alcanzó 100,960 hectáreas con riego de gravedad y 64,690 con agua de bombeo, lo que significa que el potencial productivo rebasa las 165,000 hectáreas. La agricultura que depende del agua del subsuelo tiene una importancia regional específica: representa la tercera parte de la superficie cultivada en La Laguna, lo cual ha sido posible merced a inversiones de los particulares que han desarrollado la infraestructura correspondiente.<sup>25</sup>

En los últimos años la pequeña propiedad, para hacer frente a la

25 Unidad de Cámaras y Organismos Empresariales de La Laguna, *Nueva Laguna*, mimeógrafo, Torreón, 1989, pp. 117-130.

crisis algodonera, inició el desarrollo de la cuenca lechera que hoy caracteriza a la comarca lagunera, lo cual exigió la siembra de alfalfa, avena, maíz y sorgo forrajero. Además se propició el cultivo de sorgo de grano. Este conjunto agrícola constituye una unidad productiva inseparable de la ganadería de leche.

Tomando en cuenta el promedio de ocho ciclos agrícolas, la superficie destinada a forrajes y a sorgo en la comarca es de 41,230 hectáreas, de las cuales 17,250 corresponden a la pequeña propiedad y 23,980 a los ejidos, según cifras de la SARH. La información disponible permitió observar que 24.9% de la superficie cosechada se ocupa en la producción de forrajes; la ganadería de leche y carne tuvo en 1988 un valor de producción de 427,769 millones de pesos, equivalentes a 85.3% del valor de la producción agrícola total.

El sector ejidal ocupa una mayor superficie para la producción de estos cultivos y en zonas de bombeo participa casi a igualdad de cobertura con la pequeña propiedad. El principal problema que debe afrontar el sector es el desgaste del modelo de desarrollo agrícola seguido en el pasado, y el riesgo de agotamiento de los mantos acuíferos.

#### *El sector industrial*

Para 1986, en la comarca lagunera había 1,550 establecimientos industriales, de los cuales según la oficina regional de NAFINSA 1,501 correspondían a la pequeña y mediana empresa, sobre todo en trece ramas industriales.

De acuerdo con información de los principales organismos empresariales de la región, el valor de la producción agropecuaria e industrial fue en 1986 de 822,770 millones de pesos, de los cuales 599,460 millones correspondieron al sector industrial. Según su tamaño, 56.6% de la cantidad mencionada fue de la gran industria; 13% de la mediana; 20.7% de la pequeña y 9.7% de la microindustria.

En 1986 la actividad económica de La Laguna se vio afectada por la crisis nacional y el valor de la producción agropecuaria e industrial disminuyó en 8.5% respecto al año anterior -industria -5.8%, ganadería -18.8%, agricultura -9.7%, todo a precios constantes de 1986.

En 1988 el valor de la producción agrícola, ganadera e industrial ascendió a 4.76 billones de pesos; 70% correspondió a las actividades de transformación, con un monto de 3.35 billones de pesos. El sector industrial

emplea poco más de 20% de la fuerza laboral de la región, ocupando a más de 40,600 trabajadores en la pequeña y mediana industria.<sup>26</sup>

Hoy en día, la región lagunera cuenta con una de las cadenas productivas más completas, debido a su diversificada estructura industrial. Se estima que existen casi 1,500 industrias; cuya participación en la fabricación de productos metálicos, muebles, confecciones, mármol, construcción y diversos componentes de giros alimentarios es importante, como se ve en el Cuadro 3.

En cuanto a su contribución para la generación de empleo de la industria mediana y pequeña, destacan la metalmecánica, muebles, confección de prendas de vestir, alimentos, mármol y construcción (véase el Cuadro 4). En adición a los giros anotados, también existen empresas en los ramos de tejidos, hilatura, fundición, fabricación de explosivos, vitivinícolas y cerveza.

Por lo que respecta a las maquiladoras, se han instalado algunas en la región y se espera en este giro un crecimiento significativo.

**Cuadro 3. Establecimientos industriales de La Laguna (1987)**

Industrias	Torreón	Gómez	Lerdo	Matamoros	San Pedro	Otros		Total
		Palacio				Coah.	Dgo.	
Productos metálicos	155	135	8	6	2	--	--	306
Confecciones	73	113	15	--	1	--	1	203
Muebles	97	40	1	--	--	--	--	138
Mármol	17	27	6	--	--	--	--	50
Alimentos balanceados	11	14	1	--	--	--	--	26
Lácteos derivados	12	13	3	1	1	--	--	30
Carne	15	11	1	--	--	--	--	27
Plásticos	17	13	--	--	--	--	--	30
Química	30	16	2	--	--	--	--	48
Construcción	19	19	2	2	2	--	--	44
Minerales no metálicos	20	7	1	--	--	--	1	29
Otros prod. alimenticios	70	31	1	1	--	--	--	103
Masa y tortillas	175	84	35	29	32	19	28	402
Otros	39	13	1	2	--	--	--	55
	<i>Total de empresas</i>							<i>1,491</i>

Otros = Industria del hule, ópticas, papel, espejos y envases de cartón

Fuente: NAFIN

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 198-202.

**Cuadro 4. Empleos: mediana y pequeña industria (1987)**

<i>Industria</i>	<i>Empleos</i>
Metal mecánica	12,008
Confecciones de prendas de vestir	14,653
Alimentos	3,765
Muebles	1,800
Mármol	1,300
Minerales no metálicos	1,653
Química	720
Plásticos	870
Construcción	1,408
Piel y derivados	300
Escobas y trapeadores	76
Industria de la masa y tortillas	1,206
Otros	880
<i>Total</i>	<i>40,639</i>

Fuente: NAFIN-PAL.

A pesar del éxito alcanzado, la industria regional comparte con la nacional algunos problemas: desabasto de insumos, costos crecientes, carga financiera relativamente pesada, dificultades para reponer maquinaria e introducir nuevas tecnologías y, en el caso de algunos productos, problemas de estrechez de mercado. Estos y otros problemas comunes tenderán a resolverse o, al menos a atenuarse, en la medida en que tengan buen éxito las medidas de política económica que el gobierno federal está aplicando, sobre todo a partir de 1989.

#### *Los otros sectores*

El subsector más importante del sector servicios es el comercio. En los últimos lustros el fortalecimiento y dinamismo del sector industrial ha favorecido el desarrollo comercial, hasta hacerlo uno de los pilares de la economía lagunera. En sólo 80 años, La Laguna se ha convertido en un centro comercial más importante que otras ciudades grandes y antiguas como Zacatecas, Durango, Saltillo y Chihuahua, por mencionar sólo algunas.

Hay en la región 185 giros registrados. Son importantes para la economía lagunera los siguientes: ferreterías, refaccionarias, material eléctrico, material para construcción, papelerías, tiendas de ropa, detallistas de abarrotes, llantas, automóviles, licores, neverías, importaciones, agroproductos, farmacias, calzado, cadenas de autoservicio, mueblerías,

pinturas y lacas, mayoreo de abarrotes, centros de abasto, regalos, gasolinerías, aceites y lubricantes, dulcerías e insumos industriales. El 75% de los establecimientos se ubican en Torreón, mientras que Gómez Palacio da acomodo a un número importante de las industrias.

En cuanto al tamaño de los negocios, se puede decir que 75% es familiar, 15% corresponde a comercios de dos o tres empleados, 8% abarca establecimientos grandes con una plantilla de 8 a 20 personas y el 2% restante representa el comercio corporativo que ocupa gran número de trabajadores. El sector desempeña un relevante papel en cuanto a generación de empleos, pues los servicios ocupan a 56% de la población económicamente activa, y el comercio es el principal componente del rubro servicios.<sup>27</sup>

Un componente importante del comercio es el abasto. Para dar este servicio, Torreón cuenta al poniente con el Mercado Alianza que es insalubre e inoperante; al oriente con el Mercado de Abastos de La Laguna y en el centro con el Mercado Juárez. Estas unidades son insuficientes, obsoletas e inseguras; requieren remodelación y actualización. Gómez Palacio cuenta con el Mercado José Ramón Valdez y Lerdo dispone de una unidad más, cada una de ellas localizada en el centro de la ciudad. Para dar servicio eficiente se requieren tres mercados adicionales en Torreón y dos en Gómez Palacio. En San Pedro de las Colonias se dispone de servicio al través del Mercado Juárez, que es muy pequeño y está orientado a la venta en detalle, por lo que es insuficiente para dar servicio al medio rural de su zona de influencia. Casos similares son Francisco I. Madero, Matamoros, Tlahualilo y Bermejillo, que requieren módulos suburbanos de abasto que puedan funcionar también como almacenes para comercializar productos locales hacia el exterior. En el medio rural el abasto pasa por un largo proceso de intermediación que lo encarece excesivamente, lo cual podría contrarrestarse con los módulos señalados.

Existen grandes limitantes que afectan el crecimiento y la modernización del sector: insuficiencia de locales y áreas propicias fuera del primer cuadro, requiriéndose establecer plazas comerciales y servicios de estacionamiento en el centro; falta de pasos a desnivel; falta de servicio de carga aérea; falta de una central camionera en Gómez Palacio; inadecuado servicio de transporte urbano; escasez de personal

27 *Ibid.*, pp. 233-245.

capacitado; servicio de crédito casi inexistente para el comerciante; y reglamentaciones excesivas.

#### *Población y condiciones de vida*

El crecimiento de la población de la comarca lagunera se ha visto influido por múltiples acontecimientos de tipo económico y social que han impreso a la dinámica demográfica características propias en distintos periodos. En la década 1960-1970 la población del país creció a razón de 3.2% anual y en La Laguna a 1.6%: 599,314 habitantes en 1960 y 702,940 diez años después.

En estas cifras se incluyen los municipios de Nazas, Rodeo, San Juan de Guadalupe, San Luis del Cordero, San Pedro del Gallo y Simón Bolívar, todos duranguenses, que tradicionalmente no habían sido considerados como parte de la comarca -por Durango se incluían sólo Gómez Palacio, Lerdo, Mapimí y Tlahualilo; por Coahuila, Torreón, San Pedro, Francisco I. Madero, Matamoros y Viesca-. En los siguientes decenios el crecimiento demográfico se acentúa, en parte por el desarrollo económico de la región, y en algunos periodos casi igualan al del país (*véase el Cuadro 5*).

**Cuadro 5. Población (miles de habitantes)**

Año	País	Tasa anual de crecimiento	Región lagunera	Tasa anual de crecimiento
1960	34,923	—	599,314	—
1970	48,225	3.27%	702,940	1.60%
1980	66,887	3.32%	965,712	3.22%
1990	81,141	1.95%	1,159,498	1.84%

Fuente: INEGI Coahuila, Cuaderno de información para la planeación, 1990

INEGI, Durango, Cuaderno de información para la planeación, 1990

INEGI, censos generales de población y vivienda 1960, 1970, 1980 y 1990.

Para 1950 la población rural de La Laguna representaba más de 45% del total; se estima que para 1980 ya era apenas 31%. En general, el medio agropecuario ha dado respuesta positiva a los estímulos creados para su fomento, ofreciendo remuneración productiva a la población. Desafortunadamente tales estímulos no han sido continuos y por largos periodos el sector rural ha liberado mano de obra, transfiriéndola a las ciudades. Es muy probable que estas tendencias persistan si continúa la crisis del sector agropecuario, dependiente del

agua del subsuelo, que amenaza con agotarse. Ya que este fenómeno parece ineludible, se requiere orientar los movimientos migratorios hacia las ciudades de tamaño mediano, para fortalecer el equilibrio del sistema de soporte poblacional.

Se calcula que en los últimos diez años la población de la comarca ha crecido a un ritmo de 1.84% anual. Hoy cuenta, de acuerdo con el Censo General de Población y Vivienda 1990, con 1,159,498 habitantes, distribuidos así: Torreón 459,809, Gómez Palacio 232,550, San Pedro 103,343, Lerdo 97,660, Matamoros 86,437, Francisco I. Madero 51,470, Tlahualilo 27,227, Mapimí 25,130, Viesca 21,665, Nazas 14,269, Rodeo 14,208, Simón Bolívar 12,853, San Juan de Guadalupe 7,766, San Pedro del Gallo 2,657 y San Luis del Cordero 2,454.

Como en el resto del país, debido a la crisis económica, en la comarca lagunera el ingreso per cápita se ha visto reducido por la baja de los salarios reales y porque no se han generado todos los empleos demandados por la población que se está integrando a la fuerza de trabajo.

**Cuadro 6. Grupos de ingreso mensual de la población económicamente activa (PEA) en la comarca lagunera, en 1980.**

<i>Municipio</i>	<i>PEA</i>	<i>No recibe ingresos</i>	<i>SM o menos</i>	<i>Entre uno y dos SM</i>	<i>Más de dos SM</i>
Torreón	117,079	8,205	29,560	33,415	45,899
Gómez Palacio	54,876	5,006	18,174	13,531	18,165
San Pedro	27,903	3,725	14,483	2,406	7,289
Lerdo	22,196	3,009	7,213	4,633	7,341
Matamoros	20,146	1,957	10,265	2,696	5,228
Francisco I. Madero	13,790	1,562	7,062	1,541	3,625
Mapimí	8,175	1,882	3,180	1,127	1,986
Tlahualilo	7,713	1,085	4,279	634	1,715
Viesca	5,807	799	3,197	518	1,293
Rodeo	4,470	2,006	1,012	227	1,225
Nazas	3,956	1,062	1,663	218	1,013
General Simón Bolívar	3,852	1,489	1,388	148	827
San Juan de Guadalupe	2,737	857	752	159	969
San Pedro del Gallo	1,044	529	202	60	253
San Luis del Cordero	843	419	108	30	286

Fuente: INEGI, X Censo General de Población y Vivienda 1980.

SM = Salario mínimo

Con base en el Censo General de Población y Vivienda 1980, se observa en el Cuadro 6 que aun cuando sólo cinco municipios de Coahuila forman parte de La Laguna, en contraste con los diez de Durango, en la primera entidad residía 62.7% de la población económicamente activa (PEA). Se puede derivar de dicho cuadro la existencia de una tasa de desempleo de 11.4 de la PEA. Si a esto se añaden las personas con ingresos equivalentes a un salario mínimo o menos, tenemos 46.2% de la fuerza de trabajo en condiciones de vida precarias, lo cual es un llamado a fortalecer la economía lagunera para ampliar la oferta de nuevas fuentes de trabajo para la población.

No tenemos información precisa sobre los niveles de nutrición en La Laguna, pero a partir de los precarios índices de ingresos de una parte importante de su PEA, puede inferirse que las condiciones alimentarias son desfavorables para mucha gente en toda la región. En el Plan Municipal de Torreón 1989-1990 se estimó que 22.8% de la población no consume carne; 19.4%, huevo; 28.9%, leche; 89.1%, pescado, y 25,6%, pan de trigo.

La Unión de Cámaras y Organismos Empresariales ha dicho que, aun cuando se cuenta con la infraestructura necesaria para cubrir los requerimientos de los diversos niveles de escolaridad, la población analfabeta se estima en más de 7%. Por su parte, las instalaciones de salud son insuficientes y operan en condiciones de saturación por la demanda, que generan índices de morbilidad excesivos. Hay una gran incidencia de enfermedades respiratorias, gastrointestinales, cardiovasculares y otras. Agrava el panorama el hecho de que la dotación de viviendas diste mucho de cumplir con los requerimientos de los habitantes. Como muestra, se observó que en el municipio de Torreón existe una considerable demanda insatisfecha. Además, en el año de 1980, 15.9% de las viviendas tenían un solo cuarto; 42.3%, dos; 17.8%, tres, y 24% más de tres.<sup>28</sup>

Sólo al través de una política económica nacional sensata, apoyo institucional y participación activa de los sectores privado y social en el proceso de desarrollo, habrán de lograrse tasas elevadas de crecimiento del producto interno bruto regional, que contribuyan a generar empleos y a incorporar a la población marginada a los beneficios del progreso.

28 *Ibid.*, pp. 67-95.

### *Educación y cultura*

Una de las principales manifestaciones del esfuerzo de desarrollo desplegado por la sociedad lagunera es el establecimiento de una amplia infraestructura educativa. Tanto el sector público como el privado han contribuido a ella con la creación de universidades y tecnológicos. Existen en la comarca siete instituciones públicas y ocho privadas de educación superior, más dos normales privadas y dos públicas.

Las instituciones públicas son: 1) Universidad Autónoma de Coahuila, Unidad Torreón; 2) Universidad Juárez del Estado de Durango, Núcleo Universitario; 3) Universidad Autónoma Agraria Antonio Narro, Unidad Laguna; 4) Universidad Autónoma de Chapingo, Unidad Regional Universitaria, Zonas Áridas; 5) Instituto Tecnológico de La Laguna; 6) Instituto Tecnológico Agropecuario número 10, y 7) Universidad Pedagógica Nacional, Unidad SEAD 052. Las privadas: 1) Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Laguna; 2) Universidad Autónoma del Noreste, Unidad Torreón; 3) Universidad Iberoamericana, Plantel Laguna; 4) Instituto Superior de Ciencia y Tecnología; 5) Universidad Autónoma de La Laguna; 6) Instituto Mexicano de Estudios Superiores; 7) Escuela Superior en Organización y Administración Agropecuaria de La Laguna, y 8) Escuela Superior de Educación Física.

Las escuelas normales privadas son: Escuela Normal Superior de La Laguna, Cursos Regulares, y Escuela Normal Superior de La Laguna, Cursos Intensivos. Las públicas: Escuela Normal Oficial de Torreón (estatal), y Escuela Normal Lázaro Cárdenas del Río (federal).

En 1965, cuando se fundó el Instituto Tecnológico de La Laguna, sólo existían las siguientes instituciones de educación superior: Escuela de Medicina (1957), Escuela de Comercio y Administración (1957), Escuela de Odontología (1961). A nivel medio superior: Instituto Francés de La Laguna (1939), Escuela Preparatoria Agua Nueva (1940), Instituto 18 de Marzo (1940), Escuela Preparatoria Venustiano Carranza (1942), Escuela Preparatoria Carlos Pereyra (1942), Escuela Secundaria y Preparatoria por Cooperación núm. 28 (1956), Escuela Preparatoria Andrés Osuna (1964).

La infraestructura de La Laguna, amplia y compleja, ha llevado a un sistema universitario diversificado y relativamente masificado. Las autoridades educativas han reconocido que el proceso de construcción de las estructuras educativas en las últimas tres décadas ha sido la

improvisación en la habilitación de los profesores que va requiriendo el acelerado crecimiento del sistema educativo. Este proceso revela la inconsistencia de una política que no ha establecido bases académicas sólidas para incrementar el trabajo de los estudiantes ni para elevar o al menos mantener la calidad de los niveles de enseñanza, de manera que sea posible formar adecuadamente a los docentes y contribuya al desarrollo educativo y cultural de la región.<sup>29</sup>

Se reconoce, además, cierto deterioro en los servicios educativos; poca infraestructura para la investigación y el desarrollo tecnológico; apoyo institucional insuficiente para implantar proyectos de investigación y aplicar los resultados a los sectores productivos; relativa desvinculación entre los niveles educativos básicos y los de educación superior. A pesar de lo anterior, el surgimiento de nuevas universidades –que han desarrollado una intensa labor de difusión cultural al través de sus departamentos correspondientes– ha sido decisivo para el florecimiento cultural de La Laguna.

En la comarca lagunera se vivió durante décadas un pronunciado estancamiento de las actividades relacionadas con el espíritu; fenómeno común en las sociedades dedicadas al trabajo arduo y a la búsqueda de satisfactores materiales, fuertemente influidas por los patrones de consumo y los estilos de vida norteamericanos.

A principios de los setentas un grupo de laguneros amantes de la ciencia y las artes fundó el Centro Cultural de La Laguna, dando origen, entre otras cosas, a las casas de la cultura de Gómez Palacio y de Torreón, al rescate del Teatro Isauro Martínez y al Museo Regional de La Laguna.

Desde que los miembros del Patronato del Teatro Isauro Martínez comenzaron a trabajar, en 1982, supieron que para llevar al cabo una labor de promoción cultural más completa necesitaban, además del teatro, otros espacios. Adquirieron, pues, los terrenos adjuntos y construyeron en ellos un edificio diseñado para servir a los fines de la cultura. Para ver realizado este proyecto hubieron de pasar casi cinco años. En este tiempo pidieron auxilio a todo el mundo, y todo el mundo los ayudó: el gobierno federal, el estatal y el municipal y, por supuesto, los ciudadanos de Torreón. El Anexo –o Centro Cultural–, inaugurado en junio de 1991, consta de tres aulas de usos múltiples, un taller de escenografía y otro de tapicería y grabado. Además, una cafetería, una

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 295-308.

librería, una galería y una plaza escénica. El Anexo comenzó a ofrecer cursos de mediano y alto nivel en una amplia gama de disciplinas artísticas y se ha convertido en una institución de reconocida excelencia.

El auge cultural de La Laguna es comentado a nivel nacional. Una nueva generación de escritores laguneros ha obtenido premios nacionales y latinoamericanos. Los periódicos regionales han abierto espacios a las inquietudes culturales al través de secciones especializadas. Existen dos empresas editoriales apoyadas por particulares y autoridades municipales, estatales y federales. Se edita una revista de historia y cultura regionales -*El Puente*- única en su género, y se publican varias revistas de información y análisis político y social de gran calidad.

El progreso lagunero no ha sido sólo económico. A raíz de éste la educación universitaria ha recibido un impulso pocas veces visto en otras regiones del país. La educación superior no oficial ha venido a satisfacer las crecientes necesidades de profesionistas que tienen las industrias y comercios comarcanos. La difusión de la cultura al través de estas instituciones, del Instituto Municipal de Cultura -el único de su clase en México- y del Teatro Isauro Martínez da respuesta a la demanda de estas actividades por una población más sensible a las artes. El reto ahora es brindar mayor atención a los núcleos populares y marginados, especialmente a los jóvenes de las colonias y barrios que están mostrando graves signos de desintegración social y cultural. Se requiere, pues, de un proyecto integral y de un gran esfuerzo colectivo.

#### *Las organizaciones políticas y sociales*

La situación política en la comarca lagunera es similar a la del resto del país. En las últimas décadas ha estado siempre bajo el control del Partido Revolucionario Institucional (PRI). En el final de los años setentas la oposición política representada por el Partido Acción Nacional (PAN) realizó exitosas y aguerridas campañas, sobre todo en Torreón. Según un analista político, el descontento regional, las pugnas internas entre priístas y el deterioro de la imagen gubernamental fueron directamente proporcionales al ascenso del panismo, que alcanzó su clímax en las elecciones municipales de 1978. Edmundo Gurza Villarreal le dio una contienda cerradísima al candidato oficial, Homero H. del Bosque Villarreal, quien llegó al Palacio Municipal en un ambiente de extrema tensión, con fuertes impugnaciones panistas. El consenso panista, que ya era muy amplio, se vio favorecido por el incidente y esto se capitalizó

en las elecciones de diputados locales y federales del año siguiente, donde Gurza Villarreal fue nominado diputado federal plurinominal —uno de los primeros en el país—, y Juan Antonio García Villa, quien se volvió en los años siguientes uno de los hombres claves del panismo, venció en la elección a Mariano López Mercado, hijo de un ex gobernador, que aspiraba a desarrollar toda una carrera política.<sup>30</sup> Actualmente el PAN se enfrenta a una serie de problemas internos, escasez de recursos y baja militancia; busca hacer frente a los candidatos del partido oficial con caras nuevas y una renovada labor de proselitismo que estima rendirá frutos en el futuro cercano.

Las fuerzas de izquierda agrupadas en torno a Cuauhtémoc Cárdenas en las elecciones federales de 1988 y después en el PRD, con el mismo Cárdenas como líder, ganaron espacios y fuerza política en las zonas rurales de la comarca debido en gran parte a la crisis económica de los ochentas, al recuerdo y la admiración de los laguneros por Lázaro Cárdenas, creador de la reforma agraria iniciada en La Laguna. A últimas fechas el PRD, tanto en lo nacional como en lo regional ha ido perdiendo espacios por una serie de contradicciones y pugnas en su propio interior.

El priismo, por su parte, busca recuperar terreno y credibilidad para las elecciones futuras, apoyado en las exitosas reformas económicas del presidente Salinas de Gortari y en la elección de candidatos serios llamados de unidad.

En cuanto a los movimientos obreros y populares, en las últimas décadas la CTM ha dominado en la comarca mediante líderes que han sido fieles a la más pura tradición corporativa del sistema político mexicano. Sin embargo, la autonomía sindical se manifestó en los sesentas, tanto a nivel nacional como regional, al través de la Tendencia Democrática del Sindicato de Electricistas que influyó para el surgimiento del sindicalismo universitario independiente (SSTU). El movimiento obrero no oficial se ha hecho patente en los últimos años, más que en luchas sindicales, en movimientos populares.<sup>31</sup> Los dirigentes regionales del PRD estiman que los movimientos obreros y populares autónomos seguirán creciendo debido a la crisis económica de los últimos tiempos,

30 Álvaro González, "El panismo. Primer recorrido por Coahuila", en *Revista de Coahuila*, núm. 8, marzo de 1991, pp. 27-28.

31 Francisco Jaime Acosta, "El movimiento obrero en México y La Laguna", en *Brecha*, Región Lagunera, enero de 1991, pp. 64-65.

a la baja productividad de los obreros sindicalizados oficiales y al agotamiento del control cetemista con su caduco corporativismo. En el ámbito obrero y popular, La Laguna es un microcosmos que refleja lo que ha sucedido en México en las últimas décadas.

### *Propuestas para una Nueva Laguna*

Al inicio de su administración el presidente Carlos Salinas de Gortari convocó a los laguneros a asumir el compromiso de elaborar un programa de desarrollo que reflejara su realidad, recogiera su sentir y estuviera a la altura de sus propias expectativas. El rumbo, los compromisos y las tareas del momento cristalizaron en un conjunto de siete acuerdos regionales que configuran el *Plan Nueva Laguna* y que fueron presentados en septiembre de 1989.<sup>32</sup>

1) *Acuerdo regional para el uso y aprovechamiento del agua.* Compromete a la comunidad lagunera a resolver una problemática que podría poner en riesgo el futuro físico de la región.

2) *Acuerdo regional para la modernización del sector agropecuario.* La modernización del campo supone mayor eficiencia, diversificación y productividad, y también un impulso decidido a los programas de bienestar social, pasando necesariamente por garantizar la seguridad en la tenencia de la tierra, impulsar la probada vocación regional de desarrollar ejes agroindustriales, apoyar la organización para la producción, y brindar asistencia técnica adecuada y puntualmente. La modernización del campo supone también superar criterios paternalistas y dar cabida a la iniciativa campesina y a la corresponsabilidad en la toma de decisiones.

3) *Acuerdo regional para el aprovechamiento de los recursos no renovables.* Se funda en la conciencia de que la construcción de la Nueva Laguna exige aprovechar cabalmente todos los recursos con que cuenta, optimizando el potencial que cada uno encierra. La existencia de importantes yacimientos explotables de minerales en la región determinan que las actividades mineras continúen siendo una opción productiva que habrá de desplegarse.

4) *Acuerdo regional para impulsar y consolidar el desarrollo industrial, comercial y de servicios.* Refleja la visión de una comunidad regional

32 Gobiernos de los estados de Coahuila y Durango, *Nueva Laguna*, Ayuntamiento de Torreón, septiembre de 1989, pp. 4-6.

eminentemente urbana que, al ubicarse en una perspectiva de desarrollo a largo plazo, considera que la salida más viable al problema del empleo y el bienestar se encuentra en la expansión de los sectores industriales y de servicios.

5) *Acuerdo regional para la reordenación de la zona conurbada.* Recoge el compromiso de actuar a tiempo y decididamente sobre una problemática que aún puede corregirse y que, al igual que en otras zonas urbanas del país, se anuda en torno a una ya excesiva concentración, con las presiones de demanda de bienes, servicios y equipamiento que ello supone. Reconoce la necesidad de actuar en materia de regularización de la tierra, y ampliar los servicios públicos y reservas territoriales.

6) *Acuerdo regional para consolidar e incrementar el bienestar social.* Responde a un imperativo de justicia y recoge el compromiso de la comunidad de organizarse para atender primero las demandas de los grupos menos favorecidos: los campesinos que viven en el semidesierto lagunero, los que afrontan la angustia del desempleo o gravitan sobre las actividades informales, ofreciéndoles alternativas productivas que los dignifiquen e integren.

7) *Acuerdo regional para impulsar el desarrollo de la ciencia, la tecnología y la educación superior.* Refleja la conciencia de la comunidad de que no habrá eficacia productiva sin actualización tecnológica, así como la convicción de los directivos, académicos y estudiantes de las instituciones de educación media y superior de que su quehacer debe insertarse plenamente en la realidad social y nutrirse de ella.

Debido al burocratismo y la lentitud con que se ha manejado, este Plan ha sido severamente criticado por empresarios, intelectuales, académicos y líderes de oposición. La opinión general es que, por desgracia, sólo con voluntad política y con instrucciones giradas directamente desde el centro, podrá mostrar avances significativos en los próximos años.

### ***Consideraciones finales***

En cuanto a su desarrollo económico y social, La Laguna ha transitado por varias etapas claramente diferenciadas: crisis algodonera, diversificación de cultivos y desarrollo de la ganadería de 1958 a 1970; consolidación de la cuenca lechera, auge ganadero y comercial, y crecimiento

industrial, de 1970 a 1982; crisis económica, política y social, intentos de modernización y florecimiento de la cultura, de 1982 a nuestros días.

A lo largo del periodo estudiado La Laguna se ha caracterizado por una notable dinámica de crecimiento económico que determinó su tránsito de lo rural a lo urbano y de lo agrícola a lo industrial, y que a la vez fue generando las contradicciones y los desequilibrios que hoy configuran una problemática que restringe las oportunidades de desarrollo de nuevas actividades, la expansión de las existentes y la reactivación de las que se encuentran estancadas. Existe ya un diagnóstico regional y una serie de propuestas para construir una Nueva Laguna. Llevarlas a la práctica será el reto para todos los laguneros, que tienen ya frente a ellos el siglo XXI.

## Bibliografía

### *Bibliografía general*

Comprende las obras citadas al menos por dos de los autores.

- Alessio Robles, Vito, *Coahuila y Texas en la época colonial*, Editorial Cvltvra, México, 1938.
- , *Coahuila y Texas, desde la consumación de la Independencia hasta el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1946.
- Contreras Cárdenas, Juan, *Monografía de Parras*, Editorial Olimpo, México, 1948.
- Churruga Peláez, Agustín y Héctor Barraza Arévalo, *Historia antigua de Parras*, Parras, 1989.
- Enríquez Terrazas, Eduardo y José Luis García Valero, *Coahuila, una historia compartida*, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, México, 1989.
- Guerra, Eduardo, *Historia de La Laguna*, Fondo Editorial Lagunero, Torreón, 1953.
- , *Historia de Torreón*, Ediciones Casán, Torreón, 1957.
- , *Torreón. Su origen y sus fundadores*, Ediciones Casán, Torreón, 1957, 2ª edición.
- Guzmán, Martín Luis, *Memorias de Pancho Villa*, Compañía General de Ediciones, México, 1963.
- Martínez del Río, Pablo, Luis Aveleyra Arroyo de Anda, Manuel Maldonado-Koerdel, *La Cueva de la Candelaria*, INAH, México, 1956.
- Moreno, Pablo C., *Galería heroica de México*, Ediciones del R. Ayuntamiento 1985-1987, Torreón.
- , *Torreón a través de sus presidentes municipales*, Patria, México, 1955.
- , *Torreón. Biografía de la más joven de las ciudades mexicanas*, Saltillo, 1951.
- Plana, Manuel, *El reino del algodón en México. La estructura agraria de La Laguna, 1855-1910*, Cuesta de la Fortuna, Torreón, 1991.

- Philip Wayne Powell, *La guerra chichimeca, 1550-1600*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- , *Miguel Caldera, capitán mestizo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
- Santos Valdés, José, *Matamoros, ciudad lagunera*, Editora y Distribuidora de Publicaciones, México, 1973.
- Saravia, Atanasio G., *Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya*, UNAM, México, 1978.
- Terán Lira, Manuel. *Historia de Torreón*, Editorial Macondo, Torreón, 1992, 4ª edición.
- Vargas Lobsinger, María, *La hacienda de La Concha, una empresa algodonera de La Laguna, 1883-1917*, UNAM, México, 1984.

### *Bibliografía particular de los capítulos*

#### I

- Anuario estadístico del estado de Coahuila*, INEGI, México, 1986.
- Bibliografía sobre la Comarca Lagunera*, INAH, México, 1978.
- Dávila Aguirre, José de Jesús, *iChichimécatl!*, UAC y Ateneo Fuente, Saltillo, 1967.
- Hernández García, Pedro Antonio, *Monografía histórica y geográfica del municipio de Viesca, Coahuila*, ITRL, Saltillo, s/f.

#### II

- Ceram, C. W., *El primer americano*, Destino, Madrid, 1971.
- Clairborne, Robert, *Los primeros americanos*, México, 1977.
- Griffen, William B., *Culture change and shifting populations in Central Northern America*, The University of Arizona, Tucson, 1969.
- Leakey, Richard S., *Orígenes del hombre*, Aguilar, México, 1980.
- Lorenzo, José Luis, *Historia de México*, Salvat, México, 1974.
- Maeda V., Luis, "La nassa: ingenioso producto del hombre de América Arida", en *Boletín del INAH*, México, 1974.
- Martínez del Río, Pablo, *Los orígenes americanos*, ARSSA, México, 1953.
- Rivet, Paul, *Los orígenes del hombre americano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1970.
- Rouaix, Pastor; Decrome; Sarabia, *Manual de historia de Durango*, Gobierno del estado de Durango, Durango, 1952.

- Sutton, B. y P. Harmon, *Fundamentos de ecología*, Limusa, México, 1983.  
 West, Robert C., *Handbook of Middle American Indians*, University of Texas, 1971.

## IV

- Alegre, Francisco Xavier, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en Nueva España* (1767), Institutum Historicum Societatis Iesu, Roma, 1958.  
 Churruga, Agustín y Manuel Sakanassi, *El archivo histórico Matheo*, Torreón, 1989.  
 Gutiérrez, Dionisio, *Carta Informe de (...) al obispo Esteban Lorenzo de Tristán*, Parras, 1786, en Archivo Franciscano de la Biblioteca Nacional de México, 17/344.I, f 1-12 v. (manuscrito)  
 Las Cartas Anuas desde 1591, en *Monumenta Mexicana*, Institutum Historicum Societatis Iesu, Roma, tt. IV, V, VI, VII. (originales)  
 Libros de bautismos y entierros, desde 1605, del Museo y Archivo Histórico María y Matheo, Parras, Coahuila (manuscrito)  
 Morfi, Agustín, *Viaje de indios y Diario de Nuevo México* (1778), Prólogo de Vito Alessio Robles, Librería de Manuel Porrúa, México, 1980.  
 Pérez de Rivas, Andrés, *Historia de los triunfos de nuestra santa fe* (1655), México, 1944.

## V

- Boletín del Archivo General de la Nación*, segunda serie, t. IV, núm. 2, Secretaría de Gobernación, Archivo General de la Nación, Palacio Nacional, México, 1963.  
 De la Torre, Jesús, *Plan Diocesano Pastoral, 1988-1992*, Impresora y Editora Palmerín, México, 1989.  
 Archivo María y Matheo de Parras:  
*Acta de defunción por yndios apaches*, 1781, expediente 515.  
*Cementerio del Álamo*, 1772-1864, expediente 150.  
*Cordillera sobre epidemia de fiebre*, 1813, expediente 543.  
*Libro de Edictos*, 1786-1813, expediente 741.  
*Libro de fábrica de la yglesia y cementerio del Álamo*, 1761-1831, expediente 144.  
*Lista de muertos del Rancho de la Concepción*, 1857, expediente 549.  
*Orden sobre la epidemia de fiebre pestilencial*, 1787-1818, expediente 541.  
*Relación de difuntos que murieron a manos de yndios apaches*, 1791, expediente 516-A.

*Iglesia del Álamo. Ynventarios, 1798-1805, expediente 176.*

*Ynventario de la Iglesia de Viesca, 1858, expediente 196.*

*Libro de defunciones del Pueblo de Parras de 1712 a 1722.*

*Libro de presentaciones matrimoniales y matrimonios de 1700 a 1731, del Pueblo de Parras.*

Archivo Parroquial de Viesca, Coahuila:

*Libros de registros de bautismos, matrimonios y defunciones del pueblo de San José y Santiago del Álamo y su jurisdicción, del 2 de diciembre de 1731 en adelante.*

*Biblioteca Nacional, Departamento de Manuscritos, Estampas y Monografías, Archivo Franciscano, México:*

Cutiérrez del Río, José Dionisio, *Origen del pueblo y vecindario de Santa María de las Parras, con otras cosas notables acerca de su estado y situación presente*, noviembre 16 de 1777.

—, *Informe sobre la parroquia de Parras y su jurisdicción, enviada al ilustrísimo señor obispo don Esteban Lorenzo de Tristán*, diciembre 31 de 1786.

## VII

Alessio Robles, Vito, "El cacique Vidaurri y el presidente Comonfort", en *Memorias de la Academia Mexicana de Historia*, conferencia del 13 de febrero de 1956 (fotocopia sin pie de imprenta)

De la Torre Villar, Ernesto, "Desarrollo político de la Guerra de Reforma", en *Historia de México*, Editorial Salvat, México, 1978.

—, "Desarrollo bélico de la Guerra de Reforma", *loc. cit.*

—, "La intervención francesa", *loc. cit.*

Díaz, Lilia, "El liberalismo militante", en *Historia general de México*, El Colegio de México, México, 1981.

Fuentes Mares, José, *Biografía de una nación*, Ediciones Océano, México, 1982.

Pérez Hernández, José María, *Estadística de la República Mexicana*, Guadaluajara, 1862.

Toro, Alfonso, *Historia de México*, Editorial Patria, México, 1980.

Vigil, José María, "La Reforma", en *México a través de los siglos*, Editorial Cumbre, México, 1977.

## VIII

Album de la paz y del trabajo, en el centenario de la Independencia (Estado de Coahuila), México, 1910.

- Discursos y documentos del Lic. Benito Juárez García*, Recopilación de Ángel Pola, Ángel Pola Editor, México, 1905.
- Moreno, Pablo C., *Galería de coahuilenses distinguidos*, Ediciones del R. Ayuntamiento de Torreón 1985-1987, Torreón.
- Riva Palacio, Vicente *et al.*, *México a través de los siglos*, México, 1956.
- Robles de la Torre, José León, *Torreón en las letras nacionales*, Torreón, 1986.

## IX

- Cerutti, Mario, *Burguesía y capitalismo en Monterrey (1850-1910)*, Claves Latinoamericanas, México, 1983.
- González Navarro, Moisés, "La vida social" (El Porfiriato), en Daniel Cossío Villegas, *Historia moderna de México*, Editorial Hermes, México, 1985, 4ª edición.
- Machuca Macías, Pablo, *Ensayo sobre la fundación y desarrollo de la ciudad de Gómez Palacio*, México, 1977.
- Madero, Francisco I., *Memorias*, Libro-Mex Editores, México, 1956.
- Ross Stanley, R., *Madero*, Grijalbo, México, 1977, 2ª edición.

## X.

- Casasola, Gustavo, *Seis siglos de historia gráfica de México*, Gustavo Casasola, México, 1978.
- Kardiner, Abram, *Fronteras psicológicas de la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1955.
- Klineberg, Otto, *Psicología social*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963.
- Knowles, Malcolm y Hulda, *A la dinámica de grupo*, Letras, México, 1965.
- Montfort Rubín, Carlos, "Torreón y sus inicios", "Torreón y su placita de armas", "Torreón una ciudad arbolada", "Panoramas glaucos" (varios capítulos), en *El Siglo de Torreón*, Torreón, 1985-1992.

## XI

- Aguirre Benavides, Luis y Adrián. *Las grandes batallas de la División del Norte al mando de Pancho Villa*, Diana, México, 1974.
- Alessio Robles, Miguel, *Historia política de la Revolución Mexicana*, Ediciones Alonso, México, 1952.
- Barragán, Juan, *Historia del ejército y de la Revolución Constitucionalista*, Stylo, México, 1946.

- Calzadía Barrera, Alberto, *Hechos reales de la Revolución*, Patria, México, 1967.
- Cervantes, Federico, *Felipe Ángeles y la revolución de 1913*, Ediciones Alonso, México, 1945.
- Foix, Pere, *Pancho Villa*, Trillas, México, 1960.
- Guzmán, Martín Luis, *El águila y la serpiente*, Compañía General de Ediciones, México, 1956.
- , *La sombra del caudillo*, Compañía General de Ediciones, México, 1951.
- Mancisidor, José, *Carranza y su política internacional*, Jus, México, 1929.
- , *Historia de la Revolución Mexicana*, Libro-Mex, México, 1964.
- Mena Brito, Bernardino, *Felipe Ángeles, federal*, Botas, México, 1942.
- Muñoz, Rafael F., *Vámonos con Pancho Villa*, Espasa Calpe, Madrid, 1950.
- Obregón, Alvaro, *Ocho mil kilómetros en campaña*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.
- Palomares, Justino N., *La decena trágica de Torreón*, Torreón, 1923.
- Pierre, Etoire, *El verdadero Pancho Villa*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1978.
- Prida, Ramón, *De la dictadura a la anarquía*, Botas, México, 1958.
- Puente, Ramón, *Villa en pie*, Castalia, México, 1966.
- Reed, John, *México insurgente*, Ariel, México, 1974.
- Terán Lira, Manuel. *La matanza de chinos en Torreón*, Editorial Macondo, Torreón, 1991.
- , *La toma de Torreón de 1914*, Editorial Macondo, Torreón, 1989.
- , *Revista Revolución*, Editorial Macondo, Torreón, 1972-1989.
- Vargas Arreola, Juan B., *A sangre y fuego con Pancho Villa*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
- Urquiza, Francisco L., *Tropa vieja*, Ediciones La Prensa, México, 1977.

## XII

- Archivo del licenciado Jesús María del Bosque Rodríguez.
- Azuela, Salvador, *Las aventuras vasconcelistas*, Diana, México, 1980.
- Casasola, Gustavo, *Historia gráfica de la Revolución Mexicana*, Trillas, México, 1970.
- Del Bosque Villarreal, Homero, *Aquel Torreón*, Torreón, 1983.
- , *¡Aquí nacimos!*, Torreón, 1988.
- Gallardo, Emilio R., *Y llegó el ocaso*, México, 1979.

- García Martínez, Daniel R., *iAyer y hoy! (El despertar de una ciudad)*, Torreón, 1957.
- Hemeroteca *El Siglo*, 1922-1932.
- Hemeroteca *El Universal*, 1916-1925, 1926-1935, Editorial Cumbre, México, 1987.
- Hemeroteca *La Opinión*, 1917-1932.
- Magdaleno, Mauricio, *Las palabras perdidas*, Porrúa, México, 1976.
- Portes Gil, Emilio, *Visión de México*, Ediciones Partido Socialista Fronterizo, México, 1974.
- Taracena, Alfonso, *Historia extraoficial de la Revolución Mexicana*, Jus, México, 1987.
- , ... y a hierro murieron, Botas, México, 1972.
- Urquiza, Francisco L., *iViva Madero!*, La Prensa, México, 1969.
- Villarreal Lozano, Javier, *Coahuila: semblanza histórica*, Universidad Autónoma de Coahuila, Saltillo, 1990.

### XIII

- Avelar Acevedo, Carlos, *Lázaro Cárdenas. El hombre y el mito*, Jus, México, 1972.
- Benítez, Fernando, *Entrevistas con un sólo tema: Lázaro Cárdenas*, UNAM, México, 1979.
- Bojórquez, Juan de Dios, *Lázaro Cárdenas (líneas biográficas)*, México, 1973.
- Coahuila. Cuaderno de Información para la Planeación*, INEGI, México, 1990.
- Del Bosque Villarreal, Homero H., *Este Torreón...*, Federación Editorial Mexicana, México, 1985.
- Cabrera, Luis, "Un ensayo comunista en México", en *Obras completas*, Oasis, México, 1975.
- Correa, Eduardo J., *El balance del cardenismo*, Talleres Linotipográficos Acción, México, 1944.
- Krauze, Enrique, *Lázaro Cárdenas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- Los presidentes de México ante la nación. 1821-1966*, Cámara de Diputados Federal, México, 1966.
- Mondragón, Magdalena, "Cárdenas será siempre el mismo", en *Revista Todo*, México, 2 de junio de 1938.
- Pérez Verdía, Benito Javier, *Cárdenas apóstol*, México, 1940.

- Rosas, Sergio Luis, "La huelga de Manila", en *Crucero Semanal, El Siglo de Torreón*, junio de 1990.
- Silva Herzog, Jesús, *Lázaro Cárdenas. Su pensamiento económico, social y político*, Nuestro Tiempo, México, 1975.
- XIV**
- Anuario estadístico del estado de Coahuila*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), México, 1986, 1988.
- Arizpe, José, *Hacia el futuro industrial de La Laguna*, Torreón, 1987. (mimeógrafo)
- Banco de México, *Informes anuales*, varios años.
- XI *Censo General de Población y Vivienda, 1990, Resultados Preliminares*, INEGI, México, 1990.
- Departamento de Agricultura de los Estados Unidos (USDA), *World demand prospects for cotton in 1980*, Washington, DC, 1971.
- Eckstein, Salomón, *El ejido colectivo en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, 2ª reimpresión.
- Estructura económica del estado de Coahuila*, INEGI, México, 1986.
- Estructura económica del estado de Durango*, INEGI, México, 1986.
- García, Rolando, *Deterioro ambiental y pobreza en la abundancia productiva. El caso de la Comarca Lagunera*, IFIAS/CINVESTAV, México, 1988.
- Gobiernos de los Estados de Coahuila y Durango, *Nueva Laguna*, Ayuntamiento de Torreón, septiembre de 1989.
- Gómez D., Pablo y Armando Cortés G., *Experiencia histórica y promoción del desarrollo regional en México*, Nafinsa, México, 1987.
- González, Alvaro, "El panismo, primer recorrido por Coahuila", en *Revista de Coahuila*, núm. 8, marzo de 1991.
- Historia general de México*, El Colegio de México, México, 1981, 3ª edición.
- Hansen, Roger D., *La política del desarrollo mexicano*, Siglo XXI, México, 1988, 17ª edición.
- Hernández, Alfonso Porfirio, *¿La explotación colectiva en la Comarca Lagunera es un fracaso?*, Costa-Amic, México, 1975.
- Hernández Corichi, Avelino, *Los cambios y procesos en el agro en la Comarca Lagunera (1936-1986)*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UAC, Saltillo, 1986.
- Jaime Acosta, Francisco, "El movimiento obrero en México y La Laguna", en *Revista Brecha*, Región Lagunera, enero 1991.
- Martínez Saldaña, Tomás. *El costo social de un éxito político. La política*

- expansionista del estado mexicano en el agro lagunero*, Colegio de Posgraduados, Chapingo, México, 1980.
- Nafinsa, *Diagnóstico industrial de la Comarca Lagunera*, Nafinsa, Torreón, 1986, (mimeógrafo)
- Ramos Salas, Javier, "En busca del eslabón perdido", en *El Puente, revista de historia y cultura de La Laguna*, Teatro Isauro Martínez, Torreón, enero-febrero de 1991.
- , "Presente y futuro de La Laguna", en *El Siglo de Torreón*, 12 de abril de 1987.
- Restrepo, Iván y Salomón Eckstein, *La agricultura colectiva en México: la experiencia de La Laguna*, Siglo XXI, México, 1979, 2ª edición.
- Secretaría de Programación y Presupuesto, CGSNEGI, *X Censo General de Población y Vivienda, 1980*, (Durango y Coahuila), México, 1982.
- Solís, Leopoldo, *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*, Siglo XXI, México, 1987, 16ª edición.
- UNCTAD, *Fibers and textiles: dimensions of corporate marketing structure*, TD/B/C.1/219, Ginebra, 1981.
- Unión de Cámaras y Organismos Empresariales de La Laguna, *Nueva Laguna*, Torreón, 1989, (mimeógrafo)
- Villarreal, René, "De la industrialización sustitutiva a la petrodependencia externa y desustitución de importaciones", en *El sistema económico mexicano*, Premiá, México, 1986.

## Índice

I. Preámbulo	7
<i>Alberto González Domene</i>	
II. Antecedentes prehistóricos	15
<i>Luis Maeda Villalobos</i>	
III. La Conquista	23
<i>Felipe Garrido</i>	
IV. El sur de Coahuila en el tiempo de la Colonia	39
<i>Agustín Churruca Peláez</i>	
V. El fin de la Colonia	55
<i>Gildardo Contreras Palacios</i>	
VI. Federalismo y centralismo	83
<i>Beatriz González de Montemayor</i>	
VII. El liberalismo militante en La Laguna, 1854-1867	109
<i>Francisco José Amparán</i>	
VIII. La república restaurada	123
<i>José León Robles de la Torre</i>	
IX. El Porfiriato	137
<i>Fernando Martínez Sánchez</i>	
X. Sintalidad de Torreón	155
<i>Carlos Montfort Rubín</i>	
XI. Torreón en la Revolución Mexicana	179
<i>Manuel Terán Lira</i>	
XII. Semblanza histórica de Torreón, 1907-1932	211
<i>Homero H. del Bosque Villarreal</i>	
XIII. El cardenismo	257
<i>Joaquín Sánchez Matamoros</i>	
XIV. El desarrollo económico y social, 1958-1990	281
<i>Francisco Jaime Acosta.</i>	
Bibliografía	317

*Nueva historia de Torreón*  
se terminó de imprimir  
en el mes de febrero de 1993  
en los talleres de Impresores  
Cuadratín y Medio, S. A. de C. V.  
Dr. Vértiz 931-A, Col. Narvarte,  
03020 México, D. F.

Tiro: 1 000 ejemplares

- *Francisco José Amparán*
- *Homero H. del Bosque Villarreal*
- *Gildardo Contreras Palacios*
- *Agustín Churruca Peláez*
- *Felipe Garrido*
- *Beatriz González de Montemayor*
- *Alberto González Domene*
- *Francisco Jaime Acosta*
- *Luis Maeda Villalobos*
- *Fernando Martínez Sánchez*
- *Carlos Montfort Rubín*
- *José León Robles de la Torre*
- *Joaquín Sánchez Matamoros*
- *Manuel Terán Lira*



Cuesta de la Fortuna

Serie Ayuntamiento 91-93